
BIG GIRLS CRY
PARTE 1, 2 Y EXTRAS
A Tu lado
HELENA SIVIANES
BIG GIRLS CRY



Parte 1, 2 y extras.

Helena Sivianes



Primera edición digital: septiembre 2023
Título Original: Serie A tu lado

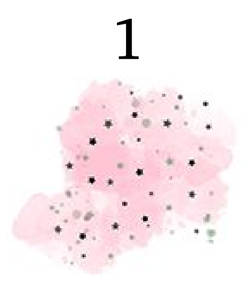
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Mireya Murillo - Wristofink
Ilustraciones del interior: Esther Libertad Sivianes - @aneslib_art
ISBN: 978-84-19545-59-6



En esta novela encontrarás TW que incluyen: sexo, drogas, bullyng y personajes tóxicos. Recuerda que esta es una novela de ficción y los personajes tienen su propia personalidad, lo cual no significa que la autora comparta sus pensamientos.

Parte 1

1



Dos años antes
Chicago

La vida les había propinado dos golpes duros en los últimos cinco meses. Y ninguno fue capaz de tomar las riendas, seguir adelante e intentar que las cosas salieran bien. De haberlo hecho, ahora no se encontrarían delante del juez, escuchando la sentencia impuesta a un menor. Todo había ocurrido demasiado deprisa a ojos de su padre, pero él sentía que aquello solo era la señal de que iban a cortarle las alas, a encerrarlo entre cuatro paredes y privarle de su libertad, de sus amigos, de todo lo que había conocido después de que su madre decidiera dejarlos de aquella manera.

—Señor Bennet, espero que entienda la gravedad del asunto —intervino el juez con la voz ronca, el pelo canoso y los ojos cansados tras tantos años de profesión—. Su hijo es menor, déjeme decirle que he prestado atención a toda la información que me ha proporcionado su abogado. Tenemos claro que esta es su primera vez, pero eso no le exime de culpabilidad, y además se niega a decirnos quién más actuó a su lado.

Continuó relatando todos sus tropiezos y desventuras en aquellos meses. Para el menor no eran más que travesuras en el instituto y en la calle. Para el juez, una forma demasiado descabellada de llamar la atención.

Todo empezó como un simple juego. El joven aprovechaba su posición y su popularidad en el instituto para hacer lo que le venía en gana. No asistir a clases, mostrarse prepotente con los compañeros y educadores. Pero se le fue de las manos cuando, aquel fatídico día, el profesor de Matemáticas decidió que era suficiente y le plantó cara. Creyó que un buen rapapolvo y el conveniente castigo privándole de sus privilegios conseguirían que volviera al redil. Que fuera de nuevo el niño de mirada cariñosa, excelentes notas y actitud positiva. Pero nada más lejos de la realidad. No sospechó que eso terminaría por desencadenar su rabia y provocaría un acto de violencia. Fue él quien más perdió en el camino.

—Es su padre —continuó el juez— y ha de responsabilizarse de que el acuerdo al que hemos llegado se cumpla a rajatabla —volvió a tomar el montón de papeles que tenía delante de él—. Como le he dicho, es la primera vez que comete un acto de esta gravedad y sabemos que pueden haberlo propiciado los recientes acontecimientos en la unidad familiar. Por tanto, decreto arresto domiciliario durante dos años. Solo podrá salir de casa para asistir a las clases y a las visitas a la psicóloga asignada por el juzgado —miró a las dos personas que se encontraban frente a él —. Todo bajo su total y absoluta observación.

El joven de pelo oscuro sonreía ante aquella estúpida condena, ya estaba pensando en cómo saltársela y seguir con su vida en cuanto salieran del maldito juzgado. Se había equivocado una vez, pero no era arrepentimiento lo que sentía. Solo se lamentaba de que lo hubieran cogido. «Esto no volverá a pasarme», pensó mientras miraba al juez y luego a su padre, que seguía de pie, delante del letrado, la actitud derrotada y la mirada perdida en algún punto detrás del hombre que pretendía dejarlo encerrado durante horas, días y meses en una casa donde no deseaba pasar siquiera un segundo más de su vida.

—La asistenta social irá a visitarlo mientras la condena esté vigente, pero en ningún momento sabrán cuándo se producirán esas visitas ni dónde se realizarán. Queremos que su hijo tenga una vida lo más normal posible, que cumpla con las obligaciones acordes a su edad, sin que eso le impida disfrutar de su juventud.

«¡Y una mierda!», pensó mientras su padre daba las gracias porque no le hubieran impuesto una condena más dura. Él, en cambio, solo veía su libertad coartada. Aquel juez le privaba de todo lo que un niño de quince años desea vivir. Cuando, una vez que abandonaron la sala, su padre intentó estrecharlo entre sus brazos, le respondió con un empujón. Puso distancia entre ambos y solo deseó encerrarse en su cuarto para pensar en cómo saldría esa noche de casa sin que él se diera cuenta. No imaginaba que su vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados y alejarlo de todo lo que conocía.

Al llegar al coche, observó que el asiento trasero estaba repleto de cosas, maletas de viajes, su monopatín. Su vida reducida a la parte trasera de un vehículo.

—¿Qué cojones…? —se giró hacia su padre buscando una respuesta. Necesitaba que alguien le explicara qué estaba pasando.

Pero solo encontró su rostro serio, su mirada de ira. Al menos era más de lo que había demostrado aquellos últimos meses, en los que ni siquiera se preocupó por él. No entendía por qué ahora sí le importaba. Todo lo que había pasado era culpa de ese hombre que tenía delante, que se había olvidado de cuidarlo y quererlo cuando su

madre dejó de luchar y decidió abandonarlos.

Su padre le abrió la puerta del copiloto y, con un gesto de cabeza, le indicó que ocupara el asiento. A regañadientes lo hizo, de momento no tenía más salida que obedecer hasta encontrar una alternativa que le devolviera su libre albedrío.

Se quedó dormido cuando llevaban poco más de una hora de viaje, observando los carteles de la carretera que le indicaban que se alejaban de su hogar. En ningún momento se le ocurrió que tal vez podría cambiar, volver a ser el chico que se levantaba por las mañanas con el olor del delicioso desayuno que preparaba su madre, los buenos días de su padre acompañados de aquel movimiento de su mano revolviéndole el pelo. Pero cuando abrió los ojos y se giró para mirarlo, algo se le quebró en el pecho. Por las mejillas del que hasta hacía cinco meses fue su héroe corrían lagrimas silenciosas.

Tal vez sí se le había ido de las manos, tal vez mereciera la pena intentarlo, tal vez podría permanecer al lado de su padre y apoyarse el uno en el otro. Quizás esa nueva oportunidad serviría para algo. Sin embargo, después de dos años duros, en los que creyó que todo había quedado atrás, sus fantasmas despertaron, tuvo miedo de sentirse de nuevo abandonado y caer en la misma rutina de drogas, sexo y delincuencia. El camino iba a ser duro, largo y muy difícil de recorrer. Aunque él aún no lo sabía.

2



Tres meses antes

—No, rotundamente no —me negaba a ponerme la ropa que había sacado de la bolsa nada más entrar por la puerta de mi habitación.

—Haley, no pienso empezar esta discusión —Sarah seguía sacando cosas de la bolsa sin prestarme atención.

Llevaba toda la semana con la misma canción. No quise que mis padres derrocharan los pocos ahorros que teníamos para celebrar mis dieciséis cumpleaños. Para mí era solo una fecha más en el calendario, para ellos iba a convertirme en una mujer, y ahí entraba en juego mi amiga. Les prometí que al menos esa noche saldría de fiesta, y ella se había encargado de organizarlo todo a mis espaldas. Reunió a un gran grupo de chicos del instituto para que nos encontráramos en un pub cerca de nuestro barrio. La verdad es que no me encontraba muy cómoda con la situación. Apenas había tenido relación con ninguno. Algunas frases en los pasillos y apuntes de clases. Es lo que ocurre cuando pasas desapercibida y te vas quedando aislada, aunque a veces puede ser complicado teniendo al lado a alguien como Sarah.

—Voy a hacer como que no estoy escuchando tus pensamientos y a hablar con tu madre para que no tengamos hora de volver. Mientras, espero que menees ese culo hacia el baño y empieces a prepararte, cuando vuelva espero verte metida dentro de esa maravilla de conjunto que he traído.

Me dirigió una de sus miradas de *te advierto que como no me hagas caso yo misma te meteré debajo de la ducha*y abandonó mi habitación moviendo las caderas. Siempre tan explosiva. A veces no entendía que alguien como yo tuviera como mejor amiga a una de las chicas más populares del instituto.

Me quedé un par de minutos más sentada en la cama, contemplando el despliegue de ropa que había colocado con tanta delicadeza sobre mi colcha de ositos. Un coordinado en blanco y negro, shorts y blusa con escote que dejaría ver la lencería con encaje negro que también estaba sobre la cama. Ni en mis peores pesadillas

me hubiera puesto algo así. A regañadientes, me metí en el baño y dejé que el agua recorriera mi cuerpo con la esperanza de que se llevara los nervios por el desagüe. Lo peor de aquel día había ocurrido cuando Garret, el chico, el más popular, el que me había robado el corazón desde el momento en que nuestras miradas se cruzaron, (aunque sigo pensando que él nunca me vio) compartió por primera vez unas palabras conmigo. Y esta vez no se trató de un *déjame los apuntes de Matemáticas*o cualquier otra asignatura porque había preferido pasar la clase tonteando con su novia.

—Hola —no hizo falta que dijera más para que me derritiera en medio del pasillo imaginando que me tomaba entre sus brazos y me besaba hasta dejarme sin aliento—. ¿Nos vemos esta noche?

—Esto… sí, claro.

Asintió con la cabeza cuando yo aún seguía pensando si debía decirle algo más. Mientras se alejaba por el pasillo me quedé hipnotizada con el movimiento de su cuerpo.

El remate de la mañana fue el encuentro en el baño con Eliza, la capitana de las animadoras del equipo de baloncesto y la novia de Garret. Lloraba porque él le había dicho que estaba cansado de la relación, o al menos eso me pareció entender, pues en ese momento mi yo no tímido empezó a dar saltitos de alegría en mi cabeza imaginando que el mejor jugador del equipo acababa de dejarla porque al fin se había fijado en mí. Pero ¿cómo iba a ser si ni siquiera sabía que existía?

Un ruido fuerte me sacó de mis pensamientos y el chorro de agua helada empezó a correr por mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina y un grito escapó de mi garganta.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó Sarah, lanzándome la toalla que cogí a duras penas, antes de que cayera al agua y acabara empapada —. Sal de ahí y empieza a arreglarte, una cosa es llegar casi las últimas y otra aparecer cuando todo esté acabando.

Me sequé como pude mientras mi amiga hacía lo propio con mi pelo para ahorrar tiempo. Ella ya había venido arreglada de casa, como siempre estaba impresionante con su metro sesenta y cinco. Más alta que yo, pues al llegar al metro cincuenta y cinco mi cuerpo decidió que no necesitaba destacar más. Llevaba un precioso vestido gris plata con falda de tul y escote en uve que le realzaba el pecho y unas altísimas sandalias a juego. Me pasó la ropa interior y cuando me vi con ella puesta me sentí otra persona. En mi vida había llevado nada con tan poca tela y en color negro.

—Vamos, siéntate, que voy a maquillarte y a hacerte un recogido que los dejará a todos con la boca abierta.

Sabía de sobra que a esas alturas llevarle la contraria no serviría para nada. Me realizó un recogido trenzado que descansaba sobre mi

hombro, maquilló mis ojos con un suave delineado y una sombra muy natural y los labios en color rosa palo. Después puso un poco de colorete en mis mejillas y terminó con lo que siempre decía que no debía de faltar en un maquillaje: máscara de pestañas.

Cuando salimos del baño me ayudó a vestirme como si fuera una niña pequeña. En más de un momento me di cuenta de que protestaba igual que lo hacía cada mañana mi hermana Ava, de cinco años, porque no podía ir al colegio con sus zapatillas de conejitos rosas.

—¿Se puede? —mi madre asomó la cabeza por el hueco que había hecho al empujar la puerta.

Vi la emoción en sus ojos justo antes de que unas lágrimas empezaran a recorrer sus mejillas sin control. Me levanté de la cama y abrí la puerta del armario para descubrir el espejo de cuerpo entero. Yo misma me sorprendí al verme. De repente me sentí guapa, hasta ese momento no había sido consciente del cambio que mi cuerpo había sufrido en los últimos años, siempre oculto tras camisetas anchas y vaqueros dos tallas más grandes que la mía.

—Vamos, vamos, aquí no se llora —protestó Sarah eliminando una lagrima de su rostro —. Tenemos que irnos, el coche nos está esperando desde hace un rato.

Mi madre me abrazó y mi padre me dio algo de dinero. En el trayecto de mi cuarto al coche me preguntó más de cinco veces si llevaba mi móvil y el espray de pimienta. Mi madre le lanzó una mirada reprobándole que me hiciera pasar vergüenza delante de mi amiga, pero ella ya estaba acostumbrada a la protección exagerada que mostraba hacia mí.

Los nervios empezaron a hacer acto de presencia en cuanto la puerta se cerró detrás nuestro y Sarah empezó a relatar todo lo que íbamos a hacer esa noche. No paró de hablar hasta que las luces del pub hicieron acto de presencia justo delante del coche. Había una cola enorme que casi daba la vuelta a la manzana. Todo el mundo iba vestido de forma muy elegante, las chicas con poca ropa y los chicos, bueno, como chicos…

Sarah tuvo que empujarme para que me bajara, y cuando fui a ponerme en la cola tiró de mi hasta plantarnos justo delante de un vigilante de seguridad que tenía más pinta de orangután que de otra cosa. Metió la mano en su bolso, sacó un papel y se lo le tendió. Él, tras leerlo, retiró el cordón de terciopelo que nos impedía la entrada y nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos.

Nunca, y cuando digo nunca es nunca, había estado en un pub, discoteca o sala de fiesta, y cuando entramos pensé que me quedaría sorda a los cinco minutos. La música sonaba altísima, la gente bailaba en la pista de baile y se contoneaba al son de las notas que escapaban de los platos del dj que estaba al final de la sala, sobre una tarima que

se iluminaba con focos de colores. Sarah me tenía agarrada de la mano y en todo momento tiraba de ella y me guiaba entre la multitud, porque juro que, de haberme dejado sola, hubiera acabado sentada en un rincón, abrazada a mis rodillas como si fuera una loca. Llegamos casi al final del local y nos encontramos con otro orangután de dos por dos al que mi amiga volvió a enseñar el papel; también él nos dio permiso para continuar, y justo al pasar por su lado escuché un seco «felicidades». Creo que fue entonces cuando entré en pánico pensando en lo que aquella loca había preparado para mí.

Subimos unas escaleras, que afortunadamente para mí tenían pasamano, porque si no, con los tacones que llevaba, hubiera acabado rodando y derribando al vigilante de seguridad como si estuviera en una partida de bolos. Al llegar al final de las escaleras el sonido parecía más leve, las paredes lo amortiguaban. Las luces también parecían más tenues y se escuchaba un sonido de risas desde el final del pasillo en el que nos encontrábamos.

Mi amiga me sonrió y volvió a tirar de mí hasta que llegamos a la única puerta que pude distinguir en el pequeño trayecto que recorrimos. Al abrirla, muchas personas, no sé cuántas, gritaron «¡felicidades!» y un montón de confeti empezó a caer sobre mi cabeza. Yo no tenía tantos amigos, creo que ni siquiera tenía, podía contarlos con los dedos de una mano y me sobraban unos cuantos, pero aquella sala estaba atestada.

Todos se acercaron a desearme un feliz cumpleaños. Las palabras se negaban a salir de mi boca. Allí había animadoras, lógico, pues mi amiga pertenecía a aquel grupo, chicos con los que nunca había cruzado una palabra, jugadores del equipo de baloncesto y… Garret.

En el momento en que lo vi, vestido con vaqueros ajustados negros, camiseta básica blanca que marcaba todos y cada uno de sus músculos y chaqueta de cuero negra, el mundo dejó de dar vueltas. Él me miró fijamente y una sonrisa que nunca había visto iluminó su cara haciendo que cada parte de mi cuerpo se ruborizara. No sé si fue él o yo quien caminó primero, pero cuando quise darme cuenta ambos estábamos en medio de la sala, uno frente a otro, mirándonos sin decir nada.

Si había pensado que era el chico más guapo de la tierra, en aquel momento supe que me había quedado corta. ¡Debía de ser el más guapo de todo el universo, qué digo, tenía que ser el más guapo de todas las galaxias existentes, conocidas y por conocer!

—¡Toma, que la vida es joven! —Sarah me gritó al oído intentando elevar su voz por encima de la música, que en algún momento que no recuerdo había empezado a sonar.

Miré sus manos y vi que me tendía un vaso, me dijo que apenas tenía unas gotas de alcohol. Lo tomé en las mías y cuando levanté la

vista Garret había desaparecido de mi campo de visión. Le busqué sin éxito. Me decepcioné un poco, más sabiendo que en aquella fiesta se celebraba, además de mi cumpleaños estaba, el final del curso. Al día siguiente muchos se irían de vacaciones con sus familias, otros con menos suerte, como yo, nos quedaríamos en Brooklyn, realizando algún trabajo que nos permitiera ahorrar para los gastos de la universidad. Aún faltaban un par de años, pero no todos teníamos familias capaces de costear nuestros estudios.

—Venga, bailemos.

Sarah me agarró de las manos y empezó a tirar de mí hasta la pista de baile de la planta baja. Como pudimos, llegamos al centro de la sala cuando comenzaba a sonar *No Money*, de Galantis. A todo volumen. No sé si fue la copa que había tomado, la sensación de sentirme libre, las luces de la sala o todo junto, pero empecé a bailar como si mi vida dependiera de ello. Cuando me di cuenta había perdido de vista a mi amiga, pero no me importó y seguí dando saltos hasta que unas manos se posaron en mi cintura y una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo entero obligándome a girar. ¿Quién era el que me agarraba con tanta posesión? Creo que cuando mi mirada se perdió en el color azul cielo de la suya el corazón me dejó de latir. Se inclinó hacia mí hasta que sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja, y mil alertas saltaron entonces a mi alrededor. Estaba segura de que en cualquier momento la alarma contra incendios del local comenzaría a sonar, porque el calor que se había instalado en mi cuerpo ya me estaba quemando.

—¿Dónde estabas escondida?

Sus palabras terminaron de desarmarme y a la vez me llenaron de un valor del que hasta entonces pensé que carecía.

Pase mis manos por su cuello acortando la distancia que nos separaba, noté cómo su respiración se aceleraba a la misma velocidad que la mía cuando nuestros cuerpos se acercaron hasta impedir que el aire corriera entre ellos. Me puse de puntillas todo lo que mis tacones me permitieron y él fue agachando su rostro hasta que nuestros labios se unieron. Todo empezó con un simple y casto beso, dos bocas que se empiezan a conocer, pero para mí fue tocar el cielo con la punta de los dedos. Cuando su lengua rozó mis labios y se abrió paso en mi boca me encontró rodeada de estrellas en plena explosión. Como si los fuegos artificiales del cuatro de julio estallaran a la vez en lo más hondo de mi ser.

La música empezó a sonar más lenta y, sin soltarme, Garret me llevó hasta un rincón del pub donde todo parecía mucho más tranquilo.

—Mañana salgo de vacaciones con mi familia, no nos veremos hasta septiembre, cuando volvamos a clase —agarró mi bolso y sacó

mi teléfono móvil, vi que marcaba un número—. Ya tienes mi teléfono y yo el tuyo. Prométeme que este verano estaremos en contacto.

Asentí, ¿cómo no iba a querer hablar con el que había sido mi amor platónico… ¿cuánto?, ¿los últimos diez años de mi vida? Nos besamos un rato más hasta que se despidió de mí con un «felicidades» que se quedó atrapado en el último beso…

—¿Dónde demonios estabas? —si la voz de mi amiga pudiera hacerse un tono más aguda hubiera roto todos los vasos de cristal del local—. Llevo buscándote más de una hora, tu madre va a matarme como no lleguemos en quince minutos.

Miré el móvil que aún sostenía en las manos y comprobé que tenía razón. Pero además descubrí un mensaje de Garret.

Va a ser el verano más largo de mi vida.

La sonrisa que no me abandonó desde la salida del pub hasta mi casa. Sarah parecía no haberse dado cuenta de lo que acababa de ocurrir a pocos metros de ella, ni siquiera sabía si alguien había visto cómo nos devorábamos en aquel rincón.

Habíamos llegado a tiempo gracias a que una de las dos fue responsable aquella noche (para mi sorpresa, esta vez no había sido yo). Escuchaba hablar a Sarah, me contaba lo que había pasado aquella noche y yo disimulaba que le prestaba atención. Pero la verdad es que seguía perdida en las intensas emociones que Garret había despertado en mí, feliz al saber que no había pasado desapercibida para él.

—¿Me estas escuchando? —Sarah me lanzó un cojín a la cara.

—Me ha besado —las palabras salieron solas de mi boca, y en ese momento mi amiga abrió los ojos como platos—. Garret —continué para aclarar un poco más la ecuación.

Creo que si le hubiera dicho que un unicornio de colores había bailado conmigo toda la noche no se le hubiera quedado aquella cara de sorpresa.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Y por qué narices yo no lo he visto?

Se acercó más a mí y empezó a hacer preguntas sin permitirme contestar a ninguna. Lo único que pude hacer para que se callara fue sacar mi teléfono y enseñarle el mensaje que él me había mandado un par de horas antes. Miró el número y, como si aún no se lo creyera, comprobó que el que ella tenía guardado era el mismo. Entonces sí comenzó a dar botes de alegría por toda la habitación. Tuve que tirar de ella y taparle la boca para que bajara el tono de voz. De no hacerlo, mis padres se hubieran plantado en unos segundos en mi habitación dispuestos a averiguar por qué no estábamos ya bajo las mantas.

Los siguientes meses de verano fueron los más felices de mi vida.

Garret y yo nos mandábamos mensajes todos los días, e incluso nos llamábamos alguna que otra vez para contarnos cómo pasábamos el tiempo. Él estaba en Texas, rodeado de animales de granja y yo, bueno, rodeada de perros en el Porspect Park, donde trabajaba para ganarme un dinero extra.

Dos semanas antes de que empezaran las clases los mensajes empezaron a ser cada vez menos, hasta que un día dejé de recibirlos y mandarlos, sin razón alguna…

3



—¡Vais a veros! —me grita Sarah en cuanto salgo al portal de mi casa, cargada con la carpeta para el primer día de clase.

No le he contado que estas dos últimas semanas han sido extrañas y que no sé nada de Garret. No sé qué va a pasar cuando volvamos a vernos después de lo que hemos compartido estos últimos meses. Para mí ha sido mágico, pero algo en mi interior me dice que he de estar preparada para lo peor. Esta mañana, después de meditarlo mucho, le he mandado un mensaje de buenos días y no he obtenido ninguna respuesta. Creí que me iba a sentir peor con su indiferencia, pero en el fondo sé que lo suyo no ha sido más que un juego de verano, que se ha reído de mí y yo he caído como una niña pequeña. Estoy segura de que se ha divertido con cada mensaje que le he mandado diciéndole que tenía muchas ganas de verlo. Tras leer mil y una vez los suyos me he dado cuenta de que en ningún momento él ha demostrado que tuviera ganas de nada más que de compartir su soledad. Sé que soy una idiota, pero en el fondo sabía que una vez que el verano pasara, todo volvería a ser lo de siempre.

Llegamos a la puerta del instituto y un grupo de chicas se acercan a saludarnos, bueno, se acercan a Sarah, como siempre, yo me quedo en un segundo plano, que ocupo sin que me importe nada, siempre ha sido así.

Después de ponerse al día lo más rápido que pueden sobre lo que han hecho durante el verano, la campana que anuncia la primera clase hace que todos nos pongamos en marcha y, como ovejas, cada uno se dirige a su clase. Inconscientemente, o tal vez no tanto, voy a la que me toca a primera hora y al entrar noto cómo mi corazón se resquebraja en mil pedazos. Me da la sensación de que todo el mundo lo ha escuchado golpear contra el suelo, pues todas las miradas se giran hacia mí. Pero yo no presto atención a nadie más que a él. Está de pie, entre las piernas de Eliza, que viste una falda demasiado corta para mi gusto, y sus bocas se devoran la una a la otra como si se necesitaran para respirar.

Una mano se posa sobre mi hombro. Sarah, a mi lado como

siempre que la necesito, me ayuda a avanzar hasta que ocupamos un par de pupitres alejados de la escena, que acaba de dejarme fuera de combate para el resto del día y de mi existencia.

El profesor de Matemáticas entra en el aula y manda a todos ocupar su sitio. Yo he clavado mi mirada en un trozo de pizarra medio descolorida, intentando evitar que el cúmulo de sentimientos que se pelean en mi estómago haga explosión y vomite todo el contenido del desayuno. Aprieto los puños sobre mis piernas y me muerdo el labio para que el dolor se reparta por mi cuerpo y pueda mantener a raya las lágrimas que se están acumulando en mis ojos. Ni siquiera me doy cuenta de que mis dedos han empezado a tocar notas sobre un teclado inexistente. Siento como si la mirada de alguien se hubiera clavado en mi nuca, pero no quiero mirar hacia atrás, encontrarme con sus ojos y confirmar lo divertido que ha debido de ser para él reírse de mí estos meses de verano.

—Señorita Robinson, ¿se encuentra usted bien? —el profesor se acerca a mi mesa y nada más mirarlo tengo que levantarme y salir de allí.

Corro por el pasillo sin importarme haber hecho el ridículo más grande de mi vida, me encierro en el baño y cierro la puerta del cubículo en el que me he metido. Lo sabía, sabía que esto pasaría, me reprendo una y otra vez, aun así duele, duele mucho. He sido una estúpida haciéndome ilusiones por algo que sabía que no me llevaría a ningún lado. ¿Qué esperaba, que el chico más popular saliera en mi búsqueda y me besara delante de todos? Claro que no, él tiene que estar con Eliza, es la ley de la naturaleza, chico y chica popular deben estar juntos.

Unos golpes en la puerta me obligan a recoger los pies y acabo sentada encima del retrete, intentando que mi cuerpo no se vea a través el hueco que queda entre esta y el suelo.

—No te escondas, Haley, si algo reconozco mejor en el mundo es cuando estas triste —golpea con suavidad—. Vamos, estoy sola, sé que es un palo, pero tú eres fuerte, no permitas que te vea así.

Hago de tripas corazón y abro el pestillo para dejarla entrar. Ella me da ese abrazo que tanto necesito ahora. No hace falta que me diga nada, y yo no tengo que explicarle que me siento la tía más pequeña del universo.

No sé cuánto tiempo pasamos ahí metidas hasta que el timbre anuncia que la primera clase ha terminado. Dejo que Sarah me saque del baño y me lave la cara en uno de los lavabos, para eliminar los restos de lágrimas de mi rostro.

—Sé que es duro, yo sé lo que habéis vivido estos meses, pero no puedes dejar que te vea así, te conoce y sabe que eres una chica fuerte. Nunca permitas que nadie controle cómo te sientes.

—Gracias…

Me pasa su neceser de emergencias con una sonrisa y cómo puedo disimulo la tristeza que se ha dibujado en mi cara. Sarah tiene razón, solo fueron unos besos y yo debí entender desde el principio que acabaría así. He sido una estúpida por demostrarle que me gustaba, mientras él se limitaba a decir que tenía ganas de volver a las clases. Ahora que lo pienso, todo tiene su lógica. Dejó a Eliza justo cuando acababa el curso para tener libre el verano y poder hacer lo que le viniera en ganas sin sentirse atado a nadie.

—Vamos, saca esa sonrisa, aunque sea para joder, y volvamos a clase —Sarah me anima mientras camino por el pasillo con la cabeza baja y la sensación de que todo el mundo me mira —. No podemos empezar a hacer pellas tan pronto o nos pondrán en la lista negra.

Entro en el aula y me dirijo a la mesa sin mirar quién hay allí. Sé que ellos están al fondo de la clase, escucho la risa de Eliza, tan estridente que se cuela en tu cabeza y te martillea hasta provocar un dolor insoportable. Sarah y yo, como en el curso anterior, compartimos mesa en todas las asignaturas y ella se preocupa de tenerme entretenida hasta que, al fin, suena el timbre que anuncia el descanso. Como siempre he hecho, dejo que todos salgan al comedor o a las zonas comunes. Mi amiga sabe que necesito unos momentos a solas y me propone ir cogiendo mi bandeja con el almuerzo y esperarme para que comamos juntas. Eso es un *date prisa si no quieres que venga a buscarte y te arrastre de los pelos.*

Cuando el silencio invade la clase empiezo a recoger los papeles de mi mesa y la puerta se abre. Miro hacia ella y el corazón se me para. Nuestras miradas se quedan ancladas la una a la otra, como aquella noche en el pub. Porque estoy sentada, si no hubiera acabado en el suelo a causa del temblor que se ha instalado en mis piernas y las ha convertido en gelatina. Garret no dice nada, pero empieza a caminar y cuando pasa por mi lado se detiene, como si quisiera decirme algo. Agacho la cabeza y hago lo que creo que es lo mejor, ignorarlo y seguir recogiendo mis cosas. Lo escucho suspirar y sigue avanzando hasta el fondo de la clase. Cuando siento que está lo suficientemente lejos de mí, me levanto con rapidez y me dirijo hacia la puerta que ha dejado abierta.

—Estás preciosa —sus palabras vuelan por el aula hasta llegar a mis oídos y meterse en mi estómago, donde unos revoloteos de mariposas acaban de dejarme sin aliento.

No, no puede hacerme esto, pero si le contesto que daré pie a una conversación en la que soltaré todo lo que llevo guardado. Por primera vez en los años que nos conocemos me dice un halago. Aprieto la carpeta contra mi pecho y continúo mi camino con sus palabras martilleándome en la cabeza. Este año va a ser duro…

4

—Estaba a punto de ir a buscarte —mi amiga se mete un trozo de patata frita en la boca mientras me señala amenazadoramente con el tenedor que sostiene en la otra mano.

—Lo siento, me he entretenido…

Me mira fijamente, como esperando que le cuente algo, y dudo si no tendrá un don, porque casi siempre sabe lo que me pasa por la cabeza. Pero esto tengo que superarlo sola. Ella sabe cuánto me gusta Garret, lo colada que estoy por él. Joder, si hasta ha visto los cientos de corazoncitos con nuestro nombre que he dibujado en los cuadernos.

—Lo he visto entrar en clase —me dice, tan natural.

—Se había olvidado algo.

—¿Y…?

—Y nada —le miento y el rubor me tiñe las mejillas. Sarah sabe que ha pasado algo, pero no insiste.

Empezamos a hablar de obviedades y de los distintos que están algunos compañeros después de los meses de verano. Pero hay cosas que no cambian. La mesa donde se sientan los jugadores de baloncesto, la de los empollones, las animadoras entre las que Sarah podría sentarse sin ningún problema (sé que no lo hace por no dejarme sola) y después, la nuestra. Las personas que se sientan con nosotras suelen ser cada día distintas. Podría decirse que somos la clase social media baja del instituto, la de quienes pasan sin llamar la atención. Aunque con Sarah al lado, casi siempre es difícil.

—¿Has visto a Jack? —levanta la cabeza para observar el fondo del comedor—. No deja de mirar hacia aquí desde que te has sentado. Podrías acercarte a él y así joder un poco al niñato ese.

—No digas tonterías, sabes que Jack es un buen amigo, solo eso. Sus padres y los míos se conocen desde siempre.

—No son tonterías, cielo, no ha dejado de mirar hacia aquí desde que has entrado por la puerta.

Para mi completa sorpresa, mi amiga le hace una señal con la mano y escucho una silla arrastrarse por el suelo. Por favor, que no venga. No es porque no me guste, de hecho, podría gustarme,

perfectamente. Jack es un chico que… ¿cómo decirlo sin que suene vulgar? Está bueno hasta cortar el aliento. Y también es un tío de lo más simpático y cariñoso. Pero no tiene ni dos dedos de frente, cada vez que abre la boca suelta cada tontería que siento vergüenza ajena. Creo que tanto músculo le ha quemado la mitad del cerebro y la otra debió perderla al nacer.

—Ey, ¿qué tal, chicas? —pregunta mientras se sienta a nuestro lado—. ¿Qué te ha pasado en clase? Me he enterado de que has salido por patas…

—Nada de tu incumbencia, Jackson —le suelto conteniendo la rabia, si él se ha dado cuenta, ya debe de saberlo todo el instituto.

—Tranqui, tranqui, que yo aquí no soy el enemigo. Solo venía a saber cómo estabas.

Me disculpo como puedo, porque en parte tiene razón, no merece que pague con él las ganas que tengo de partirle la cara a Garret, pero es que ahora mismo estoy que echo humo por las orejas.

—Oye, este fin de semana hay una fiesta en el Parkside, hemos quedado para comer en el McDonald, ¿por qué no os apuntáis?

Sarah me mira y sé lo que eso significa, pero no tengo ninguna gana de salir a ninguna parte, y menos cuando las clases acaban de empezar. Al parecer a ella le importa un pimiento mi opinión, pues ya lo está hablando con Jack, que parece entusiasmado con la idea de que vayamos. Nos comenta que nos avisará cuando tenga más datos y se despide de nosotros con un gesto de cabeza para volver a su mesa.

Me levanto y dejo mi bandeja sobre la pila que hay justo a la salida del comedor. Sarah viene a mi lado, entusiasmada con la idea de que el capitán del equipo de baloncesto nos haya invitado a una fiesta. La verdad es que a mí no me sorprende mucho. En una de las comidas que nuestras familias compartieron este verano oí cómo mis padres le pedían que me ayudara a integrarme con los chicos del instituto, así que no me extrañaría que ellos tuvieran algo que ver con la invitación.

Nos acercamos a las taquillas y saco las cosas que me van a hacer falta para las clases que quedan. La verdad, con lo animada que está Sarah con la fiesta acabará contagiándome su entusiasmo. De momento, y sin darme cuenta, creo que acabo de aceptar que iré.

—¡Mira por dónde vas, niñata! —esa voz…

Me giro al notar el contacto de un cuerpo contra el mío y veo pasar a mi lado a Eliza, con su falda de animadora. Sigo sin entender por qué lleva todo el día el uniforme, si no tiene entrenamientos. A su lado va Garret, tan guapo como siempre, con unos vaqueros desgastados que se ajustan perfectamente a sus caderas y una camiseta de los New York Knicks. Le pasa un brazo por los hombros a su chica y mira a todos con aire de suficiencia hasta que, de repente, gira su cabeza y se queda observándome. Me pongo nerviosa y estoy a punto

de meter la cabeza dentro de mi taquilla, y porque no quepo de cuerpo entero, si no me pasaría el resto del día ahí encerrada.

—De verdad que sigo sin entenderlo —escucho a Sarah, de la que me había olvidado.

—No hay que darle muchas vueltas; chica guapa, chico guapo, la fórmula perfecta.

—No todo es ser guapa en esta vida —me toma de los hombros y sé que ahora vienen curvas—. Esa tía es una arpía y no le importa pisotear a quien sea para conseguir lo que le dé la gana. Si es la jefa de las animadoras es por la pasta que sus padres se dejan en el centro, por mí se podía ir al cuerno y meterse por donde le quepan sus mierdas de coreografías.

Pongo mi mano en su boca porque ha ido subiendo el tono de voz y ya tenemos a la mitad del pasillo observándonos. Y seguro que saben de quién hablamos. Aunque sea una chica popular, Eliza no es del agrado de todo el mundo. Si le llevas la contraria, ya puedes olvidarte de pasar desapercibido, ella se encargará de que llames la atención, aunque nunca para bien.

—Tira para clase, por tu bien, cállate y terminemos este fatídico día.

A dos cursos de dejar este infierno, solo me faltaba cavar mi tumba el primer día. No, definitivamente no. Tengo que seguir como hasta ahora, sin llamar la atención, dejar de lado mis sentimientos por Garret. Porque, esa es otra, después de aquel beso, mejor dicho, después de «EL BESO», las puñeteras mariposas de mi estómago han decidido que cada vez que él esté cerca montarán una fiesta ahí dentro.

Las horas que quedan, para mi sorpresa, pasan sin ningún tipo de contratiempo. Los padres de Sarah vendrán hoy a recogerla, así que nos despedimos a la salida y decido volver a casa caminando, no me apetece nada subir al autobús sin mi amiga y que se siente a mi lado alguien que termine de arreglarme el día. Tengo unas ganas locas de tener ya mi coche. Mis padres prometieron regalármelo cuando cumpliera los dieciséis y aún sigo esperando. Menos mal que no soy impaciente; cuando menos lo espere, llegará.

Camino tranquila a esta hora del día en que todo el mundo corre de un lado a otro. Observo a gente trajeada mirando sus relojes, tal vez llegan tarde a una reunión al otro lado de la ciudad, madres tirando del bracito de sus hijos, deseando llegar a casa. Busco mis auriculares en el bolso los auriculares para escuchar algo de música y aislarme del ruido, y justo cuando empieza a sonar una canción alguien los saca de mis oídos. Al girarme…

5

Mierda, mierda y más mierda. Anda que no es grande la ciudad y tenía que aparecer él, aquí y ahora. Garret está a mi lado, jugando con el auricular en las manos y una sonrisa que me descoloca por completo. Tiene la respiración alterada y aprovecha para tomar unas bocanadas de aire. Su pecho sube y baja con cada inhalación y exhalación y yo me quedo hipnotizada con ese movimiento.

—Sí que andas rápido, chica.

¿Y ahora qué le digo yo? Llevo evitándolo toda la maldita mañana desde la escena de los besos con su queridísima animadora, y ahora está aquí, a mi lado. Recuerdo las palabras de Sarah, hace un rato me recordaba que soy una chica fuerte, así que decido no amilanarme, le arrebato el auricular de las manos y continúo mi camino sin dirigirle la palabra. Acelero el paso esperando que haya entendido que no me apetece nada tener una conversación con él. No me atrevo a mirar hacia atrás para comprobar si me sigue, pero joder, hoy no piensa darse por vencido. Enseguida siento el roce de su mano. Está caminando a mi lado, con la mirada al frente, como si andar junto a mí fuera lo más normal del mundo. Como si toda la vida me hubiera acompañado a casa después de las clases.

Tengo un torbellino de sensaciones en el maldito estómago. Están las mariposas, aunque cada vez parecen más una manada de elefantes. Me gritan que me gire, atrape su cara entre mis manos y lo bese como si no hubiera un mañana. Me muero por volver a sentir sus labios sobre los míos, aunque sea solo una vez más. No, borra esos pensamientos y mándalo por donde amargan los pepinos.

—No sé qué narices pretendes, pero creo que vas en dirección contraria —le digo tras pararme en seco.

—Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada porque yo no te he pedido nada —enderezo mis hombros para no sentirme tan pequeña a su lado, con mi metro cincuenta y cinco me veo como un hobbit diminuto—. Te has divertido estos meses y me parece perfecto, hemos vuelto al instituto y sigues con tu vida, permíteme a mí seguir con la mía… —tomo aire y

lo observo, una sonrisa pícara se dibuja en su cara.

—Si hasta es una fierecilla —dice al fin, rozando mi mejilla con su mano.

—No te atrevas —doy un paso hacia atrás para poner distancia entre ambos.

Se queda mirándome como si le hubiera echado una maldición y en sus ojos veo algo extraño, algo que no logro comprender, pero me importa poco, sobre todo desde que mi corazón se quedó hecho añicos en el suelo del aula y a él le dio igual, así que, ahora, que no me venga con tonterías. Observo que se ha quedado callado. Me mira, lo miro y cuando creo que al fin va a abrir la boca, se da la vuelta y regresa por el mismo camino que llegó. Lo veo alejarse, la postura de su espalda no es la que estoy acostumbrada a ver, sus hombros parecen que cargan con un gran peso y por su forma de andar parece más cansado. Su silueta se pierde entre la gente, pienso si no habré sido demasiado dura con él, pero es que no puedo demostrarle lo mucho que me ha afectado encontrármelo con Eliza. ¿Qué esperaba, que cuando me viera y me diera un beso de película se me olvidaría todo? No, definitivamente las películas románticas y las novelas que veo me están afectando más de lo que imaginaba.

Al fin llego a casa. Nada más entrar Ava viene corriendo hacia mí para enseñarme un dibujo que ha hecho en el cole.

—Mira, Laly —me encanta la manera en que pronuncia mi nombre —, somos los cinco. Papi, mami, Max, tú y yo.

Cojo el dibujo y lo miro detenidamente. Me gusta que haga esas tareas en el cole, sobre todo porque la mayoría de sus dibujos acaban colgados por toda la casa, sacándonos una sonrisa cada vez que pasamos a su lado.

Mi madre sale de la cocina secándose las manos con un trapo moteado de pequeños dibujos con forma de hortalizas. Se acerca hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal el primer día de clase?

—Como siempre, nada que destacar —miento.

—Tengo que comprar algo para la cena, hazte cargo de tus hermanos —miro hacia el salón buscando a Max —. Está en su habitación con la consola, creía que vendrías con él en el autobús.

—Paso, mamá, sabes que va a su bola y más desde que lo admitieron en el equipo de baloncesto.

Mi madre continúa por lo bajo mientras camina hacia la cocina. Se queja de que apenas tengamos relación, con lo unidos que hemos estado siempre. La verdad es que desde que entró en el instituto la relación entre mi hermano y yo se enfrió, tenía claro que él se convertiría rápidamente en uno de los chicos populares y que era cuestión de poco tiempo que dejáramos de compartir tantas cosas. A

veces echo de menos el primer año que compartimos, cuando apenas se relacionaba con nadie por miedo a ser rechazado, pero ¿qué duró eso?, ¿un par de semanas?

Me asomo a la puerta de su habitación y lo veo tirado en su cama, con un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca que deja sus brazos al aire. Ha cambiado tanto en tan poco tiempo… Me saca una cabeza y desde que juega al baloncesto su musculatura también ha ido en aumento. Somos muy diferentes. Yo he salido a mi madre, de estatura baja, pelo castaño y ojos de color caramelo, poco pecho y curvas pronunciadas en la zona de las caderas. Y él, bueno, es idéntico a mi padre, alto, el pelo castaño bastante más claro que el mío y ojos de un azul muy intensos. Vaya, la noche y el día.

—¿No te cansas de mirarme? —dice sin despegar los ojos de la pantalla del televisor.

—Solo quería saber qué estabas haciendo.

Me doy la vuelta y me dirijo al salón para ver que dónde anda mi hermana. Cómo no, está sentada frente a la tele viendo el canal de dibujos animados y con una de sus muñecas en las manos. Me siento a su lado y se acomoda en mi costado. Me encantan estos momentos que comparto con ella y, sobre todo, descubrir lo poco que se parece a mí. No quiero que se convierta en alguien como yo, que le cueste tanto hacer amigos. Mi móvil vibra en la parte trasera de mis pantalones y lo saco para leer el mensaje. Es de Sarah.

Sarah:
¿Tienes planes esta tarde?

Estoy de canguro…

Sarah:
Tu hermano podría hacerse cargo de Ava,
que tío más flojo, de verdad.

Ya…
Podrías venir aquí…

Sarah:
He quedado con las animadoras,
no creo que te haga mucha ilusión que aparezca por allí con ellas. Si consigues liberarte de tus obligaciones avísame y te digo dónde estoy.

Pues va a ser que no,
creo que hasta mi plan es mejor,
dibus y palomitas.

Sarah:
Muermo.

Yo también te quiero.

Me levanto del sofá, ya que ahora se me han antojado esas palomitas, y cuando se lo digo a Ava una sonrisa se le dibuja en la cara. Sí, ella opina igual que yo, es el mejor plan para pasar la tarde.

Saco uno de los paquetes de palomitas del mueble y lo meto en el microondas mientras preparo un par de refrescos para nosotras. Si Max quiere algo, que se venga al salón a hacer un poco de vida social. Cuando las palomitas están listas las vuelco sobre un bol. Nada más verme entrar en el salón, Ava deja rápidamente su muñeca en un lado del sofá y se pone de pie para coger su precioso vaso rosa con estrellitas y casi arrebatarme las palomitas de las manos.

—*Laly*, tu móvil ha sonado —está sobre la mesa y veo que la pantalla sigue encendida.

Debe de ser Sarah, insistiendo para que nos veamos esta tarde. Las piernas me empiezan a temblar cuando veo el nombre de Garret en la pantalla. Creo que he sido lo bastante clara con él hace unas horas. Me debato entre borrar el mensaje y bloquear su contacto, pero mi vena cotilla hace acto de presencia y me siento en el sofá para leerlo.

Garret:

Todo tiene una explicación, no me la has pedido, pero creo que debes saberla. No sé cuándo te la podré dar exactamente, pero créeme cuando te digo que estaba deseando que pasara el verano para volver a verte.

Releo el mensaje varias veces y no entiendo a qué viene esto ahora. Ha estado las dos últimas semanas del verano sin mandar ni uno solo, claro que yo a él también dejé de escribirle. Después me lo encuentro con Eliza otra vez, me avasalla en el camino a casa y ahora me dice que tenía ganas de verme… Definitivamente, me he colgado del chico equivocado.

¿Qué debería hacer ahora, contestarle o dejar el mensaje correr? La verdad es que el idiota que inventó la opción de saber si tus mensajes han sido leídos debería recibir una paliza. Tengo que hablar con Sarah para que me explique cómo se quita, ya que las tecnologías y yo no nos entendemos muy bien. Tengo dos opciones claras, no contestarle y esperar que se entere de que estoy ignorándolo o contestarle. Pero ¿qué le diría? Porque me muero de ganas de contarle que yo también tenía muchas ganas de verlo. ¿Por qué narices es todo tan difícil, con lo feliz que me sentía yo cuando terminé el curso? No debía aceptar que mi amiga me preparara aquella fiesta de cumpleaños, y menos que Garret me besara.

Vuelvo a acomodarme en el sofá y escucho los pasos de Max acercándose. Se sienta en uno de los sillones con una lata de refresco y coge un puñado de palomitas del bol. El olor le ha hecho salir de su cueva, al menos algo es algo.

—¿Vas a ir a la fiesta del viernes? —suelta de repente.

—¿Y tú cómo sabes de esa fiesta? —digo, con el ceño fruncido.

—Porque asisto al mismo instituto que tú y me preocupo de saber lo que pasa a mi alrededor —se mete un puñado de palomitas en la boca e intenta coger el mando para cambiar de canal.

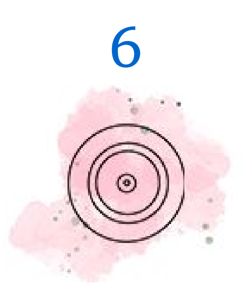
Soy más rápida que él y lo aparto alargando el pie. Resopla, pero vuelve a acomodar su espalda contra el sillón y me mira esperando que responda a su pregunta. Es solo dos años menor que yo, pero a su edad yo no pensaba en salir de fiesta. Cuando voy a contestarle la puerta de casa se abre y mi padre entra con cara de pocos amigos. Lleva la corbata aflojada, la camisa fuera de los pantalones y el cansancio marcado en la cara en forma de profundas ojeras. Últimamente trabaja demasiadas horas. Nos dedica una sonrisa a los tres, abandona su maletín sobre la mesa del comedor y deja caer el peso de su cuerpo en el sofá, al lado de Ava. Ella se sienta en su regazo.

—¿Todo bien? —le digo mientras me levanto, y el asiente—. ¿Una cerveza?

Me sonríe, sé que le gusta comprobar que nos preocupamos por él. Mi hermano aprovecha que me he levantado para coger el mando de la tele y poner los canales deportivos. Cómo no, busca hasta encontrar un partido de baloncesto que están repitiendo, aunque a Ava le da todo exactamente igual ahora mismo. Cuando está con papá, todo lo que ocurre a su alrededor deja de ser importante.

Al llegar a la cocina saco el móvil, que he traído conmigo, y le mando un mensaje a Sarah para decirle que mi padre ya está en casa y mi madre a punto de volver, que sigo sin ganas de ir con las animadoras, pero que me encantaría que viniera a casa, he de contarle una cosa. No tarda ni cinco segundos en decirme que viene corriendo. Necesito hablarle del mensaje que me ha enviado Garret y me sugiera qué paso debo dar ahora.

6



Son exactamente cinco minutos los que tarda Sarah en presentarse en la puerta de mi casa. Se ha tenido que encontrar con mi madre, ya que le está ayudando con las bolsas de la compra. Vienen riéndose de algo, y según deja las cosas en la cocina se acerca a mí y saluda a mi padre y a mi hermana, ignorando a Max. Creo que mi mensaje ha tenido que sonar bastante mal, porque viene con la ropa de animadora, me da que la he sacado de uno de los ensayos. Para ella no es nada fácil ir enseñando el uniforme por toda la ciudad sin una razón de peso, y al parecer yo me he convertido hoy en una.

Entramos en mi habitación, después de prometerle a mis padres que se quedará a cenar, y me siento en la cama. Ella se queda frente a mí, con las manos apoyadas en las caderas y esa mirada suya que deja poco margen a la discusión.

—No vayas a ser tan idiota como para caer de nuevo, ese tío no se lo merece.

Saco el móvil de mi bolsillo trasero y lo desbloqueo para enseñarle el mensaje. Me muerdo el labio inferior con cada gesto que hace su cara al leerlo. Veo cómo teclea algo y sé que es la respuesta que yo no me he atrevido a escribir. Intento arrebatarle el teléfono de las manos inútilmente, así que no tengo más remedio que esperar que se decida a darle al botón de enviar.

—Esto tenías que haberlo hecho desde primera hora.

Busco el mensaje y me siento muy orgullosa de la amiga que tengo, por lo bien que me conoce y porque ha sabido poner freno a sus palabras en vez de mandarlo bien lejos y quedarse tan a gusto.

No estoy disponible para ningún tipo de explicación, fue bonito mientras duró.

Ahora la vida ha vuelto a su rutina.

Me levanto de la cama y me abrazo a ella. Vale, soy de las que necesitan repartir abrazos y besos a todas horas, pero Sarah no es una niña a la que le gusten especialmente las muestras de afecto y ya me

dio un abrazo esta mañana, así que me separa con delicadeza y un *no te aproveches de la situación,*mientras una media sonrisa se dibuja en su cara.

—No sé qué haría sin ti —digo mientras nos sentamos en mi cama, con las piernas cruzadas como si fuéramos indios.

—Pues lo mismo que hasta ahora, pero estarías más aburrida.

—Ya veo que tú no te aburres —señalo su uniforme, sabiendo que va a sacarla de sus casillas.

—No me lo recuerdes, Eliza está que trina, una de las chicas del equipo no sacó muy buenas notas el curso pasado y sus padres le han prohibido participar hasta que las mejore, así que estaremos al menos todo un semestre sin ella. Y la cabezota de Eliza se niega a realizar pruebas a nadie para suplantarla, pretende que ajustemos todas las coreografías.

—Pero eso es una locura. Los partidos empiezan en dos semanas y…

—Y ahí es donde entras tú —me corta, sé por dónde va y no me hace ninguna gracia.

—No, no y no, me niego, ni se te ocurra siquiera pedírmelo.

—Pero te sabes todas las coreografías, me ayudas a ensayarlas, vas a todos los partidos, ¿qué más te da? —su voz intenta llegar a tono de súplica, pero se queda en el camino de *es más una orden que otra cosa*y sé que cuando se pone así poca cosa puedo hacer.

—Sabes que no sería capaz de bailar delante de nadie —intento buscar una excusa que me saque del compromiso.

—Eso tiene solución.

—No voy a estar bien con el uniforme —me acabo de dar cuenta de que he dado un paso en la dirección que ella quiere y esa sonrisa pícara suya vuelve a aparecer—. Además, Eliza no va a aceptarlo.

En el momento en que termino de decirlo sé que estoy perdida. Sarah coge su mochila de entrenamientos y cuando la abre sé de sobra lo que va a sacar. El uniforme de animadora, con su falda de tablas y su camiseta de tirantes rojo fuego intenso con las iniciales de nuestro instituto en el pecho y el dibujo de un lobo, la mascota del equipo.

—¿Cómo ha aceptado Eliza que sea yo?

—No ha aceptado, pero sabe que es la única solución para que el primer partido no sea un completo desastre.

Sé que acabo de meterme en terreno desconocido y la verdad es que, cuando me siento incapaz de controlar una situación, los nervios se apoderan de mí. Empiezo a balbucear palabras sin sentido y Sarah acaba riéndose de mí y de mis nervios. Luego me asegura que estoy más que preparada para superar este reto, que además me dará créditos extra para mi futuro, si todo sale bien. No sé si será cierto, pero ya no hay vuelta atrás.

Al rato, mi madre nos llama para cenar y le comenta a Sarah que ya le ha dicho a la suya que cenará con nosotros, incluso le ha pedido permiso para que se quede a dormir, así no tendrá que venir tarde a recogerla. Durante la cena les habla a mis padres sobre mi incierto futuro de animadora. Para mi sorpresa, a ellos les parece una muy buena noticia; como dicen ellos, así podré integrarme entre los compañeros del instituto. Por el contrario, Max me mira con cara de pocos amigos y sé que, por respeto a mis padres, se está aguantando la risa.

Cuando terminamos de cenar, nos retiramos a la habitación y le dejo uno de mis pijamas a Sarah para que pase la noche. Por la ropa no tenemos que preocuparnos, lleva de recambio en su mochila.

—Vamos, perezosa —destapo a mi amiga cuando yo estoy más que vestida para irnos al instituto. Nos llevará mi padre, que hoy va más tarde a trabajar.

Abre los ojos y me mira como si no supiera dónde se está despertando. Se incorpora en la cama, un bostezo enorme sale de su boca y su pelo parece un nido de pájaros. Aun así, sigue estando guapísima, no sé cómo lo hace.

—¿Qué haces así vestida?

Miro mi indumentaria. Como hoy tendremos educación física me he puesto unos pantalones de chándal, una de las camisetas de deporte del instituto y mis zapatillas deportivas. Observa y después dirige su mirada al escritorio, donde anoche dejamos los uniformes de animadora. Mierda, las animadoras se los ponen el día de educación física.

—Exacto, así que ya puedes ir cambiándote de ropa que, hasta nuevo aviso, eres una de las nuestras.

A regañadientes tomo la ropa y me meto en el baño a ponérmela. No me apetece nada verme con ella, y menos cuando siempre he protestado porque hubiera que llevarla en el instituto sin ninguna razón, en vez de usarla solo en los partidos. Pero, al parecer, yo no tengo voz ni voto en esto…

Me deshago de mi ropa deportiva y me coloco el dichoso uniforme. La falda es demasiado corta y la camiseta se adhiere exageradamente a mi cuerpo. Por más que intento estirarla para que quede más holgada, la tarea se convierte en un imposible. Y qué decir de la falda, si intento que el largo cubra más corro el mismo peligro de enseñar el culo por la parte de arriba que por la de abajo. Refunfuño un par de veces más hasta que la puerta se abre y una sonriente Sarah me pasa unos culotes del mismo color de la falda. Al parecer he olvidado colocarme la parte más importante para no sentirme tan ridícula.

Le hago un gesto para que no se le ocurra decirme nada al verme vestida así y salgo al salón. Si no fuera porque mi madre me conoce

bien, ahora mismo estaría haciéndonos una foto para inmortalizar el momento, cosa que sé qué hará cuando menos lo espere. Max no parece que tenga ganas de reírse de mí esta vez, pues me mira de arriba abajo con esa mirada suya que conozco bastante bien, algo así entre la protección y la incredulidad.

Ha llegado el día en que mi mundo se pondrá patas arribas y mi vida acabará tal vez siendo carne de consejero o de un psicólogo unos años más tarde, cuando termine el instituto y decida enterrar el día de hoy en el lugar más hondo posible. Si no fuera por Sarah, aún estaría sentada en la parte trasera del coche de mi padre.

Nada más llegar al instituto, mi hermano ha salido como alma que lleva el diablo. ¿Será porque no le apetece nada que le vean conmigo o realmente tiene algo más importante que hacer? Sarah ha tirado de mí hasta que mis pies han tocado el pavimento de la entrada y no sé si soy yo o todo es imaginación mía, pero juro que allí hay más de cincuenta personas esperando para entrar, mirándome.

—Vamos, Haley. Esto es pan chupado.

—Para ti, que estás más que acostumbrada…

Entramos y caminamos hacia nuestras taquillas para coger lo necesario para las primeras clases. Hasta después del almuerzo no tendré que demostrar mis nefastas dotes para el baile. De verdad que sigo sin entender por qué narices debo llevar todo el día el uniforme. ¡Si tenemos vestuarios para cambiarnos! Por lo visto es una norma no escrita que alguna loca adicta al dichoso traje estableció un día, pensando en joderme a mí, estoy segura.

Pero lo peor de este día no será el uniforme, sino el primer cruce de miradas con Garret. Ha ocurrido nada más entrar en clase. Sus ojos se han clavado en mí y Eliza le ha cogido del mentón para que los apartara, dedicándome de paso esa mirada suya de total desprecio. No sé qué habrá hecho la loca de mi amiga para que me acepte ni cómo yo he acabado prestándome a hacerles este favor. Sarah ha intentado convencerme de que el favor me lo está haciendo ella a mí, pero no estoy tan segura.

Cuando todos hemos ocupado nuestro lugar en las mesas, el profesor de Historia entra en clase y deja un taco de folios sobre la primera de cada fila, con la orden de que sea repartido hacia atrás. El segundo día de clase y ya tenemos examen sorpresa. Justo cuando va a empezar a explicar de qué se trata, llaman a la puerta y entra un chico con una gorra de baloncesto calada hasta las orejas, una sudadera ancha y un pantalón a juego. Viste totalmente de negro y al llegar a la mesa del profesor le entrega un papel.

—Bienvenido a clase, señor…

—Bennett, Stiles Bennett.



7



—Señor Bennett, ocupe una de las mesas vacías —todos nos hemos quedado mirando al nuevo y un murmullo se escucha de fondo—. Y por favor, quítese la gorra en mis clases.

Al hacerlo descubre un pelo castaño oscuro, revuelto, que intenta peinar con los dedos de sus manos, en un movimiento inútil. Nadie del aula ha podido ver más que su perfil, pues se ha sentado en una de las mesas de delante sin dirigir la mirada a ninguno de los presentes.

El señor Taylor se acerca y deja uno de los exámenes sobre su mesa. Continúa con la explicación que dejó en el aire antes de que este chico misterioso irrumpiera en la clase. Nos dice varias veces que no es un examen sorpresa, sino una prueba de nivel, una excusa barata para poder catalogar a sus alumnos.

Entre clase y clase, como siempre, aprovechamos para salir al pasillo o movernos de nuestro sitio, pero yo, mientras siga vestida con este maldito uniforme, no pienso moverme de mi sitio. En uno de los descansos Sarah se acerca a hablar con Eliza, sé que es algo sobre mí, porque Eliza no deja de mirarme y hacer aspavientos con las manos. Si no fuera porque Garret está con ellas, bueno, más bien parece una extensión de Eliza porque no separa sus manos de ella, ya me hubiera acercado para dejarle claro que esto no es más que un favor que le hago a mi amiga y no al equipo de animadoras.

El nuevo no se ha movido ni una vez de su sitio. Entre descanso y descanso se ha dedicado a mirar su teléfono móvil e ignorar a todo el que se le ha acercado para entablar algún tipo de conversación. Parece un chico raro, desprende algo que no sé qué es, pero llama bastante mi atención.

En la hora del almuerzo, voy con Sarah hasta el comedor y al ir a sentarme en nuestra mesa de siempre ella tira de mí hasta que acabo sentada en la mesa de las animadoras. En sus risas y en los saludos que me dedican solo escucho falsedad. Si ya estaba incomoda vestida así, ahora, rodeada de ellas, me siento como una intrusa.

—Bueno, chicas, como os prometí, aquí os traigo una buena sustituta que nos ayudará a no hacer el ridículo en los próximos

entrenamientos —Sarah se dirige al grupo mientras yo me llevo a la boca una porción de mi comida e intento no atragantarme al ver que todas me miran.

—¿Se sabe las coreografías? —Megan, una de las que siempre acompaña a Eliza, es la primera que habla.

—Mejor de lo que os podáis imaginar —mi amiga, como siempre, confía más en mí que yo misma.

—Eso está por ver —Eliza se levanta de la mesa, dejando su bandeja prácticamente sin tocar.

Pasa su larga melena rubia hacia un lado y estira la espalda, para parecer más alta de lo que ya es, al pasar a mi lado. Da un pequeño golpe contra mi silla y el cubierto que tengo entre las manos resbala y golpea el plato; los restos de comida que quedan en él me salpican la cara y varias risas se elevan a mi alrededor. Uso la servilleta intentando no cabrearme por lo que acaba de hacer, sobre todo porque sé que en ese momento Garret, a mi espalda, está reprendiendo a Eliza por su jugarreta.

Decido irme antes de montar en cólera delante de todos. Suelo hacerlo para no llamar la atención. Y me despido con un simple movimiento de cabeza que solo algunas chicas corresponden.

—Nos vemos en el patio cuando empiece la clase —Sarah sabe que necesito respirar muy hondo y unos momentos de soledad, porque estoy a solo un mal comentario mal intencionado de quitarme el uniforme y no aparecer en los ensayos.

Los pasillos están prácticamente vacíos en estos momentos, casi todos siguen en el comedor o han salido a aprovechar el buen tiempo que hace hoy. Me acerco a mi taquilla y al abrirla tengo ganas de meter la cabeza y esconderme dentro. ¿Y si buscara una excusa lo bastante creíble como para no tener que asistir a educación física? No entiendo cómo he aceptado participar en esto. Nunca me ha llamado la atención pertenecer a un grupo popular dentro del instituto, menos aún al de animadoras. Y no porque no me guste bailar, que me encanta, sino porque me siento mejor cuando paso desapercibida.

Cuando ya estoy más calmada, decido ir hacia el aula. El timbre que anuncia la próxima clase está a punto de sonar y si por algo me caracterizo es porque siempre soy puntual. Saco mi pequeña toalla de la taquilla y justo cuando la cierro y voy a comenzar a caminar choco con alguien y caigo de culo al suelo.

—Lo siento, ha sido culpa mía —una mano se ofrece para para ayudarme a levantarme.

Echo mi cabello hacia atrás, debo de parecer una loca ahora mismo, con todo el pelo derramado por delante de la cara. Acepto la mano, que con un suave tirón me ayuda a incorporarme. Como puedo arreglo mi pelo y lo coloco detrás de mis orejas, y entonces reparo en

la persona que tengo delante de mí.

—Perdona, no te había visto —es el nuevo, otra vez con su gorra puesta, aunque ahora puedo ver mejor su rostro.

—Yo tampoco iba pendiente, así que estamos empatados.

Hace un gesto con la cabeza y me mira de arriba abajo observando mi indumentaria. Por unos segundos acabo de sentirme desnuda delante de este chico al que no conozco de nada, y justo cuando voy a presentarme sigue su camino y me deja ahí, en medio del pasillo con cara de tonta y dando gracias a dios de que nadie se haya dado cuenta del trompazo que acabo de darme. Dos días seguidos haciendo el ridículo son demasiados para mi inicio de curso.

Al final llego corriendo a la clase de educación física, y para colmo como menos me gusta, llamando la atención. El profesor Taylor, sí, nuestro profesor de Historia es el mismo que nos hace dar vueltas y vueltas a la pista, y acaba de llamarme la atención delante de todos. Me señala al grupo de animadoras para que vaya a entrenar con ellas.

Eliza no tiene cara de muy buenos amigos y no me dirige ni media palabra. Sarah me pregunta con un gesto que dónde estaba, la verdad es que no me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Me coloco en la posición que me indican y como puedo sigo los pasos de la coreografía. Al principio voy un poco perdida, pues me he acostumbrado a bailarla con mi amiga y a las indicaciones que ella me da. Eliza grita un par de veces que me concentre, no sé por qué me está costando más de lo que imaginaba seguirles el ritmo.

Nos da un descanso de cinco minutos para refrescarnos y tomar un poco de agua. Al llegar a la fuente de uno de los laterales de la pista, alguien me toca el hombro y al girarme me encuentro otra vez con el chico nuevo.

—Creo que esto te ayudará a concentrarte.

Me tiende una goma del pelo del mismo color rojo de mi uniforme que acaba de quitarse de la muñeca. Antes de que pueda darle las gracias sus compañeros lo llaman y él sale corriendo hasta el centro de la pista. Lo observo, y entonces me doy cuenta de que lleva el uniforme de entrenamiento del equipo de baloncesto. Al llegar junto a ellos se gira y me dedica una sonrisa radiante, pero no puedo devolvérsela. A su lado está Garret, que nos observa a ambos y no tengo ninguna gana de que imagine cosas que no son.

El resto del entrenamiento es algo más tranquilo. Tal vez estoy empezando a entender las palabras que ladra Eliza, o que me he recogido el pelo y puedo concentrarme más en marcar los movimientos que en retirarlo de mi cara.

Los chicos pasan a nuestro lado, cuchichean al acercarse a mí, y por primera vez me siento observada. Sé que es por el uniforme, cuando te lo pones es como si dijeras *hola, soy animadora y me gusta la*

fiesta. Pero esta no soy yo.

El resto del día transcurre sin problemas, incluso creo que Eliza ya no me mira con esa cara suya de perdonavidas. No vamos a convertirnos en superamigas, pero lo cierto es que agradezco que no intente intimidarme.

Suena el timbre que anuncia el final del día y Sarah y yo nos dirigimos juntas a la parada del autobús.

—Sigo sin entender cómo has llegado tarde a una clase, por primera vez en tu vida. Dime si el uniforme lleva un gen destructivo, porque de ser así te liberaré de tus obligaciones ahora mismo.

—Solo se me pasó el tiempo más rápido de lo que esperaba — le digo, ya que esa ha sido la única razón.

—Y me puedes decir desde cuándo eres amiga del nuevo, que, por cierto, está como un tren.

—Sarah, por favor, solo piensas en lo mismo, ¿no puede ser una simple casualidad que hayamos chocado en el pasillo, y ya está?

—¿Es eso lo que ha pasado? —intento negar con la cabeza, pero mi amiga me conoce bastante bien como para saber cuándo le miento—. ¿Y qué te ha dicho?

—Solo hemos chocado, él se ha disculpado y yo también —me observa esperando alguna explicación más que no le doy, porque simplemente no la tengo.

—Y lo de la goma del pelo me dirás que también es una casualidad más en este día.

—Pues da la casualidad de que sí.

Toco mi pelo y me doy cuenta de que aún sigo con la cola hecha, que no le he devuelto la goma y ni siquiera le he agradecido el favor.

—Al menos le habrás dado las gracias, ¿verdad? —niego, y una sonrisa traviesa se dibuja en la cara de mi amiga—. Pues qué suerte vas a tener, ahí está tu oportunidad.

No me he dado cuenta de que el chico nuevo está a punto de pasar a nuestro lado. Pero Sarah sí. Y con un movimiento nada sutil me empuja y choco con él, de tal manera que me quedo con las manos apoyadas sobre su pecho, notando bajo mis dedos su musculatura y el movimiento acelerado de su respiración.

—Ho… hola otra vez —su mirada se cruza con la mía y ahora que no lleva puesta la gorra ya puedo fijarme en los rasgos de su cara.

Su pelo sigue revuelto de esa manera perfecta, los ojos son rasgados y de color azul, ¿o es el cielo, que se refleja en ellos?, la mirada intensa, penetrante. Sus labios finos esbozan una delicada sonrisa y unas llamativas pecas parecen estrellas moteando su cara.

De repente me doy cuenta de hasta dónde se han ido mis pensamientos mientras mis manos siguen sobre él. Me separo, tal vez más rápido de lo normal, haciendo evidente que llevo ya un rato

mirándolo. A mi espalda, una risa tonta me recuerda que Sarah sigue ahí, participando del mayor ridículo que he hecho en mi vida.

—Haley, voy a buscar una cosa en mi taquilla, tú coge el autobús, creo que voy a tardar.

No me da tiempo a rebatir su huida. Sé de sobra lo que está haciendo. En apenas un minuto la he perdido de vista.

—Dos veces en un día, voy a pensar que esto no es una casualidad.

Stiles (por alguna razón que desconozco, recuerdo perfectamente su nombre) se está dirigiendo a mí.

—Veo que te ha servido.

Señala mi cola. Hago el intento de devolverle la goma para el pelo, pero me sujeta la muñeca para que no deshaga el recogido.

—Te sienta a ti mejor que a mí —se pasa los dedos por el pelo y una suave risa escapa de mi boca.

Me despido de él con un *hasta mañana.* Al llegar a la parada, veo salir al autobús y al idiota de mi hermano diciéndome adiós desde el cristal de la parte trasera. Saco mi dedo corazón y le dedico uno de mis mejores gestos. Mierda, ahora no sé dónde narices está Sarah y hoy no me apetece nada ir a casa andando, el maldito entrenamiento me ha dejado más cansada de lo que me imaginaba.

El ruido de una moto a mi espalda hace que me gire. Y me quedo con la boca abierta.

—Vamos, te llevo, tengo un casco de sobra.

Garret me ofrece un casco rosa, el que siempre lleva Eliza cuando va con él. Me doy la vuelta y lo ignoro, lo mismo que ha hecho él conmigo todo el día, aunque en parte es lógico después del mensaje que le envié anoche, aunque no fuera yo sino Sarah.

Camina a mi lado empujando la moto. Es grande y negra y parece muy pesada. No sé qué narices pretende haciendo esto, por suerte se me da bastante bien pasar de las personas que no me aportan nada. No habla, simplemente me acompaña en el trayecto, como el día anterior. Empiezo a sentirme un poco agobiada teniéndolo a mi lado, así que decido dejar de ignorarlo y soltar todo o, al menos, parte de lo que llevo dentro.

—De verdad, no te entiendo, no sé qué narices quieres de mí. Me besaste, porque estoy más que segura de que fuiste tú. No voy a negar que yo lo deseara, joder, creo que lo llevo escrito en la puta cara desde hace bastante tiempo —no dice nada, solo me mira—. Ha sido un verano alucinante, no esperaba que cuando volviéramos te lanzaras a mis brazos, pero tampoco lo que has hecho, eso sí que no. Te has divertido, me parece muy bien, me has hecho daño, pero sabía que algo así podía ocurrir. Así que continua con tu vida como si estos meses no hubieran pasado, porque es lo que yo voy a hacer.

—Haley…

—No, Garret, no quiero escuchar nada de lo que me tengas que decir, sigue tu camino, no hace falta que intentes disculparte y menos cuando no suenas sincero. Busca a Eliza, seguramente se esté preguntando dónde narices andas metido y no me apetece nada tener que ser yo quien se lo explique.

Entonces me doy cuenta de que se ha quedado a unos pasos de mí, con la cabeza baja. Por primera vez, en los años que lo conozco, veo tristeza en su mirada. Pero me da igual, cuando alguien te importa haces lo imposible por no dañarlo y él no ha parado de herirme desde que ha comenzado el curso.

Al fin llego a casa. En el ascensor deshago la cola de mi pelo y me coloco la goma en la muñeca. Voy sumida en mis pensamientos cuando alguien me roza el hombro. Grito y braceo hasta golpear algo y un alarido que esta vez no me pertenece suena a mi espalda. Estaba tan ensimismada que no me he dado cuenta de que había alguien más en el ascensor.

8

—Joder, perdona, no me había dado cuenta de que estabas ahí.

—No hace falta que lo jures —se ha llevado las manos a la nariz y un hilo de sangre corre entre sus dedos—. Desde luego, hoy no es mi día.

—Joder, Jackson, tienes sangre.

Se mira las manos y empieza a palidecer por momentos. Me acerco a él y lo ayudo a apoyarse sobre la pared del ascensor.

—No me digas que te da miedo la sangre.

—Si fuera miedo saldría corriendo, lo que pasa es que me da un asco atroz.

Busco en mi bolso un pañuelo que no encuentro y decido hacer una locura más en este día, qué más da... Me quito la falda, recuerdo que llevo un minishort debajo, y la utilizo para taponar la hemorragia. El color de su cara se ha transformado del blanco al rojo. Es lo que me faltaba, soy yo quien debería estar muerta de vergüenza y no él.

—Tu… tu falda…

—Algo tendremos que usar para detener esa sangre, ¿no? Además, tampoco creas que me importa tanto manchar este uniforme.

Las puertas del ascensor se abren cuando llegamos a nuestra planta. Dejo que Jackson se apoye en mí para salir. La puerta de mi casa está antes que la suya, y él, a regañadientes, accede a entrar. Voy a la cocina a por un paquete de guisantes congelados y un paño húmedo para eliminar la sangre que le mancha la cara. Sobre la mesa hay una nota de mis padres, que han ido al parque con Ava. Max debe de estar con sus amigos a saber dónde.

Entro de nuevo en el salón, donde he dejado a Jack sentado en el sofá, y tengo que carraspear para que note mi presencia, ya que la escena no es de las más bonitas que me podía encontrar. Tiene mi falda entre las manos y la mira como si nunca hubiera visto una, aunque siendo uno de los jugadores estrella del equipo estoy segura de que habrá visto unas cuantas, y en circunstancias diferentes.

Intenta disimular colocándose la diminuta prenda sobre la nariz mientras yo me hago un poco la tonta. Me siento a su lado y se la quito de las manos. Con el paño, elimino los restos de sangre de su

cara, parece que la hemorragia ha cesado.

—Ponte esto si no quieres que se te hinche, voy a buscar alguna crema antinflamatoria y a ponerme algo de ropa.

Su mirada vaga por mis piernas y ahora es a mí a quien le cambia el color de la cara. Si he de ser sincera conmigo misma, es la primera vez que un chico me mira de esa forma.

—Vale, yo seguiré aquí.

Me meto en mi habitación pensando en todo lo que ha pasado en este día. Creo que los astros se han alineado para que me lleve todos los golpes posibles, o para que yo los dé. Saco un pantalón del armario y me pongo una camiseta encima de la del uniforme. Busco en el baño la crema hidratante que suelo usar después de los entrenamientos, pero no la encuentro. Seguramente la haya cogido Max. Miro en un cajón de su armario y efectivamente allí está, junto a…. no me lo puedo creer, una caja de condones. Joder con el niño, dos años más pequeño que yo y con una vida sexual más activa que la mía, que es completamente inexistente. Me tocará tener una conversación con él.

Salgo al salón y Jack apenas se ha movido. Tiene la cabeza entre las piernas y se ha quitado la camiseta, aunque no me percato de este último detalle hasta que prácticamente estoy a su lado.

—Jackson, ¿estás mejor?

—Joder, Haley. Deberías pensar en apuntarte a lucha o algo así, tienes un buen golpe —me río ante su comentario y vuelvo a sentarme a su lado.

—Tal vez solo sea que eres un poco delicado.

—Solo soy delicado cuando la ocasión lo requiere —me mira a los ojos y aparta un mechón de pelo de mi cara.

Inconscientemente enderezo la espalda para poner algo más de distancia entre ambos. Él no dice nada.

—Deja que vea cómo tienes la nariz.

Retira la bolsa congelada de su cara y veo que ha dejado de sangrar, al final el golpe no ha sido tan duro como parecía.

—No duele —se pasa el paño por la nariz para comprobar él mismo que todo está correcto—. Voy a irme a casa, tengo la ropa llena de sangre. ¿Quieres que me lleve tu falda para que la lave mi madre?

—No te preocupes, además soy yo quien debería lavarte la camiseta —está justo entre los dos, la tomo entre mis manos—, ha sido culpa mía.

Al final cada uno se queda con su prenda y nos despedimos en la puerta de mi apartamento. Le pido disculpas una y mil veces más, aunque él insiste en que, si me hubiera saludado al entrar, nada de esto hubiera pasado.

—Ya está, Haley, además ha merecido la pena, hacía mucho que no pasábamos un tiempo juntos. Nos vemos en el instituto.

Se va dejándome con la sensación de que me he perdido algo. Vuelvo al salón, cojo la falda que aún sigue sobre el sofá y guardo los guisantes en su sitio. El resto de la tarde no voy a salir de la habitación, porque estoy segura de que lo próximo que haga hoy acabará pasándome factura el resto de mi vida.



Otro día más de instituto y unas ganas locas de que acabe. Al entrar en clase veo a mis compañeras del equipo de animadoras con su uniforme puesto, incluso a Sarah. Todas me miran y sé que es porque vuelvo a llevar mi ropa cómoda.

—¿Y tú uniforme? —Eliza se acerca a mí con cara de pocos amigos, pero en estos momentos no tengo muchas ganas de discutir, así que continúo hasta mi mesa—. Te he dicho algo.

—Lavándose, ¿te vale la respuesta? —me giro y la encaro, porque no tengo ninguna gana de que una arpía como ella venga a joderme el día de buena mañana, y menos con Garret a su espalda, callado.

—La culpa es mía — Jackson se coloca detrás de mí y pone una mano sobre mi hombro—, ayer tuvimos un accidente.

Eliza se da la vuelta de manera altiva. Aunque parezca que he ganado esta batalla, sé que el suyo es solo un movimiento calculado para buscarme en otra ocasión. Me giro para darle las gracias a Jack, aunque no la necesitaba. Abro bien los ojos al ver el aparatoso vendaje que tiene sobre su nariz y levanto la mano para tocarlo.

—¿No dijiste que no te dolía? —me sujeta la muñeca antes de que la acerque demasiado.

—Y no me duele, pero te recuerdo que tengo una madre con conocimientos de enfermería y demasiado protectora, además de un padre que no quiere que me pierda ningún partido de esta temporada.

La puerta del aula se cierra con un portazo y el profesor nos invita a todos a tomar asiento. Sarah me pide disculpas por no haberme dicho lo del uniforme, y le prometo que lo hablaremos en el descanso, pero sé de sobra que esta es otra estrategia de las suyas y que me falta bastante información sobre el favor que le estoy haciendo.

Durante toda la mañana se las apaña para escaquearse entre clase y clase, pero a la hora del almuerzo no tiene escapatoria. Al fin tendré la respuesta que necesito.

—Vamos, Sarah — la voz de Eliza evita que le haga la pregunta a mi amiga—. Tenemos que ensayar, el partido de dentro de dos semanas es el inaugural y se pedirá máxima concentración.

Pasa por mi lado ignorándome completamente y ya sé todo lo que hay detrás, la maldita fiesta donde las animadoras acaban siendo el

centro de atención. Con lo bien que vivía yo en mi burbuja, sin enterarme de nada y pasando desapercibida.

—Esta me la pagas —Sarah me dedica una mirada de disculpa y saca un uniforme de repuesto de su taquilla.

—Ve a cambiarte, después me explicarás por qué Jackson sabe lo que ha pasado con el tuyo.

Vaya, ahora resulta que la que oculta información soy yo.

El ensayo sale mejor de lo que esperaba, apenas me cuesta acompasar mis pasos a los de mis compañeras, y aunque Eliza ha seguido ignorándome el resto me han dado la enhorabuena. Incluso al terminar el público que se ha congregado en las gradas del campo ha empezado a aplaudirnos.

Nos despedimos y regreso a clase sin apenas cruzar palabras con mi amiga. No soy rencorosa, pero me molesta que no me lo haya contado todo, más aún conociéndome y sabiendo que finalmente aceptaré bailar con ellas. Ella sabe lo que opino de los bailes y las fiestas que se organizan en el instituto, me parecen lo más ridículo del planeta, un manifiesto de hormonas y testosterona que no consigo entender.

Al entrar veo que Sarah aún no ha llegado. El chico nuevo está solo, en el mismo sitio de ayer, y sin pedirle permiso me siento a su lado. Se queda mirándome y le dedico una sonrisa que ha debido ser inconveniente, pues vuelve su cara al frente y me ignora. Parece que este curso será de pena. Mi amiga entra en clase, simplemente toca mi hombro al pasar a mi lado y ocupa nuestro sitio habitual. Justo unos segundos después, llega el profesor. Durante toda la hora dejo que las palabras entren en mi cabeza sin prestarles atención. Unas horas más y el día, al fin, habrá terminado.

—¿Cuánto más piensas ignorarme hoy? —me pregunta cuando estoy guardando mis cosas en la taquilla, dispuesta a volver a casa, por fin.

—Aún estoy pensando en la gravedad del asunto, no sé si unas horas o lo que resta del curso —cierro la puerta y ella me mira con ojitos de pena.

—¿Seguro? No me lo creo, no podrías estar un día entero sin hablar conmigo, nos necesitamos tanto como el aire; además, quiero saber qué tal es el nuevo.

—Sarah…

—Venga, no seas así, si en el fondo hoy te has divertido, dime que no y te prometo que no volverás a bailar más con las animadoras…

Y ya no hace falta que nos digamos nada, me agarra del brazo y salimos del instituto. Le cuento que nunca en mi vida había conocido a alguien tan callado. Si no fuera porque me dirigió la palabra ayer, juraría que es mudo. Lo que no le digo a Sarah es que tiene un algo que no sé lo que es, pero que me intriga. Justo en ese momento pasa

por nuestro lado y se queda mirándonos. Tierra, trágame, porque creo que acaba de escuchar toda la parte de la conversación referida a él.

9

La semana, aunque parezca mentira, ha sido de lo más normal de mundo y al parecer todo ha vuelto a la rutina. Garret y Eliza siguen como si no lo hubieran dejado durante los meses de verano. Sarah, cómo no, a mi lado, y esta vez sé que lo hace para que no la deje tirada con lo de las animadoras, pero cuando yo me comprometo con algo, lo termino. Lo de mi hermano es otro cantar, no sé qué narices le pasa por la cabeza, pero está de un pasotismo total. Démosle una tregua, acaban de empezar las clases.

—Hola, Haley.

—¿Qué tal, Jackson? —estoy dejando las cosas en mi taquilla para dirigirme a un nuevo ensayo con las animadoras.

—El día que me llames Jack, como todo el mundo, me harás el hombre más feliz de la Tierra.

—¿Qué es lo que quieres, Jackson?

Una mueca divertida se dibuja en su cara.

—Solo quiero recordarte que mañana iremos a tomarnos algo, y como ahora estás con las animadoras…

—Ni se te ocurra terminar esa frase o no llegarás a ser un hombre en tu vida, o tal vez tu nariz vuelva a tornarse oscura… —coloca las manos ocultando su entrepierna, pero ambos sabemos que es una broma, de las que llevamos gastándonos desde que tenemos uso de razón.

—Nos vemos allí.

Se gira y me deja con la palabra en la boca. Sé que todo esto vuelve a ser cosa de Sarah, que la quiero un montón, sí, pero tiene que entender que sé pensar por mí misma y tomar mis propias decisiones.

Llego a la zona donde entrenamos y ya están todas preparadas. Me coloco al lado de mi amiga y ensayamos por enésima vez la rutina. Veo el entusiasmo de Sarah en su cara y sé que esto solo lo hago por ella, así que decido no decirle nada sobre lo de mañana, tal vez me venga bien desconectar. Al fin y al cabo, tengo dieciséis años y he de empezar a vivir un poco más la vida.

Fin de semana al fin, la primera semana ha sido de subidas y bajadas, aunque tampoco puedo quejarme mucho. ¿Qué estoy

llamando la atención? Sí. ¿Me gusta? No, pero en el fondo hay algo que me hace sonreír cuando camino por los pasillos, la gente me saluda cuando antes ni siquiera se dignaban a disculparse si se chocaban conmigo, a no ser que Sarah fuera a mi lado. Es algo totalmente nuevo para mí, y he de adaptarme, porque Eliza sigue en sus trece y no quiere organizar audiciones para nuevas animadoras. Dice que el equipo está cerrado. Además, ha dejado de gritarme y de quejarse sobre cómo hago las cosas, digamos que se ha instalado una calma entre las dos y yo cada vez me siento más cómoda con el baile.

Max está comiendo en casa de un amigo y se quedará a dormir allí. No les ha dicho a mis padres que esta noche hay una fiesta, pero yo no me chupo el dedo. Sarah insistió en que hiciera lo mismo y así mis padres no me podrían hora para volver, pero me negué. Con lo que no contaba, como siempre, era con que ella se adelantaría a proponérselo. Y aquí está, metida en mi habitación, rebuscando en mi armario y llenando una maleta de ropa. Almorzaremos en mi casa y después nos iremos a la suya. Sus padres se han marchado el fin de semana y tiene toda la casa para ella.

—Ese no, Sarah.

Mi amiga sostiene en sus manos un minúsculo top de color naranja que ella misma me regaló y que sigue con la etiqueta puesta.

—Al menos tienes que estrenarlo.

Ya no hay más que hablar, porque sé que va a acabar haciendo lo que le dé la gana, de la misma manera que está metiendo ropa como si me fuera para una semana en vez de una sola noche.

Por supuesto, mis padres me recuerdan una y otra vez que, aunque sea una chica mayor, debo responsabilizarme de mis actos. Sé que lo hacen por mi bien, pero me siguen tratando como a una niña pequeña, nunca los he visto darle la charla a Maxwell como a mí, si ellos supieran las cosas que hace y lo que esconde en los cajones de su escritorio, ahora mismo no estaría en casa de un amigo para pasar la noche.

—Tienes que dejar de hacer esto— Sarah me mira con cara extrañada mientras coloca la ropa sobre su cama.

—Solo estoy preparando las cosas.

—No me refiero solo a la ropa, Sarah, me refiero a todo —se sienta sobre la cama y cruza sus manos bajo el pecho, esperando a que me explique—. No lo entiendes, ¿verdad?

Niega con la cabeza y decido sentarme a su lado, porque estoy casi a punto de estallar y no me apetece hacerlo, menos aun con ella, pero necesito hacerle comprender que ya no estamos en primaria, que sé tomar mis propias decisiones.

—Sarah, sabes que eres mi mejor amiga y que aprecio todo lo que haces por mí, muchas cosas que he vivido habrían sido imposibles sin

ti a mi lado, pero ¿no crees que va siendo hora de que cometa mis propios errores? —tomo aire para mirarla y ver su reacción, ninguna —. Es todo: las animadoras, ir esta noche a tu casa, la mesa en que debemos sentarnos en el comedor o en casa… Todo lo decides por mí.

Se acerca y me toma las manos. Sonríe y sé que no está mosqueada, llevo bastante tiempo queriendo decirle esto, pero lo he ido posponiendo y dejando que las cosas siguieran igual, todo por miedo a que se lo tomara mal.

—Esto es lo que llevo años esperando, Haley. Quiero que saques ese genio que sé que guardas dentro, que de una vez me plantes cara y me digas que no. Sé que he cometido errores al organizar tus planes sin consultártelo, pero dime, ¿estarías aquí de no haberte unido al equipo de animadoras? —. Me coge de la mano y me lleva hasta el espejo grande que tiene en su cuarto; me recoge el pelo hacia un lado —. Mírate, esa sonrisa es de felicidad, la que tienes ahora mismo ahí dentro porque estás haciendo algo que te gusta. A veces nos cuesta dar un paso hacia lo que queremos, y esto es lo que tú quieres. Te gusta que la gente te conozca, no digo que desees ser popular, pero sí no pasar desapercibida cuando andas por los pasillos.

Miro mi imagen reflejada en el espejo y he de admitir que tiene razón. Le sostengo la mirada a través de nuestro reflejo y dejo que me abrace y me dé un beso en la mejilla.

—Tal vez debería preguntarte más a menudo si te apetece hacer ciertas cosas, pero te falta ese valor para lanzarte a lo desconocido. Solo has besado a dos chicos en tu vida, el primero no cuenta, porque el jardín de infancia era un hervidero de mocos y el otro es un impresentable que no se merece que lo nombremos. Tus padres te prometieron que tendrías un coche a los dieciséis y han pasado tres meses y ni has preguntado por tu regalo de cumpleaños. No te atreves a plantarle cara a Max. ¿Te das cuenta de lo que te digo?

—Joder, Sarah. Soy una idiota, ¿verdad?

—Nada de eso, eres demasiado buena, eso es lo que pasa, así que hazte un favor y mira toda la ropa que he traído. Decide qué ponerte, demuéstrame que sabes llevar las riendas de tu vida y yo te aseguro que la próxima vez te preguntaré antes de tomar una decisión por ti.

Le doy un beso, cojo la mochila de ropa que llenó en mi casa y me meto en el baño.

Llegamos a la zona donde hemos quedado con los compañeros del instituto. Algunos han ido a comer en el McDonald que hay cerca y otros, nosotras incluidas, decidimos llegar más tarde. No sé a dónde me llevan, pero probablemente acabaremos en una cafetería o en un bar para adolescentes, en cualquier otro nos pedirán el carné para entrar.

Nos reunimos con Jackson. Con él están Garret y varios chicos más

del equipo de baloncesto, además de las animadoras y, como es lógico, Eliza. Saludo a Jack y Garret se acerca para darme dos besos, se lo permito ya que no me apetece nada que nadie sepa lo que ha pasado este verano, esos besos robados en la discoteca de los que estoy deseando olvidarme, aunque aún sienta el sabor de sus labios en mi boca cuando cierro los ojos antes de dormir.

—Vamos, nos esperan —Jackson se coloca a mi lado y para sorpresa de todos, me agarra de la mano.

Miro a Sarah y me guiña un ojo. La cara de Garret, por el contrario, es todo un misterio. Una mueca dura se ha instalado en su mandíbula, ha ignorado a Eliza cuando se acercado a él y ahora camina unos pasos por delante de nosotros.

La situación es un poco extraña, pero yo me he prometido empezar a tomar mis propias decisiones y a vivir un poco más la vida. Quiero aprovechar la oportunidad y explorar a esta nueva Haley que empiezo a sentir que soy. Tal vez sea un buen momento para experimentar cosas nuevas.

Llegamos a la puerta de un local en el que hacen cola más chicos y chicas, unos cuantos de nuestro instituto. Con algunos he cruzado unas cuantas palabras en clase, pero tampoco se podría decir que son conocidos. Jackson sigue agarrando mi mano y al mirarlo me dedica una tierna sonrisa, que yo le devuelvo.

—Vamos a divertirnos, esta es una noche para chicos de nuestra edad, así que no tendremos problemas para entrar.

La noche está siendo más divertida de lo que cabría esperar. Todos están resultando muy simpáticos, incluida Eliza. Hemos hablado sobre las coreografías, le he propuesto incluir sobre ciertos pasos en el próximo ensayo y parece que le han convencido mis ideas. Sarah sonríe cada vez que me mira, sé que se alegra por mí, y yo más aún de haber sacado lo que me guardaba dentro.

No hay alcohol, lo cual agradezco, pero eso no quita para que me haya tomado algún que otro cóctel. La vejiga está dándome señales de que necesita vaciarse, así que le digo al grupo que voy un momento al baño y me pierdo entre la multitud que baila en la pista. En el camino alguien tira de mí. No me da tiempo a reaccionar cuando me arrinconan contra una pared y sujetan mis manos a cada lado de mi cuerpo, sin permitir que me mueva.

Esta zona está bastante oscura, pero sé de sobra quién es la persona que tengo delante. Se cubre la cabeza con la capucha de una sudadera, pero su olor es inconfundible para mí.

—Garret, no sé a lo que juegas, pero necesito ir al baño.

—No sin que antes hablemos, no puedes mandarme al carajo con un mensaje y quedarte tan a gusto —acerca aún más su rostro al mío y puedo percibir su intensa mirada azul —. Me debes una explicación

que me crea.

—No tengo nada que decirte.

Como puedo, consigo que me suelte las manos y escapo lo más rápido que soy capaz de ese rincón. Cuando salgo del local tengo la respiración acelerada y por primera vez desde que conozco a Garret he sentido algo diferente a ese amor que despertó en mí durante tanto tiempo.

La música se cuela a través de la puerta, miro a mi alrededor, hay algunas parejas besándose en un rincón oscuro, alzo mi mirada y una preciosa luna llena alumbra el cielo.

—Es una maravilla mirarla —alguien habla a mi espalda—. Es una pena que desde aquí no se puedan ver las estrellas.

Me doy la vuelta para ver quién habla. Es el chico tímido, Stiles. Al momento me viene a la cabeza la conversación que tuve con Sarah cuando él pasó por mi lado y doy gracias a dios por que sea de noche, así no podrá ver el rubor que se ha instalado en mis mejillas. Trago saliva para poder contestarle.

—Sí, es una pena. A veces me pregunto cómo se verían si todas las luces de la ciudad se apagaran.

Él sonríe bajo la luz de esa gran luna. Tiene un pequeño hoyuelo en la mejilla, eleva las cejas y me tiende la mano. Al ver que no reacciono, acaba tomándome él la mía y entrelazamos nuestros dedos.

—Vamos, creo que te puede gustar —se queda esperando a que yo dé el próximo paso, pero yo no me muevo del sitio, así que continúa hablando—. Confía en mí, sé que te va a gustar.

Y sin saber por qué, siento que de verdad puedo confiar en él y dejo que me guíe hasta la parte trasera del local.

Unas escaleras de emergencias aparecen ante nosotros y de un salto las atrapa hasta que se deslizan hasta el suelo. Me hace un gesto para que suba por ellas. Al llegar al final nos encontramos en lo alto del edificio. Vuelve a tomar mi mano y dejo que me lleve hasta casi el borde de este. Dos butacas de playa aparecen ante nosotros.

—Vaya, veo que subes muy a menudo aquí —le digo cuando me invita a que tome asiento en una de ellas.

No dice nada y se sienta a mi lado, mirando al cielo, hago lo mismo y me quedo embobada al contemplar la preciosa estampa que tengo ante mí. La luna en lo más alto, la misma cantidad de luces, pero la ciudad mucho más hermosa vista desde esta perspectiva, con el puente de Brooklyn bajo la preciosa esfera brillante.

Un mensaje suena en mi teléfono y cuando lo miro veo que se trata de Sarah. Está preocupada porque no me encuentra, y al ver la hora me doy cuenta de que se ha hecho bastante tarde. Sé que no tenemos hora de recogida porque nos quedaremos en su casa, pero somos conscientes de que, si queremos repetir, debemos ser responsables.

—Tengo que irme.

Me levanto y él lo hace conmigo. No ha hablado desde que subimos, pero vuelve a entrelazar sus dedos con los míos y recorremos el camino a la inversa hasta volver al frente del edificio. Escucho a Sarah gritar mi nombre y venir hacia nosotros. Stiles se acerca a mí y deposita un beso en mi mejilla justo antes de que mi amiga llegue. Después se aleja.

—¿A qué ha venido eso? —dice Sarah.

—No tengo ni idea.

10



Me quedo mirando cómo Stiles se aleja de nosotras después de esa despedida tan rara y dulce a la vez. Me paso los dedos por la mejilla, justo donde él acaba de besarme. Solo hemos estado juntos un rato y he sentido que de verdad podía confiar. Ni siquiera me preguntó por qué estaba nerviosa y se lo agradezco, porque tampoco sabría explicar lo que ha pasado.

—Chicas, ¿dónde andabais? —Jack se acerca hasta nosotras, se ha cruzado con Stiles y han chocado los puños.

—Nos vamos a ir a casa ya —responde Sarah por las dos.

Jackson también quiere irse y se ofrece a acompañarnos. Entramos un momento, solo para despedirnos del resto de compañeros, y veo a mi hermano, al fondo de la sala, hablando con Garret. Sarah me pregunta si no voy a despedirme de él, no sé a quién de los dos se refiere, pero niego con la cabeza, en estos momentos no me apetece enfrentarme a ninguno.

Decidimos coger un taxi, aunque no estemos lejos. Así Jackson se quedará más tranquilo. Lo dejaremos a él primero y después nosotras recorreremos a pie los pocos metros que separan un edificio del otro.

—Cuéntame qué ha pasado.

Sarah, como siempre, intenta sacar de mí toda la información posible en una noche que ha sido bastante extraña. Ya estamos en casa, nos hemos cambiado de ropa y ahora nos desmaquillamos frente al espejo.

—Pues… le verdad es que he disfrutado mucho esta noche, he sentido que puedo ser yo misma sin ningún tipo de complejo.

—Sabes a lo que me refiero —se pasa el algodón por los ojos para retirar los restos de sombra—. Jackson, Stiles…

—Sarah… Jackson y yo nos conocemos desde pequeños, solo hay amistad —hace una mueca extraña con la cara, pero no quiero darle más importancia de la que tiene —. En cuanto a Stiles, ha sido amable.

—¿Qué ha pasado para que tenga que serlo? —se gira hacia mí y espera mi respuesta.

—Simplemente me ha visto salir de la discoteca y se ha

comportado como un compañero más. Nada del otro mundo, no veas cosas donde no las hay.

Me miro al espejo y compruebo que tengo la cara completamente limpia. Para mí esta conversación ya ha terminado y creo que Sarah lo capta cuando salgo del baño sin decir nada más. No quiero contarle que la actitud de Garret me asustó, porque algo me dice que no se lo va a creer, todos lo ven como un chico bueno. Tal vez lo sea, pero por un instante yo he dejado verlo así. Quizás por lo que ha pasado este verano y nada más empezar el curso, me he quitado esa venda de los ojos.

Dicen que cuando alguien deja de gustarte ya no te parece tan guapo como cuando solo tenías ojos para él, incluso su actitud empieza a antojarse diferente. Puede que sea eso lo que me está pasando con Garret, tal vez solo era el típico enamoramiento tonto de instituto y tras haber tenido algo con él… Mejor no pensaré más. Está con Eliza y eso nunca cambiará, son la típica pareja que, sin importar los altibajos que haya habido su relación, acabarán teniendo un futuro juntos y serán los eternos reyes del instituto.

Me meto en la cama que los padres de Sarah dejaron preparada para mí antes de irse y me acurruco entre las mantas. Mi amiga entra en el cuarto y me desea buenas noches. Sabe que cuando no me apetece hablar de algo es mejor dejar pasar el tiempo, pero esta vez tengo claro que lo que ha ocurrido en la discoteca con Garret lo guardaré solo para mí. Nadie creería que me ha acorralado en una esquina para pedirme explicaciones, y menos cuando realmente no ha pasado nada.

Por la mañana, como siempre que duermo con Sarah, soy la primera que se levanta. O eso creo, porque para mi sorpresa la encuentro en la cocina preparando el desayuno. Ha dispuesto un par de cuencos con cereales, zumos y leche con cacao. Me sonríe y sé que no está mosqueada porque anoche no le diera más información.

—¿Qué me he perdido para que ya estés levantada?

—Ayer se me olvidó decirte que tenía planes para hoy, siento avisarte así, pero es que si no me doy prisa llegaré tarde. Estás en tu casa, yo me tomo el desayuno y me voy, sabes dónde lo tienes todo, ¿vale?

Se bebe la leche a toda velocidad y abandona la cocina. No es ni siquiera normal que salga tan pronto un domingo. Pero recuerdo que anoche me dio una tregua y no volvió a preguntarme qué más había pasado, así que debo devolvérsela y quedarme callada. Lo que no haré es quedarme sola en una casa que no es mía. Por tanto, me tomo algo rápido y me meto en el cuarto para vestirme. Si lo hago como de costumbre, estaré preparada antes que ella.

No me equivoco, diez minutos después ya estoy con la mochila en

el hombro y despidiéndome de mi amiga. Mañana cada una irá por su lado al instituto. Si quiere, ya me contará allí lo que ha hecho.

—¡Que no se te olvide el uniforme! —me grita como despedida mientras bajo las escaleras.

Y así es como transcurre mi domingo. Sarah haciendo planes de los que no tengo información ninguna y yo descubriendo varias cosas importantes. Que ya no siento lo mismo por Garret, y no digo que no me guste, solo que me he dado cuenta de que no serviría de nada intentar cambiar las cosas. Por mucho que se empeñe en que debemos darnos una excusa mejor, está con Eliza. Punto final.

Jackson me ha demostrado sigue estando ahí. A pesar de que con los años nuestra relación se ha enfriado, sobre todo desde que yo decidí pasar más desapercibida y él ocupó un lugar importante en el equipo de baloncesto. Le agradezco que ayer estuviera conmigo a pesar de que haya pasado tanto de él, solo por seguir en la sombra y no llamar la atención.

También me gustó la actitud del chico nuevo. Sin que le pidiera nada, él se ofreció a ayudarme a desconectar después de salir corriendo de la discoteca.

Después de salir de la casa de Sarah, decido aprovechar que mi hermano aún no ha vuelto y que mis padres están en el parque con Ava, disfrutando del buen tiempo, para ponerme al día con las asignaturas. Aunque acabamos de empezar el curso, tengo que organizarme ya mismo. Pertenezco al equipo de animadoras y no podré dedicarles las mismas horas a los estudios. Necesitaré plantearme un horario de trabajo para seguir sacando tan buenas notas como hasta ahora.

Mientras organizo mi tiempo me doy cuenta de que mi vida, desde que acabara el curso pasado, ha dado un giro inesperado, pero intentaré aprovechar todos los beneficios de esos cambios, tal vez es lo que necesito para sacar esa Haley que Sarah dice que anda escondida, a la espera de comerse el mundo. No sé si tiene razón, pero no tengo nada que perder y quiero intentarlo.

11

Mierda, mierda y más mierda. Me he quedado dormida y al llegar a la parada del autobús lo he visto alejarse. El gracioso de mi hermano me dice adiós desde la parte trasera. Voy a llegar tarde, mis padres se han ido a trabajar y no hay nadie a quien pueda pedirle que me acerque a clase. Encima, y para rematar un lunes que ya pinta más negro que gris, llevo puesto el maldito uniforme de animadora.

No me queda otra que caminar hasta el instituto, odio llegar tarde y encima cuando no tengo excusa. Mi madre me ha llamado varias veces esta mañana e incluso he apagado las miles de alertas que le pongo al teléfono, pero anoche me costó bastante quedarme dormida. Para martirizarme yo solita, me dediqué a leer todos los mensajes que Garret y yo nos mandamos. Sí, sé que dije que los eliminaría, pero aunque el fin no ha sido el que me hubiera gustado, el recuerdo es alegre. Aunque tendría que haber pensado desde el principio que si los leía acabaría sintiéndome una estúpida por no haberme dado cuenta de las señales. Salvo en el primero de todos, donde decía que se le haría un verano duro porque deseaba verme otra vez, en el resto no había nada a lo que poderme agarrar en aquel momento. Un *cómo estás,*un *tengo ganas de salir de aquí*y poco más. Ningún interés por lo que podría pasar cuando volviéramos a vernos después de los meses de verano. Tendría que haberlo imaginado.

Me coloco los auriculares para recorrer la distancia que separa mi casa del instituto y empiezo a tararear las canciones de mi biblioteca. Un minuto después un coche se coloca a mi lado, circulando a la misma velocidad que yo. No me atrevo a mirar, pero entonces él hace sonar el claxon y ya no me queda más remedio que girarme hacia el idiota que tiene ganas de joderme más este lunes.

—Tranquila, fierecilla. Llevo un rato llamándote. Anda, sube al coche.

—Prefiero ir andando —Garret saca parte de su cuerpo por la ventanilla y niega con la cabeza.

—Sé que prefieres que no te lleve, pero tu sentido de la responsabilidad es más fuerte y no vamos a discutir. Si no subes,

llegarás tarde a clase y te sentirás mal durante lo que queda de semestre.

Odio que las personas que me rodean me conozcan tan bien, sobre todo porque esa es una de las cosas que he intentado evitar en estos años. Resoplo y rodeo el coche para montarme por el lado del copiloto. Si mis padres hubieran cumplido su promesa, ahora mismo no estaría en el todoterreno de Garret.

Me mira con esa preciosa sonrisa suya que hace que me derrita por dentro y me dé cuenta de que los sentimientos siguen ahí. Por mucho que quiera negarlo, el amor no se olvida en un abrir y cerrar de ojos. La música suena baja a través de los altavoces y veo la oportunidad de evitar entablar una conversación con él. Subo el volumen y dejo que la última canción de Bruno Mars llene el silencio que había comenzado a instalarse entre los dos, ya que no estoy dispuesta a responder ninguna de sus preguntas.

Garret estaciona el coche en los aparcamientos del instituto y se baja. Yo tomo mis cosas y salgo disparada de su vehículo, deseando poner distancia, pero él es más rápido que yo y acabamos entrando juntos, codo con codo, solo le ha faltado pasarme el brazo por encima de los hombros para marcar territorio. Más de la mitad del instituto se ha quedado mirándonos al vernos aparecer, y los que no lo han hecho es porque aún están llegando o ya entraron en clase. Sé que hoy se hablará de nuestra llegada, y que eso me costará un enfrentamiento con Eliza.

Garret se queda en el pasillo hablando con unos compañeros del equipo y finalmente llego al aula sola. Entro y saludo a Sarah, que me señala con las manos el que siempre ha sido mi sitio para decirme que está ocupado. Una de las animadoras se ha sentado a su lado, creo que es Kelly (suelo quedarme con los nombres, pero cuando alguien no me importa mucho no pierdo el tiempo en memorizar información que considero irrelevante). Busco un hueco y mi mirada se cruza con la de Jackson, que me hace un gesto para que me siente a su lado. Camino hacia él y ocupo la silla vacía.

—Creo que hace una eternidad que no compartíamos una clase —dice mientras saco lo necesario.

—No seas exagerado, tampoco creo que haga tanto.

—¿Segura?, porque creo que más de lo que imaginas.

El profesor entra y con él, el resto de los compañeros que esperaban afuera. Garret pasa por mi lado para llegar a su mesa y no sé si ha sido de manera fortuita, pero ha rozado mi mano, que reposa sobre la mesa, con la suya. Estoy segura de que mis mejillas se han teñido de rojo, sobre todo por la mirada extraña que me ha dedicado Jack.

—El curso acaba de empezar, así que tenemos que dejar clara una

cosa y sé que os va a gustar. Todos los alumnos de esta clase tienen mi asignatura aprobada con un diez —golpes contra las mesas, vítores, silbidos y gritos de alegría inundan el aula—. Tranquilos chicos, que hay un pero —y de la misma manera en que nos hemos han animado, se hace el silencio —. El diez lo tenéis, ahora solo debéis conservarlo. Haréis un trabajo explicando dónde os veis dentro de diez años. No es tan fácil como parece, así que yo no empezaría a sonreír. Trabajaréis en pareja.

Automáticamente miro hacia Sarah. En los años que llevamos siendo amigas hemos compartido horas y horas de estudio, por lo que hasta en eso nos compenetramos bastante bien. Ella también me mira, y así sé que le hace la misma ilusión que a mí.

—Me gustan los cambios que veo en clase hoy, parece que el destino me sonríe, así que vuestro compañero de proyecto durante el próximo mes será la persona que ahora mismo comparte vuestra mesa. En la mía hay unas pequeñas guías que podréis usar para saber cómo plantear el trabajo. Cuando termine la clase, coged una por equipo. Y ahora que sabéis lo que toca, abrid los libros y haced las tareas que están anotadas en la pizarra.

Me quedo mirando a Jackson y me siento triste, sobre todo al darme cuenta de que Sarah está feliz, abrazada a la animadora sentada a su lado.

—No va a ser tan malo, lo mismo consigo que me vuelvas a llamar Jack, como en los viejos tiempos.

—Ni lo sueñes, Jackson.

Abro el libro y me pongo a hacer las tareas, ignorando a mi compañero y el haberme quedado dormida esta mañana. Si no fuera por eso, ahora mismo estaría con Sarah, hablando de cómo hacer el trabajo y deseando que llegue el momento para pasar muchas más horas juntas. Sin embargo, mi destino es estudiar con Jackson, saber de su vida y compartir la mía con él.

—¿Quedamos esta tarde para ir preparando el trabajo? —retira un poco mi libro para que le preste atención.

—En mi casa, después de las clases —respondo sin levantar la vista.

La mañana pasa más contratiempos. Para mi sorpresa, nadie me pregunta por qué esta mañana he llegado al instituto con Garret, ni siquiera Sarah durante el almuerzo. Ni Eliza, de la que esperaba algún comentario mordaz; al contrario, ha seguido siendo amable conmigo, igual que el fin de semana durante la fiesta.

Salgo la primera del ensayo de las animadoras, decidida a no perder de nuevo el autobús y deseando llegar a casa, cuanto antes me ponga a preparar el trabajo antes terminaré y de esa manera solo pasaré el tiempo justo con Jackson.

En mi habitación, con varios libros abiertos sobre la cama, busco información sobre lo que quiero estudiar en la guía que nos ha dado el profesor. Se supone que debo escribir cómo será mi vida si consigo cumplir mis sueños y expectativas de futuro. Pero me estoy dando cuenta de que ni siquiera sé que me gustaría estudiar si consigo llegar a la universidad. ¡Como para plantearme a qué me voy a dedicar cuando tenga veintiséis!

—Cariño, Jack está aquí —mi madre asoma la cabeza por la puerta —. No me habías dicho que teníais que estudiar y en un rato llegan varias compañeras de clase de tu hermana, así que coge lo que necesites que os vais a su casa.

Estoy a punto de protestar cuando ella me señala con el dedo.

—Ya he pedido unas pizzas para que cenéis allí, así que levántate y sal, que está esperándote en la puerta.

Meto varios de los libros en la maleta que tengo en la silla y me coloco el moño que me hice tras salir del baño. Voy hacia la puerta y me lo encuentro allí, con una sonrisa de oreja a oreja. No sé si ha tenido algo que ver con esto, pero estudiar en mi casa no me parecía tan mala idea como tener que meterme en su cuarto, el cual hace años que no piso.

—Te prometo que no ha sido idea mía —me enseña la maleta que tiene colgada a la espalda, para que compruebe que venía dispuesto a trabajar aquí—, pero cuando tu madre me ha dicho que iba a tener varias niñas en casa le he comentado que estaba solo y le ha parecido bien.

—Vamos a hacer el trabajo.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Me deja espacio para salir de casa y recorrer el pasillo hacia la suya. Definitivamente, no vuelvo a levantarme tarde ni un día más.

12



Cuando entramos en casa de Jackson, me quedo de pie en el salón sin atreverme a seguirlo hasta su cuarto. Han pasado dos años desde la última vez que estuve allí y solo de pensar en pisarlo de nuevo se me ponen los pelos de punta. Miro alrededor y veo que todo sigue igual: una decoración minimalista, se nota que sus padres se dedican a la decoración de interiores.

—¿No vienes? —asoma la cabeza por el pasillo y me dedica una de sus genuinas sonrisas —. Tenemos trabajo.

—¿Por qué no trabajamos en el salón? —intento que no se me noten las pocas ganas que tengo de ir a su dormitorio, pero a Jack es difícil engañarlo.

Se acerca hasta mí y sé que por mucho que insista no va a dar su brazo a torcer, pero tengo que intentarlo como sea. Se coloca a mi lado, pasa su brazo por mis hombros y me empuja con delicadeza para que me mueva hacia la dirección que no quiero tomar.

—Jackson, de verdad, aquí tenemos más espacio.

—Pero no está mi ordenador y seguro que habrá que buscar información. Conociéndote, seguro que no sabes ni lo que vas a hacer mañana, ¿cómo vamos a saber dónde estarás dentro de diez años?

Decido hacer de tripas corazón y permito que me guie hacia ese sitio donde tan poco me apetece volver a entrar. Una vez que estoy en la puerta me quedo observando lo que me rodea. En dos años su habitación ha cambiado mucho. Antes era una extensión de la casa, misma decoración, mismos colores. Ahora ya no, las paredes están cubiertas por pósteres de equipos de baloncesto y grupos de música y en un tablón de madera hay fotos de muchísimas personas, ¿será una de ellas la de…? No, mejor no pensar en eso.

Una vez dentro del cuarto, me quita la mochila del hombro y la coloca sobre la cama, hace lo mismo con la suya y me invita a que me siente sobre la colcha. Ya no tiene una cama individual, ahora es una de matrimonio, donde dos cuerpos pueden tumbarse cómodamente. El colchón ocupa el centro de la habitación, justo debajo de la ventana, a un lado tiene el escritorio y en el contrario el armario.

—Bueno, empecemos, ¿no?

Se sienta frente a mí con las piernas cruzadas, como si fuera un indio, y empieza a sacar cosas de su mochila. Yo sigo sentada al borde de la cama, he entrelazado mis manos porque no sé dónde ponerlas, me están empezando a sudar. Me juré que no volvería a entrar aquí.

—Si no sacas las cosas que necesitamos, no creo que avancemos —lo miro y veo que él está ya preparado, esperando a que yo reaccione —. ¿Qué pasa, Haley?

—Creo que no debería estar aquí… Yo… esto…

—Yo he olvidado lo que pasó.

—Pues a mí me es imposible—una sonrisa pícara se dibuja en su cara y me entran ganas de borrarla de un buen tortazo.

—Sé que fue bastante raro, pero no tuve la culpa. Entraste en la habitación sin siquiera llamar a la puerta, era algo que podía pasar.

—Pero tú estabas… ¡joder! ¡Tus padres estaban en el salón!

—Dilo, ¿qué estaba haciendo?

Me ruborizo solo de pensar en la imagen de Jackson, recostado en su cama, con tan solo la luz de su mesita de noche encendida. Lo primero que vi fue su cara, en una mueca contenida, mis ojos bajaron por su pecho desnudo hasta encontrarse con su mano. La tenía allí mismo, sujetando sus partes.

—Estaba haciendo algo fisiológico, los hombres tenemos nuestras necesidades y en aquella época yo estaba empezando a conocer mi cuerpo. Joder, era solo una paja y parece que he matado a alguien. Desde aquel día dejaste de llamarme Jack, incluso te has distanciado de mí. Sé que ya no paso tanto tiempo contigo, tal vez porque estoy en el equipo de baloncesto, y en el instituto cada uno va por su lado, pero piensa de quién es la culpa, porque creo que mía no.

Me quedo callada, pensando en lo que acaba de decirme. Sé que tiene razón, ya han pasado dos años de aquello y aunque no era mi mejor amigo, ese lugar lo ocupa Sarah, podíamos hablar de muchas cosas, pasar tiempo juntos. Le miro a los ojos, quizás haya perdido dos años de amistad tontamente.

—Lo siento, de verdad, no sé qué me ocurre, pero es que verte así…

—No pasa nada, de verdad. Vamos a hacer una cosa, empecemos a trabajar y no pensemos en aquel día.

Tomo aire e intento hacer lo que me pide. Cojo mis cuadernos y bolígrafos. Observo los que él ha colocado sobre la cama y un libro me llama la atención. Lo tomo en mis manos y empiezo a ojearlo. Es de medicina deportiva, nunca pensé que le interesara. Siempre imaginé que quería dedicarse al deporte profesionalmente, lleva la palabra *triunfador*grabada en la frente.

—¿Y esto? —le digo, mostrándole el libro.

—Un plan B. Quiero jugar en las ligas mayores, eso lo tengo claro, pero nunca se sabe cómo pueden acabar las cosas y prefiero estudiar algo que no me desvincule de este mundo.

—Lograrás todo lo que te propongas, siempre lo has hecho.

Su mirada se torna un poco turbia y creo que he pisado terreno pantanoso, pero ahora que, poco a poco, la tensión entre los dos ha ido disminuyendo, no quiero hacerles un tercer grado a bases de preguntas. Además, ya no sé si recuperaremos la misma confianza de antes, en dos años han sucedido muchas cosas.

—Y tú, ¿qué has decidido? —mira entre mis cuadernos buscando una respuesta.

—Sigo queriendo hacer algo relacionado con los animales, sabes que son mi pasión. Veterinaria es una buena opción.

—Creía que tu pasión era cantar —me ruborizo al ver que se acuerda de lo que hablábamos cuando tan solo éramos unos niños.

—Imposible, eso nunca va a pasar. Ya ni siquiera lo hago bajo la ducha, ¿cómo iba a cantar delante de nadie?

—Pues parece que estás perdiendo el miedo escénico; si no, no estarías en el equipo de las animadoras.

—Empecemos a trabajar, que se nos hace tarde y seguro que cuando lleguen las pizzas no querrás continuar.

Tengo que cortar esta conversación, no me gusta el camino que está tomando, no me apetece hablar de mí y menos que él sepa tanto de mi vida. He conseguido pasar desapercibida durante mucho tiempo y el estar con las animadoras no va a hacer que eso cambie. Una cosa es bailar entre chicas y que apenas se note mi presencia, otra muy distinta es cantar.

Jackson entiende que no quiera hablar del tema, o eso parece, pues ha empezado a tomar apuntes.

Apenas cruzamos palabras durante el tiempo que estamos trabajando y agradezco que, tal como dijo mi madre, al fin suene el timbre y aparezca el repartidor. Jack va a recoger las pizzas y regresa con dos cajas. Hay una pizza pepperoni y otra de carne. Estamos más tranquilos y la conversación resulta más amena. Me cuenta cosas de sus entrenamientos, me habla de lo emocionado que está esta temporada, porque el entrenador ha conseguido que varios ojeadores vengan a los partidos; el del próximo sábado será muy importante para todos.

Me he comido varias porciones de pizza y estoy llena, lo cual agradece Jack, que ahora come sin remordimientos ni temor por dejarme sin nada.

—Estoy hasta arriba —anuncia después de tragarse el ultimo trozo.

—No me extraña, no has dejado ni las migas.

Sin darnos cuenta hemos acabado sentados uno al lado del otro

comiendo y compartiendo anécdotas de estos dos años en los que apenas hemos hablado.

—Tengo que alimentarme bien, los entrenamientos son muy duros y me consumen, este cuerpo hay que mantenerlo en forma.

Le golpeo el brazo, él agarra mi muñeca y me atrae hacia sí. Le permito que me acurruque sobre su hombro y nos dejamos caer sobre la cama. La verdad es que echaba de menos días así con él. En otros tiempos solíamos pasar buenos ratos juntos y reírnos sin importarnos nada.

—Te quedas, ¿verdad? Por los viejos tiempos. Pongamos algo en la tele. Tu madre sabe que estás aquí, cuando quieras volver a casa solo tienes que cruzar el pasillo.

—Por los viejos tiempos.

Se levanta de la cama y sale de su cuarto a toda velocidad. Le escucho trastear en el salón y oigo cerrarse la puerta de la casa. ¿Adónde ha ido? Mientras vuelve recojo las cajas de las pizzas y organizo un poco las redacciones que hemos dejado a medias. Ya tengo el guion de lo que será la suya y él tiene el mío. Doy una vuelta por su habitación y me quedo frente el panel donde están las fotos. Hay una del equipo completo y del último partido que ganaron, el que les hizo campeones de la liga de institutos. Otro de las animadoras, su familia, otra con Garret. La observo con cierta extrañeza. Hay algo extraño, ambos miran hacia delante, pero ninguno lo hace a la cámara, es como si observaran a alguien situado justo detrás del fotógrafo. Me encantan aquellas en las que sale haciendo muecas. En una de ellas está junto a las animadoras, haciendo el tonto. Me parece ver otra foto detrás. Retiro la que me molesta y me sorprende al encontrar una nuestra de hace mucho tiempo, cuando aún íbamos al colegio. Es la única imagen mía que hay en el tablón, me sorprende que esté oculta.

Escucho de nuevo la puerta y dejo la fotografía donde estaba. A toda prisa, ocupo el mismo lugar de antes. Justo a tiempo, ya que acaba de entrar en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

—Toma —me lanza una bolsa y veo mi pijama dentro—. Le he dicho a tu madre que vamos a ver una peli y dice que no tengas prisa.

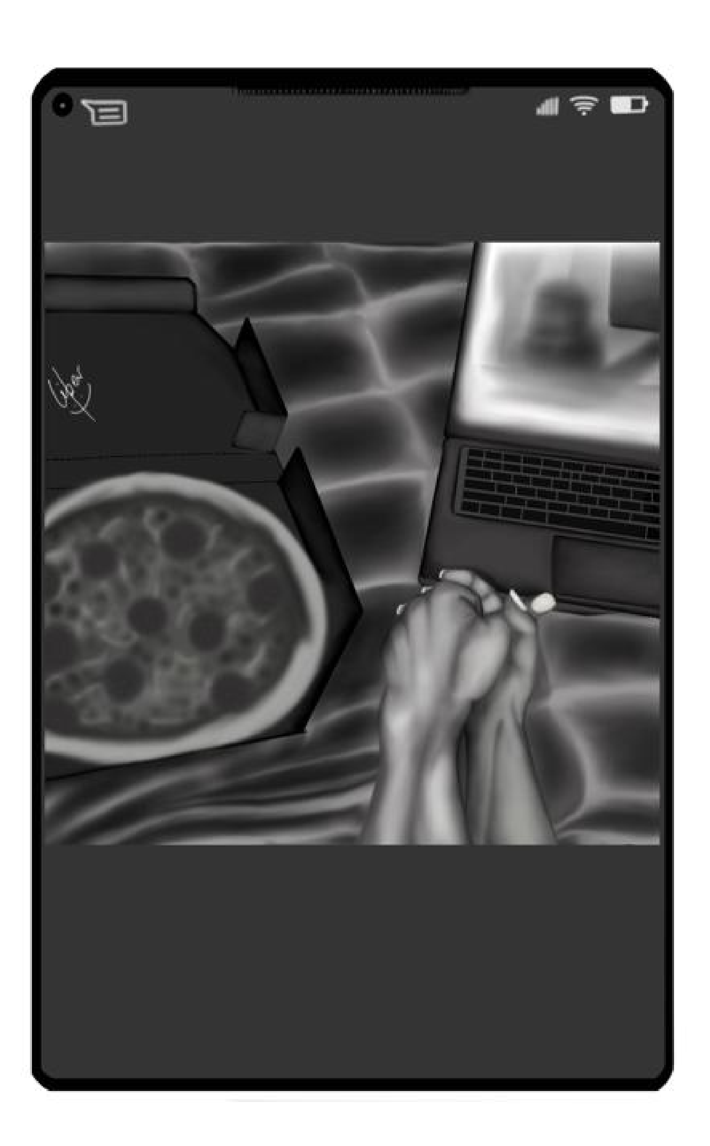
Asiento, la verdad es que me gusta la idea de quedarme. ¡Pensar que no quería ni entrar en la habitación y ahora vamos a compartir una peli y palomitas! Sí, palomitas también, porque en la otra mano trae un paquete de palomitas enorme.

Se sienta a mi lado y coloca el paquete de palomitas sobre sus piernas. Coge el mando de la tele de la mesita de noche y pone Netflix. Me mira y me sonríe y yo siento que es el Jack de siempre, que solo mi vergüenza ha sido la responsable de que nos distanciáramos.

—Jack, lo siento —una enorme sonrisa se dibuja en su cara, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Ahora sí, Haley, ahora sí pareces tú.

Dejo que pase su brazo sobre mis hombros, como antes, y me acomodo en su pecho. Su respiración me relaja, el latido de su corazón es un ritmo suave y mis ojos comienzan a cerrarse. Después de mucho tiempo, me siento bien. Jack es un buen chico y un gran amigo.



13



¿Cómo se puede cambiar tanto de la noche a la mañana? No lo sé, pero siento que ha sucedido, y para bien. Me he despertado en la cama de Jack, como cuando éramos pequeños, pero no hay nada indecoroso en ello, todo lo contrario. Me tenía entre sus brazos y cuando he abierto los ojos ahí estaba esa sonrisa suya que siempre me ha dedicado y tanto echaba de menos, sin siquiera darme cuenta.

He ido a mi casa y he desayunado con mi hermano, que tenía cara de pocos amigos y ninguna gana de hablar. Jack me ha dicho que me recogería para ir en su coche y que a partir de ahora me olvide del bus escolar, tenemos que recuperar el tiempo perdido. Me gusta mucho la idea.

Así que vamos en el coche escuchando música, me agrada saber que seguimos manteniendo los mismos gustos y que podemos decirnos tantas cosas sin hablarnos. Parece que hoy será un gran día.

—Ya estamos, Hal. A por ello.

Salgo del coche y lo rodeo hasta encontrarme frente a él. Lleva esa gorra de baloncesto que tan bien le sienta y sé que sabe lo que voy a hacer. Era algo que formaba parte de nosotros y ahora que parece que todo vuelve a ser como antes, quiero recuperar las viejas costumbres. Salto y enrosco mis piernas en su cintura. Él deja escapar una carcajada, me aprieta contra su cuerpo y giramos.

—¿Sabes que estamos en el instituto? —dice, entre risas.

Me bajo de sus brazos y escondo la cabeza en su pecho. Mierda, si quería seguir pasando inadvertida lo que me quedaba de curso, yo solita me lo estoy poniendo bastante difícil.

—Vamos, no pasa nada, somos amigos y quien diga algo de ti se las tendrá que ver conmigo.

Varias personas se han quedado observando la escena que he montado. Entramos al edificio y cada uno se dirige a su taquilla a dejar las cosas y recoger las que nos hacen falta para las clases. No voy a permitir que nada ni nadie me borre la sonrisa que llevo en la cara.

Al entrar en el aula me sorprende volver a ver a Sarah sentada

junto a Kelly, nos miramos y nos sonreímos. Tiene que estar con ella unos días, me repito en mi mente, están haciendo un trabajo juntas y deben conocerse mejor. Miro la mesa que compartí ayer con Jack y está vacía, por lo que decido sentarme allí y ver si él decide ocuparla conmigo.

—Y parecía una mosquita muerta —la voz de Eliza llega hasta mis oídos—. Bueno, ella solita se lo está buscando.

—No le des más vueltas —le contesta Garret.

—¿Vas a ponerte de su parte? Porque espero que no —Eliza suena irritada.

Aunque estoy mirando al frente, intento concentrarme en la conversación que mantienen a mi espalda. Sin embargo, Jack aparece por la puerta de clase en ese momento y me dedica una estupenda sonrisa que me hace olvidar lo que ocurre a mi alrededor.

—Anoche te dejaste esto —saca una de mis gomas del pelo y se la quito rápidamente de las manos—. Estaba entre las sábanas, la vi esta mañana al hacer la cama.

Tomo su mano para que se siente rápido a mi lado. Lo que me hace falta ahora es que la gente sepa que hemos dormido juntos. Ambos sabemos que no ha pasado nada, pero no quiero tener que dar explicaciones a nadie.

—¿No podías esperar a dármela después? O decir otra cosa —miro a mi alrededor y mis ojos se cruzan con los de Eliza y Garret. Sé de sobra que lo han escuchado todo—. ¡Mierda!

—Tranquila, Hal. No hace falta ponerse así.

—Claro, porque tú serás un machote y a mí… a mí me dirán de todo —susurro las palabras para evitar que puedan seguir nuestra conversación.

—Ya te lo he dicho antes, eres mi amiga y no voy a dejar que nadie diga nada malo de ti. Lo he hecho siempre y no voy a dejar de hacerlo ahora.

Voy a preguntarle a qué se refiere, pero en ese momento entra el profesor y nos manda a todos callar y ocupar nuestro sitio. Cada vez que intento preguntarle a Jack a qué se ha referido con «lo he hecho siempre» me hace un gesto para que guarde silencio, ya hablaremos después.

Una vez que termina la clase, Jack se levanta y me pide que le espere. Garret, Eliza y Kelly van tras de él y Sarah se queda sola en su mesa. Decido aprovechar para hablar con ella.

—Hola, Sarah. ¿Dónde has estado estos días? No he sabido nada de ti —observa cómo me siento a su lado y algo en su mirada ha cambiado.

—Ya veo que tú con Jack… ¿Habéis hecho las paces sobre eso que no podías contarme? —noto ironía en su voz y no me gusta nada.

—Hacemos el trabajo juntos y lo que nos pasó fueron cosas de críos, nos ha venido bien lo del trabajo.

—¿Solo el trabajo?

Al parecer Sarah también ha escuchado el comentario de Jack sobre mi goma del pelo, pero no me importa. Simplemente me está molestando el tono que usa para hablarme, nunca me ha hablado así y no entiendo a qué viene.

—Sarah, nos conocemos los tres desde pequeños, sabes que sus padres y los míos son muy buenos amigos, no es la primera vez que pasamos la noche juntos —intento explicarle lo que ha sucedido, es a la única a la que me atrevo a decirle las cosas.

—Tú lo has dicho, no es la primera vez.

—¿Qué estás insinuando, Sarah? —me podía esperar este comentario de cualquiera, pero no de ella.

—Ya hablaremos, Kelly está ahí.

Me levanto de la mesa y veo a Jackson esperándome en la suya. Tengo que apretar los labios para contener el sollozo que está a punto de escapar de lo más hondo de mi pecho. No hubiera imaginado algo así de mi mejor amiga. Llego a la mesa y, cuando estoy sentándome, una lagrima resbala por mi mejilla. No, ahora no. Cojo mi maleta y el cuaderno y salgo a toda velocidad de la clase. Escucho al profesor preguntar qué me pasa, pero no respondo, necesito salir de ahí y pensar qué puede haber cambiado entre Sarah y yo para que me haya tratado de esa manera.

Corro por el pasillo sin importarme quien está mirándome ni los comentarios que hacen a mi alrededor, quiero irme y esconderme, pero algo bloquea mi paso y unas manos me agarran por los hombros, evitando que choque con la persona que tengo delante.

—¿Qué te pasa, Haley? —lo pregunta la persona a la que menos me apetece contárselo—. ¿Por qué lloras?

Pasa sus manos por mis mejillas para secar las lágrimas que no dejan de correr. Siento que no debería hacer esto, pero dejo que me rodee con sus brazos y acaricie mi espalda. Es una sensación tan placentera que por momentos olvido lo ocurrido. Su olor traspasa todo mi cuerpo, el latido de su corazón me calma, esto solo podía hacerlo él.

—Vamos, salgamos de aquí.

Sigue manteniéndome entre sus brazos y abandonamos del edificio. Lo rodeamos y caminamos hasta el campo de baloncesto. Subimos hasta las gradas. No ha dicho nada, y yo me siento tan bien entre sus brazos que no quiero que esta sensación acabe.

—Siéntate —lo hago sobre unos ladrillos de obra que hay colocados debajo de las gradas, como si fueran un banco de piedra—. Puedes contarme lo que sea.

—No, Garret, no es tan fácil.

—Sé que no me he comportado como debería, sé que he sido un cabrón y no tengo excusas, pero créeme cuando te digo que me gustas de verdad. Lo que pasa es que no resulta fácil.

—No quiero hablar de eso ahora —levanto la mirada y me lo encuentro en esa postura desenfadada que tanto me gusta, apoyado en uno de los pilares de la grada.

—Pues dime qué te pasa.

—No quiero hablar de nada contigo —alzo la voz y aprovecho que no esperaba mi reacción para levantarme del improvisado banco y marcharme.

Doy varios pasos pensando que, por una vez, alguien me hace caso y deja que me desahogue sola, pero no, este no es el día. Garret toma mi mano y me obliga a darme la vuelta y mirarlo de frente. Me mira a los ojos, el azul de su mirada se ha oscurecido, se pasa la lengua por los labios y antes de que me dé cuenta los une con los míos y me sujeta la cara para que no pueda separarme de él. Pero no quiero hacerlo, dejo que me bese, dejo que saboree mi boca, porque de esta manera yo hago lo mismo con la suya. Rodeo su cuello con mis brazos y dejo que introduzca su lengua hasta que mil mariposas estallan en mi interior.

—Dios, tenía tantas ganas de volver a hacer esto.

Sus palabras hacen que vuelva a la realidad y en ese preciso momento la imagen de Eliza se dibuja en mi cabeza. No puedo hacer esto, no puedo besar a Garret, está mal, por mucho que esté enamorada de él hasta dolerme. Me separo y doy un paso hacia atrás para poner distancia entre nosotros, él no quiere que esto pase, porque intenta atraerme de nuevo hacia su cuerpo. Pongo mi mano en su pecho para impedirlo.

—Garret, no.

—Haley, ambos queremos, tú me gustas.

—¿Y Eliza? —el niega con la cabeza, como si yo supiera qué es lo que pasa.

Se queda callado y me suelta. Sé que esta vez no va a impedírmelo, así que aprovecho y me voy de allí. Si tenía la cabeza hecha un lío por lo de Sarah, ahora sí que no sé lo que tengo que hacer. Miro la hora en mi móvil. La clase está a punto de terminar y lo próximo que toca es un ensayo con las animadoras. Hoy decidí no traerme el uniforme puesto, sigo sin sentirme a gusto con él, así que camino hasta la taquilla para cogerlo y ponérmelo en el baño.

Me meto en uno de los cubículos y en ese momento entra alguien riéndose. Sé que es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás, pero esa risa la reconocería en cualquier parte, Eliza.

—¿De verdad os creéis que esa se ha acostado con Jackson? Porque

yo no —es la voz de Kelly, al parecer son tres las chicas que han entrado.

—Pues es lo que él ha insinuado. Si no lo ha hecho, dime qué es lo que busca —le contesta Eliza.

—Popularidad —el pulso se me para y tengo que ponerme las manos en la boca para retener el grito que está a punto de escapar de mi garganta—, siempre ha sido así; si no, decidme qué es lo que buscaba de mí, porque le ha resultado muy fácil una vez dentro del equipo.

—Pero fuiste tú quien la recomendó, Sarah, y ahora no podemos echarla, el primer partido es este viernes y es muy buena.

Empiezo marearme, las escucho salir del baño y me siento sobre el wáter. No he podido oír lo que acabo de oír. No de Sarah, ella nunca opinaría eso de mí, tiene que haber algo detrás que se me escapa. Termino de vestirme porque, aunque ahora mismo quisiera huir, no puedo dejarlas tiradas, he de asistir al ensayo, aunque ya no por ellas, sino porque me he comprometido a hacerlo.

El ensayo es extraño. Eliza se comporta conmigo como si no hubiera pasado nada, Sarah solo me dirige la palabra para decirme los fallos que he tenido, de una forma nada amable. Cuando terminamos vamos a almorzar y no sé dónde sentarme, porque la que para mí sigue siendo mi mejor amiga, hasta que sepa el porqué de sus comentarios, lo ha hecho al lado de las animadoras y no me apetece dedicarme a sonreír a comentarios falsos. Elijo una de las mesas del final, una que está vacía, aunque no por mucho tiempo, pues Jack llega y se sienta a mi lado.

—No dejes que los comentarios te amarguen el día.

—Veo que sabes de sobra lo que pasa —le replico.

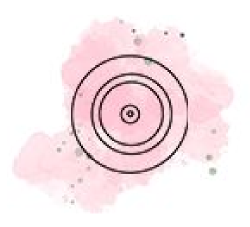
—El instituto no es tan grande como parece y sé que en parte ha sido culpa mía, lo siento.

—Pues yo sí que lo siento, porque me temo que estoy rodeada de hipócritas —miro al frente y veo que Garret se ha sentado entre Sarah y Eliza y ríe con ellas.

—Comamos y terminemos las clases que nos quedan, después te llevaré a casa.

Y hago exactamente lo que me dice. Comparto las clases junto a Jack e intento ignorar todo lo que pasa a mi alrededor. El que parecía que iba a ser un gran día se ha transformado en el anuncio de que va a ser el peor año de mi vida.

14



Llego a casa y mis padres están el salón viendo dibujos animados con Ava. En otro momento me quedaría un rato con ellos, me encanta disfrutar de estos momentos tonto del día, pero hoy no estoy con muchos ánimos y tampoco me apetece contestar a preguntas para las que ni yo misma tengo respuesta.

Mi hermana viene corriendo hacia mí para que la coja en brazos. Tiene esa sonrisa tan bonita en la cara y un olor a niña pequeña que hace que con solo mirarla todo alrededor quede en un segundo plano.

—Hola, Laly. Hoy no vamos al parque, papá está malito.

Lo miro y me doy cuenta de que unas ojeras ensombrecen sus ojos, su mirada es triste y cuando escucha a mi hermana decir que se encuentra mal fuerza una sonrisa. Me acerco a él, dejo a mi hermana sobre sus rodillas y deposito un beso en su frente. No tiene fiebre, y me preocupa su aspecto demacrado.

—¿Ha pasado algo, papá?

—Nada por lo que preocuparse, mucho trabajo, nada más.

No me quedo tranquila con su respuesta, miro a mi madre y su mirada me deja algo más relajada, ya que sería incapaz de mentirme.

—Pues intenta descansar un poco, yo me voy a mi dormitorio, tengo muchas tareas que hacer. Si me necesitáis, avisadme.

Entro en la cocina a por un refresco. Una vez en mi habitación, dejo las cosas sobre la cama y me pongo ropa cómoda, no me he quitado siquiera el uniforme de animadora después de los ensayos, pero la verdad es que no tenía ganas de meterme en el baño y volver a vivir otra escena como la pasada.

Saco el *pendrive*que me dio Jack esta mañana. Hay un resumen de lo que espera que sea su vida dentro de diez años y espero a que el ordenador se encienda para ponerme a trabajar en ello.

Cuando nos hemos despedimos en la puerta de mi casa, Jack me preguntó si quedaríamos hoy para seguir trabajando y tuve que inventar una excusa. Debería preguntarle muchas cosas, pero no hoy. Antes he de aclarar mis ideas y escoger bien las preguntas para conseguir las respuestas que realmente necesito.

—Vaya, Haley. No me esperaba eso de ti —Max está apoyado en la puerta de la habitación, lleva solo unos pantalones de chándal que descansan en sus caderas, el pecho desnudo y va descalzo.

—¿Qué quieres, enano? —digo, cabreada por la intromisión.

—Saber si es verdad lo que se dice por ahí —entra sin que lo haya invitado y me acerco a él para que no avance más.

—Si me dices de qué se trata, podré decirte algo.

—Solo sé que has llegado dos días con dos chicos distintos, la gente habla y quiero saber si es verdad.

—Me da igual lo que la gente diga, ambos se ofrecieron a llevarme —elevo la voz, cada vez más mosqueada por lo que está insinuando.

—No tienes por qué pagar conmigo tus enfados —se da la vuelta para abandonar la habitación, pero antes de hacerlo vuelve a mirarme —. Eres mi hermana y no me gustaría tener que partirle la cara a nadie.

Debo analizar toda la situación, no sé qué demonios ha pasado hoy para que todo se haya ido a la mierda. Joder, si llego a saber que todo esto ocurriría por arreglar mi amistad con Jackson me hubiera quedado como estaba. Solo hay una persona que puede darme alguna respuesta. Saco el teléfono de mi mochila y busco su nombre en la agenda, la tengo en las preferencias, así que voy a la marcación rápida y dejo que los tonos de llamada suenen a través del auricular. Es extraño que Sarah no conteste a la primera, lo que ha pasado no es normal, pero la conozco bastante bien como para saber que es de las personas que dan la cara.

Tras intentarlo varias veces más, dejo el móvil sobre el escritorio y decido concentrarme en la redacción. Cuanto antes la tenga preparada, mejor. Disfruto con ella porque compruebo que Jackson sigue siendo el mismo de siempre, pero ha evolucionado y madurado y me encanta leerlo. En el momento en que voy a repasar lo que llevo escrito, mi móvil vibra sobre la mesa y la pantalla se ilumina. Sarah acaba de mandarme un mensaje.

Sarah:
No era el momento de hablar, si quieres me paso por tu casa.

Le contesto que sí y me dice que llegará en cinco minutos. Aviso a mis padres, para que cuando llegue pase directamente a mi habitación. Mi hermano se ha asomado a la puerta para ver qué estoy haciendo. Se ha cambiado de ropa, seguramente irá a dar una vuelta con sus amigos.

Sarah llega y se queda en la puerta, como esperando que la invite a pasar. Le hago un gesto con la mano golpeando el colchón para que se siente a mi lado y lo hace, aunque deja bastante distancia entre las dos, incluso coloca su bolso en medio.

—¿Qué es lo que pasa, Sarah?

Está nerviosa, lo sé, cuando se pone nerviosa no deja de tocarse la alianza de casada de su madre, que lleva desde que ella falleció.

—No sé a qué vino tu actitud esta mañana, pero sabes que puedes confiar en mí —continúo. No quiero decirle que la escuché en el baño, prefiero que sea ella la que se atreva a contármelo y me explique las razones de que hablara así de mí. No deseo perderla, no puedo perderla, es la única persona que me entiende.

—La clase iba a empezar y no podía decirle a Kelly que se cambiara de mesa, todo el tiempo que pasemos juntas nos ayudará a que el proyecto salga lo mejor posible.

—Sabes que no me refiero a eso, parece que te molesta que me vuelva a llevar bien con Jack.

—Lo llamas otra vez Jack —afirma, no pregunta—. Te ha venido genial ser animadora, ¿verdad?

—Sabes que lo estoy haciendo como un favor para el equipo, si mi conciencia me dejara ya no pertenecería al equipo, no me gusta ser el centro de atención y lo sabes —me muerdo el labio para aguantar un poco más antes de decir todo lo que sé.

—Claro, no quieres llamar la atención, por eso un día apareces con Garret y otro con Jack —ha elevado el tono de voz y sé que al fin voy a saber qué le pasa —. Nunca te has relacionado con ninguno de ellos y mírate ahora, tonteando con ambos. Dime qué es lo que quieres. ¿Popularidad? Porque no es eso lo que vas a conseguir.

—¡No quiero eso! Es algo con lo que pueden quedarse Eliza y las demás, pero que esas palabras salgan de tu boca me duele, Sarah. Dime de verdad qué es lo que te preocupa.

En ese momento Max abre la puerta y se asoma.

—Se os escucha desde mi habitación, y seguramente papá y mamá también os estén oyendo. No están acostumbrados a escucharos pelear y no creo que os haga gracia que aparezcan.

Sarah se endereza y se recoloca el pelo, me fijo en el que sus mejillas se encienden y vuelve a jugar con la alianza de su dedo. Max se ha vestido y peinado, no se ha ido y empiezo a darme cuenta de que aquí hay algo más.

—Bajaremos el volumen, pero hazme el favor de irte y no meterte donde no te llaman.

Me hace un gesto obsceno con la mano y lo ignoro, se despide de Sarah y ella le sonríe. Necesito que arreglemos lo nuestro antes de preguntarle qué narices acaba de pasar, porque estoy segura de que me estoy perdiendo algo importante.

—Sarah, eres mi mejor amiga y eso no lo va a cambiar nada ni nadie. Sabes que me gusta ser sincera y quiero que sepas que os escuché a Eliza, a Kelly y a ti cuando hablabais en el baño —su

mirada se enturbia y sé que está a punto de llorar —. Sé que no sientes lo que dijiste, si fuera de otra manera, ahora no estarías aquí.

—¿Aún soy tu amiga? —una lágrima resbala por su rostro.

—La mejor —me acerco a ella y la abrazo.

—¿Y Jack?

—Él también es un buen amigo, pero no como tú. Solo a ti te puedo contar las cosas que me pasan, cómo me siento, qué necesito, porque solo tú sabes qué decirme.

—Perdóname… Yo… sentía que ahora que volvías a estar bien con Jack, acabaría en un segundo plano.

La abrazo más fuerte y le prometo que eso nunca va a pasar. Y pensar las vueltas que le he dado al asunto… Creo que, si hubiera sido al revés, si hubiese estado en su lugar, me hubiera sentido incluso peor que ella. Odio esta faceta de inseguridad suya y comprobar que esta vez me he llevado la peor parte, pero tengo claro que lucharé siempre porque nuestra amistad no se pierda.

—Y cambiando de tema, ¿qué ha sido eso que ha pasado con mi hermano?

—Nada…

—No puedes engañarme, si fuera así ahora mismo no estaríamos aquí.

Duda, se levanta de la cama y camina hasta la puerta. Abre y comprueba que no hay nadie en el pasillo. Entonces se sienta de nuevo a mi lado, esta vez no hay obstáculos entre ambas. Está nerviosa por lo que tiene que contar me, no sé lo que será, pero empieza a contagiarme sus nervios.

—Prométeme que no te vas a mosquear —unimos nuestros meñiques en una promesa, como siempre hemos hecho—. Mis planes del domingo eran con tu hermano.

Me quedo sin palabras, pensaba que solo se gustaban o algo por el estilo, pero de ahí a que hayan quedado… Esto es algo que me supera. Me levanto de la cama y empiezo a dar vueltas por mi cuarto. Tengo ganas de ir a buscar a mi hermano y traerlo de los pelos para saber qué narices ha pasado entre los dos. Sarah se levanta y me detiene.

—Haley, tranquila, no ha pasado nada.

—Ahora me dirás que no es lo que parece —se hace el silencio y Sarah vuelve a ponerse colorada —. Sarah, por favor, que es mi hermano pequeño.

—Solo un año —replica.

—Vale, yo no soy quién para meterme en nada de su vida ni de la tuya, pero hazme el favor de tener las cosas muy claras antes de hacer nada y…

—De contarle solo lo necesario.

Me encanta que me conozca tan bien, por algo es la única persona

que puede acceder al puesto de mejor amiga. Ambas sabemos que tanto nuestra pelea como el asunto que se trae con Max tienen que quedarse en segundo plano, por ahora. Charlamos un poco más, le explico que el enfado entre Jackson y yo fue solo por un malentendido. Me entran ganas de explicarle lo que ha ocurrido con Garret, pero no quiero ponerla en el aprieto de que lo sepa cuando pasa cierto tiempo con Eliza, aunque la confianza que tiene en ella sea la justa. Una cosa son los besos que nos dimos cuando ellos no estaban juntos. Ahora es muy distinto, porque ahora sí lo están.

Nos despedimos hasta mañana y acabo prometiéndole que cuando salgamos del instituto iremos a su casa, por lo visto necesito probarme el uniforme de gala para el partido del fin de semana y algo para la fiesta de después. Mi ropa sigue sin ser la adecuada. Me encanta que todo haya quedado en un malentendido.



Acaba un día más de clase. Si se ha hablado de mí, yo he pasado de todo. He ido al instituto con Jackson, las clases han sido bastante amenas. Finalmente he llevado puesto el uniforme para no tener que meterme en el baño a cambiarme de ropa. Las risas de Jack durante todo el viaje han sido ensordecedoras, continúa insistiendo en lo extraño que le parece que haya aceptado «semejante trabajo». No entiende que es un favor, pero me da igual, sé que en el fondo le gusta verme así, de esta manera coincidimos más veces en el día y no es tan malo para su popularidad que lo vean hablando conmigo mientras lleve puesto el uniforme.

En el almuerzo, Sarah se ha sentado conmigo y hemos estado muy cómodas, Kelly ha pasado por nuestro lado y no ha dicho nada. Eliza, en cambio, me ha felicitado por el último ensayo, incluso me ha dado las gracias por la sugerencia que he hecho sobre un paso que se veía demasiado brusco. Sarah no ha soltado prenda sobre mi hermano, eso es buena señal, porque significa que si ha pasado algo no habrá sido nada malo. Jackson ha insistido en llevarnos a ambas a casa de Sarah al acabar las clases, solo nos tocará esperar a que termine un entrenamiento.

Cuando el timbre anuncia el fin de la última clase, lo chicos del equipo salen a toda velocidad, el entrenador debe explicarles algo de la táctica que usarán en el partido. A mí, la verdad, nunca me ha llamado mucho la atención el baloncesto, pero me encanta oír a los chicos hablar con ese entusiasmo, ponen la misma cara que yo cuando escucho una nueva canción en la radio o mi madre me trae un disco que le ha prestado algún compañero de trabajo.

—Dime qué estabas pensando —la voz de Sarah me saca de mi trance —, tenía que ser bastante interesante, por la cara que estabas poniendo.

—De música —me sincero, quiero que sepa que le he perdonado todo lo del día anterior y que confío en ella.

—Deberías cantar más a menudo, lo haces muy bien.

Recojo la mesa y le propongo ir a ver entrenar a los chicos mientras esperamos a que Jack termine. Sarah respeta que no siga hablando del tema. Sabe que lo de cantar es un asunto tabú, la música ha pasado a la historia en mi vida excepto cuando me ducho, ya solo me concentro en sacar buenas notas, obtener el máximo de créditos y conseguir una buena recomendación para la universidad. El día que me toque elegir una, necesito que sea la mejor.

Nos sentamos en las gradas con un par de refrescos de la máquina dispensadora del comedor. Los chicos corren alrededor de la pista. Garret va gastando bromas a varios y a la cabeza del grupo están mi hermano y Jackson. Max suele poner poco interés en las cosas, pero con el baloncesto parece haber encontrado algo que de verdad le importa. Al final del pelotón corre el chico nuevo, y justo cuando me quedo mirándolo vuelve la vista hacia nosotras y hace un gesto con la mano para saludarnos.

—El nuevo es muy raro —comenta Sarah.

Le doy la razón. Es cierto que no parece muy normal, pero hay algo en él que me hace pensar que puedo confiar. Sin darme cuenta, he empezado a compararlo con Jackson y Garret. No sé qué demonios está pasando, pero estoy deseando que esta semana acabe, que el partido pase y poder dejar el equipo de animadoras para volver a mi vida de siempre.

15



Siento que mi vida está a punto de dar un giro de ciento ochenta grados. Apostaba a que este año sería tranquilo: Sarah y yo compartiendo pupitre en clase, ella con las animadoras y yo a lo mío, pero nada se parece a lo que esperaba. De repente me he visto formando parte de un grupo del que siempre intenté mantenerme alejada. He besado al chico que me vuelve loca, mi primer beso correspondido. Tal vez me hice demasiadas ilusiones, me monté ese tipo de películas en el que los protagonistas acaban siendo felices y comiendo perdices, pero la realidad tiene forma de muro y me he golpeado contra él. Dicen que si hay algo en la vida que no quieres que te pase, es mejor que ni lo pienses. Y aquí estoy ahora, sentada en las gradas del campo de baloncesto, viendo correr a los chicos, esperando a que Jackson nos lleve a casa de Sarah.

—¿Crees que pasará algo si dejo el equipo cuando pase el partido?

Mi amiga me mira sorprendida, ha estado hablándome mientras divagaba y mi frase debe ser lo que menos esperaba oír.

—¿Quieres hacerlo?

—No se trata de si quiero o no, es que debo hacerlo, ese puesto no es para mí y me va a traer más quebraderos de cabeza que otra cosa. No voy a negar que me gusta bailar y que hay momentos en que me siento muy bien haciéndolo, pero toda la responsabilidad que conlleva no va conmigo.

—Vamos a ver, Haley. Estás en el equipo porque lo vales, no pienses que yo he tenido nada que ver, di tu nombre porque te sabías las coreografías, tú sola te has ganado el puesto —se acerca a mí y sujeta mis manos—. Sé que dije palabras que te costará olvidar, yo sé que no quieres popularidad. De la misma manera entiendo que te cueste estar cerca de Eliza, sobre todo por su relación con Garret. Las demás chicas no tienen personalidad, solo van a hacer lo que su capitana les diga y ya sabes que ella te quiere en el equipo.

Sopeso sus palabras, solo llevo una semana y el primer partido es el más importante. Eliza se está portando demasiado bien y la verdad es que, conociéndola, no puedo bajar la guardia. El resto de las chicas no

me importan. Ella continúa.

—He sido una imbécil, porque en vez de aprovechar esto y pasar más tiempo contigo casi meto la pata y pierdo a mi mejor amiga. Así que no me gustaría que dejaras el equipo, aunque si es lo que sientes que debes hacer tendrás todo mi apoyo. Solo voy a pedirte una cosa, no tomes tu decisión hasta después del baile, por favor.

Asiento y me abraza. Sé que sus palabras son sinceras, me va a costar confiar en ella como solía, pero los años que la conozco me dan experiencia de sobra como para saber cuándo habla con el corazón.

Decidimos ver los entrenamientos y me sorprendo al darme cuenta de que apenas he seguido al equipo, incluso podría decirse que no entiendo casi nada de baloncesto. Cuando Max y mi padre se ponen a ver un partido en la tele soy de las que se levantan para hacer cualquier cosa con tal de no participar en una conversación que no entiendo para que acaben metiéndose conmigo. Sarah me explica varias cosas, pero se me escapa cuándo han de correr y para qué sirven las bases, así que me quedo observando e intento aprender todo lo que puedo.

Los chicos terminan y después de una charla con el entrenador se retiran a los vestuarios. Mi amiga y yo decidimos acercarnos a la salida para esperar a Jack. Al llegar sale mi hermano. Una sonrisa burlona se le dibuja en la cara cuando su mirada se cruza con la de Sarah. Ella se ruboriza y baja la cabeza para que yo no pueda verla, pero ya es demasiado tarde. Me hago la tonta y digo que me he dejado algo en las gradas para darles un poco de intimidad. Me va a costar asimilar lo que está pasando entre estos dos, pero tampoco soy quién para meterme donde no me llaman. Me alejo y disimulo buscando algo cuando una bola de papel me da en la cabeza. Me giro para ver quién ha sido el idiota que lo ha tirado y allí, de pie, delante de mí, está Garret con su fabulosa sonrisa, como si horas antes no hubiera pasado nada bajo estas gradas.

—¿Te ha gustado el entrenamiento? —dice mientras me agacho a recoger la bola de papel.

—No ha estado mal, pero veo que te vas quedando atrás durante los ejercicios —ha podido sonar mal intencionado, pero así ha sido, y si puedo sacarlo de sus casillas pienso hacerlo.

—Tal vez es que me gusta esa posición, teniéndolos delante puedo observar los puntos débiles de cada uno.

Me da la sensación de que está hablando de otra cosa y no de los entrenamientos, pero me niego a averiguarlo. Me dispongo a bajar de las gradas cuando él da un par de pasos hacia mí y me obstaculiza el camino. Intento pasar por un lado, pero vuelve a moverse, de manera que no puedo bajar. Pongo las manos en jarras sobre las caderas y

golpeo con el pie, nerviosa.

—Haley, tenemos que hablar.

—No, Garret. Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Cada vez que vuelves a eso las cosas empeoran. Estás con Eliza y me parece genial, en el fondo sabes que formáis la pareja perfecta, yo solo soy un capricho.

—Te equivocas, eres más que eso, si no, dime ¿por qué quiero besarte siempre?

—Porque estás acostumbrado a conseguir lo que quieres y un *no*se convierte en un reto para ti, pero yo me niego a ser eso. Me encantó la fiesta, me encantó compartir los mensajes contigo este verano, pero todo ha quedado atrás. Deberías darte cuenta de que ya tienes lo que necesitas.

Me mira y, como en la última fiesta, veo algo en su mirada que no me gusta, doy un paso atrás para intentar poner distancia entre ambos, pero mis piernas golpean contra el asiento trasero y acabo cayendo de culo en él. Garret aprovecha mi tonta caída para acercarse aún más y sujetar mis mejillas entre sus manos. El pulso se me acelera, pero esta vez no es por la pasión sino todo lo contrario. Como puedo pongo mis manos sobre su pecho para que le cueste más acortar la distancia que nos separa. Sé que con solo acercar su boca a la mía acabaré respondiendo a su beso, porque, aunque no sea lo que más me apetece ahora mismo, una vez que lo tengo cerca el mundo se detiene a mi alrededor y solo existe él.

—¿Interrumpo algo? —la voz de Jack suena a la espalda de Garret.

Garret me guiña un ojo, sé qué es lo que quiere, que no diga nada de lo que acaba de pasar.

—Pues no, no tienes nada en el ojo.

Me suelta la cara, no sin antes rozar mis labios con su pulgar, y se va como si no hubiera pasado nada. Jackson se sienta a mi lado, espera que le cuente la escena, pero que ahora nos llevemos bien no significa que quiera hacerle partícipe de todo lo que me ocurre, yo tampoco sé lo que él hace o deja de hacer.

—¿Y Sarah? —le pregunto.

Mi amiga no ha venido con él y miro hacia la puerta por la que aún están saliendo algunos chicos. Ni ella ni Max están allí. Me pongo de pie, dispuesta a ir a buscarla.

—Se ha ido con Max y los chicos a tomar algo —me informa Jackson.

—¿Por qué no has ido tú?

—Me comprometí a llevarte a casa.

—Era a casa de Sarah, pero si ahora ella no está, te libero de tu promesa. Puedes ir con los demás, yo me voy a casa —Jackson me agarra de la mano para que lo siga.

—Ni hablar, tú te vienes conmigo, estarán allí todos los del equipo y las animadoras, tenemos que hablar de la fiesta de después del partido —intento zafarme de su mano, porque lo que menos me apetece ahora es estar con ellos—. No puedes negarte, sabes que soy todo un caballero y cumplo todas mis promesas, y esta se la he hecho a Sarah.

Veinte minutos después aparcamos la camioneta frente a la cafetería donde quedan siempre. Nunca he estado aquí, aunque Sarah ha intentado que la acompañe en muchas ocasiones. Miro mi atuendo y antes de que me dé tiempo a replicar, Jackson toma mi cara para que vea que dentro del local todas las chicas llevan puesto el uniforme de animadora. Esta vez no llamaré la atención, aunque sé de sobra que en cuanto me asome por la puerta todas las miradas se clavarán en mí.

Jackson, como viene siendo costumbre, toma mi mano y me guía hasta el grupo. Me siento junto a Sarah, que está diciendo algo sobre la decoración del gimnasio para el día de la fiesta, y al rato Jack me ofrece un vaso de café, un moca, con bastante chocolate por encima. Le dedico una amplia sonrisa al darme cuenta de que me conoce mejor de lo que esperaba después de dos años sin apenas relación.

—¿Y vosotros desde cuándo estáis juntos?

Eliza nos mira a los dos y a continuación todo el grupo también lo hace. Me bloqueo ante la pregunta y me pongo nerviosa. Las palabras no salen de mi boca y dejo que sea Jack quien los saque del error, o al menos eso espero.

—Somos amigos desde siempre, pero…

—Desde hace dos días —termino la frase sin pensar.

Jack me mira con los ojos como platos, a Garret se le atraganta el sorbo de café y Eliza le da unos golpecitos en la espalda. Sarah aguanta una risita, sabe que no soy de soltar estas cosas así como así, por lo que espero que se haya percatado de que acabo de marcarme un farol de los grandes.

—Pues me alegro un montón —dice uno de los compañeros —, hacéis muy buena pareja.

Se escuchan varios murmullos, pero Eliza se vuelve a encargar de llevar la voz cantante y llevar la conversación a su terreno, donde ella es la protagonista. Jack se acerca a mi oído.

—Me tienes que explicar algo, ¿no crees?

Lo miro y sé de sobra que, con el color que tendrá ahora mismo mi cara, no va a pedirme explicaciones. Sarah charla con mi hermano, que se ha hecho el tonto, cosa que agradezco. Estamos allí una media hora más hasta que Jack y yo, con tan solo una mirada, decidimos que ha llegado el momento de marcharnos.

En el camino hasta casa ninguno ha dicho nada y es mejor así. Dejamos el coche en el aparcamiento y subimos en el ascensor. Me

pego a la pared del fondo y él quien pulsa el botón de nuestro piso, pero a mitad del recorrido vuelve a pulsar y el ascensor se detiene entre dos plantas.

—¿Qué haces? —intento darle al botón para que el ascensor se mueva, pero Jack obstaculiza el panel con su cuerpo.

—Esa pregunta debería de hacerla yo —cruza sus manos sobre el pecho y noto que está cabreado conmigo.

—Lo siento, vale. No pretendía decir eso, me ha salido solo.

—Sabes que tú y yo no tenemos nada, ¿verdad?

Me quedo en silencio, la he vuelto a liar, ahora que volvía a tenerlo como amigo he metido la pata hasta el fondo y peor va a ser cuando todos los del café sepan que he mentido, que Jack solo se ha callado para no hacerme quedar como la mayor gilipollas del mundo entero.

—Vale, veo que eso lo tienes claro —continúa—, pero por alguna razón que se me escapa creo que para ti es importante que la gente piense que estamos juntos. A mí no me va a ser difícil interpretar el papel —lo miro y lo dejo hablar—. Si aún no te has dado cuenta, me gustas, pero no me atrevía a decirte nada y menos después de lo que pasó. Esto va a ser más duro para mí que para ti, así que juguemos, eres mi amiga y si así vas a encontrarte mejor, pues seamos pareja.

—No tienes que hacer esto…

—Pero quiero hacerlo.

—Tendremos que pasar más tiempo juntos.

—Perfecto.

—Tendremos que disimular que somos una pareja de verdad.

—No hay problema.

—Tendrás que besarme, para que la gente se lo crea.

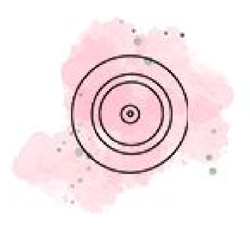
—Empecemos ahora.

Da un paso hacia mí y dejo que acorte la distancia. El corazón se me acelera y sin darme cuenta he acabado contra la pared del ascensor de nuevo. Jack ha apoyado su frente contra la mía, ha puesto una mano a cada lado de mi cabeza, ha acortado completamente el espacio entre ambos. Noto su aliento sobre mi rostro y sé lo que está a punto de pasar. Cierro los ojos, entreabro la boca y noto sus labios posarse sobre los míos. Son suaves. Me besa sin prisas, esperando que sea quien dé el siguiente paso. Solo tengo a Garret para compararlo, es tan distinto que no sé qué decir, pero para mí resulta una sorpresa, pego mi cuerpo al de él para sentirlo más, no es que no me guste, apoyo mis brazos sobre su pecho para notar el contacto de su piel y él responde con ardor. Me gusta, pero hay algo que falta.

El beso termina y tras separarnos observo que una amplia sonrisa cubre el rostro de mi amigo. Intento disimular como puedo mi sensación, lo único que puedo hacer es devolverle la sonrisa y darle la mano. Sé que esto puede hacernos mucho daño, pero es lo único que

se me ocurre para alejar a Garret de mi lado. Necesito que entienda que, por muy capaz que se crea de conseguir lo que le dé la gana, esta vez no se saldrá con la suya. Lo único que sé es que ambos vamos a sufrir. Pero ¿cómo le digo a Jack que lo nuestro no va a funcionar porque no siento nada por él?

16



Al despedirnos en la puerta de mi piso Jack me da un delicado beso en la mejilla, parece que entiende que esto es un juego y que las muestras de afecto solo deben ser en público.

Entro en casa y todo está en silencio. Max no habrá llegado aún y mis padres deben de estar en el parque con Ava. Cuando llego al salón veo un cuerpo tumbado en el sofá y un grito escapa de mi garganta.

—¡Joder, papá! No te esperaba ahí.

—Perdona, cariño. Estaba tan cansado que no he querido ni que la luz entrara en casa. ¿Dónde estabas?

Se incorpora y me sorprende que aún lleve puesto su traje de chaqueta. Se ha deshecho de la corbata, que reposa sobre la mesa. Su cara, como él mismo me ha anunciado, refleja el cansancio en forma de unas grandes ojeras.

Me acerco y me siento a su lado, lo ayudo a tumbarse de nuevo, con su cabeza sobre mis piernas, y comienzo a masajearle el cuero cabelludo.

—He ido a tomar algo con los compañeros, ¿estás mejor?

—Me alegro mucho de que hagas amigos, ya era hora de que salieras de esa burbuja en la que sueles esconderte.

Cierra los ojos y se relaja mientras paso los dedos por su pelo, es bastante más claro que el mío, un castaño casi rubio, y lleva con un corte moderno; tengo un padre joven que sigue la moda.

Nos quedamos un rato más así, hasta que me doy cuenta de que su respiración es más suave. Se ha quedado dormido. No ha respondido a mi pregunta y no puedo más que pensar que algo me oculta. Últimamente llega bastante cansado del trabajo, también se marcha más temprano, antes solía esperarnos para llevarnos al instituto y este año ni siquiera hemos hablado de ello. Directamente nos entregó nuestro pase del autobús escolar y poco más.

Me relajo junto a mi padre, el día ha sido bastante largo. Entre todo lo que ha pasado en el instituto y mi no-relación con Jack no hay espacio en mi mente para enfrentarme a los problemas de mi padre y su trabajo.

—Así me gusta, hermanita.

La voz de Max me despierta, abro los ojos y mi padre ya no está. Escucho ruido en la cocina. Mis padres deben de estar preparando la cena, lo que significa que he dormido más de lo que suelo permitirme.

Giro mi cabeza hasta toparme con Max. Como de costumbre, va medio desnudo, da igual el tiempo que haga. Podría empezar a nevar y él seguiría sin camiseta.

—¿Qué quieres?

Se sienta a mi lado y deja caer mi teléfono entre ambos. Sé que no ha podido ver nada, no tiene mi clave. Lo observo con cara de pocos amigos y antes de que pueda decir algo salta, a la defensiva.

—Tranquila, hermanita. No lo he mirado, solo te han llamado un par de veces y mamá me ha pedido que contestara por ti, al parecer que tú decidas dormir a horas que no son normales no es un problema.

Desbloqueo con rapidez el teléfono y voy directamente a las últimas llamadas. Hay dos de Jackson y una de Garret, además de otra más de un número que desconozco. Espero una respuesta de Max. Cómo no, sé que me pedirá algo a cambio de decirme lo que quiero.

—Desembucha —le señalo con el dedo de forma amenazante.

—Si no lo hago, ¿irás con el cuento a mamá?

Aprieto las manos por no golpearle el pecho con todas mis fuerzas. Ya no es el niño que solía hacerme rabiar con tanta facilidad, pero sigue siendo demasiado infantil cuando se lo propone.

Pienso en alguna estrategia para conseguir que me diga de una vez qué es lo que querían Jack y Garret y, sobre todo, a quién corresponde ese número desconocido. Enseguida tengo la solución en la punta de la lengua. Espero no arrepentirme de usar esta arma.

—No creo que a Sarah le guste esta faceta de ti…

Se pone casi tan blanco como la pintura de la pared, se levanta del sofá y temo que he ido demasiado lejos, pero para mi sorpresa se vuelve a sentar y coloca los pies sobre la mesa. Si mi padre entrara en estos momentos se llevaría una buena regañina. Toma aire, está pensando la manera de devolvérmela, pero ahora soy yo quien tiene la sartén cogida por el mango.

—Jack solo quería que supieras que ha dejado su redacción en tu correo.

Vale, sé de sobra que no se lo ha inventado, dudo que en los ratos que pasa con Sarah se dediquen a hablar de lo que hacen en clase. Lo miro esperando que me hable de las otras llamadas.

—Garret solo ha dicho que mañana podrá decirte lo que quería hacer por teléfono.

Pues si es lo que pretende, lo lleva claro, porque aunque estoy siendo un poco, o muy egoísta, no pienso separarme de Jackson en

todo el día si con ello consigo alejar a Garret de mi lado. Y no es porque no me guste, sino que no soporto su ataque constante y que yo solo pueda estar cuando él quiere. Tiene a Eliza, ¿qué quiere de mí?

—Y el otro número era de… —digo, para que continúe.

Max se sienta recto en el sofá y baja los pies de la mesa, no sé si porque Ava acaba de pasar corriendo para ir al baño o porque esta llamada es más importante de lo que creía.

—No tengo ni idea. Descolgué y solo se escuchaba música de fondo y una respiración. Creo que tienes un acosador, hermanita.

Dicho esto, se levanta y me deja de nuevo sola en el salón. Ava vuelve y se acurruca a mi lado. Cada día está más grande y guapa. Ojalá sea una chica inteligente y sepa poner a todo el mundo en su lugar, que no deje que nadie le tome el pelo.

Un poco más tarde entran mis padres y empiezan a dejar platos sobre la mesa. La cena está servida. Después de un par de gritos, Max este decide volver a otorgarnos el privilegio de su presencia y, para mi sorpresa, ha decidido que una camiseta de los Red Sox es lo mejor para envolver sus nuevos músculos.

Cenamos en armonía y risas con las anécdotas que nos cuenta Ava sobre su colegio. Una de sus amigas ha acabado con plastilina en el pelo y dos horas más tarde ha regresado con sus preciosas coletas más cortas. Ella dice que a partir de ahora se niega a jugar con la dichosa plastilina «del demonio». Por hablar así se ha llevado una reprimenda de mamá mientras los demás no podíamos aguantar las carcajadas.

Max se va a su cuarto y nuestros padres aprovechan para pedirle que se lleve a Ava al suyo. Está a punto de quedarse dormida sobre los restos de su cena. A regañadientes, la coge en brazos y sale del salón haciéndole pedorretas en la barriga. Aunque de vez en cuando se comporte como un idiota, con Ava le es imposible, siente pasión por ella, igual que todos.

—Papá, ¿estás más descansado? —digo, recordando cómo me lo encontré cuando llegué a casa.

—Sí, cariño. Ya sabes que tus masajes siempre me renuevan las fuerzas.

Mi madre lo mira, como indicándole que hable. Él coge su vaso de agua de la mesa y apura hasta la última gota. Luego se levanta, se dirige hacia la puerta y coge su maletín. Una sonrisa se dibuja en la cara de mi madre.

—Sabes que últimamente papá tiene unos horarios bastante raros, no puede ocuparse de vosotros como le gustaría —alarga una mano hasta enlazar sus dedos con los de mi padre —, pero todo nos parece poco para vosotros.

Mi padre saca unas llaves y las deja delante de mí. Al principio me parecen las de su coche, pero enseguida me doy cuenta de que hay un

llavero con forma de lobo enganchado en un extremo.

—Sé que os estáis arreglando bien para ir a clase, pero te prometimos un coche por tu cumpleaños, y aunque con un poco de retraso…

Me levanto de la mesa y voy hacia ellos para darles un fuerte abrazo. Llevo esperando este día desde que cumplí los dieciséis y mi obtuve mi permiso de conducir. No voy a dedicarme a viajar por todo el mundo, aunque tampoco lo descarto, pero sentir que tengo mi propio medio de transporte, que no dependeré de nadie para desplazarme, es tan gratificante que rápidamente cojo a mi padre de la mano y tiro de él para que me lleve a ver mi coche. Y me da igual si la pintura es horrenda o si tiene cajas de botellines en vez de asientos.

Ellos sonríen y mi padre me pide que recojamos la mesa mientras mamá avisa a Max de que vamos a salir un momento. Tengo tales nervios que no sé si voy a vomitar o a gritar.

Cuando al fin salimos de casa, papá le da al botón del ascensor que lleva al garaje y estoy impaciente por llegar a la que está a punto de convertirse en mi plaza de aparcamiento. Cuando las puertas se abren miro a todos lados, en busca de algún coche que no haya visto nunca, pero o soy muy torpe o no distingo nada nuevo allí. Están el monovolumen de mis padres, el utilitario de Jack y el de los suyos, los súper coches de nuestros vecinos y… Al avanzar unos pasos, detrás de una columna, un guardabarros plateado destaca sobre todos los demás. Miro a mi madre y ella asiente con la cabeza.

Tal vez no es lo que esperaba como primer vehículo, pero una flamante *pick up*de color azul marino es ahora mi mejor amiga. La pintura ha pasado mejor vida; sin embargo, al entrar descubro que la tapicería está prácticamente nueva y el olor que desprende es fresco.

Mi padre abre la puerta y se sienta a mi lado. Se nota que está encantado con verme disfrutar.

—Es de un compañero de trabajo —me explica mientras observo todos los detalles—, la tenía guardada en la granja de sus padres. Hemos tardado más en dártela porque queríamos que todo estuviera perfecto. Tal vez no sea el coche de tus sueños, pero es fiable, fuerte y estable.

Sé que mi padre se preocupa, ante todo, por mi seguridad. Me acerco y lo estrecho entre mis brazos, aunque él se adelanta y, antes de que pueda rodearlo por completo, me estrecha entre los suyos hasta casi dejarme sin respiración.

—Me he permitido poner el llavero, creo que te encantan esos animales y, además, ahora que eres animadora y el lobo es la mascota de tu instituto, será un gran símbolo.

—Es perfecto, papá.

Volvemos a casa. Con lo nerviosa que estoy, esta noche me va a

costar coger el sueño. Le mando un par de mensajes a Sarah, diciéndole que tengo algo que contarle, pero por alguna razón no le llegan. Le envío otro a Jackson. Mañana no voy a dejar que me lleve al instituto, seré yo quien lo lleve a él. Le digo simplemente que lo espero en el garaje a la misma hora en la que habíamos quedado que me recogería en casa. Quiero darle una sorpresa. Si se lo digo ahora es capaz de presentarse aquí. Solo ha de cruzar un pasillo.

Me despierto con energías renovadas. Ya avisamos anoche a Max de que a partir de ahora seré la encargada de traerle a casa. Le oí resoplar y decir que pronto tendrá el suyo. Tiene razón, solo ha de esperar un año más para conseguirlo.

Desayunamos y le meto prisa a mi hermano, pretendo que antes de que llegue Jack ya esté sentado en la parte trasera de mi *pick up.*Parece sorprendido cuando se acomoda en el asiento y deja caer todo el peso de su cuerpo sobre el respaldo. La tapicería, antes de cuero, es ahora una tela gris oscura mucho más favorecedora. Menos mal. La piel en los coches es algo que no va conmigo.

Veo salir a Jack del ascensor y sacar las llaves de su bolsillo mientras camina hasta su coche. Arranco el motor del mío y el rugido hace que se gire hasta encontrarse con mi mirada. Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro y se dirige hacia la ventanilla de mi lado.

—¿Y esta carroza, princesa? —sus palabras son tan tiernas que no me sorprende cuando se inclina hacia mí y me da un suave beso en los labios.

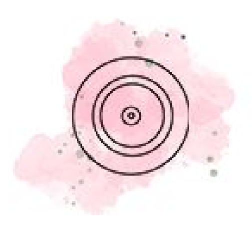
Mi hermano carraspea a nuestra espalda. Así que, al fin y al cabo, este beso ha sido solo una parte de nuestro juego. Da la vuelta y se sienta a mi lado. Choca el puño con Max, un saludo que veo hacer normalmente a los del equipo de baloncesto.

Al principio me resulta extraño conducir un coche tan grande, pero Jack se encarga de guiarme para que esté tranquila y la verdad es que lo consigue. Aparcamos en la plaza que él suele ocupar y todo el mundo se queda mirándonos. Ya no sé si es por el coche o porque ha corrido la voz de que *estamos juntos*. Jackson rodea la *pick up*hasta ponerse a mi lado, toma mi mochila junto a la suya y se las cuelga al hombro. Con el otro brazo rodea los míos y caminamos hacia el interior, sabiendo que muchos ojos nos observan.

—Que empiece el juego —susurra en mi oído—. Ahora somos la novedad en el instituto.

Y sin comerlo ni beberlo, me acabo de convertir sin ayuda de nadie en el centro de atención.

17



Mi hermano pasa a toda velocidad por mi lado. Nosotros, en cambio, parece que nos recreamos en el camino. Miro a Jack y sé que está disfrutando con esta novedad, ayer me lo dejó claro, yo le gusto y tengo la sensación de que esto es algo más que un juego para él, pero ahora mismo no me quiero preocupar por eso, quiero llegar a clase, sentarme en mi pupitre y enterrar la cabeza en los libros hasta la hora de irnos de nuevo.

Llegamos a nuestras taquillas y, nada más cerrarla, tengo a Sarah a mi lado. Mira a Jackson y me mira a mí, varias veces, noto cómo su boca se va abriendo más a cada giro de cabeza que da.

—Te van a entrar moscas —Jack le da un golpe en la barbilla.

Sarah le dice algo que ni siquiera llego a entender, porque cuando quiero darme cuenta está tirando de mi muñeca hasta que me mete en el baño. Creo que en estos primeros días de instituto he pisado estos baños más veces que en todos los años que llevo viniendo.

Mi amiga comprueba que no hay nadie en ninguno de los cubículos, vuelve a la puerta y apoya la espalda sobre ella para que nadie pueda entrar. Se me escapa una risa tonta por lo cómico de la situación. Esta sí es la Sarah que yo conozco, impulsiva, nerviosa y un poco cotilla. Me mira y levanta su índice, señalándome, intentando articular el sinfín de palabras que ha debido de acumular en su cabeza.

—Vamos, suéltalo ya —digo para intentar ayudarla.

—Tú… tú… —balbucea y toma aire, ahí vienen las preguntas—. ¿Cómo?, ¿Dónde? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué yo no tenía ni puñetera idea de nada? ¡Se supone que somos las mejores amigas y estas cosas se cuentan!

Me quedo pensando en sus palabras y de manera automática me viene a la cabeza la imagen de ayer en el café, mientras ella estaba sentada junto a Max. Recuerdo también que me confesó que el domingo anterior había hecho planes, aunque entonces no me lo dijo. Y su repentino cambio de actitud delante de las animadoras. ¿Y de verdad soy yo la que oculta información? Yo sí he sido siempre sincera

con ella, qué demonios. Había pensado contarle que lo mío con Jack es una farsa, que no hay nada entre nosotros, pero he perdido la confianza que tenía en ella, ya no es la misma, me siento como si nuestra amistad no fuera la de siempre, y por primera vez desde que la conozco voy a decirle una mentira, o tal vez, para no sentirme tan mal, le ocultaré parte de la verdad.

—Es que no hay nada que contar, solo llevamos dos días y estamos conociéndonos.

—No me lo creo —dice, irritada—. Que me digas que estás conociendo a alguien que ves a diario e incluso con el que has dormido en la misma cama, como que no me lo creo. Además, ¿desde cuándo te has olvidado de Garret?

Sus palabras me martillean en la cabeza, a veces olvido que me conoce mejor que nadie, pero si quiero que este teatro que Jack y yo hemos montado funcione nadie debe saber nada, incluso ella debe estar excluida. Así que haré lo único que creo que puede librarme de darle más explicaciones.

—Nadie ha dicho que me haya olvidado de Garret, sabes lo que he sentido por él, joder, lo que sigo sintiendo, pero no pienso quedarme estancada en el pasado. Le gusto a Jackson, ¿por qué no puedo intentarlo con él?

Sarah me mira a los ojos con intensidad, creo que hay algo que se me escapa. Finalmente me hace un gesto con la cabeza y se acerca para abrazarme. Hacía tiempo que no sentía sus brazos rodeándome y después de lo que ha pasado entre las dos siento que este abrazo es lo más sincero que podría demostrarme.

—No quiero que te hagan daño, Haley. Sé que últimamente no he estado ahí como antes, pero te prometo que cuando me necesites, estaré —seca unas lágrimas que resbalan por mi rostro, sé que le he mentido, aun así, no puedo desvelarle aún todo lo que hay detrás —. Te propongo una cosa. Me da igual Kelly hoy, quiero que tú te sientes a mi lado.

Salimos de los baños, justo cuando los últimos alumnos corren por los pasillos para llegar a clase antes que los profesores. Y nosotras, por los pelos, conseguimos lo mismo. El pupitre que ocupa Jack está esperándome, pero al verme llegar de la mano de Sarah se levanta y se dirige a la parte de detrás de la clase, con el resto de los compañeros de equipo que comparten esta misma asignatura. Así nos deja el sitio a las dos.

Sarah se acerca a la mesa y me parece ver que le está pidiendo disculpas a Kelly por este contratiempo, o algo parecido, solo sé que la dichosa animadora me mira con cara de pocos amigos, y tira de uno de los jugadores que está hablando con Garret hasta que lo sienta a su lado.

Las clases, por primera vez, son como siempre han sido: comparto mis apuntes con Sarah, nos reímos de mil y una tonterías, incluso cuando los del equipo se dedican a tirar pelotitas de papel con el tubo de sus bolígrafos y se quedan pegadas en la pizarra tras pasar sobre la cabeza del profesor, que no se entera de nada.

Al fin, el timbre anuncia el descanso para el almuerzo y Jack se acerca hasta nosotras. Trae una preciosa sonrisa y sé que está esperando que le haga alguna señal para saber qué hacer.

—¿Vamos a comer?

—No hay mejor compañía que la tuya —me tiende la mano para ayudarme a levantarme de mi asiento.

Miro a mi amiga, que hace el gesto de meterse los dedos en la boca y vomitar. Sí, tal vez ha sonado un poco empalagoso, pero la verdad es que me encanta cómo me trata Jack. Yo que pensaba que era un musculitos sin cerebro… En solo dos días me ha demostrado lo muy equivocada que estaba.

—Venga, Sarah, comamos algo.

Mi amiga recoge sus cosas y se coloca a nuestro lado mientras cubrimos la distancia que nos lleva hasta el comedor. Varias personas cuchichean a nuestro paso. Garret ha vuelto a hacer lo mismo que cuando bajamos de mi coche, ha rodeado mis hombros con su brazo y se niega a que cargue con nada de peso. Creo que se ha escapado de un libro de época o algo así, porque los caballeros ya no existen.

—Hay algo que tengo que decirte —le anuncio entusiasmada a Sarah —. Ya he recibido mi regalo de cumpleaños.

—¿No?

—¡Sí!

Y como si tuviéramos un muelle en el culo, ambas nos levantamos de nuestros asientos para abrazarnos y empezar a dar saltos. Vale, lo sé, he dicho muchas veces que no me gusta llamar la atención, que me encanta pasar desapercibida, pero hace meses que espero tener mi coche, y además ya estoy siendo el centro de atención por razones más obvias: soy la actual… llamémoslo novia de Jack, un poco más de popularidad tampoco me va a hacer daño.

Sarah me pregunta qué coche es, y cuando le digo que una maravillosa *pick-up*me dará la independencia a partir de ahora, se pone loca de contenta.

—Tampoco es para tanto —la voz de Max suena a mi espalda y él me arrebata a mi amiga de mis brazos—, el año que viene tendré un coche mejor y podré llevarte a donde te apetezca.

Para mi asombro, y creo que para el de la mayor parte de las personas que están ahora en el comedor, Max coge a Sarah por la cintura hasta que sus cuerpos están totalmente unidos y le da un beso de esos de películas, os juro que si a mí me besaran así acabaría

levantando el pie de forma tonta e inclinando parte de mi espalda hacia atrás para poder disfrutarlo al máximo.

Cuando termina de besarla, mi amiga está roja como un tomate y Max sale de allí con una sonrisa de oreja a oreja. No sé lo que se trae entre manos, pero conociéndolo, intuyo que esto no es un capricho pasajero y que Sarah le gusta de verdad.

Decido no opinar, al fin y al cabo, yo también estoy ocultando información. Jack se levanta y se despide de mí con un suave beso en los labios, nada de lo que acaba de recibir Sarah, y un pellizco de envidia se instala en mi pecho, aunque no puedo pedirle más, sobre todo cuando está haciendo esto por mí sin exigir ningún tipo de explicación. Se marcha al entrenamiento que han programado. La próxima clase se ha suspendido, por lo que tendré un rato para estar con Sarah.

—Chicas, nos vamos —Eliza se coloca a nuestro lado—. Hay que provechar y ensayar un poco más, todo tiene que estar perfecto para el partido.

Se aleja de nosotras, seguida por las demás animadoras, y mis planes acaban en el mismo sitio que el resto de la comida de mi bandeja, en la basura. Sarah se levanta y se alisa la falda, menos mal que le hice caso y hasta nuevo aviso este uniforme va a ser mi indumentaria.

Estamos en el gimnasio y hemos colocado unas colchonetas en el suelo. Eliza quiere probar un paso nuevo bastante arriesgado, no sé cómo se atreve a tan pocos días del partido. Pretende hacer una pirámide al final del número; ella se colocará en lo más alto y meneará unos pompones que nunca hemos usado y de los que mejor ni hablar, porque no tengo ni idea de cómo menearlos. Me ha gritado unas cuantas veces porque dice que los míos no van al compás. Su actitud amigable se ha evaporado de la noche a la mañana y creo que mi falsa relación con Jack tiene algo que ver. No le voy a dar el gusto de que me vea enojada, seguiré comportándome como una animadora más hasta que pueda decirles adiós sin sentirme una mala persona.

—¡Pero qué mierda es esta! —grita a mi espalda cuando mis brazos están empezando a tambalearse a causa de la presión y los nervios.

En otro momento me hubiera girado y me habría quedado muy a gusto diciéndole las cosas que pienso de ella y sus malditos pasos. Tomo todo el aire que mis pulmones son capaces de abarcar y me muerdo la lengua. Solo dos días más y toda esta tortura habrá terminado, me repito una y otra vez como un mantra, para poder cumplir la promesa que le hice a Sarah, pero cada día tengo más claro que este no es mi sitio.

Salimos sudorosas del gimnasio con la hora pegada para llegar a la siguiente clase. Sarah camina a mi lado recitando no sé qué malditos

números para que a mí me queden claras las posiciones de subida y de sujeción, no entiendo cómo siendo de las más bajitas del grupo han decidido que he de colocarme en una de las posiciones de base.

Necesito un respiro, así que me paro en una de las máquinas dispensadoras para comprar una botella de agua. Sarah se ha adelantado para asegurarse de que nuestro pupitre no va a ser ocupado por nadie. Busco monedas en el interior de mi monedero, ni siquiera nos ha dado tiempo a ir a la taquilla a por la maldita tarjeta para las maquinas.

—Joder, no tengo ni una mísera moneda —golpeo con la mano el dichoso aparato y alguien pasa la suya por debajo de mi brazo hasta introducir su tarjeta.

Me giro y me encuentro de frente con Garret. Su estupenda sonrisa y sus ojos azules me traspasan el alma. Viene sudado y agotado por el entrenamiento, al parecer no es al único al que han exigido más. Marca la combinación y una refrescante botella de agua cae en la cesta de recogida. Se agacha y la recoge. La abre, y cuando creo que se la va a llevar a los labios me la ofrece. Me he quedado hipnotizada con cada uno de sus movimientos.

—¿Sabes qué? —dice mientras tomo un sorbo de agua —. Cuando te enojas me gustas más.

¿Conocéis las bocas de incendio de la calle? ¿Cuándo sufren un accidente y empiezan a expulsar agua por todas partes? Pues yo me acabo de convertir en una de ellas. El agua se me va por otro lado al escucharle y la expulso hasta por los ojos. Garret, asustado, porque me debo estar poniendo roja como un tomate y el aire no llega a mis pulmones, me da suaves golpecitos en la espalda hasta que, poco a poco, empiezo a notar cómo el oxígeno vuelve a mi cuerpo.

—Tranquila, fierecilla —me percato de que aún tengo la botella de agua en la mano y la levanto en alto hasta derramar todo el contenido sobre su cabeza.

Unas risas llegan hasta nosotros y ambos nos giramos para ver quién es, pero cuando lo hacemos ya está entrando en clase sin que hayamos podido averiguar quién era. Garret se seca la cara y menea la cabeza haciendo que las gotas de agua se disparen en todas las direcciones y me salpiquen de arriba abajo. Nos miramos y no decimos nada más. Él se aleja de mí y entra en clase. Yo me quedo de pie, junto a la máquina, y pensando en quién se habrá reído así de lo que nos ha ocurrido, que parte de la conversación habrá escuchado. Yo no he dicho nada, pero Garret

18



Me paso las clases que quedan mirando alrededor, por si alguien se delata y consigo averiguar quién es la persona que nos ha visto juntos en el pasillo. Llevaba ropa de deporte, aunque ese dato no es muy concluyente teniendo en cuenta que casi todos veníamos de entrenar. Las chicas quedan descartadas, unas venimos al instituto con la falda de animadoras y el resto no usan ropa deportiva. Creo que la risa es la única pista que tengo.

—No te amargues por Eliza, sabes que tiene días —Sarah me da un toque en el hombro.

La miro con cara de no entender lo que me dice, la verdad es que estoy perdida en mis pensamientos y en las palabras que me ha dedicado Garret. No es la primera vez que me dice que le gusto, pero si es sincero, ¿por qué narices sigue con Eliza?

—No le des más vueltas, lo estabas haciendo genial, solo es envidia porque Jack se ha fijado en ti.

—Pero ella está con Garret.

—Eso no quita que no quiera que todos los tíos de este instituto estén loquitos por ella, de la noche a la mañana te has convertido en su rival.

—¡Yo no he pedido esto! —levanto la voz, mierda, esto no es lo que quería.

El profesor nos llama la atención y permanecemos calladas hasta que al fin el timbre anuncia el fin de las clases. Sarah me anuncia que debemos ir a su casa, aún no me ha dado el uniforme de gala, como ellas lo llaman.

Cuando Jack sea cerca a nuestra mesa le cuento los planes. Él puede apañarse para que cualquier compañero lo lleve a casa o coger el bus. No quiero dejarlo tirado, pero Sarah lleva todo el día preocupándose por mí, intentando que las cosas vuelvan a ser como antes. A la salida busco a mi hermano, que también iba a venir en mi coche, pero mi amiga ya le ha mandado un mensaje avisándole de los cambios de planes, así que ya no tenemos que preocuparnos por nada más. Podemos irnos.

El padre de Sarah no está en casa, trabaja muchas horas desde que la madre falleció, hace ya cinco años. A veces se pasa días enteros sin verlo. Sé que le gustaría tenerlo más cerca. Cuando Sarah habla de su nueva situación familiar, la tristeza le inunda la mirada. Tras morir su madre a causa de una extraña enfermedad se tiró casi un mes sin salir de casa, llorando cada noche. Un día cambió el chip y se convirtió en la chica que es ahora. Se apuntó al equipo de animadoras y dibujó una sonrisa en su cara que no se ha apagado desde entonces. No he vuelto a verla triste ni mosqueada, ni a ver aquellas lágrimas en sus ojos.

—¿Quieres tomar algo? —entramos en la cocina y saca un par de latas de refresco de la nevera —. Vamos a mi cuarto, tengo una sorpresa para ti.

Cojo la lata y la sigo hasta su habitación. Me encanta venir aquí. Me siento como en mi propia casa. El cuarto de Sarah es muy acogedor, las paredes están pintadas de color rosa palo y unas cortinas de un rosa más llamativo decoran las ventanas. Es como estar en una nube de algodón de azúcar. Sí, el rosa, en todas las tonalidades que existen, es su color preferido.

Dejamos las cosas sobre su escritorio y me pide que me siente en la cama mientras se pierde en su vestidor. Su casa, con una habitación menos que la mía, es como dos veces más grande. Mientras yo dispongo de un diminuto armario que está medio vacío, ella tiene un enorme vestidor al que le falta espacio.

Varios minutos más tarde entra de nuevo cargada con dos bolsas de ropa y las deja a mi lado. Mi boca se abre en un círculo perfecto y las palabras no logran salir. Un precioso uniforme, exactamente como el que ahora mismo llevo, pero con lentejuelas que decoran las iniciales HSB, se materializa ante mis ojos. Pero eso no es todo: en la espalda está el lobo que representa a nuestro equipo bordado con hilos super brillantes y mi nombre decorándolo alrededor. Lo tomo en mis manos y me emociono al ver que Sarah se ha preocupado por cada detalle.

Saca la falda de la bolsa y es perfecta. Con esta no he de usar los pequeños *shorts*que llevo a diario, porque lleva unos cosidos en su interior, pero el detalle que más me llama la atención es que en la zona trasera, también en los diminutos shorts, las iniciales de nuestro instituto están bordadas con esos hilos tan llamativos.

—Tía, esto es la hostia.

—Bueno, pero la sorpresa no ha acabado —me pasa la otra bolsa y las manos empiezan a temblarme mientras bajo poco a poco la cremallera hasta descubrir un vestido negro de gasa semitransparente, con cuello de barco y manga larga. Corto, muy corto, y precioso. Lo toco y el tacto es tan agradable que estoy deseando probármelo. Estos son los detalles de Sarah que tanto me gustan.

Dejo el vestido sobre la cama, para no arrugarlo, y me lanzo a sus

brazos. Ella me devuelve el abrazo. Sé por su risa que está igual de emocionada que yo.

—No puedes regalarme esto —digo, tomando de nuevo el vestido en mis manos.

—Puedo y lo he hecho. Es la primera fiesta del instituto a la que vas a asistir ¡y encima con novio! Porque te lo ha pedido, ¿no?

Jack no lo ha hecho, así que niego con la cabeza. Sarah se levanta a toda velocidad de la cama y empieza a rebuscar en el interior de mi mochila. No hago ni el intento de levantarme para evitar que siga buscando, porque sé que no servirá de nada.

Cuando al fin ha encontrado lo que quería, mi móvil, se sienta a mi lado y me lo pone en las manos. Antes de que me diga lo que quiere que haga, ya estoy negándome en rotundo, no pienso llamarlo y ser yo la que le pida que me acompañe al baile. Ambos estaremos allí, yo como animadora y él jugando su primer partido de la temporada, así que no hace falta.

—Vas a mandarle un mensaje —sigo meneando la cabeza con una negativa clara—. Escúchame y después podrás darme las explicaciones de por qué no quieres hacerlo.

Me quedo mirándola porque, como de costumbre, no me da otra opción, pero tengo un as guardado en la manga, así que la dejo explicarse.

—Le vas a enviar un mensaje y le vas a preguntar qué va a llevar puesto a la fiesta, vas a dar por sentado que vais juntos. Mientras esperas su respuesta, vas a ponerte este maravilloso vestido y yo te haré una foto. Según lo que responda veremos qué hacer con ella.

—¿Tu no eras la que me decía que debía aprender a tomar mis propias decisiones? —le reprocho, al fin.

—En esto no voy a dejar que la tomes, porque no quiero que pierdas la oportunidad de disfrutar de la que puede ser una de las mejores noches de tu vida. Tienes que ir con Jack a esa fiesta, tienes que demostrarle a todo el mundo lo que vales y no voy a parar hasta que lo hagas.

Y efectivamente no para, diez minutos más tarde ha conseguido que envíe ese mensaje. Finalmente he comprendido que debemos ir juntos, aunque sea la farsa más gorda de mi vida, porque si aparecemos en la fiesta por separado la gente se dará cuenta de que no somos novios.

Después Sarah me ayuda a ponerme el vestido y me deja unos preciosos zapatos con tiras negras y un tacón demasiado fino y alto, me da la sensación de que si me caigo de estos zapatos acabaré abriéndome la cabeza o rompiéndome algún hueso.

Cuando me está recogiendo el pelo, un mensaje suena en mi teléfono y ambas damos un salto para cogerlo, pero mi amiga es más

rápida que yo y se pone a dar saltos de alegría sin dejarme ver la respuesta. Cuando al fin puedo quitarle el móvil entiendo su euforia.

Jack:
Mi mejor sonrisa porque tú irás de mi brazo

Sarah termina de arreglarme el pelo a toda velocidad y sin permitirme siquiera que me mire al espejo me toma una foto con el teléfono y sé que antes de que le diga que no se le ocurra enviársela su dedo estará pulsando el dichoso botón.

Nos sentamos juntas de nuevo en la cama y ponemos el móvil entre ambas, no da tiempo siquiera a soltarlo cuando el mensaje está iluminando la pantalla. Ahora estoy nerviosa porque, aunque Jack no me gusta, siempre sienta bien que a una la piropeen.

Jack:
Tener que esperar va a ser una tortura.
Espero estar a la altura de tanta belleza

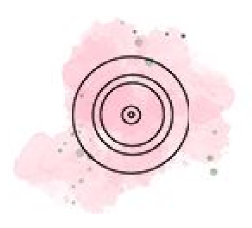
—Haley, este tío esta loquito por ti, no lo dejes escapar.

Las palabras de Sarah me acaban de poner el vello de punta, si es verdad lo que dice no quiero seguir con el juego de que es mi novio, no quiero hacerle daño. Necesito hablar con él y explicarle por qué se me ocurrió la semejante tontería de decir que estábamos juntos.

Me levanto de la cama y empiezo a cambiarme de ropa, a Sarah le digo que se ha hecho demasiado tarde y necesito volver a casa, con la excusa de que es mi primer día con el coche nuevo y me da miedo conducir de noche. Otra mentira más, pero son necesarias si no quiero que nadie se entere del gran teatro que estamos representando Jack y yo.

Recojo las cosas y me despido de mi amiga. Una vez sola en mi coche, llamo a Jack, pero no me contesta, seguramente esté en su casa, así que decido ir allí para hablar con él, tengo que parar esto antes de que se me vaya de las manos.

19



La verdad es que me gusta conducir mientras los rayos del sol se pierden por el horizonte. Ahora mismo quiero que esta sensación de perseguir al sol, aunque sea a través de los edificios de la ciudad, se repita cada día. Aunque me imponga respeto conducir a esa hora.

Aparco en mi nueva plaza. Mis padres se las han ingeniado para que sea amplia y no tenga que maniobrar mucho. Recojo del asiento trasero el vestido y los zapatos que me ha regalado Sarah. Gracias a ella no tendré que gastar nada de mis ahorros en buscar unos a dos días de la fiesta.

Miro mi móvil y compruebo que Jackson no ha visto ni mis llamadas ni el mensaje en el que le decía que me pasaría por su casa. No sé qué estará haciendo, pero necesito hablar con él y voy a intentarlo.

Llego a la planta donde están nuestras casas y me dirijo al final del pasillo. Llamo a la puerta y su madre me abre con una sonrisa de oreja a oreja. Es una mujer preciosa, con un largo cabello de color ceniza y un cuerpo sumamente cuidado. Se le nota que se preocupa por su imagen.

—Hola, Sarah —dice, invitándome a entrar—. ¿Necesita algo tu madre?

—No, solo venía buscando a Jackson. ¿Podría decirle que saliera un momento, por favor?

La sonrisa hace que se marquen dos preciosos hoyuelos en sus mejillas. Jack tiene a quién parecerse.

—No está, cielo. Esta noche se queda en casa de Garret.

Solo escuchar ese nombre hace que hasta las piernas me tiemblen. La madre de Jack ha debido de notarlo, porque me ha sujetado por el codo para ayudarme a mantener el equilibrio.

Me despido de ella intentando disimular mi nerviosismo y mientras camino por el pasillo hasta llegar a casa mil imágenes se me vienen a la cabeza. ¿Será capaz Garret de contarle que nos hemos liado? No, no lo creo, él tiene mucho más que perder que yo. Venga, no seas tonta, qué va a perder él, un chico popular que lo tiene todo. Seguramente se

rían de lo que pasó y de mí.

Entro en casa y mis padres están sentados en el sofá. Me dicen que hay unos sándwiches en la cocina por si quiero cenar. Les hago un gesto con la cabeza para responderles que no me apetece nada, prefiero ir directamente a mi habitación. Me piden que no haga ruido, Ava ya está acostada y Max en su cuarto con un compañero, seguramente uno de esos frikis de su grupo de informática avanzada.

Me meto en mi habitación y cierro la puerta tras de mí, al menos mis padres, cuando ven que está cerrada, respetan mi intimidad. Me deshago del uniforme de animadora y lo meto en la cesta de la ropa sucia. Estoy deseando que pase el fin de semana para recuperar mi rutina y seguir siendo esa chica que a nadie le importa, pero antes necesito hablar con Jack, si es que quiere seguir siendo amigo mío después de lo que Garret le haya podido contar.

Enciendo el ordenador para intentar avanzar en el texto de la redacción, pero no consigo concentrarme y decido buscar un libro en mi estantería, creo que he podido leer cada uno de ellos al menos dos veces. Paso los dedos por los lomos, leyendo los títulos. No me decido, una historia romántica no es algo que me venga muy bien en estos momentos, para qué si yo nunca voy a tener mi historia con final feliz. Jamás estaré con Garret, aunque durante los meses de verano llegara a pensar lo contrario.

Finalmente tomo uno que me gustó mucho y me tumbo en la cama. Al abrirlo, encuentro entre las páginas una foto de Sarah y mía de hace algunos años. Estamos las dos sonriendo en el parque, con este mismo libro entre las manos, pues ella me lo regaló entonces, y cuando imprimí la foto supe que iba a ser el mejor marcapáginas.

El sueño empieza a atraparme y lo sé por las dos veces que el libro se ha resbalado de mis manos y me ha golpeado la cara. Coloco la foto en la última página leída y entro en el baño, que comparto con Max. Tiene dos puertas, una comunica con su cuarto y la otra con el mío. Pongo el pestillo para que no pueda abrir mientras me pongo el pijama, me lavo los dientes y cepillo mi pelo para ir a dormir.

Alguien habla en voz baja al otro lado de la puerta, puedo distinguir perfectamente a mi hermano, pero no al chico que está con él… hasta que se ríe. El corazón se me congela, no puede ser, yo he escuchado esa risa antes, justo en el momento en que derramaba una botella de agua sobre la cabeza de Garret. No está con uno de sus amigos frikis, sino con un compañero del equipo de baloncesto.

Tengo que saber quién es. Recojo todo lo que he dejado por medio y salgo del baño, no puedo irrumpir en ahí desde el baño, pero sí llamar a la puerta de su cuarto con cualquier excusa, no sé cuál, pero alguna se me ocurrirá.

Miro mi atuendo, no soy de pijamas al uso. Aún no hace frío,

aunque septiembre termina y las temperaturas bajarán de un día para otro, sin avisar. Llevo unos *shorts*negros y una camiseta de manga corta blanca con el nombre de One Direction en el pecho. Vale, tengo que reconocerlo, me encantaba este grupo y lo pasé fatal el día que anunciaron que se separaban. He recogido mi pelo en una coleta y metido mis pies en unas zapatillas de estar por casa que deberían pasar a mejor vida, pero son iguales que las de mi hermana y eso es algo más que nos une.

Me paro delante de la puerta y apenas se escuchó nada, las risas se han aflojado, así que doy unos golpecitos para que me abran. Max asoma su cabeza. Su cara es de pocos amigos, así que tengo que pensar rápido.

Hace tan solo un par de años podía mirar por encima de él y ver el interior de su cuarto, aunque el hueco de la puerta fuera pequeño, pero ahora me saca una cabeza y el ancho de su espalda se ha duplicado, así que es imposible.

—¿Qué quieres? —dice, sujetándola para que no se abra.

—Solo necesito saber si quieres que mañana te lleve al instituto —me mira de arriba abajo y un gesto de desaprobación se dibuja en su rostro cuando lee el texto de mi camiseta.

—No.

Y no dice nada más, cierra en mis narices y me deja plantada en el pasillo. Me entran ganas de abrir y decirle dos cosas bien claras a este cretino, pero entonces me rebajaría a su nivel. Así que vuelvo a mi habitación peor que antes, sin saber quién narices está allí dentro y mosqueada con mi hermano por ser un gilipollas.

Voy directa a mi cama cuando veo que la pantalla de mi teléfono está encendida. Hay una llamada perdida de Jack y un mensaje.

Jack:

No podía hablar y ahora ya tampoco, mañana nos vemos en el instituto, no hace falta que me lleves.

¿Todo bien?

O no le ha dicho nada o está esperando a que yo le dé una explicación, pero no va a ser por mensaje, encontraré el modo de hacerlo entre clase y clase. Estoy empezando a pensar que tal vez debería ignorar mi vocación por los animales y elegir arte dramático, iría mejor con la vida que llevo ahora mismo, cargada de mentiras y estados de ánimos inventados.

Haley:
Solo quería saber cómo iba todo.
Mañana nos vemos en clase.
Un beso

No tarda ni un minuto en volver a contestar. Al menos me quedaré con lo último que ha dicho.

Jack:
Descansa, preciosa, otro beso más grande para ti.

Me meto entre las mantas mientras pienso que hace tan solo unos minutos estaba a punto de quedarme dormida con un libro entre las manos y ahora soy incapaz de coger el sueño.



No sé cuántas veces he visto pasar los minutos del reloj de mi mesita de noche hasta que finalmente me he quedado dormida, pero cuando suena la alarma y es hora de ponerse en marcha para ir al instituto sé que he dormido muy poco.

Intento entrar al baño, pero la puerta está cerrada por el otro lado y escucho un atragantado «ocupado». Tiene que ser el amigo de mi hermano cepillándose los dientes. Mierda, ¿es que no voy a escuchar su voz con claridad o qué? Los astros se han alineado para que me resulte imposible saber quién es.

Salgo hacia la cocina en busca de un café. No es el desayuno que tomo cada día, pero hoy la cafeína va a ser una gran aliada. Mi madre pone cara rara mientras me sirvo de la cafetera. Está intentando que Ava se termine su tostada y el cacao mientras le prepara la mochila para el colegio. Paso junto a mi hermana y le revuelvo el pelo con las manos. Ella se queja, no quiere que sus horquillas con forma de corazón se muevan de su sitio.

—¿Cómo va el coche? —me pregunta mi madre mientras cojo una pieza de fruta de la cesta que hay sobre la encimera—. ¿Se ha portado bien?

—Va genial, creí que costaría más, por lo grande que es, pero la verdad es que ha sido más fácil de lo que esperaba.

Hablamos un rato más, hasta que Max aparece en la cocina y coge un par de zumos de la nevera. Miro hacia el salón, tal vez pueda ver al chico que ha pasado la noche en la habitación de al lado, y entonces escucho el ruido de la puerta del apartamento al cerrarse.

—¿Ya se ha ido tu amigo?

—Sí, ya nos vamos, tenemos un entrenamiento a primera hora y queremos llegar antes.

Se despide de nosotras y me vuelvo a frustrar, ya que aún no me he cambiado de ropa y no podré llegar a tiempo para descubrir al dueño

de esa risa. La curiosidad me está matando, la verdad.

Me visto con el uniforme limpio que guardo en el armario y pido a mi madre que me lave el otro para tenerlo listo mañana. Les doy un beso y me voy a buscar mi coche. Tengo que encontrar algo en que ocupar mi mente durante el trayecto a clase, así que he decidido ponerle nombre a la *pick-up*.Es la cosa más tonta del mundo, pero así soy yo.

Llego al instituto más cabreada aún y creo que varias personas me lo notan cuando pasan por mi lado, porque intentan saludarme y mi cara les hace dar un paso atrás. Solo pienso en Garret y Jackson y en las cosas que se habrán dicho. Me dirijo a mi taquilla y guardo las cosas con mal genio. Hoy tengo el ánimo al nivel de las alcantarillas, por los suelos.

Unas manos me tapan los ojos e intento quitármelas de encima, le agarro un dedo a la persona que ha osado tocarme las narices hasta que escucho un alarido.

—Joder, Haley. Y parecía que no tenías fuerza —me giro y es Jack.

Pobre, un día de estos acabaré por hacerle daño de verdad, primero la nariz y ahora un dedo, pero es que mi padre, que se preocupa bastante por mí, hizo que tomara clases de defensa personal cuando, como dijo, dejé de ser su niña pequeña. Si por él fuera, el bote de pimienta iría colgando de mi cuello en vez de escondido en uno de los bolsillos de mi mochila.

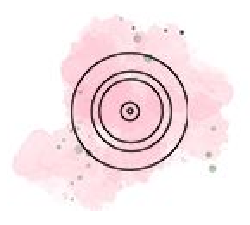
—Perdóname —le pongo carita de pena, para que sepa que lo digo de corazón.

—No te preocupes, ha sido culpa mía —se acerca hasta que nuestras bocas están a pocos centímetros—. Ahora voy a besarte.

Y no me da tiempo a reaccionar cuando sus labios ya están sobre los míos. Pasa una mano por mi cintura uniendo nuestros cuerpos. Sí, definitivamente Jack me gusta, pero hay algo que falta y son las malditas mariposas en el estómago. Le devuelvo el beso entreabriendo un poco la boca, para darle más realismo, y él aprovecha para introducir su lengua. El calor me inunda. Es placentero, pero sigue sin llenarme.

Alguien carraspea a la espalda de Jack y noto que le golpean el hombro. Él se separa de mí y el corazón se me paraliza al ver quién acaba de interrumpirnos. Es él, Garret, y la mirada que me dedica no es de las más amables. Definitivamente debo parar esto antes de que se lie más de lo que ya está.

20



—Vaya, vaya, parejita —nos mira y temo lo que pueda decir —. Siento romper este momento tan romántico, pero tu novio debe prepararse para el entrenamiento.

Se dirige a mí en todo momento, aunque esté mirando a Jack, que ahora se acerca y me da un nuevo, pero menos intenso, beso en los labios. Se despide y se marcha a los vestuarios dejándome a solas con Garret.

Garret me mira a los ojos, ladea la sonrisa y da un paso cuando ve que Jack no está ya en el pasillo. Doy un paso hacia atrás hasta que mi espalda choca con las taquillas. Garret levanta su mano y la pasa por mi mejilla, toma un mechón de pelo que me roza la cara y lo coloca detrás de mi oreja de forma delicada. El corazón se me desboca por su cercanía, pero eso no evita que tenga los pies en el suelo y sepa que, aunque muera por volver a tener algo con él, es imposible, entre ambos nunca habrá nada porque siempre estará Eliza en la ecuación.

—Eres toda una caja de sorpresas, nunca imaginé que usaras a Jack para ponerme celoso.

No, mierda, eso es lo que menos pretendía con toda esta farsa. Lo que deseo es que se aleje de mí, no que piense que aún sigo enamorada de él.

Me quedo sin palabras, no sé qué demonios responderle, lo único que se me pasa por la cabeza es que necesito hablar con Jack, él no se merece que lo trate así y menos aún tener algún problema con Garret. Siempre han sido buenos amigos.

Me separo de él y sé de sobra lo que tengo que hacer. Garret se ríe a mi espalda y lo escucho decir «lo sabía» una y otra vez. Tomo la goma del pelo de mi muñeca y me hago una cola mientras camino hacia el vestuario de los chicos, pero justo cuando estoy llegando los veo salir con sus equipamientos para el entrenamiento. Miro la hora en mi teléfono móvil, he de darme prisa, las animadoras también vamos a ensayar. Eliza ha decidido que la pirámide debe ir sí o sí en el número del partido de este sábado y cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien la haga cambiar de idea.

A veces pienso que o soy muy idiota o es que de verdad no me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor. Justo en una esquina del pasillo me encuentro con una escena y no sé qué pensar. Sarah, mi amiga, MI MEJOR AMIGA, dándose el lote con MI HERMANO. Claro que tonta no soy y sabía de sobra del tonteo que se traían entre manos, pero de ahí a que se besen delante de todos… Acaba de quedarme claro que soy la última en enterarse de todo. Tengo que pasar por su lado para llegar al gimnasio, pero me siento incómoda, como si invadiera la intimidad de esta nueva pareja. Ambos se devoran con ansia, sin importarles que los compañeros aplaudan al pasar, ajenos a su alrededor.

Al fin se despiden con un último beso y cada uno sigue su camino. Mi hermano me guiña un ojo, tampoco esperaba que me dijera nada. Me sigue faltando tener esa confianza que hemos tenido siempre y creo que su relación con Sarah puede ser uno de los motivos.

El sonido del timbre del instituto me anuncia que al final llego tarde al ensayo, así que me lanzo a correr por el pasillo, con el temor de caerme, aunque nadie me vería nadie, se han quedado vacíos y la vergüenza no sería tan grande.

Llego asfixiada a la puerta del gimnasio y casi choco con la persona que hay allí. Me inclino hacia delante, apoyo las manos sobre mis rodillas e intento recuperar el aire que le faltan a mis pulmones. El sudor me recorre la espalda y odio no haberme traído una muda para quitarme el maldito uniforme después del ensayo. Ahora me tocará estar el resto del día incomoda con la sensación de oler a sudor.

—Si ya has terminado…

La voz de Eliza hace que me incorpore a toda velocidad, tanto que me mareo y he de buscar un apoyo, que acaba siendo ella. Me mira con cara de pocos amigos y me regaña.

—Llegas tarde.

Intento disculparme, pero aún me falta aire para que las palabras salgan de mi boca.

—Vamos a ver, Haley, tenemos que hablar y quiero que las cosas te queden claras.

Maldita sea, me va a tocar escuchar un sermón de alguien a quien detesto con toda mi alma y encima sé que me lo merezco. Tomo una bocanada grande de aire y asiento esperando que siga con su discurso. Continúa diciéndome con su mirada que yo tampoco le caigo muy bien. Al menos es mutuo, pero miedo me da lo que pueda decirme, todo el mundo sabe de sobra que Eliza no es alguien que se ande por las ramas. Si le caes bien, tendrás una vida plena y satisfactoria en el instituto, si ni siquiera sabes quién eres, como me ocurría antes, no hará falta que te preocupes de nada salvo de seguir pasando desapercibida. Pero si eres persona *non grata*para ella témela, duda de

sus intenciones, huye mientras puedas. Y para mí ya es tarde.

—No me opuse a que formaras parte de las animadoras porque Sarah insistió mucho. Me aseguró que eras muy buena. En mi opinión, te defiendes. La otra razón es que Max es uno de los jugadores del equipo y una promesa, además del novio de Sarah, pero hay algo que no tienes y es la confianza que necesito para que valgas para este número.

Abro la boca para decirle cuatro verdades, pero sé que ahora mismo no me traerá nada bueno, así que la vuelvo a cerrar y lo único que hago es seguir con mi cara de me importa una mierda lo que me estás diciendo.

—No me mires así, en un ejercicio como el que estamos preparando hay varias escalas de confianza. Yo ocupo la más alta, soy la jerarquía, la que decide qué hacer o no. Justo debajo de mí están las personas en las quien más confío, las que sé que ayudarán a que mi equilibrio sea el perfecto. Un puesto más abajo, aquellas a las que respeto por su trabajo y dedicación y, por último, estás tú —me están entrando unas ganas enormes de darle un buen guantazo, pero con toda la confianza del mundo, para ayudarla a tragarse sus palabras—. No debería de extrañarte, de la noche a la mañana has ganado una popularidad que no te mereces y encima ahora, para intentar subir escalones, te lías con Jack, pero a mí no me engañas. Ahora, entra ahí dentro y esta conversación quedará entre tú y yo, y espero que no repliques mis decisiones a partir de ahora, porque nunca llegarás al punto alto, no está a tu alcance.

Dicho aquello se gira dando tal golpe a su melena que casi me salta un ojo. Me acabo de quedar totalmente bloqueada, porque tenía claro que no era de su agrado, pero hasta el punto de menospreciarme de esa manera… no podía imaginarlo. Nunca hemos tenido ningún tipo de relación, ni un simple cruce de palabras. Como ella misma ha dicho, yo estoy en una escala inferior, mi intención nunca fue destacar y menos aún ser la novia de un tipo popular, joder, es que no lo soy, solo es una gilipollez que salió de mi boca. Cada día me arrepiento más de haber aceptado la propuesta de Sarah.

Me paso las manos por la cara, respiro profundamente y entro en el gimnasio como si esta maldita conversación ni siquiera hubiera tenido lugar. Todas me miran y Eliza me grita que me ponga en posición, que ya han perdido demasiado tiempo por mi culpa. Agacho la cabeza y paso por el lado de mi amiga, que me sujeta del brazo.

—¿Ha pasado algo?

Pienso en si debería contarle lo que me ha dicho Eliza fuera, pero si en algo le doy la razón es en que hay varios niveles de confianza, y ahora dudo si Sarah sigue ocupando el más alto. Desde que empezó el curso las cosas han cambiado, siento como si ya no pudiera contarle

todo lo que me pasa, así que simplemente le digo un no y continúo mi camino. Me coloco en el suelo, con las manos y las rodillas apoyadas en las colchonetas, esperando a que el siguiente nivel de confianza me pisotee un poco más.

El entrenamiento no ha ido tan mal, aunque la manera de hablar de Eliza ha sido bastante despreciativa, seguramente todas lo hayan notado, aunque ninguna ha dicho nada, y no seré yo quien lo haga. Ya he tomado mi decisión. Una vez que el partido acabe, el equipo de animadoras se convertirá en pasado para mí. Solo me queda hablar con Jackson y terminar esta pantomima para regresar a mi rutina, volver a ser invisible en esta jungla que es el instituto y preocuparme solo por sacar las mejores notas. Haley, solo dos días más, me digo al salir del gimnasio sola. Las demás se han quedado con Eliza para una reunión a la que no he sido invitada. Entre ellas Sarah, que de repente ha subido de nivel en la escala de confianza y ahora es una de las chicas que se encuentran justo debajo de ella, ayudándola a mantener su equilibrio.

Llego a clase y la encuentro prácticamente vacía, solo están las personas que no pertenecen ni al equipo de animadoras ni al de baloncesto, además del chico nuevo. Sin entender por qué, me encuentro caminando hasta él. Me siento a su lado en el pupitre. Él me mira y sonríe, pero no dice nada.

El resto de los compañeros empiezan a llegar y Sarah entra del brazo de Eliza, que, para mi sorpresa, al pasar por mi lado, tira del brazo de mi amiga para que se sienten juntas. Sarah me hace un gesto con los hombros, en señal de disculpa, y yo solo puedo devolvérselo. Jack llega riéndose con Garret, a saber de qué, y ocupa el pupitre que hemos compartido los primeros días. Garret me mira y al ver que estoy con el nuevo se sienta al lado de mi amigo y lo entretiene para que me ignore. No dejo de observarlo, esperando que se dé cuenta de mi presencia, pero ya es imposible, el profesor acaba de entrar y manda callar a todo el mundo.

Escuchamos sus explicaciones y empezamos a tomar notas, aunque creo que yo solo escribo por inercia, sin escuchar nada de lo dice, solo me vienen a la mente las palabras de Garret y después las de Eliza. Y la imagen de la que hasta ahora ha sido mi mejor amiga liándose con mi hermano y manteniendo una conversación bastante amigable con una persona que, supuestamente, no nos caía especialmente bien a ninguna de las dos.

—¿Problemas en el paraíso? —una voz susurrada en mi oído hace que salga de mis pensamientos y me quede mirando al chico nuevo.

No he entendido a qué ha venido la pregunta. Él baja la mirada hasta mi cuaderno y yo la sigo. Me quedo con la boca abierta al leer lo que he estado escribiendo. El nombre de Garret se repite una y otra

vez, siempre tachado, en el papel. No me he dado cuenta de lo que hacía. Nerviosa, miro alrededor con la impresión de que todos me miran a mí, pero están pendientes de sus propios cuadernos y de las tareas que supuestamente ha mandado el profesor y yo he ignorado.

Arranco el papel del cuaderno y hago una bola con él, que meto en mi mochila. Me fijo en el papel de abajo. El nombre ha quedado grabado por la presión con la que he usado el bolígrafo. No puedo arrancar un papel tras otro hasta acabar deshojando el cuaderno, así que lo cierro y miro al frente. El profesor está leyendo algo y no se ha dado cuenta de mi extraña reacción, al menos no he quedado como una loca.

—Toma —Stiles saca un cuaderno de su mochila y lo pone delante de mí—. Este lo llevo para las emergencias y pareces tener una.

Me encantaría poder decirle que se meta en sus asuntos, pero realmente no ha hecho nada para que me mosquee también con él, así que lo acepto y luego él acerca el suyo para que pueda ver lo que tenemos que hacer. Su caligrafía es bastante bonita, algo raro, ya que todos los chicos que conozco descuidan este aspecto. Pero hay algo más que me sorprende. En la esquina inferior de su cuaderno ha hecho un precioso dibujo, no uno cualquiera, sino un precioso corazón. Uno de sus lados redondeados es la cabeza de un perro. Es simple, pero tan bonito...

—Es precioso —digo, señalándolo con el bolígrafo—. Ideal para un tatuaje.

—Deberías hacértelo, si te gusta.

Lo miro a los ojos y me sorprende la intensidad de su preciosa mirada de color chocolate. Observo de manera descarada su rostro y me llaman la atención varias pecas que le salpican la cara. No son las típicas que motean la nariz, sino pequeños lunares que decoran a la perfección su piel dándole más belleza, porque es guapo, muy guapo.

—¿Tengo algo en la cara? —dice al ver que no aparto la mirada.

—Solo me fijaba en tus lunares —se pasa un dedo por el que me parece más perfecto, uno que marca el centro de su hoyuelo—. Son como estrellas, las que no conseguimos ver en la terraza.

Y acabo de ponerme como un tomate, porque no sé de dónde narices ha salido este comentario. Vuelvo de nuevo la vista al cuaderno que me ha dejado y empiezo a trabajar bastante más tarde que los demás, porque he estado perdida en los mundos de Yupi que es ahora mi cabeza. Ojalá que esas palabras no hubieran salido de mi boca.

—Algún día te llevaré a verlas, pero donde las luces de la ciudad no nos lo impidan, estrellas de verdad, de esas a las que puedes pedir un deseo.

Y no dice nada más, sigue con su tarea. Al rato, el timbre anuncia

el fin de la clase y Stiles se levanta de su pupitre, ni siquiera se despide de mí, aunque creo que el apretón que me ha dado en el hombro podría clasificarse como despedida.

Algunos chicos aprovechan este mini descanso para salir y estirar las piernas. Yo no pienso moverme de mi sitio y menos aún mirar hacia atrás, desde la posición en la que estoy sé quiénes han salido, y Garret, Eliza, Jack y Sarah no están entre ellos.

Saco el libro de la próxima clase y compruebo que llevo en la mochila todo lo que necesito para hoy. Justo entonces una mano vuelve a apoyarse en mi hombro. Levanto la vista y me encuentro con la mirada de Jackson.

—Hola, preciosa —se acerca y me da un suave beso en los labios—. Esperaba que te sentaras conmigo, pero ahora Garret no quiere cambiarse de sitio y no creo que Stiles quiera estar con él, no se llevan muy bien.

—No pasa nada, después almorzamos juntos —le digo para disimular y evitar decirle que estoy bien aquí.

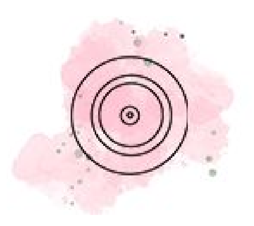
—¿Pasa algo? Hoy te veo distante.

Los compañeros que estaban en el pasillo vuelven a entrar y Stiles pasa por nuestro lado hasta sentarse junto a mí. Saluda a Jack, que le responde de la misma manera, con un choque de puños. La profesora que nos toca ahora entra detrás del último alumno y Jack continúa junto a mí, esperando una respuesta. La profesora le indica que se siente, pero él no se mueve del sitio, así que le anuncio:

—Tenemos que hablar, esto no va a salir bien.

Su mirada se vuelve triste y se retira hasta su asiento. Le sigo con la mirada, Garret le pregunta algo y cuando Jack le responde, me lanza una mirada dura. Esto no me está gustando nada.

21



La siguiente clase estoy más tranquila, Stiles no ha vuelto a hablarme, lo cual agradezco, porque después del último cruce de palabras no sé cómo respondería, ni siquiera entiendo por qué lo hice antes, este chico tiene algo y no sé qué es.

Cuando al fin suena la campana y es la hora de comer ya he recogido todas mis cosas, con la esperanza de salir la primera de clase y no tener que enfrentarme aún a Jackson. He de terminar con lo que hemos empezado, pero no tengo ni idea de cómo afrontar la conversación.

El pasillo está atestado de chicos con la misma intención, escapar de estas cuatro paredes, aunque sea por un leve periodo de tiempo. Aprovecho el flujo de personas para mezclarme entre ellas y que Jack me dé un poco más de tregua.

Entro en el comedor y busco la mesa más escondida, al fondo de la sala, tranquila y oculta tras una columna, la que suelen usar los que prefieren repasar antes de un examen. Pero no me oculto, todo el que entre podrá ver que estoy ahí sentada, esa es mi intención, que Jack se acerque a mí y tengamos un poco de intimidad. Sé que Sarah nunca se acercaría a esta zona, por eso de no manchar su estatus de chica popular. Sigue necesitando mantenerse en lo más alto.

Todos van ocupando sus sitios habituales: los del equipo de baloncesto, animadoras, empollones y las distintas tribus urbanas. El corazón se me acelera cuando veo entrar a Jack junto a Garret, que le va hablando. Jackson mira hacia la mesa que suelo ocupar y al no encontrarme deambula con su mirada hasta que da conmigo. Una sonrisa se dibuja en su cara. Deja a Garret con la palabra en la boca, lo sé porque le veo hacer hace aspavientos con las manos, sintiéndose ignorado.

Ya está aquí, Haley, vamos, haz lo que tienes que hacer y no permitas que esto se tuerza más de lo que está.

Se sienta y apoya sus manos sobre la mesa, con esa postura de chico duro que tiene, aunque no puede disimular su mirada, esa que le delata que en el fondo solo es un chico con un corazón de oro. Y eso

es lo que más me duele de todo esto. Me dijo que yo le gustaba y lo he utilizado. Y lo peor es que solo he conseguido que Garret se crezca más y piense que lo hago por razones equivocadas.

—Tú dirás —se dirige a mí después de no sé cuánto tiempo, creo que llevo demasiado inmersa en mis pensamientos.

Las manos me sudan, las seco contra la tela de la falda, qué más da, ya me siento sucia después del ensayo a primera hora. Las palabras se agolpan y no sé por dónde empezar, pero tengo que hacerlo ya, así que levanto la mirada de la mesa, enderezo mi espalda y busco el valor en lo más hondo, porque en algún lugar tiene que estar escondido.

—Jackson, no podemos fingir que estamos juntos, esto no va a acabar bien y menos cuando ni siquiera sabes por qué lo haces.

—¿Hemos vuelto al Jackson? —estira uno de sus brazos hasta que toma una de sus manos entre las mías, no había notado que tamborileaba las uñas contra la mesa a causa de los nervios —. No necesito saber por qué lo hago, Haley. Solo sé que tú lo necesitas y somos amigos, ¿no?, los amigos estamos para estas cosas.

—Una cosa es que te pida un favor, incluso hasta me sería más fácil pedirte que hicieras algo ilegal, pero que te hagas pasar por mi novio no me parece bien y menos cuando —trago saliva para repetir las palabras que él mismo me dijo— me dijiste que yo te gustaba.

—Y lo dije de verdad, sabiendo dónde me metía y que tú no sientes lo mismo por mí. No hay que ser muy tonto para darse cuenta.

Me siento como una estúpida, todo esto es una puta locura, porque él habla como si de verdad no le preocupara que se nos fuera de las manos, como si no le importara salir herido por esta tontería.

—Vamos a ser sinceros —me mira a los ojos y aprieta mi mano entre las suyas—. Sé que te gusta Garret, es obvio y no puedes ocultármelo, ese odio que sientes por él solo puede significar una cosa.

Enmudezco, retiro la mano y me levanto de la mesa para irme del comedor. Si él se ha dado cuenta, no ha de ser el único. ¿Tan mal lo he ocultado? Ahora entiendo las reacciones de Eliza. Jack rodea la mesa hasta colocarse a mi lado y hace que me siente de nuevo. No va a permitir que abandone la conversación, además, era yo la que quería tenerla y sigo confiando en que todo este teatro acabe hoy.

—Él es mi compañero de equipo —continúa, una vez que se asegura de que no intentaré irme otra vez colocando una mano sobre mi muslo—, pero tú eres mi amiga. Por los amigos se pueden hacer muchas cosas, pero la más importante es apoyarlos, aunque en el camino puedas sufrir un poco, así que no debes preocuparte por mí, sé dónde me estoy metiendo.

—Pero no sirve, Jack. Él piensa que lo hago para ponerlo celoso.

—¿No es lo que quieres? —niego con la cabeza—. Ya veo, lo que

pretendías era que te dejara en paz, así que es cierto lo que me ha dicho.

—¿A qué te refieres?

—El otro día me quedé en su casa y fuiste el centro de todas las conversaciones. Le gustas, eso lo tengo claro, pero no es un buen chico, Haley, tú no te mereces a nadie como él, tú necesitas a alguien que te cuide, te comprenda y te permita ser como eres, sé que yo no soy ese chico, pero mientras esto dure, permíteme que lo haga. ¿Quieres que esto acabe? Lo entiendo, pero espera a que pase el partido final, déjame estar contigo en la fiesta.

Asiento, todo sería tan distinto si Jack me gustara… Aunque me siento muy a gusto con él, sé que no es la persona por la que me pasaré noches soñando que amanezca para estar a su lado.

Comemos algo rápido antes de volver a clase. Llegamos a clase juntos y me pregunta si quiero compartir pupitre en las próximas horas. Le digo que sí. Miro hacia la mesa que ocupé antes con Stiles. Me está mirando y me dedica un movimiento de cabeza cuando nuestras miradas se cruzan. Tampoco tengo por qué darle explicaciones de por qué me senté antes con él y no ahora.

Finalmente acaba otro día más de instituto. Jack no regresará conmigo en el coche, como yo creía. Los chicos del equipo tienen un nuevo entrenamiento y una charla prepartido con el entrenador, así que mi hermano tampoco me acompañará. Hoy no he cruzado palabras con Sarah y ella tampoco ha puesto mucho interés, pero cuando llego a mi coche me la encuentro apoyada en la puerta del piloto, con esa sonrisa que reserva para cuando algo no le gusta. Esto solo significa que he de enfrentarme a una dura charla con ella.

—¿Ya vuelves a casa?

—Sí, no tengo nada más que hacer aquí. Además, quiero adelantar los ejercicios que nos han mandado, últimamente estoy demasiado cansada después de los ensayos y no le dedico el tiempo suficiente a los estudios.

—Yo tampoco tengo nada más que hacer —entrelaza su brazo con el mío para que camine a su lado —. Vayamos a tomar algo aquí al lado y pongámonos al día, creo que aún tienes muchas cosas que contarme.

Realizamos el camino en silencio hasta una pequeña cafetería que está situada varias calles alejadas del instituto. Algunos compañeros vienen a menudo cuando deciden saltarse alguna clase, Sarah lo ha hecho en un par de ocasiones. El local no es nada del otro mundo, está decorado de forma austera. Unas mesas de plástico con manteles de cuadros rojos y blancos y las paredes pintadas en un tono amarillo, aunque dudo que sea pintura, parecen más los restos del humo que dejan miles y miles de cigarros. Tras el mostrador hay una mujer

mayor con el rostro surcado de arrugas, el pelo ya casi blanco de las canas recogido en un prieto moño, al estilo de las bailarinas de *ballet*, y un delantal a juego con los manteles. Nos saluda cuando ocupamos dos taburetes del mostrador.

Sarah le pide dos refrescos de cola. Ya me ha dejado claro que esta va a ser una larga conversación, sabe lo que me cuesta tomarme las bebidas con muchas burbujas. Saca un billete y la mujer lo toma directamente de su mano, sin darle tiempo siquiera de colocarlo sobre el mostrador. Ambas miramos cómo se mueve, incluso con la edad que parece tener lo hace con bastante agilidad.

Pone ante nosotras los refrescos y unos frutos secos que no pienso probar. Le da el cambio a mi amiga y se retira a fregar algunos vasos que tiene en el fondo de la barra.

—Últimamente no me he comportado como una buena amiga, pero no es culpa mía —su tono de voz es de enfado nada más empezar a hablar—. ¿Así es como me lo pagas? No sabes lo que me costó convencer a Eliza para que te admitiera en el equipo, todo lo que he hecho es por ti y tú te dedicas a…

—¿De qué narices me estás hablando? —me he perdido, porque no sé a qué demonios viene todo esto.

—Claro que lo sabes, quieres ser popular, quieres tener todo lo que yo tengo, primero entras en el equipo de animadoras y ahora estás con Jack, ¿qué va a ser lo próximo? Avísame por si tengo que mirar a mi espalda.

Y ahora soy yo la que está cabreada, porque se está pasando de la raya.

—Entonces lo del baño lo dijiste en serio —no le pregunto, confirmo mis sospechas —. Sabes que nunca he querido esto, entré en equipo de animadoras porque tú me lo pediste, porque somos amigas y te estaba haciendo un favor, a ti, MI MEJOR AMIGA. Lo de Jackson ha sido solo casualidad, ¿quién dice que no hubiera ocurrido antes si no hubiéramos estado sin hablarnos durante dos años? No te reconozco, me duele que pienses eso y más cuando eres la persona que más me conoce en este mundo, cuando he compartido contigo todo, joder, Sarah.

—Y una mierda, Eliza me lo advirtió, antes de que me contaras que te habías liado con Garret en la fiesta ella ya me había enviado un mensaje, sabía que eso iba a ocurrir. En todos los años que llevan juntos ha pasado lo mismo, pero como tú eres tonta no te has dado cuenta. Siempre lo dejan antes de las vacaciones de verano, él se lía con la tía que esté más colada por él y cuando empieza el instituto, cada uno por su lado. Pero no, tu tenías que hacerte ilusiones.

—Y tú las alimentaste —elevo la voz y la mujer nos mira.

—Porque eres una niñata y nunca aprenderás, ¿es que no te das

cuenta?

—Ya estoy cansada de oír tus insultos —me levanto del taburete para salir de allí, meterme en algún sitio donde nadie me escuche y gritar hasta quemar mis cuerdas vocales.

Cuando voy a abrir la puerta, Sarah vuelve hablarme.

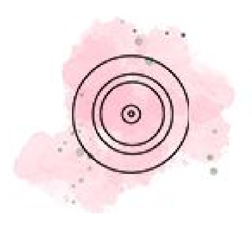
—Huye de los problemas, que es lo único que debes hacer, pero déjame que te dé el último consejo de amiga, vuelve a meterte en tu burbuja e intenta pasar desapercibida, porque si no lo haces este no va a ser un buen año para ti.

No sé si ha seguido, porque en ese momento empiezo a correr hasta llegar a mi coche. Arranco y me alejo a toda velocidad de los aparcamientos. Si alguna vez pensé que alguien podía hacerme tanto daño como para que me sintiera como una mierda, no imaginé que sería Sarah. He confiado en ella como en la que más y me acabo de dar cuenta de que en este mundo estoy sola, bueno, está Jackson, pero no es lo mismo, él es un chico y después de dos años las cosas tampoco son igual.

Sin darme cuenta he conducido sin rumbo alguno hasta que veo el cartel que indica que estoy llegando a mi destino. Al menos mi GPS interno se ha comportado con cabeza y no ha permitido que me pasara nada en el trayecto.

Entro en casa y no hay nadie, mis padres habrán salido como cada tarde a dar un paseo con Ava y Max debe seguir en el instituto. Cojo algunas provisiones de la cocina y me encierro en mi cuarto, porque hasta mañana no volveré a salir de mi santuario y, al fin y al cabo, voy a hacerle caso a su último consejo. Mañana dejaré el equipo de animadoras y volveré a ser la Haley que no habla con nadie, que no se relaciona y que vive por y para estudiar.

22



He escuchado llegar a mis padres, mi madre incluso se ha acercado a mi cuarto, me ha preguntado si voy a cenar algo, le he enseñado la bolsa de patatas que tengo junto al ordenador, estoy adelantando trabajos del instituto, mirando universidades, sé que aún queda tiempo para eso, pero es lo único que me alegra en estos momentos, saber que en un futuro no muy lejano podré irme de aquí, desconectar de una vez por todas, lo mismo acabo conociendo a personas que de verdad merezcan la pena, ya que el tiempo me está demostrando que las que me rodean, tal vez, no son lo mejor para mí. Jackson no es mal chico, pero tiene su futuro más que pensado y cuando llegue la época de separarnos, ninguno echará de menos al otro. Sarah, ya no sé qué pensar de ella, sigo creyendo que hay algo que la ha movido a tratarme de esa manera, no me gusta juzgar a las personas, no soy quién para pensar que todos son malos, pero ninguno hace nada para demostrar lo contrario. Ninguno.

Miro la hora en el reloj de mi portátil y veo que, si quiero descansar para poder afrontar el día de mañana, debería ir pensando en acostarme. Cojo mi ropa y me meto en el baño para ponerme el pijama y cepillarme los dientes y el pelo antes de meterme en la cama. Al volver al cuarto, veo que la puerta está entreabierta y eso solo puede significar una cosa. Al mirar a mi cama, allí la veo. Ava se ha metido bajo las mantas, su pelito asoma y escucho su risilla a través de la tela. Le encanta venirse conmigo, seguramente ha esperado a que mis padres apagaran la luz de la sala de estar para escabullirse hasta mi dormitorio.

Me acerco a la cama, haciendo como si no supiera que se encuentra allí y cuando voy a retirar las sábanas para descubrirla, meto la mano que tengo libre por debajo y empiezo a hacerle cosquillas. Su cuerpo se contorsiona, su risa va en aumento hasta que finalmente me pide que pare. Asoma su diminuta cabeza de pelo rubio y una enorme sonrisa dibujada en su cara. La tomo en mis brazos y, sin que ella me lo pida, acabamos las dos acurrucadas.

—*Laly*, ¿puedo dormir contigo?

—Claro que sí, pequeña. Mi cama es tu cama, siempre.

Acaricio su sedoso pelo y la acurruco sobre mi pecho, me encantan estos ratitos que pasamos juntas. Antes eran más, pero mis padres han conseguido conciliar mejor sus trabajos para estar con ella. Se sienten culpables por no haberlo hecho en su momento con Max y conmigo y esta es una manera de perdonarse, aunque yo sé que lo hicieron lo mejor que pudieron. Llegué muy pronto a sus vidas y cuando quisieron darse cuenta, Max también estaba aquí. Ahora es como si lo vivieran todo de nuevo, pero con una intensidad diferente y una madurez que entonces no tenían.

La respiración de mi hermana es más relajada, se está quedando dormida.

—Cuando sea mayor, quiero ser como tú.

Sus palabras son apenas un susurro, pero me llegan al alma. No, pequeña, me digo, no serás como yo. La abrazo con más fuerza, siento sus deditos sobre mi hombro. Es tan pequeña, tan frágil, quiero enseñarle a ser una persona fuerte, que no se oculte como he tenido que hacer yo, que no le tenga miedo a la vida.

—Serás mejor. Valiente, fuerte, toda una guerrera.

No sé si lo he dicho para ella o para mí. Me sentiré orgullosa de la mujer en la que se convertirá. Ava merece ser feliz.

La luz del día se filtra entre las cortinas de mi ventana. Un mechón de pelo rubio me cosquillea en la nariz. Algo me oprime el pecho y no me deja moverme, y entonces recuerdo que Ava está en la cama conmigo. Tengo que llevarla a la suya antes de que mi madre despierte y vaya a buscarla. Miro la hora en el móvil, que reposa en la mesita de noche, y sé que ya es demasiado tarde para eso. Doy unos toques en el hombro de mi hermana hasta que al fin abre los ojos y su infantil mirada se ilumina.

La puerta de mi cuarto se abre y mi madre aparece tras ella, su sonrisa lo dice todo, no está mosqueada porque Ava haya dormido conmigo. Se acerca a la cama y toma en brazos a mi hermana, que se enreda a su cuello. Cuando ya están a punto de salir de mi habitación me lanza un beso que le devuelvo. Por cosas como estas, los días parece que se levantan con una luz diferente y todo lo que pensé anoche toma un significado nuevo.

Soy una chica comprometida y cuando prometo algo, lo cumplo. Sobre mi escritorio reposa el uniforme de animadora pulcramente doblado, eso quiere decir que mi madre ya ha estado aquí antes de que nos despertemos. Lo cojo y pienso si será una buena idea, pero nadie va a poder conmigo, hoy no. Tengo que empezar a poner en práctica los consejos que le doy a mi hermana. No es que yo quiera esto, no deseo ser animadora, no es algo que haya entrado nunca en mis planes, pero alguien me pidió un favor del que podré

desprenderme mañana, hoy sigue siendo un día más que afrontar, y después ya podré borrarlo de mis recuerdos. Para poder crearse a uno mismo, primero hay que saber qué es lo que no se quiere hacer.

Cuando llego a la cocina mi padre ya se ha ido a trabajar. Varios días a la semana entra un poco antes, de esta manera puede tener más horas libres. A mi madre le debían varios días en el trabajo y ha decidido tomarse el de hoy «para su diversión», así es como llama al tiempo que dedica a acudir al gimnasio del instituto para ayudar con la decoración del baile. Dice que apenas se involucra en nuestras cosas y ni Max ni yo nos hemos quejado nunca, pero este año nos prometió que formaría parte de la junta de padres. No sé si me gusta o me atemoriza que pueda ver quién soy ante los demás. Le hablo poco de los compañeros, por no decir nada. Saber que cumplirá con su palabra me pone algo nerviosa.

Cuando ha terminado de darle el desayuno a Ava y mi hermana está con su pequeña maleta de Frozen colgada a la espalda, se despide de nosotros hasta dentro de un rato, en el instituto.

Max está bastante serio, algo inusual en él, porque, ya sea por mosqueo o alegría, siempre tiene algo con que picarme e intentar cabrearme. Me doy cuenta de que me está observando. ¿Qué le habrá picado para mirarme de esa manera?

—¿Me he levantado con una segunda cabeza esta mañana? Lo mismo sí y no me he enterado.

Le doy un sorbo bastante largo al zumo recién exprimido que nos ha servido mamá y veo cómo Max abre y cierra la boca un par de veces, pensando en qué decir. Suelta el tenedor y gira su cuerpo hacia mí. Lo miro, porque no sé qué otra cosa hacer, sigo sin saber lo que pasa por su cabeza.

—No me esperaba eso de ti —dice, al fin —. Era tu mejor amiga.

Y no dice nada más. Se levanta de la mesa dejando su desayuno a medias, coge la mochila y lo último que escucho es el portazo cuando sale de casa.

Sigo con la boca abierta de par en par. No sé qué le habrá dicho Sarah, pero no me voy a parar a pensarlo, no pienso permitir que mi cabeza pierda el tiempo en pensamientos que solo me harán sentir peor conmigo misma.

Recojo los restos de los dos desayunos y lo meto en el lavavajillas. Mis padres decidieron comprarlo con unos pocos ahorros porque a nadie en esta casa le gusta fregar. Como veo que ya está lleno, abro la alacena y extraigo una pastilla líquida envuelta en un plástico biodegradable, la pongo en la cajetilla correspondiente, cierro la puerta y elijo el programa que mi madre nos enseñó a usar. No sé si será el que necesitan los platos, pero es el único que me conozco.

Hoy no pienso ir cargada a clase, así que llevaré un bolso pequeño,

no voy a preocuparme de si estoy sudada o no, en mi taquilla guardaré el desodorante que he cogido del baño y el paquete de toallitas húmedas para asearme un poco después de los entrenamientos, que serán dobles.

Salgo al largo pasillo que me lleva al ascensor y en ese momento una de las puertas del fondo se abre y sale Jack. Sonríe y camina hasta acortar la distancia entre ambos. Cuando llega a mi lado me da un delicado beso en la mejilla y coloca su brazo sobre mis hombros, menos mal que ha aceptado que después del partido de hoy todo esto acabará, porque podría llegar a acostumbrarme.

Me dirijo a mi coche, pero Jackson no me lo permite, me abre la puerta del suyo, espera que me coloque el cinturón y después ocupa su asiento. Me hace gracia el cariño que puedes llegar a cogerle a un coche, en los pocos días que llevo con mi *pick up*me he dado cuenta de que criticaba a los que lo hacen sin saber.

Por el camino, Jack me informa de que ya tiene casi terminada mi redacción. Una vez que termine de corregirla me la pasará para que le dé mi opinión. Conociéndolo, lo mismo me ha puesto a caer de un burro.

Cuando llegamos al instituto y aparca en su sitio de costumbre, me pide que no baje. Da la vuelta, me abre la puerta y, muy sonriente, me tiende la mano para ayudarme a salir. Sorprendida, accedo, pero en el momento en que pongo los dedos sobre su palma cierra con fuerza su mano sobre la mía y tira de mí hasta que me sitúa muy cerca de él y sus labios se unen a los míos. Oigo cuchichear a las personas que pasan por nuestro lado, incluso las risas de algunos que están más lejos, y le devuelvo el beso. No hay pasión, no hay amor, es un simple beso que no hace daño a nadie.

Cuando nuestras bocas se separan, Eliza aparece a nuestro lado.

—Espero que vengas preparada y llena de energía, te esperamos en el patio trasero desde hace cinco minutos.

Jack me da un último beso y me anima con un leve empujón en mi espalda para que camine detrás de esta arpía. Aunque me muera de ganas de decirle un par de verdades, me repito una y otra vez que solo quedan dos días y todo habrá terminado.

Al llegar al patio compruebo que solo hemos llegado algunas y que varios chicos están colocando las colchonetas del gimnasio para que podamos entrenar. Cuando todo está organizado nos colocamos formando un círculo a esperar que nos dé las indicaciones pertinentes.

—Ya sabéis todas vuestras posiciones, pero esta noche he estado pensando que, por el bien del equipo, debemos hacer un cambio. Tú, tú y tú —señala a otras dos chicas y a mí— no vais a formar parte de la pirámide, pero vuestro papel será importante, deberéis hacer delante de nosotras la coreografía sencilla que se retiró para incluir

este número. De esta manera, si la parte de debajo de la pirámide no queda tan vistosa, conseguiremos disimularlo.

Le dedico a las chicas una sonrisa que ellas me devuelven. Creo recordar que se llamaban Natalie y Rose, pero pertenecen a un curso menor que el mío. Si casi no conozco a los de mi edad, mucho menos a lo que no comparten nada conmigo.

Las dos están un poco nerviosas. Miro a las demás, que preparan ya el último ensayo. Mi mirada se cruza con la de Sarah y me parece ver tristeza en ella, pero en ese momento Eliza la nombra, endereza la espalda y me ignora. Rose y Natalie me piden que sea yo quien se coloque en medio y marque los pasos. Las dos lo hacen bastante bien y nos reímos un par de veces cuando alguna se pierde, hasta que un grito hace que nos giremos bruscamente.

La pirámide se derrumba justo cuando Eliza estaba en lo más alto con la pierna elevada sobre su cabeza. Las chicas de debajo han intentado aguantar su peso, pero han perdido el equilibrio y toda la pirámide ha caído en un amasijo de brazos y piernas. Corremos hacia allí mientras escuchamos el llanto de una de ellas. El resto se han levantado y forman un corro alrededor. Cuando llego, es Eliza, que continúa en el suelo en una postura extraña, con todo el peso del cuerpo sobre una de sus piernas. En ese momento aparece un profesor y nos grita que llamemos a la enfermera. Una de las íntimas de Eliza sale corriendo y más chicos y chicas se reúnen con nosotras hasta que, pasado un buen rato, llegan las enfermeras y se llevan a Eliza en una silla de ruedas.

Cuando todo se ha calmado, el murmullo de las animadoras empieza a subir de volumen hasta que una voz se eleva sobre las demás.

—No va a estar para el partido de mañana y tenemos que hacer los números que hemos ensayado, es tarde para pensar en algo nuevo.

—Haley podría estar en lo alto de la pirámide, es muy buena.

Miro a Sarah, sorprendida, y ella me dedica una de esas sonrisas que hasta el día de ayer significaban una amistad absoluta. Varias chicas protestan, pero a mí nadie me pregunta y menos cuando, de repente, me encuentro a punto de llegar a lo más alto de la formación piramidal. Esto me va a traer grandes problemas, y lo peor de todo es que acabo de darme cuenta de que me da igual.

Reanudamos el ensayo y tras repetir la pirámide un par de veces con bastante buen resultado, el profesor que atendió a Eliza se acerca para informarnos de que se ha roto el tobillo. No podrá ensayar en dos meses, al menos. Varias compañeras piden permiso para ir a visitarla al hospital. El profesor accede a regañadientes. Yo no iré, es algo que tengo claro, y menos después de que le cuenten que voy a ser la protagonista de la pirámide, aun cuando ella se encargó de ponerme

en un segundo plano.

Después del ensayo las clases continúan. Comparto pupitre con Jack y estoy tentada en varias ocasiones de acercarme a Sarah y preguntarle por qué me ha propuesto para el número de la pirámide, pero finalmente decido que no me encuentro con ánimos de discutir otra vez con ella.

Al acabar la jornada espero a Jack en la puerta para volver juntos a casa. Lo veo acercarse e intuyo por su mirada que va a decirme algo que no me va a gustar.

—No te preocupes, me iré a casa andando —lo detengo antes incluso de que abra la boca.

—Lo siento, no quería dejarte plantada, pero Garret me ha pedido que lo lleve a casa de Eliza, he intentado negarme, pero ha sido imposible.

Nos despedimos con un beso en los labios y lo veo subir al coche. Garret pasa a mi lado, me roza el cuello y le dedico una mirada que sería el equivalente a un buen tortazo, pero no es el momento de montar un numerito. Al fin y al cabo, no me parece que esté contento. Creo que de verdad le ha afectado lo que acaba de pasarle a su novia. Lo que no entiendo es cómo no se ha ido a verla antes, como han hecho otras chicas del equipo de animadoras.

Recorro el trayecto más largo hasta mi casa, cruzando el Pospect Park. Siempre que el tiempo me lo permite camino por el sendero y observo a los cuidadores de perros paseando esos animales preciosos. Mi madre siempre se pregunta cómo pueden gustarme tanto si en mi vida he tenido una mascota. Mi respuesta siempre es la misma, no la he tenido porque no me lo han permitido, y tal vez esa sea la razón. Echo de menos algo que me acompañe día a día y me demuestre su felicidad.

Cuando estoy llegando a salida del parque, cerca de la calle donde vivo, un husky precioso se acerca a mí, es bastante gordito y enseguida descubro por qué: es una hembra y está embarazada. Se acerca a mi pierna y le tiendo la mano para que la olfatee y sepa que voy a acariciar su preciosa cabecita. Se deja tocar con entusiasmo, meneando la cabeza y lamiéndome los dedos cada vez que le es posible.

—Vaya, le has gustado. Lógico.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada negra y los lunares que tanto llaman mi atención. Sin saber por qué, me ruborizo y me agacho para seguir acariciando a la perra y disimular mi vergüenza.

—Se llama Queen.

23



Continúo mirando y acariciando a Queen un rato más, por alguna extraña razón me da vergüenza levantar la cabeza y encontrarme con los ojos de Stiles, pero él es más rápido que yo y acaba agachándose y colocándose a mi altura. Queen gira la cabeza hasta apoyarla sobre una de las rodillas de su dueño para recibir su atención. Al fin alzo mi rostro y, como imaginaba, él está mirándome con su preciosa sonrisa ladeada.

—No es normal que se acerque a desconocidos para que la acaricien —dice mientras le coloca la correa—. Tienes algo y ella también lo ha notado.

Se incorpora y me tiende la mano para ayudarme a recuperar la postura. Cuando sus dedos atrapan los míos un nudo se aprieta en mi estómago y hace que la retire con demasiada rapidez. Me mira extrañado, pero no dice nada. Saca un paquete de galletitas para perros y le ofrece una a su mascota, que acepta encantada.

—¿Te gustaría acompañarnos?

Sin pensármelo siquiera, asiento y al momento empezamos a alejarnos del camino hacia la tranquilidad de mi casa. Permanecemos callados hasta que llegamos a un claro donde Stiles decide volver a soltar a Queen. La observamos jugar con otros perros.

—Está a punto de dar a luz, otras perras no querrían moverse de su casa, pero ella es muy activa, si no la sacara a pasear seguro que caería en una depresión.

—¿Qué vais a hacer con los cachorros?

No sé siquiera por qué lo he preguntado, supongo que me preocupo por los animales, soy de las que ven un pajarito que no puede volar y corren a ponerlo a salvo.

—Tienen familias que se van a hacer cargo de ellos, la verdad es que ha sido más fácil de lo que esperábamos, es una raza bastante querida.

Continuamos caminando por el sendero y observando a Queen, que no se aleja mucho de nosotros, incluso cuando parece que la distancia ha aumentado ella sola se acerca. Sin darme cuenta, hemos vuelto al

mismo sitio donde nos encontramos cuando me disponía a salir del parque. Stiles me interroga con la mirada, abre y cierra la boca en varias ocasiones como si quisiera preguntar algo.

—Bueno, mañana nos vemos en clase —dice finalmente.

Me despido con un gesto de mano, no sé qué más decirle, nuestra conversación ha sido sencilla, tan solo hemos hablado de su perra, el último regalo que le hizo su madre hace ya cinco años. No he querido preguntar por ella, he notado cierta melancolía en su voz y aún no tenemos confianza como para hablar de temas tan personales.

Me resulta raro sentirme tan cómoda cuando estoy con él, es como si lo conociera de toda la vida, no necesitamos hablar de cosas triviales, nada de preguntar cómo está el tiempo o qué tal el día, solo disfrutar del tema de conversación que haya surgido y quedarnos en él, sin necesidad de indagar en nada más. Es la primera vez que me pasa esto, ni siquiera con Sarah he sentido esa comodidad, hubo momentos vacíos en los que el silencio se instaló entre nosotras mientras encontrábamos algo de lo que seguir hablando. En cambio, con Stiles… Tal vez haya sido el tema de nuestra conversación. Me ha encantado su reacción al preguntarme si alguna vez he tenido mascota. Al decirle que no, me ha mirado como si eso fuera algo imperdonable, y su sonrisa decía mucho más que cualquier explicación.

Sin darme tiempo a pensar, me encuentro introduciendo la llave en la puerta de mi apartamento. Cuando la abro, la sonrisa de mis padres me deslumbra y los pensamientos que me han acompañado desde el parque hasta casa se desvanecen. La pequeña Ava corre hasta mí y acaba enroscándose en mi cuello para que la alce y la coja en brazos.

—Enhorabuena, mi niña —dice mi madre.

No sé por qué lo dice, pero justo cuando voy a abrir la boca para preguntar a Sarah aparece por el pasillo junto a Max. La que hasta ahora ha sido mi mejor amiga se acerca a mí con una sonrisa de oreja a oreja, como si no hubiera pasado nada entre nosotras esta última semana. Y de la mano de Max. Al parecer, ya han hecho pública su relación ante mis padres.

Dejo a mi hermana en el suelo, y cuando va a protestar para que la vuelva a coger mi padre se acerca, me da un abrazo mientras me felicita y se encarga de Ava. En ningún momento he dejado de mirar a Sarah a los ojos, intentando descubrir qué me he perdido mientras paseaba por el parque con Stiles.

Cuando al fin me acerco a Max y a Sarah, ella empieza a hablar antes de que yo le pregunte.

—Hola, Haley. Creí que estarías en casa cuando llegáramos —su tono es como el de siempre, la amiga que hasta hace nada nunca me había fallado—. He intentado aguantar hasta que llegaras para que

fueras tú quien les diera la fantástica noticia a tus padres, pero han sido muy persuasivos.

Sigo sin entender qué narices está diciendo ni a qué estúpida y maravillosa noticia se refiere. Max rodea con un brazo los hombros de Sarah, como si fuera lo más normal del mundo. Tal vez lo sea para ellos, a mí me sigue resultando bastante extraño verlos juntos. Pero lo más raro de todo es ver a Sarah en mi casa, felicitándome por algo que todavía no he llegado a entender. Después de los años que nos conocemos, ella entiende de sobra mi mirada y continúa con su discurso.

—No me mires así, tonta. Vas a ser la estrella del número principal de las animadoras, ¿no es emocionante?

Está claro que lo dice más para mi familia que para mí, porque sabe de sobra cuál será mi respuesta, de la misma manera que yo sé que actúa así para ponerme entre la espada y la pared. Si en algún momento pensé en no ser esa estrella, ahora, tras ver las caras de mis padres y, sobre todo, la de Ava, sé que no podré renunciar, hacía tiempo que no los veía tan animados por verme participar en algo. Les encantaba cuando me presentaba a los concursos de ciencias o de matemáticas, o de deletreos, pero lo de ahora es totalmente distinto. Este no es un concurso más, sino la prueba de que soy capaz de relacionarme con chicas de mi edad, de que soy una más en el instituto y no un bicho raro. Mis padres creen que si no doy este paso me perderé los que pueden ser los mejores años de mi vida. Pero no puedo evitar pensar que están equivocados. Desde que ha empezado el curso he procurado relacionarme más, como ellos me recomendaron, y me siento peor. Sobre todo, conmigo misma.

La luz que ilumina la mirada de mi madre no tiene precio. Me anuncian que mañana estarán allí en cuanto empiece el partido. Sarah se ha autoinvitado a casa y no me hace ninguna gracia, no me apetece discutir con ella estando mis padres en la habitación de al lado, en el que parece que será el mejor día de sus vidas con su hija mayor.

El timbre de la puerta rompe la tensión que empieza a apoderarse de mí con toda la situación que se ha creado. El tiempo pasa rápido, ya es la hora de cenar y mi padre ha pedido unas pizzas. Durante la cena dejo bien claras mis intenciones de no hablar con Sarah, ya que apenas participo en la conversación. Mi madre y ella se encargan de que no se cree ningún tipo de silencio. Max me lanza pullas constantemente, pero las ignoro de forma deliberada, a ver si se da cuenta de que no son ni el momento ni el lugar.

Después de la cena mi amiga y yo nos retiramos al cuarto. Nos ponemos el pijama en silencio, mientras pienso que todo esto lo tenía ella más que planeado y empiezo a cabrearme por momentos, estas son las cosas que más me enfadan, que algunos den por hecho que

haré todo lo que ellos crean que es mejor para mí.

Me meto en la cama y Sarah me acompaña. Al contrario que otras veces, me giro hacia el lado contrario, le doy la espalda para dejarle claro que no tengo ninguna intención de hablar.

Apago la luz y la escucho suspirar a mi espalda, sé que intenta llamar mi atención, pero esta vez no voy a ser yo quien dé su brazo a torcer. La siento acomodarse en el espacio de la cama que le he dejado. Se mueve, inquieta, intento no moverme e ignorarla. Finalmente se da por vencida y empieza a hablar, sin importarle si la estoy escuchando o no.

—Sé que últimamente no lo estoy haciendo bien, solo te pido que recuerdes quién soy, ¿vale? No puedo decirte nada, aún no, pero por favor, confía en mí, sabes de sobra que cuando pueda hacerlo lo haré.

La oigo suspirar profundamente, posa su brazo en mi hombro y hago un movimiento para que sepa que la escucho, pero no me giro. Tengo que asimilar muchas cosas, saber qué se me ha escapado por el camino.

—La he cagado, lo sé, pero cuando te lo explique entenderás por qué lo he hecho todo, solo espero que para entonces no sea demasiado tarde.

Estoy a punto de contestarle cuando siento cómo se gira y se acomoda en la cama para dormir. Retiro una lágrima que ha escapado de mis ojos y reprimo con todas mis fuerzas un sollozo atascado en mi garganta. Quiero confiar en ella, juro que quiero, porque lo necesito y porque cuando me habla como ahora, desde el corazón, no me queda más remedio, pero, aunque lo haga, eso no reparará el daño que sus palabras ya me han hecho.

No escucho el despertador, lo que significa que he abierto los ojos antes de la hora. Cojo el móvil de la mesita de noche y veo que tan solo faltan cinco minutos para que empiece a sonar *It Ain't me,* de Kygo y Selena Gómez. Es mi alarma desde la primera vez que la escuché, hace que las mañanas sean más llevaderas. Pero enseguida me doy cuenta de que este no va a ser el día. Hoy es el partido, hoy bailaré delante de muchas personas, de mis padres, de Garret.

—No te has despertado muy animada —la voz de Sarah me recuerda que ha dormido en casa.

Me la encuentro sentada en la silla de mi escritorio, ya vestida, sé que ha hurgado en mi armario, porque lleva unos shorts vaqueros que ella misma me regaló y una camiseta anudada a la altura del ombligo que, obviamente, ella misma eligió.

—Vale, no me lo tengas en cuenta, es que estoy eufórica. Nada de clases, nada de entrenamientos, simplemente ir al instituto para asegurarnos de que esté todo preparado, esperemos que al menos los chicos ganen el partido, porque si no la fiesta será un completo

desastre.

Me levanto de la cama y observo que encima de la mesa hay preparada una muda para mí. No tengo ganas de hablar y menos de discutir. No le digo nada y la dejo con su charla mientras me meto en el baño. Necesito una ducha y un café urgentemente, no necesariamente en ese orden.

Una vez en el baño observo que la puerta que da al cuarto de Max está abierta, miro con cuidado para ver si sigue en la cama, no sería la primera vez que me asomo y le veo el culo desnudo, pero para mi alegría aún duerme, así que entro sigilosamente en su habitación y voy a la cocina desde allí.

Mi madre está haciendo tostadas, el café humea en la cafetera y el olor de la mantequilla derritiéndose en el pan hace que empiece a salivar, pero no quiero demorarme más de lo debido y que Sarah se dé cuenta de que la he dejado completamente sola, sin siquiera haberle dado los buenos días.

Me sirvo una taza de café con leche y mi madre parece notar que hoy no es uno de mis mejores días, al menos ella lo achacará a los nervios, que también tienen cierta parte de culpa. Para mi tranquilidad, permanece callada mientras me lo tomo. Después dejo la taza en el fregadero, abandono la cocina y hago el mismo recorrido hasta el baño a través de la habitación de Max. Echo el cerrojo de la puerta para que nadie me interrumpa.

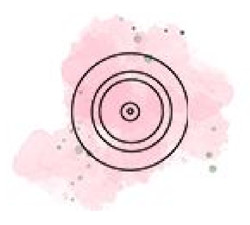
Abro el grifo de la ducha para que el agua vaya tomando la temperatura que me gusta mientras me quito la ropa. Una vez desnuda, me meto bajo el chorro y dejo que recorra mi cuerpo, a ver si consigo aclarar mis ideas sobre cómo afrontar este día. Mientras el agua empapa mi pelo empiezo a recordar todo lo vivido estos días. Sarah aconsejándome que empiece a tomar decisiones por mí misma, que no deje que nadie me diga lo que he de hacer. Sarah defraudándome y haciendo que me sienta peor que en los anteriores años de instituto. Sarah pidiéndome que confíe en ella y yo sintiendo que es eso lo que debo hacer, porque nunca hasta ahora me ha fallado y si hay algo que no puede decirme ahora mismo tal vez sea verdad, también yo le oculté durante dos últimos años lo que ocurrió con Jack y ella nunca me presionó para que se lo contara, estuvo siempre ahí, sin forzar la conversación. Tal vez me equivoque, pero voy a intentarlo.

Cuando salgo del baño y entro en la habitación, Sarah continúa en la postura que la dejé, con los pies sobre la silla y la barbilla apoyada sobre sus rodillas. Tomo la ropa que ha elegido para mí y al fin le hablo.

—Espero que con esto que has elegido no me sienta como un payaso el resto del día.

Una gran sonrisa se dibuja en su cara, y como si hubiera estado esperando esas palabras desde que nos viéramos ayer en mi casa, se levanta y me abraza como siempre lo ha hecho.

24



Llegamos al instituto en mi coche. Durante todo el camino hemos ido cantando la nueva canción de Ariadna Grande, como siempre que vamos juntas, pero ahora con la libertad de no tener las miradas de mi padre en el espejo retrovisor. Max no ha venido con nosotras, todos los chicos del equipo han quedado un rato antes para estar concentrados antes del partido, así que no veremos a ninguno durante la mañana. Algo que agradezco, así no tendré que hacer ningún papel con Jackson.

Nos dirigimos a la sala que hay al lado del gimnasio para ayudar en los últimos preparativos de la fiesta y me sorprende ver todo lo que ha cambiado de un día para otro. No sé cómo lo han logrado, pero no tiene pinta de ser el lugar donde nos hacen sudar en las clases de educación física. El techo está completamente decorado con guirnaldas y globos rojos y blancos, como el color de nuestro instituto. Las gradas se han recogido con el mecanismo eléctrico y ahora están ocultas junto a la pared, con lo que el espacio es mucho mayor. En uno de los laterales se ha dispuesto un escenario, y una gran banderola con el lobo que nos identifica adorna la pared. Todo está precioso, creo que lo he dicho en varias ocasiones, pero nunca he participado en las fiestas que se han organizado y aunque parezca mentira, este año me apetece, tal vez Sarah y mis padres tenían razón, debo aprovechar y vivir al máximo estos años, aunque sufra por el camino. Si no lo hago, acabaré arrepintiéndome.

—Todo esto es precioso —las palabras salen solas de mi boca.

Sarah se acerca y apoya su cabeza bajo mi hombro. Sonríe.

—No te puedes ni imaginar lo feliz que estoy de poder compartir una de estas fiestas contigo, al fin. Este año va a ser especial.

Los padres y madres que están organizándolo todo nos hacen un gesto para que nos acerquemos y nos entregan unas telas para que las pongamos en una mesa larga, es el lugar donde esta noche se colocarán las bebidas y los aperitivos. El colegio también ha contratado varias de esas caravanas de comida rápida para los alumnos que lo deseen. Al ser la primera fiesta del año, no han

escatimado en gastos, pero esto también es gracias a las ayudas económicas que aportan todas las familias.

—Hola, cariño —mi madre aparece por la puerta del gimnasio cargada con una gran caja —, ¿me ayudáis a traer las que quedan en el coche?

Me da las llaves y Sarah y yo salimos entusiasmadas con la idea de sentirnos participes de la fiesta.

Tal vez, pero solo tal vez, si le echo coraje y ganas, este pueda ser de verdad un gran año. No sé qué pasará después del partido, no sé cómo Jack y yo decidiremos que nuestra historia termine sin que nadie resulte dañado.

Las cajas están llenas de vasos desechables y platos. Me hace gracia que todo sea rojo y blanco, aunque he visto las decoraciones de los pasillos, nunca he ido a las fiestas y no me esperaba que se vivieran tan intensamente desde dentro.

—Sarah —una voz hace que ambas nos giremos, es Eliza, con cara de pocos amigos —. Tenemos que hablar.

Mi amiga me pide que lleve las cosas al gimnasio y después se unirá a mí para continuar ayudando. Sé que cuando ambas se juntan es mejor no estar cerca, nunca acabo bien parada, pero no puedo evitar fijarme en la capitana de las animadoras. Lleva una falda bastante corta y una camiseta del equipo de baloncesto, que ha cortado y retocado para que le quede bastante justa. El escote resulta bastante pronunciado, seguro que si se diera la vuelta podría leer el nombre de Garret a la espalda. Va apoyada sobre dos muletas, cómo no, decoradas con los colores del instituto, incluso la venda de su tobillo dañado es igual. Me dedica una mirada que rápidamente intento ignorar, pues creo que me he quedado demasiado tiempo observándola y no le ha gustado.

En el gimnasio ayudo a mi madre a colocar las cosas sobre la mesa. Me propone comer juntas cuando termine, aprovechando que no tengo clases y mi padre se encargará de Ava hasta la hora del partido. Acepto encantada, me gusta mucho compartir estos momentos con ella. Le comento que se lo diré a Sarah y ella me sonríe en señal de aceptación.

No sé el tiempo que ha pasado, pero Sarah sigue sin aparecer y todo está ya organizado, o al menos aquello en lo que me permiten ayudar, así que decido ir a buscarla. Voy al comedor, pero está vacío. Hay muchos alumnos en el instituto, pero ni rastro de Sarah, por lo que decido mandarle un mensaje para informarle de que voy a comer con mi madre.

¿Dónde estás?
Comemos con mi madre.

Espero a que lea el mensaje, pero después cinco minutos sigo sin recibir respuesta y me resulta bastante extraño. Empiezo a darle vueltas a la cabeza, a pensar si esto será por mí, si Eliza le estará diciendo algo o si la habré cagado al darle ese voto de confianza.

Intento apartar esos pensamientos y regreso al gimnasio a buscar a mi madre. Le cuento que no he conseguido encontrar a Sarah.

—Acaba de irse —me anuncia—, iba a su casa a recoger la ropa de esta noche. Me ha dicho que vais a cambiaros en casa y así ahorra tiempo —un nudo se afloja en mi pecho, tengo que dejar de hacer deducciones antes de tiempo—. También me ha dicho que se ha quedado sin batería, después se pasará por el restaurante y tomará el postre con nosotras.

Esperaba que mi madre me llevara a uno de esos sitios pijos a los que solemos ir siempre que podemos sacar un poco de tiempo para las dos, pero me sorprende con un pequeño restaurante que está bastante cerca del instituto, decorado como si fuera un museo dedicado a la música. Las paredes están llenas de fotografías de cantantes y grupos de todas las épocas, vinilos, notas de prensa e incluso firmas.

Los tonos son grises, negros y blancos. A primera vista resulta impactante, pero una vez que te acomodas en una de las mesas la magia del lugar te envuelve y no te importaría pasar horas allí. De fondo suena una canción que me es fácil reconocer. Los acordes de *All of Me,*de John Legend son tan bonitos que dejamos que por unos instantes nos llenen y disfrutamos de nuestro momento madre e hija.

Una camarera se acerca a nuestra mesa y deja dos cartas, parecen cajas de CD y los platos del menú las canciones de un gran álbum de música.

Decidimos compartir una ensalada de acordes, como ellos la llaman, que contiene una gran variedad de verduras y frutos secos. Yo también he pedido una hamburguesa llamada Sinfonía de Cuerdas. No es más que una hamburguesa de ternera con tiras de *bacon*, lechuga, tomate, queso y la salsa especial de la casa, totalmente recomendada por la camarera.

Mamá y yo aprovechamos para hablar un poco de todo lo que está por acontecer, me pregunta si estoy nerviosa, pero hasta ese momento no me he dado cuenta de que decir nerviosa es quedarse corta. Todas las cosas que han pasado en estas dos semanas me han impedido pararme a pensar y darme cuenta de verdad de en dónde me estoy metiendo. Voy a bailar delante de muchísimas personas que ni siquiera saben quién soy. El pulso se me acelera y siento como si el aire no me llegara a los pulmones. Mi madre nota al momento mi estado de ansiedad y se sienta a mi lado, acercándome el vaso de agua que tengo en la mesa.

—Vamos, cariño. Vas a hacerlo genial, ni siquiera lo pienses. Va a

ser como un entrenamiento más. Imagínate que no hay nadie, desconecta del sonido de tu alrededor y concéntrate solo en la música, sabes que eso te ayudará.

Tomo el vaso entre mis manos y voy dándole suaves sorbos, como para ralentizar la velocidad a la que mi corazón ha decidido funcionar. Me concentro en las palabras que acaba de decir mi madre.

En el momento en el que me ve más tranquila, vuelve a sentarse en su sitio y la camarera aparece con nuestro almuerzo. No hay nadie en el mundo que me conozca mejor que ella, y sabe que es mejor no volver a sacar el tema. Se dedica a hablarme de Ava, algo sobre lo que de verdad me encanta conversar. Mi hermana pequeña. Para mí es como un angelito que ilumina nuestras vidas. La diferencia de edad con Max y conmigo es bastante y tal vez por eso la hemos mimado mucho, pero no es en absoluto una niña consentida. Ava es mucho más inteligente de lo que se podría esperar en alguien de su edad. Me encanta escuchar cómo mi madre relata las trastadas que hace en clase y que yo me voy perdiendo por culpa de los estudios, cómo la profesora alaba las ganas de aprender que tiene.

Justo en el momento en que vamos a pedir unos cafés la campana del restaurante que anuncia que alguien ha entrado. La sonrisa de mi madre me confirma de quién se trata.

—Perdóname, Haley. Me quedé sin batería y hasta que no he llegado a casa no he visto tu mensaje —se sienta a mi lado y deja en el suelo una bolsa cargada de ropa —. Espero llegar a tiempo para tomar el postre, he comido un sándwich rápido para que me diera tiempo a llegar.

—Claro que sí, te dije que esperaríamos —le contesta mi madre.

Pedimos una porción de tarta de chocolate negro con una bola de helado de vainilla. No me he fijado en el nombre de este postre, pero cuando nos han entregado la carta y hemos visto la foto, teníamos claro que lo íbamos a tomar. Como nos habían dicho que la porción era bastante grande, hemos decidido compartirla entre las tres. Definitivamente está exquisito y ha dejado de importarme cómo se llama, para mí ya es un Canto de Ángeles, el placer de una letra dulce que te inunda el paladar y deja ese sabor que deseas con toda tu alma que nunca se te olvide. Como la canción que repites una y otra vez en tu mente sabiendo que ya forma parte de la banda sonora de tu vida.

Sin duda mi madre me ha descubierto este lugar porque sabe que soy una fan incondicional de la música, me encanta en todos sus aspectos. Si una canción me llega al alma no me fijo en si es pop, rock, indie o música clásica. Lo importante para mí es que me haga sentir. Me gusta cantar, y quien alguna vez me ha escuchado dice que no lo hago nada mal, pero me niego a que se conozca esta pasión mía, digamos que tengo miedo escénico. Sarah insiste en que soy gilipollas

por no dejar que el mundo sepa lo que escondo en lo más hondo de mi ser.

Después de comer mi madre se encarga de la cuenta y se despide de nosotras para regresar al instituto. Nosotras decidimos volver a mi casa e intentar descansar un poco, la tarde será muy larga.

—Tenemos que estar allí una hora antes de que empiece el partido —me informa Sarah una vez que nos hemos puesto cómodas en el interior de mi habitación —. Eliza quiere darnos unas indicaciones antes de empezar, incluso estando lesionada tiene la imperante necesidad de seguir a cargo de todo.

—Bueno, pues aprovechemos —miro la hora que es— y empecemos a ducharnos y prepararnos, tenemos que dejarle a mi madre la ropa preparada para que la lleve al instituto, así no se arrugará y estará perfecta cuando nos la pongamos.

Sarah se ducha en el baño de mi habitación y yo lo hago en el de mis padres. Nos ayudamos a ponernos los uniformes. Aunque son prácticamente igual que los de los entrenamientos, el brillo que tienen hace que parezcan sacados de un cuento de hadas.

Sarah también ha traído su magnífico kit de maquillaje y un neceser del que saca varios lazos de distinto ancho de color rojo y blanco. Sé los que va a hacer con ellos. Me pide que me siente y empieza a cepillarme el pelo una vez seco. Me hace una cola alta y va colocando las cintas, hago varias veces el intento de girarme para ver el resultado en el espejo de mi armario, pero no me lo permite. Tras comprobar que el pelo está de su gusto, se sitúa delante de mí y empieza a sacar potingues de su maletín de maquillaje. He perdido la cuenta de las cremas y correctores que ha usado en mi cara. Finalmente me sorprende con un pintalabios de un intenso color rojo.

—No pienso ponerme eso —le digo, intentando cogerle la mano.

—Claro que no —saca un tarrito con purpurina de color rojo y me la muestra—. Sobre el pinta labios pondremos esto y no puedes negarte, todas vamos a llevarlo.

A regañadientes acepto, con la condición de que si, una vez que lleguemos, alguna no lo lleva puesto, de manera automática lo retiraré de mi cara.

Una vez que termina de prepararme, sigue sin permitirme que me dé la vuelta y me pide que la ayude. No tarda en maquillarse ni la mitad de tiempo de lo que ha tardado conmigo. Cuando veo el resultado en su cara me pongo aún más ansiosa por ver como estoy. Al fin me deja levantarme y me coloca frente al espejo. Un oh escapa de mi boca cuando me miro. Estoy alucinada, a pesar de todos los potingues que ha usado el resultado es muy natural, excepto el carmín de los labios. Pero ahora que lo veo sobre mi rostro y acompañado del uniforme, sé que no podía ser de otra manera.

—Pues ya es hora de irse —me enseña muestra la hora que es y sé que tiene razón.

Ya queda menos para que este día se quede atrás, aunque, por otro lado, estoy deseando vivirlo y disfrutarlo.

Las sensaciones que se arremolinan en mi mente hacen que me plantee si no he sido una estúpida todo este tiempo ocultándome del resto del mundo, intentando pasar desapercibida en vez de escuchar antes lo que Sarah, mis padres e incluso en alguna ocasión, Max, me decían. Tal vez no es demasiado tarde y pueda empezar a conocer a esta Haley. Me gusta. Me gusto.

25



Esto es impresionante, aún queda una hora para que permitan el acceso a la pista de baloncesto a los que quieran ver el partido y los alrededores ya están atestados. Todo el mundo lleva los colores de nuestro instituto, ya sea en su ropa o pintados en la cara. Pasamos al lado de personas que nos piropean o saludan al ver nuestros uniformes. A Sarah se le nota que está acostumbrada a este tipo de halagos, pero yo me siento abrumada. Tanta atención no va conmigo y un gran nudo de nerviosismo empieza a instalarse en mi estómago hasta convertirse en un miedo atroz de cagarla y hacer el ridículo delante de todo el mundo.

Accedemos al gimnasio principal, donde está la cancha de los partidos oficiales, por la entrada de atrás, que han habilitado para los que formamos parte del equipo. Es de agradecer que hayan preparado un pequeño vestuario para nosotras. Allí nos reuniremos para decidir cómo vamos a proceder en los distintos ejercicios que tendremos que ejecutar.

Al entrar vemos que algunas animadoras ya están allí. Eliza ocupa el centro; junto a ella, Kelly parece reírse de algo que le ha dicho. Un poco más apartadas veo a Natalie y a Rose, que nos saludan. Pocos minutos después ya estamos todas y la capitana nos pide que nos pongamos frente a ella para explicarnos cómo nos organizaremos esta noche.

—Bueno, sé que todas estáis tristes porque no podré estar con vosotras este día. No os preocupéis, porque sé que todo va a salir genial. Vamos a empezar con el número de la pirámide —me mira y da un paso hacia mí—. Sé que lo vas a hacer bien, así que aprovecha para demostrar lo que vales.

Abro bien los ojos y pienso que me he quedado dormida en la ducha, porque no es normal que Eliza se muestre tan cordial y amable conmigo.

—A continuación, realizaremos el otro número y si, crucemos los dedos, ganamos el partido, repetiremos la pirámide.

Todas aplauden la idea, son muchas horas de ensayo y tiene que salir perfecto.

—Así que, ahora, aprovechad para estirar, comprobad que tenéis

los uniformes impecables e hidrataros, porque el ambiente está caldeado.

Las chicas empiezan a salir y cuando yo voy a hacerlo Eliza me llama, quiere discutir conmigo el número de la pirámide. Cuando nos quedamos a solas, el semblante de su cara cambia y sé que lo que me va a decir no va a gustarme nada.

—Vamos a dejar las cosas claras —habla mientras de apoya en las muletas —. De haber estado yo, tú nunca hubieras ocupado el lugar más alto en la pirámide, pero ya no puedo hacer nada, así que más te vale hacerlo perfecto si no quieres verme cabreada. Solo quiero prevenirte para que no dejes que esto se te suba a la cabeza, las personas que tienes debajo solo confían en mí, volveré muy pronto y ya sabes a qué posición regresarás.

Dicho todo eso, se marcha y me deja sola en el pequeño vestuario con la sensación de que, si algo sale mal, solo será el principio de un mal menor. Tomo aire e intento que su amenaza no me ponga más nerviosa.

Dejo pasar unos minutos para salir y no tener que encontrarme nuevamente con ella y fingir que nos caemos bien una vez más. Pero al abrir la puerta golpeo algo con ella a la vez que escucho una palabra malsonante. Al asomarme veo a un chico del equipo, de rodillas y con las manos apoyadas en suelo.

—Joder, podías mirar por dónde vas —me dice.

—Tal vez deberías pensar que ponerse de cuclillas detrás de una puerta no es una buena idea.

El chico se levanta y se gira para encararme, pero cuando nuestras miradas se encuentran ambos nos quedamos sin palabras. Nunca lo había visto con el uniforme del equipo y creo que incluso he abierto la boca. Está bueno, muy bueno.

—Perdona, Haley. Creía que era una de las tontas del equipo de animadoras.

Me miro de arriba abajo, compruebo que mi uniforme sigue en el mismo sitio y cuando vuelvo a mirarlo, me da la impresión de que sus mejillas se han tornado más rojizas.

—Esta maldita boca un día me va a meter en un lío —se acerca un poco a mí y el pulso se me acelera, ¿qué narices me está pasando? —. No quería decir eso, discúlpame.

—No te preocupes —consigo balbucear—. No eres el único que piensas así.

Una risa escapa de su garganta y en ese momento todo a mi alrededor se detiene. Ya he escuchado esa risa en otra ocasión. ¿Era él? Me quedo en silencio y siento que algo no va bien. Stiles se acerca y me sujeta del brazo, si no lo llega a hacer seguramente me hubiera caído al suelo. Se ha puesto blanco y me ayuda a entrar de nuevo en el

improvisado vestuario para que me siente en uno de los bancos.

Luego se marcha a toda velocidad y en menos de un minuto vuelve con una botella de agua, que me bebo como si llevara toda una vida sin probarla.

—¿Estás bien? Me has asustado.

Asiento, pero de nuevo, como lleva todo el día ocurriendo, empiezo a revivir las dos últimas semanas. Él fue quien escuchó las palabras que me dedicó Garret en el pasillo antes de entrar a clase, él quien me vio derramar una botella de agua sobre su cabeza, él es el amigo que Max trajo a casa y durmió en la habitación de al lado.

No puedo dejar pasar la oportunidad de preguntarle qué es lo que sabe, pero cuando voy a hacerlo unas voces lo llaman desde el pasillo.

—¿Vas a estar bien? Tengo que irme, toma algo de azúcar, seguramente sea a causa de los nervios.

Si él supiera…

Me coge las manos.

—¿Desde cuándo te pintas las uñas de negro? —nos miramos a los ojos, estoy sorprendida de que se haya fijado en esa parte de mí. Una sonrisa ladeada ilumina su rostro, es distinta verla así, sin las estrellas que intentó enseñarme aquel día, pero sigue siendo igual de hermosa.

—Desde que he decidido que va a ser lo único oscuro que me acompañará en la vida.

—Sigo pensando que te va mejor el rosa.

Se levanta para ir con sus compañeros, pero antes deposita una nueva goma del pelo, como aquella primera vez, en mi mano, una goma de color rosa.

Sale al campo y lo veo recoger una pelota de baloncesto que hay en el suelo y colocársela bajo el brazo. El partido va a empezar, y aunque ahora sé que es él quien conoce lo que ha pasado entre Garret y yo, sonrío, esta vez de verdad. Y esa sonrisa en mi cara va a darme la fuerza necesaria para afrontar el resto de la noche.

Me dispongo a salir de nuevo, pero algo me impide hacerlo y siento que me empujan dentro de los vestuarios. ¿Es que no voy a tener un momento de tranquilidad? Levanto la mirada para ver quién es esta vez y encuentro la de Garret, que me observa con ese azul frío que me da hasta miedo. Doy un paso atrás. Él se ha quedado en la puerta, con las manos sobre el pecho y sin dejar de observarme.

Tomo aire y sé que, si no le planto cara ahora, no conseguiré hacerlo nunca.

—Déjame salir —digo, dando un paso al frente.

Sonríe como si mis palabras le hicieran gracia. No se mueve, todo lo contrario, se acomoda en el marco de la puerta.

—El partido va a empezar en breve y están esperándome para organizar el número, déjame pasar.

—¿Por qué estás jugando a esto? No es tu estilo, Haley.

Alcanza la puerta con la mano y la cierra a su espalda, dejándonos a solas.

—Primero Jackson, ahora Stiles, dime que me equivoco, pero lo haces para ponerme celoso y la verdad es que me gusta.

Antes de que me dé cuenta, lo tengo pegado a mi cuerpo, que se ha paralizado y no reacciona. Posa sus manos en mis caderas y acorta aún más la distancia entre los dos. El corazón empieza a bombardear más sangre de lo normal que se acumula en mi cabeza hasta hacer que me sienta mareada. Su olor me llega y por primera vez en todo este tiempo me resulta repulsivo, no puedo dejar de mirarlo y descubro que tampoco me parece tan guapo como antes.

Escucho a varios compañeros llamándolo detrás de la puerta, pero él menea la cabeza y sé que me está pidiendo que no hable. Aunque quisiera hacerlo, las palabras se han atascado en mi garganta y no consigo articular ninguna.

—Vamos, Haley, llevas mucho tiempo queriendo que esto pase, ¿por qué negárnoslo ahora?

Acerca su rostro y siento su aliento sobre mi boca, reacciono y apoyo mis manos sobre su pecho, él lo toma como un gesto de acercamiento y se aproxima aún más, pero consigo reunir toda la fuerza en mis manos y empujarlo, aunque sin apenas resultado, solo una carcajada por su parte y su cuerpo completamente pegado al mío.

Sé que no es capaz de esto, no ahora y aquí, donde cualquiera puede entrar, sé que lo están buscando y seguramente a mí también, aun así, estoy asustada.

Un ruido hace que Garret se separé de mí y se gire para ver quién es la persona que acaba de irrumpir en el vestuario.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Parte 2





Dos años antes

La vida continuaba, aunque no siempre lo hace como uno espera. Y en su caso, dio un giro de ciento ochenta grados el mismo día que consiguió su puesto como titular en el primer equipo. Otros quizás no se hubieran dejado tentar por las cosas fáciles, que se le presentaban con tanta naturalidad. Y que, la mayoría de las veces, solo le traían problemas.

—Vamos, tío. Ahora no tienes excusa, debes asistir a esta fiesta, acabamos de ganar un partido y tu canasta ha sido primordial.

Los compañeros insistieron una y otra vez. Pero antes de abandonar la cancha su mirada se había perdido en la grada, buscando a su padre. Lo había hecho durante todo el partido. Primero pensó que tal vez hubiera salido más tarde del trabajo, incluso pudo verse atrapado en un atasco, pero era fin de semana, y a esa hora... Tenía claro que no le había pasado nada, de ser así alguno de los profesores se lo habría comunicado. Llevaba un mes recordándole aquel primer partido, en los últimos días incluso le había dejado notas por toda la casa: en la nevera, donde guardaba las cervezas, en el minibar que había junto a las fotos que le recordaban un pasado cada vez más lejano, hasta en la pantalla del televisor, donde la mirada de su padre se perdía durante horas…

En aquel momento su cuerpo se llenó de ira, la única persona que le quedaba le había dado la espalda, lo había dejado solo cuando deberían estar apoyándose el uno al otro. Seguía sin responder a sus compañeros de equipo, que cambiaban la ropa sudada por pantalones deportivos y chaquetas, todos a juego. Él mantenía la esperanza de que al salir del vestuario estuviera allí, esperándolo.

El alma se le cayó a los pies cuando no lo encontró. Se colgó el macuto al hombro y con paso decidido se acercó hasta los compañeros. No dijo nada, y la cara de cada uno de ellos se iluminó con una amplia sonrisa. El pequeño del equipo había dado el primer paso hacia lo desconocido.

El trayecto en coche se le hizo extraño, rodeado de chicos mayores que él que se pasaban una botella de cerveza, reían mientras fumaban lo que parecía un cigarro y escuchaban la música rock que salía a todo volumen de los altavoces. Se había sentado en la parte trasera del coche, pero nadie le dijo nada. Se miraron entre ellos hasta que la cerveza acabó en su regazo y el compañero de al lado le echó el humo en la cara, impidiendo que el aire limpio consiguiera entrar en sus pulmones, hasta hacerle toser.

—Vamos, bebe un poco y pégale una calada —le ofrecieron—. Te ayudará a relajarte y a dejar de pensar en eso que te hace poner cara de estreñido.

No le gustó que le hablaran así. Cogió la botella y le dio un sorbo a aquel líquido color oro que le supo a rayos. Pero cuando se acostumbró a aquel sabor amargo y dejó que se deslizara por su garganta se sintió distinto, y la sonrisa que le devolvieron sus compañeros le llenó de valor para aceptar el porro de marihuana. Inspiró su humo, los pulmones le ardieron y que empezará a toser de una manera estrepitosa. Creyó que acabaría asfixiándose y perdiendo el conocimiento, pero alguien volvió a tenderle la cerveza y bebió con tantas ganas para eliminar aquella sensación de su cuerpo que enseguida vació la botella.

Las carcajadas inundaron el habitáculo, el tono de su piel se había vuelto rojo, casi púrpura a causa de la falta de aire, pero al momento las risas de los compañeros, el alcohol en su cuerpo y la calada que le había dado al porro lograron lo que sus compañeros habían vaticinado: empezó a relajarse y, sin darse cuenta, acabó riendo con ellos.

Llegaron a un polígono industrial. Él no sabía dónde se encontraban, ni siquiera pudo fijarse en lo que pasaba fuera del coche donde viajaban. Se había prometido a él mismo que si su padre no lo cuidaba, él mismo empezaría a tomar decisiones sobre su propia vida. Y por ahora le estaba gustando el ritmo que llevaba. Entraron en una nave que parecía abandonada. Caminaron entre viejas estanterías tiradas en el suelo, papeles y basura por todos lados y paredes pintadas de grafitis. A lo lejos se escuchaba el sonido de la música.

Sus compañeros hablaban del partido, de chicas y de lo que esperaban de aquella noche. Él iba a su lado como andando sobre una nube, o más bien arrastrado por ella, pero se sentía cómodo, como si aquel fuera su lugar.

A medida que avanzaban la música sonaba más fuerte. Se toparon con unas lonas negras por las que se filtraba una luz que cambiaba en cientos de tonalidades. La música era ya atronadora, hacía imposible cualquier conversación. Le pitaban los oídos, pero eso no evitó que se quedara fascinado con lo que vio una vez que atravesaron la puerta

improvisada.

En aquella vieja nave se había montado una discoteca donde cientos de personas bailaban en una improvisada pista de baile. En uno de los laterales, una larga barra de bar, varias chicas ligeras de ropa servían vasos de plástico rojo a todo el que se acercaba. Uno de sus compañeros le dio un codazo para llamar su atención. Cuando lo miró descubrió una sonrisa en su rostro. Le respondió elevando las cejas para darle a entender que él también se había fijado en esas chicas. No era un experto en esas lides, nunca fue más allá de unos cuantos besos con alguna compañera, pero sabía de sobra cuándo una chica estaba buena, y aquellas lo estaban. Ni siquiera se paró a mirar si las conocía o no. Otro amigo le tendió un vaso animándolo para que le diera un trago. Era más cerveza. Esta vez ya no le desagradó el sabor amargo y bebió más de la mitad de un solo sorbo. Escuchó la risa de sus compañeros, sabía que se reían de él, se terminó la bebida y sin prestar atención a nadie se encaminó hacia la barra para pedir otra.

Al cabo de un rato había perdido la cuenta del tiempo que llevaba allí. Recordaba haber salido en un par de ocasiones a un patio donde fumaron un poco más, que entonces ya no había tosido, incluso le pareció que tras cada calada se encontraba mejor. Había mirado también su teléfono en varias ocasiones, esperando descubrir alguna llamada o mensaje de su padre exigiendo saber dónde andaba metido, pero no encontró nada. Si su padre no se preocupaba, menos lo haría él.

Se situó en medio de la pista y dejó que aquella música, que no le gustaba, moviera su cuerpo en un extraño vaivén. Una chica se le acercó en varias ocasiones. Bailaba de manera insinuante, pegando sus caderas a las suyas, tocándole más allá de donde nadie antes lo había tocado, introduciendo las manos por debajo de su camiseta para palpar los músculos incipientes tras semanas de entrenamiento. Cuanto más se acercaba más más excitado se sentía, hasta que, en un arrebato, la tomó con fuerza por la cintura pegando su voluptuoso pecho al de él. Ella dejó escapar una risita, se animó aún más y comenzó a pasear sus dedos juguetones por el borde de sus pantalones.

No sabía nada de aquella chica. Tenía unas buenas tetas, el pelo largo y sedoso, del color del chocolate, y tantas ganas de fiesta como él. Dejó que lo tocara mientras bajaba poco a poco las manos hasta el final de su espalda. Cuando notó que ella rozaba levemente la erección que despertaba bajo su ropa, ya no hubo marcha atrás. Agarró con fuerza su trasero clavándole los dedos, ella posó su cabeza en el hombro de él, ofreciéndole su cuello y la oportunidad de besarlo, pasear su lengua y acabar dándole un leve mordisco que hizo que todo

se acelerara.

Se separó de él con las mejillas encendidas y la mirada lasciva. Lo tomó de la mano y lo arrastró hasta lo que parecía un cuarto de limpieza. El olor a desinfectante y los trastos que había por todos lados lo confirmaban. No se preguntó nada, no pensó en nada, la sangre se le había concentrado en un solo punto de su cuerpo y si no conseguía liberar aquella presión acabaría explotando.

Como si la chica supiera lo que necesitaba, le despojó de su chaqueta y su camisa mientras le devoraba la boca y empezó a disfrutar de su cuerpo. Le cubrió el pecho de besos, sus manos iban dibujando los músculos del que con un poco más de entrenamiento acabaría siendo un cuerpo de infarto.

No hubo tiempo de más, él apretó sus manos sobre las caderas de ella y un pinchazo le atravesó avisándole de que estaba a punto de desaparecer por combustión espontánea. En su vida había sentido nada igual, pero tuvo claro que la chica sí había hecho aquello más de una vez. Aunque le dio exactamente igual, quien lo disfrutaba ahora era él.

Los pensamientos abandonaron su cabeza en el momento en que ella se colocó de rodillas frente a él y empezó a arrastrar por sus piernas su pantalón junto con la ropa interior. Miró hacia abajo y se topó de nuevo con aquella mirada excitada. Supo al instante que a ella le gustaba lo que veía, pero tuvo que cerrar los ojos cuando ella se introdujo su miembro en la boca. Los apretó con fuerza, se dedicó a disfrutar del movimiento de la lengua sobre su polla explorando cada parte, paseando por su glande, recorriendo el camino de sus hinchadas venas. Ella acompañaba el recorrido de su boca con sus manos, una lo masajeaba mientras la otra le acariciaba los testículos. Supo que no tardaría mucho en llegar al final, sobre todo cuando la chica aumentó el ritmo y comenzó a introducir el pene cada más más adentro de su boca a la vez que lo succionaba. Aquello era el puto paraíso.

Un quejido escapó de su garganta cuando llegó al final. Notó cómo su cuerpo convulsionaba, sintió que se derramaba en la boca de ella. Abrió los ojos y se atrevió a mirarla, disfrutaba del contenido de su boca. Se puso de pie ante él y le dedicó una sonrisa que no supo cómo interpretar.

—Vístete —fue la única palabra que le dedicó mientras extraía un pañuelo de un pequeño bolso y se limpiaba la comisura de la boca, eliminando los restos de lo que fuera que hubiera pasado entre aquellas cuatro paredes.

Las piernas aún le temblaban, pero hizo lo que ella le dijo. Se subió el bóxer y los pantalones. Encontró a su espalda el resto de la ropa y se la puso. Se pasó los dedos por el pelo, porque estaba seguro de que, en más de una ocasión, mientras se besaban, ella había pasado sus

manos por allí.

Cuando estuvo preparado, quiso acercarse para preguntarle algo, para al menos saber su nombre, pero ella levantó la mano y se lo impidió.

—Bienvenido al equipo.

Salió del cuarto dejándolo con la boca abierta y sin saber qué demonios había pasado. Pero él no tardaría en averiguarlo. Cuando llegó de nuevo junto a la barra, en busca de algo que le refrescara la garganta, el capitán del equipo se acercó a él y lo golpeó con complicidad en el hombro, le pasó el brazo por la espalda y le acercó la bebida que tanto necesitaba.

—Es la última de esta noche, los chicos esperan para llevarte a casa —miró hacia el fondo, donde estaban las lonas por donde habían entrado y vio al resto de compañeros—. Esta noche te has comportado. Nos vemos el lunes. Bienvenido al equipo.

A la mañana siguiente despertó en su casa, en ropa interior, aturdido y con un tremendo dolor de cabeza. Como pudo tiró de su cuerpo hacia el aseo hasta acabar metido en la ducha, con la cabeza apoyada contra la pared y el chorro de agua templada corriendo por su espalda, desentumeciendo sus músculos.

Como pudo, consiguió vestirse y bajar a la cocina. Deseaba que su padre hubiera hecho algo de café. No era asiduo a la cafeína, pero en aquellos hubiera matado por una dosis y alguna pastilla que amortiguara el martilleo de su cabeza. Cuando cruzó el umbral de la puerta le pareció estar frente a un espejo: sentado en la mesa de la cocina, con una taza del maravilloso elixir que tanto ansiaba, se encontraba su padre, con la misma cara que él, idénticas ojeras y un blíster de pastillas sobre la mesa. Al sentirlo entrar levantó la mirada y se encontró con la de su hijo, le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que la cafetera estaba llena, seguramente tenía la boca tan pastosa como él.

Sin decirle nada, cogió una taza del armario, se sirvió café, leche y un poco de azúcar y se sentó frente a su padre. Él le acercó las pastillas.

—Tómate una, te sentará bien.

Cogió una y dejó que se deslizara por su garganta empujada por el primer sorbo del café, que le supo a gloria. Rezó porque hiciera pronto su efecto y aquel malestar acabara o antes posible.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Fue escuchar aquella frase y recordar que no había asistido a su primer partido oficial. La ira se apoderó de él. Cerró los puños con fuerza y golpeó la mesa con ganas, tan fuerte que la taza de café dio un salto y el café acabó derramado sobre la mesa. Le gustó ver cómo su padre se encogía de miedo tras su reacción. Nunca se había

mostrado así ante él. Se creció las palabras comenzaron a salir de su boca.

—Mejor que tú, hijo de puta —su padre lo miró con los ojos muy abiertos, pero no contestó —. Llevó un puto mes avisándote de que el partido era importante para mí. ¿Y tú qué has hecho? Lo único que te importa, emborracharte y olvidarte de que tienes un hijo. Yo soy tu familia, ahora estamos los dos solos y parece que te dé igual…

Pero las palabras se atascaron en su garganta cuando vio que su padre empezaba a derramar lágrimas, se levantaba y abandonaba la cocina. Había sido demasiado duro con él, lo sabía, pero después de que su madre hubiera decidido abandonarlo le dolía ver que su padre estaba haciendo lo mismo.

Quiso tener valor para ir detrás de él, pero tuvo miedo de decir algo de lo que se arrepintiera, o que provocaran una situación por la que no quería volver a pasar.

La cabeza seguía bombeándole a causa de la resaca. Sin embargo, reunió fuerzas, se puso una sudadera con capucha para ocultar su cabeza y se marchó de casa, sin rumbo alguno.

Tanto su padre como él sabían que la lucha por salir adelante acababa de empezar, y que aún tendrían que tocar fondo antes de ver de nuevo la luz.

27



Sabes que solo ha pasado un segundo, pero los nervios se instalan en lo más hondo de tu ser y en ese corto periodo de tiempo desfilan ante tus ojos mil y una imágenes de lo que fue, pudo ser y ya no quieres que sea. Garret me tiene sujeta por la cintura, ignorando a quien acaba de entrar.

Yo he conseguido que la fuerza de mis manos contra su pecho surta efecto, y ahora hay algo más de distancia entre él y yo.

—¿Qué está pasando?

Las palabras vuelven a sonar y aunque yo no pueda ver quién las pronuncia, esa voz ya resulta inconfundible para mí. La he escuchado unas cuantas veces últimamente. No sé cómo lo hace, pero siempre aparece cuando más lo necesito, aunque hasta ahora no me había dado cuenta.

Garret al fin me suelta y se encara con quien ha interrumpido su ataque y derribo hacia mí, porque así es como me he sentido. La mirada de Stiles es intensa, sus ojos me interrogan, ¿estás bien?, pero no soy capaz de responderle, las palabras están atoradas en mi garganta.

—Hablando, ¿es que no lo ves? —la voz de Garret suena más chillona que nunca, alterado, cabreado, decepcionado por la interrupción.

—Te están esperando, Haley.

Doy un paso al frente y Garret intenta agarrarme la mano, pero soy más rápida y logro zafarme.

—Deja que se vaya.

—Esto no es de tu incumbencia, Stiles.

Se miran, como dos machos alfa, pero con la gran diferencia de que en los ojos de Garret solo veo odio y una expresión que nunca creí que vería, y en los de Stiles, cálidos, apenas una chispa de nerviosismo ante la posibilidad de un enfrentamiento. No quiero que eso ocurra, así que avanzo dos pasos para situarme a su lado, dándole la espalda a Garret, y susurrar un simple gracias antes de abandonar el vestuario. En ese momento varios chicos del equipo de baloncesto aparecen en la

puerta llamándolos.

Entre ellos está Jackson, que me mira sorprendido al verme en el vestuario con ellos. La mirada que le lanza a Garret expresa lo mismo que la de Stiles. Antes de que me pida ninguna explicación, me marcho rápidamente de allí. Él me llama, con algo de tristeza en la voz, pero no me giro. Necesito salir.

Enseguida llego a las gradas, que ya están repletas de público. Las compañeras me observan extrañadas, Sarah se acerca a mí, me toma de la mano y me aparta.

—¿Qué te pasa? —me dice una vez que comprueba que no pueden oírnos.

—Estoy nerviosa…

—No, no es eso, a ti te pasa algo, cuando estás nerviosa no paras de mover los dedos —me los miro y los tengo entrelazados —. El color de tus mejillas te delata.

—De verdad que no pasa nada —odio que Sarah me conozca también.

Cuando va a volver a preguntarme, un bocinazo suena en la pista y el himno del instituto empieza a sonar por la megafonía que rodea el estadio. En el centro está Eliza con una sonrisa de oreja a oreja, ataviada con su reluciente uniforme y junto a la mascota, el lobo de Brooklyn. En las manos tiene un micrófono y está esperando que la música deje de sonar. Cuando lo hace, todo el público, incluidos los del equipo contrario, empiezan a tocar las palmas. Ella da unos golpecitos en el micrófono para que le presten atención, poco a poco se hace el silencio y empieza a hablar.

—Bienvenidos al primer partido de la temporada —los vítores suenan y la interrumpen solo unos segundos; ella continúa con su discurso —. Para mí es una pena no poder participar hoy bailando para vosotros, pero mi equipo lo hará lo mejor que pueda. Me han permitido dar el pistoletazo de salida, así que aprovecho para dar las gracias a todas las personas que han hecho posible esta jornada. ¡QUE GANE EL MEJOR!

Tras las palabras de Eliza, las chicas salimos de nuestro escondite, meneándonos, y yo, aunque no lo creáis, no estoy tan nerviosa. No he conseguido sentirme del todo integrada en el grupo, es cierto, pero el calor de la gente en un día como este ha logrado deshacer el nudo que tenía en el estómago.

Al llegar al centro del campo la música anuncia el comienzo del número. Nos colocamos en posición y empezamos a ejecutarlo. El público se pone de pie y acompaña los acordes con sus palmas, todo sale a pedir de boca. Compruebo cómo las chicas van situándose en sus puestos para formar la pirámide y yo me oculto tras ellas hasta que Sarah me da la señal definitiva y escalo hasta lo más alto, con la

mejor de mis sonrisas y eufórica, es la primera vez que me atrevo a hacer algo así delante de tanta gente y ha salido bastante bien.

Nos despedimos del público cuando en la megafonía empieza a anunciar el nombre de los jugadores del equipo contrario y ocupamos unos bancos que nos han preparado junto al banquillo del nuestro.

El partido comienza y no me entero de nada, voy preguntándole a Sarah qué tal va y ella me cuenta que el marcador está muy igualado y hay demasiados jugadores amonestados. Miro hacia el banquillo y veo cómo el entrenador le da las últimas indicaciones a Stiles para poder ganar de una vez.

Cuando está saliendo del banquillo, lo veo dar un traspiés al pasar junto a Garret, sus miradas se cruzan, hay tensión y me temo que después de que abandonara los vestuarios debieron decirse algunas palabras que pueden haber sido perjudiciales para ambos y, en consecuencia, para mí también.

Al pasar por delante de nosotras me dedica una enorme sonrisa ladeada que hace que me ruborice, se señala la muñeca e instintivamente miro la mía, donde me he colocado la goma del pelo que me dio en el vestuario. Dese que ha salido del banquillo he empezado a jugar con ella.

—¿Qué ha sido eso? —me dice Sarah en un susurro.

—Nada.

—Vamos, Haley, somos amigas, entre nosotras no hay secretos.

Y miro al frente, ignorándola, porque no sabría qué decirle, porque ni yo misma sé qué ha sido. Jack se coloca en posición de defensa, pues la pelota está en manos del equipo contrario, eso no quita para que anime a Stiles cuando entra de nuevo en el partido. Me mira y le sonrío, como hacen los amigos, y él me regala un gesto con la cabeza que lo dice todo. Cuando el jugador del equipo contrario saca, Stiles roba el balón de tal manera que toda la grada ruge. El marcador de tiempo indica que quedan tan solo doce segundos de posesión y el partido está empatado. Observo su cara de concentración y cómo mira a sus compañeros para verificar sus posiciones sobre la cancha. Bota el balón y se mueve de manera ligera y ágil, esquivando a su contrincante. Se lo pasa a un compañero y aunque para algunos el tiempo transcurra demasiado rápido, a mí estos segundos me están pareciendo los más lentos de mi vida.

Stiles se coloca sobre la línea de tres puntos, al menos las horas que he pasado frente a la tele con mi padre y mi hermano me sirven para entender algo de este deporte. Jackson lanza el balón, que pasa rozando los dedos de un rival. De manera impresionante, acaba en las manos de Stiles, que solo necesita botarlo una vez contra el suelo para que su posición sea la idónea para lanzar a canasta. Observo cómo la pelota naranja atraviesa la red sin apenas tocarla, justo en el momento

en que la bocina anuncia el final del partido.

Las voces y los gritos resuenan en las paredes del gimnasio principal mientras yo permanezco quieta, mirándolo. Él se gira y nuestras miradas se cruzan.

Entonces me doy cuenta de que todas las chicas están de pie, gritando y bailando, y decido unirme a ellas y celebrar algo que no entiendo. Es mi primer partido, me han pasado demasiadas cosas y me siento bien, feliz, con ganas de celebrar la victoria.

—Pero ¿qué pasa? —le pregunto a Sarah cuando se abraza a mí.

—¡Que hemos ganado el partido!

Y ahora la alegría que no entendía se convierte en diversión, y un montón de papelillos rojos y blancos empiezan a caer de las gradas. Es solo el primer partido, pero una primera victoria siempre significa mucho, es una buena dosis de autoestima. Ojalá vayan sumándose más al marcador de nuestro instituto y que este año volvamos a estar entre los mejores de las ligas estudiantiles.

Max y Jack vienen hacia nosotras. Mi hermano abraza a mi amiga, le planta un largo y profundo beso que todas aplauden y cuando Jack llega a mi lado, me siento cohibida ante las muestras de cariño delante de tanto público. Él parece entenderlo, porque se acerca con cuidado a mí y me da un suave beso en los labios.

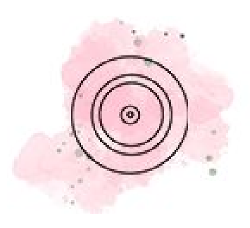
—Vamos a cambiarnos y nos vemos en un rato en la puerta, hay que celebrarlo en el baile.

Los chicos se marchan al vestuario y nosotras salimos disparadas al medio del campo, para cerrar el partido con el último número, más sencillo. La alegría de todo el estadio es palpable, y el entusiasmo que demuestra con cada una de las piruetas hace que nos entreguemos más aún.

Una vez que todo ha terminado volvemos a los vestuarios, donde el caos nos rodea. Todas deseamos cambiarnos de ropa y salir a celebrar la victoria. Decido olvidarme de lo que pasó aquí hace tan solo unas horas, Garret no volverá a molestarme, en el baile habrá mucha gente y Jackson estará a mi lado.

Abro la bolsa donde llevo el conjunto que Sarah me regaló para la ocasión. Por primera vez en mis dieciséis años me apetece muchísimo asistir a una fiesta de instituto. Soy Haley, una chica decidida que sabe tomar sus propias decisiones.

28



Me quedo mirando la bolsa que contiene el precioso vestido de gasa negra que me regaló Sarah. Soy bastante pudorosa con eso de cambiarme delante de tantas personas, incluso dejo la mirada perdida para no ver cómo las chicas se deshacen de sus uniformes y se quedan en ropa interior mientras se maquillan y recogen su pelo.

—¿No piensas cambiarte? —la voz de Sarah me saca de ese momento de desconexión y la miro como si no entendiera lo que me ha dicho.

Toma la bolsa con mi vestido y lo saca sin preguntarme siquiera. Ella ya se ha aseado y maquillado. Se ha cepillado el pelo y puesto un poco de espuma para que las ondas queden definidas, y su maquillaje es tan sencillo y natural que la expresión de sus ojos se nota más intensa.

—Vamos, déjame que le dé un poco de color a tu cara.

Me sienta en el banco y me pone una banda de tela en la cabeza para retirarme los mechones de pelo de la cara. Se arrodilla delante de mí y saca un gran neceser lleno de maquillaje. Empieza a usar distintos potingues en mi rostro. Algo de base con color, polvos para quitar brillos, una sombra de ojos negra, difuminada, pintalabios rojo y, por último, su varita mágica, la máscara de pestañas. Me mira girándome la cabeza para poder hacerlo desde todos los ángulos, y cuando está satisfecha me tiende un paquete de toallitas húmedas para que elimine los restos de sudor de mi cuerpo.

Me tomo todo el tiempo del mundo en el baño, incluso me he llevado el vestido para poder cambiarme con la intimidad que necesito. Al salir, el vestuario improvisado está prácticamente vacío. Sarah se queda con la boca abierta en cuanto me ve aparecer y se levanta rápidamente para empezar a arreglarme el pelo. Si no fuera por ella, seguramente me hubiera puesto el vestido y poco más, sin preocuparme del maquillaje ni del pelo. Soy así de desastre.

—Vamos, mírate al espejo, ya he terminado.

Me acerco al que hay en una de las paredes y me encanta lo que veo. Igual que el de ella, mi maquillaje es sencillo, natural. Me gusta.

Observo el conjunto completo y me sorprende que solo me haya cepillado y acomodado el pelo.

—Falta una cosa —saca algo de su bolso—. Cierra los ojos.

Lo hago y se coloca delante de mí para colocarme una diadema sobre la cabeza.

—Ya.

Estoy a punto de llorar. Sobre mi pelo luce una preciosa diadema con forma de hojas de color plateado. Me abrazo a mi amiga y sé que ella se encuentra igual de emocionada. Estas son las cosas que me hacen confiar en ella a pesar de mis dudas tras su actitud de las últimas semanas. Solo he de esperar a que encuentre el momento de contarme lo que pasó.

Salimos, al fin. Nuestros padres nos han esperado en la puerta y nos colman de cumplidos. Mi madre ha decidido no quedarse en la fiesta como monitora, lo cual agradezco, demasiado mal lo estoy pasando en mi papel de novia de Jackson delante de todo el instituto como para tener que actuar también delante de ellos. Nos despedimos y quedamos en que se encargarán de recogernos cuando la fiesta termine. El padre de Sarah sale de viaje, otra vez, esta noche, así que ella se quedará a dormir en casa.

Caminamos agarradas del brazo hasta la puerta del instituto. Allí nos esperan Jack y Max. Ambos van vestidos con vaqueros y las chaquetas del equipo. Nos dedican una amplia sonrisa y vienen hacia nosotras. Sarah y yo nos miramos y nos soltamos para agarrar el brazo que nos ofrecen.

—Estás guapísima —me susurra Jackson al oído, rozando con sus labios el lóbulo de mi oreja.

—Gracias, tú estás impresionante.

Y lo digo de corazón, nunca lo he negado, Jack es un chico atlético, guapo y no se puede negar que está muy bueno, aunque me cueste ver en él algo más que un buen amigo en quien confiar.

—No tenemos que hacer nada que no quieras.

Max y Sarah ya están entrando y nosotros seguimos parados en el mismo sitio. Lo miro a los ojos y sé al instante a qué se refiere. No puedo seguir con esto. No puedo engañar a nadie más y no quiero hacerle daño a él.

—Lo… lo siento, Jack, pero no puedo.

—Claro que puedes, muchos amigos van juntos a los bailes de instituto, no tenemos que fingir nada.

—Pero…

Me coloca un dedo sobre los labios y niega con la cabeza. El color oscuro de sus ojos se intensifica, una amplia sonrisa se dibuja en su cara mientras tira levemente de mi brazo para que empecemos a andar.

—Somos amigos, lo sé y solo seremos eso. Sabes lo que siento por ti, pero eso no importa esta noche ni ninguna otra. Ante todo, eres mi amiga, eso es lo que quiero tener. Para siempre. Así que entremos ahí y disfrutemos.

Aprieto su brazo para agradecer sus palabras y me siento fuerte, porque él me hace sentir así. Se acabó fingir, se acabó seguir haciendo un papel que no va conmigo. Algún día hablaremos de ello, pero hoy es día de disfrutar junto a un gran amigo.

Cuando al fin entramos en el gimnasio no puedo evitar sonreír como una tonta. Aunque lo haya visto decorado esta mañana, ahora, con la música sonando, las risas y todos los alumnos elegantemente vestidos, me siento emocionada.

Volvemos a reunirnos con Sarah y mi hermano. Jack y él van a por algo de beber mientras nosotras observamos el ambiente. Para mí este es un mundo nuevo.

—Tenemos a los dos mejores chicos del instituto. ¡Quién lo iba a decir, las dos con novio!

—Solo tú —le respondo, y ella me mira extrañada —. Sí, Jack y yo solo somos amigos, no podemos ser algo que no sentimos.

—Tienes razón, se nota que él está loco por ti, pero a ti te falta ese brillo que te sale en los ojos cuando de verdad te gusta alguien.

—Como me pasaba con Garret —contengo el aliento al decir su nombre.

—No, Haley, no. Él era solo un capricho y lo sabes. No digo que no te gustara, cómo no iba a gustarte, si es un chico guapísimo y eso de que se convierta en un imposible, un chico malo, atrae a cualquiera, incluso a mí —confiesa aguantando la risa—, pero cuando has visto lo que guarda dentro te has dado cuenta de que eso no es amor, de que falta algo más. No te preocupes, Hal, cuando el chico adecuado se acerque a ti lo sabrás, sentirás unas cosquillas imposibles de controlar, te pondrás nerviosa sin saber qué significa lo que te está pasando. Notarás cómo tus mejillas se calientan y cómo te resulta imposible dejar de mirarlo.

Me quedo pensando en sus palabras e instintivamente miro alrededor buscando a alguien. Primero veo a Garret, que está junto a Eliza, vestida con sus mejores galas. Analizo si alguna vez he sentido por él todo lo que Sarah ha descrito, pero no consigo recordarlo. Después me detengo en mi hermano y en Jack, que hablan con varios compañeros en la zona donde se sirven las bebidas, y lo que revolotea en mi estómago es un sentimiento de ternura. Amistad, solo eso. Al momento escucho una risa. Esa risa.

Me giro y busco ese sonido que acaba de apretar un nudo en mi interior, como evitando que algo salga de allí volando, un montón de mariposas desplegando sus alas, dejándome sin respiración. Habla con

varios compañeros. Viste como ellos: tejanos negros, camiseta y su chaqueta del equipo. Y está mirando hacia donde yo estoy. El calor empieza a subir a mi rostro y sé que me acabo de ruborizar. No puedo apartar la mirada de él y al parecer a él le pasa lo mismo. De repente, la música ha dejado de sonar a mi alrededor y las personas van desapareciendo poco a poco. Siento como si ambos estuviéramos solos dentro del gimnasio.

—¿Haley? —Sarah me toca el brazo y hace que salga de mi burbuja—. No me jodas…

Vuelve la vista al punto donde yo tengo la mía.

—Amiga, eso es justo lo que se siente.

En ese preciso momento los chicos llegan con nuestras bebidas e intento disimular las sensaciones que se han despertado, como una bomba nuclear, en mi estómago. Jack me pregunta si me pasa algo cuando me bebo casi de un solo trago el refresco de limón que me ha traído. Me disculpo ante los tres, digo que me ha entrado un poco de agobio y ellos se ofrecen a acompañarme afuera.

—Solo necesito un poco de aire, vuelvo enseguida —les digo antes de abandonar el gimnasio.

Me encamino a las escaleras del fondo, que llevan a la planta superior. En el trayecto, varios compañeros me dan la enhorabuena por el número de las animadoras. Les devuelvo solo un gesto con la cabeza y continúo caminando por los pasillos de la planta superior hasta que llego al sitio que buscaba, la ventana que da a las escaleras que suben a la azotea, ese lugar que he usado tantas veces estos años atrás cuando necesitaba soledad, como ahora.

Una vez que salgo y subo los peldaños la oscuridad de la noche me atrapa. La música del gimnasio se filtra a través de las paredes y distingo los acordes de la nueva canción de Harry Styles. Es una melodía con tanto sentimiento que me dejo llevar. Muy pocas personas conocen mi pasión por la música, y aunque insisten en que debería cantar, mostrarle mi voz al mundo, la vergüenza me lo impide. Ahora que estoy sola y nadie puede oírme tarareo la canción, dejo que las palabras salgan solas, de alguna manera me siento libre y mis dedos tocan las notas de un teclado inexistente. Estoy absorta en mis pensamientos y tardo en sentir unos pasos acercándose. Me giro lentamente y ahí está él, mirándome con su sonrisa ladeada y las estrellas en la cara, las que le ha robado al cielo de esta noche. Sigo cantando, casi en un susurro, para mí. El corazón se me acelera aún más cuando se sitúa justo en frente de mí y toma mis manos entre las suyas. Recorre las palmas con sus dedos, haciendo suaves círculos, hasta alcanzar la goma del pelo rosa que aún llevo en la muñeca. Las sensaciones son cada vez más intensas y el aire entra a duras penas en mis pulmones. Nuestras miradas se quedan ancladas una en la otra.

Sigo cantando y noto como si él rasgara las cuerdas de una guitarra con sus caricias.

—Tú también lo has sentido —se acerca más a mí, coloca su frente sobre la mía. No es una pregunta.

—Stiles…

Su nombre escapa de mis labios sustituyendo la letra de la canción y un dulce sabor se mezcla con mi saliva. Si esto es lo que describía Sarah, se olvidó de nombrar el miedo.

Agacha la cabeza hasta que sus labios rozan los míos. No se mueve, no hace amago de intensificar el beso, como esperando que sea yo la que dé el siguiente paso. Me siento mareada. Embriagada. ¿Así es como debería ser si alguien me gustara de verdad? Sus manos continúan ascendiendo por mis brazos, ayudándome a mantener el equilibrio. Cuando llega a los hombros las desliza por mi espalda. Un hormigueo permanece en las zonas por donde han pasado sus dedos, como si aún siguieran allí. Por instinto, levanto mis manos y recorro su pecho, que se contrae con mi tacto, avanzo hasta llegar a su cuello, enredo mis dedos en su pelo. Noto la suavidad de sus labios, que poco a poco han ido cobrando vida y saborean los míos. Su lengua acaricia mi boca, que abro lo justo para que roce mi lengua y el beso toma mayor intensidad. Al notar su saliva fundiéndose con la mía las mariposas consiguen abrir las alas y sí, ahora estoy volando.

Por primera vez siento que me besan de verdad, con los cinco sentidos, incluso con alguno más desconocido para el resto de la humanidad, creado solo para mí en este momento. El tacto de sus manos, de su boca, las pecas que adivino en su cara me hacen recordar esa noche prometida. Su olor impregna el aire de esta noche tranquila, en la azotea que tantos momentos de paz me ha dado y tantas lagrimas ha borrado.

En unos segundos pasan ante mí algunos momentos vividos en este tiempo, desde el final del curso anterior. No, aquel beso de entonces solo fue eso, un beso. Garret no despertó en mi esta sensación de libertad, este deseo de que no querer que termine nunca, esta sensación de saber que estoy donde quiero estar.

No sé cuánto tiempo pasamos así, el uno acariciando al otro, sintiendo el palpitar de nuestros corazones, el uno contra el otro, memorizando el sabor de nuestras bocas. Stiles se separa de mí, pero vuelve a tomar mis manos en las suyas y descubro una luz impresionante en sus preciosos ojos de color azul, es como si me sonriera también con la mirada. Ninguno de los dos dice nada, intentamos calmar el acelerado palpitar de nuestros corazones. No sé qué ha sido esto, pero quiero más. Por primera vez en mi vida y con solo un beso me he sentido importante para alguien, de verdad.

29



Stiles

Tengo el pulso acelerado, sus manos entre las mías y la frente apoyada en la de ella. Intento recuperar el aliento tras este gran beso. No he debido besarla. Acabo de cagarla, con todas las letras, y he de poner remedio cuanto antes. Me prometí que nada de esto volvería a pasar, que me dedicaría a estudiar y al equipo de baloncesto y nada más. Que no volvería a llamar la atención de nadie y, sobre todo, que ninguna chica llamaría la mía. Y aquí estoy, en mitad de este maldito huracán que arrasa con todo en mi maldito estómago. Como si el peor de los terremotos de la historia estuviera derrumbando los cimientos que acabo de levantar. Pero no, esto no es un terremoto. Esta es la peor de todas las catástrofes del mundo y se llama Haley.

Doy un paso hacia atrás, corrijo la expresión de mi rostro para hacerlo tan serio como puedo y suelto sus manos. Aprieto los puños con fuerza, hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos, al menos el dolor me impedirá sentir otra cosa.

Creo que ella ha notado mi cambio de actitud, sus ojos ya no brillan y se mezclan con la oscuridad de la noche, casi no puedo verlos. Sacudo la cabeza hacia un lado y otro, diciéndome una y otra vez que esto no debería haber ocurrido.

La vida es una jodida mierda y yo debería estar ahora en el maldito gimnasio buscando un plan para esta noche, pero cuando escuché las palabras de Garret al pasar por el vestuario de las animadoras me imaginé lo peor, y no me confundía. Tenía que haber pasado de largo, como he hecho estas dos semanas, involucrarme lo justo. Soy un maldito cabrón y no se me puede olvidar.

Doy otro paso hacia atrás y ahora su expresión ha pasado de la ilusión a la decepción. Ya no sonríe, ha agachado la cabeza, no puedo ver sus preciosos ojos color café moteados de verde. La oscuridad de la terraza tampoco ayuda. Me apetece acercarme, poner un dedo bajo su barbilla y buscarlos, que nuestras miradas vuelvan a enredarse, unir otra vez mis labios a los suyos y mordérselos, saborearlos, enseñarle el

placer de la seducción y de la pasión. Me reprendo por estos malditos sentimientos que rebotan de un lado a otro de mi cabeza, causándome este dolor.

Es lo mejor que puedo hacer por mí, pero sobre todo por ella. Si supiera quién soy realmente y el daño que puedo hacerle no hubiera respondido a mi beso. Además, está con Jackson, solo puedo buscarme problemas con lo que acabo de hacer.

Me doy la vuelta para salir cuanto antes de esta maldita azotea, antes de arrepentirme. Pero cuando llego al instituto unos pasos que se dirigen hacia donde estoy me obligan a esconderme en la primera clase que encuentro. Está oscuro, y desde mi escondite distingo perfectamente a la persona que acaba de pasar. Es Sarah, seguramente busca a su amiga.

Salgo y decido volver a la fiesta, buscaré a alguna chica con la que pueda divertirme y olvidar lo que acaba de pasar. Esto no va conmigo, una cosa es querer cambiar y otra acabar siendo un maldito calzonazos que va detrás de una chica…

Cuando estoy llegando a la escalera alguien me toca el hombro.

—Hola, héroe —Garret, algo achispado, se dirige a mí—. Al parecer estamos solos.

Miro alrededor y compruebo que así es. Ha bebido, tiene rojas las mejillas y la lengua se le traba al hablar.

—¿Qué quieres? —no me apetece hablar con él, pero si quiere pelea ahora mismo soy un arma de destrucción masiva, cargada y a punto de explotar.

Nos retamos con la mirada, lo miro de arriba abajo y observo que lleva la camisa medio desabrochada, enseñando parte de su piel, y mal metida bajo los pantalones, que tienen la cremallera bajada. Por su pelo despeinado y la sonrisa intuyo que viene de pasar un buen rato.

Escucho risas a su espalda y miro por encima de su hombro. Soy algo más alto que él, por lo que puedo ver salir a un par de chicas de cursos inferiores al nuestro de una de las aulas. Ninguna de las dos es Eliza y me cabrea pensar que una podría haber sido Haley.

Mira hacia atrás a la vez que intenta recolocarse la ropa y las dos chicas se ríen más aún.

—Tenemos una conversación pendiente —me dice mientras se peina con los dedos.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar.

Me doy la vuelta y bajo algunos escalones, él eleva la voz.

—Tienes buen ojo para las putitas, chico nuevo.

Subo los escalones y antes de que pueda reaccionar lo tengo agarrado del cuello, contra la pared y con un puño muy cerca de su cara. Sé que está hecho de la misma pasta que yo cuando en vez de ponerse nervioso se ríe. Deseo borrarle esa mirada de suficiencia, esa

estúpida sonrisa, pero sé que después seré yo el culpable ante todo el mundo, no importa que él lo haya empezado todo provocándome. Soy el nuevo y llevo todas las de perder.

Lo suelto y se tira de la camisa hacía abajo, como si fuera lo único que le importa de lo que acaba de ocurrir.

—No voy a juzgarte por esto, solo a advertirte de que vayas con cuidado, tal vez tengas que aprender a cuidar mejor tus espaldas.

Aprieto los puños, desearía volver a tenerlo entre mis manos y esta vez no parar. Golpearle esa cara que tanto gusta a las chicas, hasta que ni el mejor cirujano del país sea capaz de recomponerla, a ver si deja esa bravuconería y aprende lo que es estar del otro lado. El lado en el que se encuentran casi todos los estudiantes de este maldito instituto, que o no pertenecen al equipo de baloncesto o no son de su clase social.

Antes de darle más tiempo para que abra su asquerosa boca me doy la vuelta y bajo los peldaños que me separan de la planta baja, donde están congregados todos los asistentes a esta mierda de fiesta a la que nunca debería haber asistido. Sigue riéndose, demostrando su superioridad. Mientras estemos dentro del instituto no podré hacer nada más que resignarme y pensar en cómo callarle la boca.

Los pasillos están llenos de alumnos riendo, algunos besándose y otros haciéndose fotos con sus móviles de última generación. Miro alrededor y recuerdo de dónde provengo. Para la mayoría de los chicos de mi barrio tener coche o moto es un lujo. Y esto está tan lleno de niños pijos que, aunque quiera y aunque el puto baloncesto se me dé genial me va a costar integrarme. Me hubiera sido más fácil en uno normal, sin tantas menciones de honor y padres con dinero.

Hasta hace solo unos meses mi vida era un completo desastre. Primero lo de mis padres y después… ni siquiera quiero pararme a pensar en ello.

Voy a mi coche, abro el maletero y busco bajo el hueco donde debería de estar la rueda de repuesto hasta que consigo notar el tacto del cristal. Saco lo que necesito en estos momentos para no mandarlo todo a tomar por culo. Veo el contenido amarillento del maravilloso elixir y me cabrea comprobar que queda menos de la mitad de la botella. Hace bastante que no tomo nada de alcohol, le prometí a mi padre que intentaría encauzar mi vida, dejar el pasado, pero antes de que pueda arrepentirme tengo la botella sobre mis labios y he vaciado casi todo su contenido. El calor del whisky recorre cada rincón de mi cuerpo, revitalizándome. Escucho cómo varias personas pasan por mi lado. Me ven sentado en la parte de atrás de mi viejo Volkswagen, con la botella entre las manos. Mi única respuesta es terminar el resto del líquido ambarino y arrojarla contra los matorrales del aparcamiento. Escucho el cristal romperse en mil pedazos y en ese mismo momento

me siento más que identificado con el estado de la botella.

Me incorporo y decido volver a la fiesta, a hacer lo que tenía previsto desde que me levanté esta mañana. Estoy algo mareado por la falta de costumbre e intento que no se me note al caminar.

Una vez en el interior del gimnasio miro alrededor sin saber exactamente lo que estoy buscando. Veo a Garret, que agarra a Eliza por la cintura, como si hubiera olvidado que acaba de pasar un buen rato con esas dos chicas, que también están ahora con ellos. Un poco más alejados están Sarah, Max y Jack. Haley no va con ellos, debe de haberse quedado en la azotea. Una parte de mí me dice que debería volver y disculparme con ella, pero justo entonces una mano acaricia mi espalda y al girarme me encuentro con una chica un par de años menor que yo con la que me he cruzado alguna que otra vez por los pasillos. Sus ojos dicen de sobra qué es lo que quiere, exactamente lo mismo que yo buscaba antes de que pasara todo.

Si los padres de más de la mitad de las alumnas de este instituto supieran a qué se dedican sus hijas se encontrarían bajo arresto domiciliario por el resto de sus días. No me lo pienso dos veces, porque si lo hago acabaré arrepintiéndome. Paso mi mano por su cintura para arrimar su cuerpo al mío y ella deja escapar una risita de lo más erótica, como pidiéndome que no perdamos más el tiempo.

Salimos del gimnasio y antes de que me dé tiempo a decidir a dónde ir, ella toma la iniciativa y me lleva a través de los pasillos hasta lo que parece un cuarto de limpieza. Cuando quiero darme cuenta ya la tengo devorándome la boca y con las manos en el borde de mis pantalones, deshaciéndose del botón arrastrándolos hacia abajo junto con mi ropa interior.

Sus manos toman mi polla y empieza a bombearla de manera experta, haciéndome ver que no es la primera vez que lo hace. Sus labios alcanzan el lóbulo de mi oreja, empieza a mordisquearlo.

En otra ocasión, mis manos ya estarían sobre su pecho, quitándole la ropa, pero para mi sorpresa continúan a ambos lados de mi cuerpo. Estoy excitado, pero también acabo de darme cuenta de que no es esto lo que necesito ahora. Cuando veo que se agacha hasta mi miembro la sujeto por las axilas y la obligo a ponerse de pie ante mí.

—No —digo, al ver que intenta volver a coger mi polla—. Deberías ser más respetuosa contigo misma.

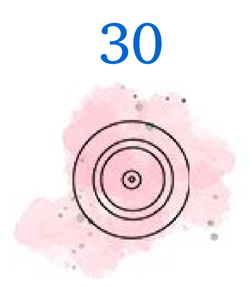
Y ocurre lo que menos podía haber imaginado. Su mano se estampa contra mi cara y el picor me recuerda que era yo quien realmente buscaba esto, el que casi ha dejado que pasara. Me dispongo a disculparme cuando ella ya está saliendo del cuarto, dejándome semidesnudo y con más mala hostia que antes.

Me coloco bien los pantalones y me doy cuenta de que no soy mejor que Garret, de que estoy haciendo exactamente lo mismo que

él. Tomo aire antes de salir. La fiesta ha terminado para mí.

Antes de hacer otra gilipollez decido volver a mi coche. No presto atención a los que pasan por mi lado dándome la enhorabuena por el partido o preguntándome si ya me voy. No contesto a nadie, por lo que me gano algún que otro bufido de reproche, pero sé que si les hago caso acabaré pagándolo con quien menos lo merece. He de llegar a casa y encerrarme en mi habitación antes de cagarla todavía más. Esta vida es una puta mierda. No debería haberle insistido a mi padre en que estaba preparado para volver al instituto. Tendría que haberme quedado más tiempo encerrado en mi habitación, mi cárcel particular.

30



Se ha ido. Sin decir nada, aunque con su mirada lo ha dicho todo. Vuelvo a sentirme la misma idiota que hace tan solo unos meses cuando dejé que pasara lo mismo con Garret. Lo he visto abandonar la azotea como si no hubiera pasado nada. Su mirada se ha endurecido. Paso los dedos por mis labios, recordando lo que acaba de pasar, y aunque sé que me han vuelto a utilizarme lo que he sentido al besar a Stiles ha sido totalmente distinto. Las mariposas de mi estómago han estallado en mil pedazos llenándolo todo, haciéndome sentir que alcanzar las estrellas es posible. Como siempre, la realidad me ha golpeado duro.

Dejo que pase el tiempo antes de volver al gimnasio, aunque lo que de verdad quiero es estar en mi casa, en lo conocido, en mi intimidad.

Bajo las escaleras y escucho la música que viene de la fiesta y las voces de todo el mundo cantando e intentando que su voz sobrepase los decibelios de aquella. Al abrir la puerta del gimnasio lo busco, pero no lo veo. No sé siquiera por qué lo hago. Consigo distinguir a Sarah junto a mi hermano y Jackson, pero se encuentran demasiado cerca de Eliza y Garret, por lo que camino hacia el lado contrario, donde parece que están esas personas que asisten a la fiesta más por obligación que por otra cosa. Pensándolo bien, yo estoy aquí por la misma razón, por lo que me es fácil pasar desapercibida.

En los altavoces suena una canción de aquella época en la que eran mis padres los que acudían al instituto, pero con esta moda de reeditar canciones no consigo ubicarla. Tiene bastante ritmo.

Logro situarme junto una de las mesas donde ofrecen bebidas y parece que nadie repara en mí. Observo en ese mismo momento que mi amiga está mirando a todos lados, seguramente buscándome. Saco el móvil del pequeño bolso que me ha dejado y tecleo un mensaje.

Dame unos minutos y estoy con vosotros.
Ya sabes que a veces necesito más espacio que los demás.

Al momento la veo sacar su teléfono y me responde con un rápido ok. Respiro, aliviada al comprobar que puedo seguir confiando en ella.

Aún tenemos muchas cosas pendientes que aclarar. Ella sabe algo que yo desconozco, pero me lo contará cuando llegue el momento, me conoce bien, soy una tumba para las confidencias.

Tomo un vaso del ponche que están sirviendo, con miedo de que a alguien se le haya ocurrido sabotearlo y verter cualquier tipo de alcohol en él. No estoy en el momento ni en el lugar más apropiados para que mi mente me traicione si le doy algo que la active. Me lo llevo a la nariz para olerlo y en ese momento se me para el corazón.

Stiles está a solo unos pocos metros de mí. Me da la espalda, creo que no me ha visto, pero aun así doy unos pasos hacia atrás para camuflarme en un pequeño rincón oscuro. Una chica pasa por su lado, lo roza y él se gira. Aguanto la respiración rezando para que no me descubra, aunque después de lo que ha pasado no creo que le importe mucho cómo me sienta. Mira hacia donde estoy con una sonrisa, por un momento pienso que me ha visto, pero entonces se acerca a la chica, le pasa las manos por la cintura y le susurra algo al oído. Sé de sobra lo que está pasando y lo confirmo cuando le veo que tira de ella hasta que ambos salen del gimnasio.

Si antes me he sentido usada, en este momento creo que he descendido al escalón más bajo de la sociedad. Donde acaban las personas que no significan nada para nadie, donde, aunque grites a pleno pulmón, aunque te dejes la voz, nadie te escucha. Aunque bailes sin ropa, nadie te ve. Soy como ese anuncio de la tele que ni siquiera te has dado cuenta de que has visto. Alguien que no significa nada. Nada.

Salgo de mi pequeño rincón y camino hasta la puerta del gimnasio con una sola idea, hacer lo que tenía que haber hecho después del partido, irme a casa y no tener que probar lo que se siente en una estúpida fiesta de instituto.

Al llegar la puerta alguien me agarra de la muñeca y al girarme me encuentro frente a frente con la mirada de preocupación de Jackson. Entiendo por qué me mira así cuando, con una mano, pasa su pulgar por mi mejilla y borra la lágrima que ha decidido joderme definitivamente la noche.

—¿Qué pasa, Haley? —su voz suena rota y un pequeño pinchazo de alivio se instala en mi corazón al saber que se preocupa por mí.

Me cabreo conmigo misma por no poder sentir por él algo parecido a lo que él siente por mí. No deseo contarle mis problemas, no quiero que sufra porque yo sufra. Así que intento que me suelte. Pero mis esfuerzos se quedan en eso, en un simple intento, porque al notar que he tirado de mi mano para soltarme me acerca a su pecho y me da un abrazo de esos que reconfortan y te llenan el alma.

Un cúmulo de sensaciones se instalan en mí. Pena, por no corresponderle como se merece. Amor, por esa amistad incondicional

que nos une, a pesar de esos casi dos años sin cruzar más que palabras de respeto.

—Vamos —me anima cuando mi solitaria lágrima se transforma en un torrente de llanto.

Dejo que me guíe por el pasillo hasta que abandonamos el edificio y terminamos en el parking, junto a su coche. Vuelve a estrecharme entre sus brazos y dejo, para mi desgracia, que las lágrimas sigan brotando entre sus caricias. Me dedica palabras dulces y me deja claro que a veces es necesario permitir que todo lo que llevamos dentro escape, caerse y volver a levantarse para comenzar con más fuerza.

—Siempre tendrás mi mano para ayudarte a ponerte en pie —me besa en la frente y noto cómo llena sus pulmones de aire.

—No te merezco —consigo decir entre hipidos.

—Anda, no seas tonta. Además, tú sales ganando con esto, ahora mismo todo el mundo te está viendo abrazada a una de las estrellas del equipo de baloncesto.

Me pongo recta y doy un paso atrás, con cara de cabreada y señalándole con el dedo en el pecho a la vez que le doy golpecitos.

—Tal vez seas tú el afortunado: estás con la capitana en funciones de las animadoras.

Nos miramos y al momento empezamos a reírnos. Esto es lo que me gusta de Jack, que sabe sacarme la sonrisa cuando más lo necesito.

Me agarra de la mano, rodeamos su coche y me abre la puerta del copiloto con una extraña reverencia.

—Su carroza está lista.

Lo miro y una sonrisa se dibuja en mi cara. Dejo que me ayude a subir y cuando estoy sentada da la vuelta para ocupar el asiento del conductor.

—No creo que haga falta que te pregunte a dónde quieres ir, además, yo también tengo ganas de volver a casa.

Asiento y saco mi móvil para mandarle un mensaje a Sarah diciéndole que me he ido con Jack. A los pocos minutos llega su respuesta, ella aún tardará volver.

Sarah:
Me lo estoy pasando muy BIEN con Max

Esas mayúsculas hacen que me entren náuseas. No quiero pensar en lo que pueda estar haciendo mi hermano pequeño con mi mejor amiga.

En el camino hasta casa permanecemos callados. De vez en cuando Jack me dedica una sonrisa que le llega de oreja a oreja. Aparte de lo que pueda llegar a sentir, siempre tendré su amistad.

Me despierto al notar que mi colchón se mueve y al momento alguien se acurruca a mi lado. Ava siempre aprovecha estos momentos para estar conmigo y a mí me encanta cómo vuelve a quedarse dormida entre mis brazos.

Paso los dedos por su precioso cabello largo, que se reparte como una cascada de fibras castañas y doradas alrededor de su carita angelical. Siempre haré lo que esté en mi mano para protegerla del mundo, aunque dejaré que cometa sus propios fallos mientras le recuerdo que me tendrá aquí siempre que me necesite.

A pesar de lo que pasó anoche, he dormido bastante bien. Seguramente es porque Jackson se comportó como un gran amigo y me recordó que podía llamarle si necesitaba llorar otra vez, aunque fuera de madrugada. En ningún momento me preguntó qué me había pasado, su mirada me dio a entender que no lo haría si yo no estaba preparada para responderle.

Cuando pasa media hora y Ava ha vuelto a coger el sueño profundo, me levanto de la cama intentando hacer el menor ruido posible. Me dirijo al baño para lavarme los dientes y cepillarme el pelo, que acabo recogiendo en un moño desenfadado. He traído mi móvil conmigo, y la luz me avisa de que tengo mensajes. Hay uno de Jack de hace tan solo unos minutos.

Jack:
Hola, sweetie
Espero que hayas descansado.
Sabes que estoy a solo unos pasos si me necesitas.

Hacía años que no usaba ese apelativo. Me encanta haber recuperado esta relación con él. Nos hemos criado prácticamente juntos. Nuestros padres se conocen de toda la vida, y después de que nuestra relación se enfriara tras aquella fatídica noche insistieron mucho en que pasáramos tiempo juntos. Decido contestarle, es lo mínimo que se merece.

Buenos días, Jack.
Mejor de lo que me imaginaba.
Gracias por volver a ser ese amigo de siempre.
¿Qué planes tienes hoy?

Después de darle a enviar pienso en que no debía habérselo preguntado, no se merece que yo ocupe horas de su vida. No se merece que lo trate como mi paño de lágrimas. Para mi sorpresa, contesta muy rápido.

Jack:

¿Qué propones?

Sonrío ante la perspectiva de pasar un rato con él y contesto antes de arrepentirme de lo que voy a decir.

Ahora pretendía terminar el trabajo.
Ya sé cómo te veo dentro de diez años.

Acompaño el mensaje con un emoticono de burla y espero impaciente a que me responda. En la cabecera de nuestra conversación compruebo que está escribiendo y a los pocos segundos llega su respuesta.

Jack:
El mío lo he terminado esta noche. Me ha costado quedarme dormido. Así que espero que me compenses las horas de sueño.

Dame una hora y nos vamos a tomar el desayuno juntos.
A ese bar al que nos llevaban nuestros padres cuando éramos pequeños.

Jack:
Yo invito.

Salgo del baño con las energías renovadas y unas ganas enormes de ponerme delante del ordenador y empezar a teclear cómo imagino a Jackson dentro de diez años, esperando que mis expectativas se cumplan.

Cuando pongo el punto final al trabajo escucho cómo Ava se remueve en mi cama y al girarme la veo sentada, con sus pequeñas piernas colgando en el borde y el pelo alborotado.

—*Tas uapa*—me dice con su media lengua.

Me miro en el reflejo del espejo del armario y descubro una enorme sonrisa en mi cara, tras haber escrito con el corazón cómo imagino el futuro de mi amigo.

Me siento a su lado y la coloco sobre mis piernas. Ella se acurruca en mi pecho y me acaricia la cara con sus manitas, beso una de ellas cuando la pone en mi boca y sin que se dé cuenta saco la lengua para lamerla. La cara de asco de mi hermana pequeña, esa que tanta gracia me hace, no tarda en aparecer. Se levanta con rapidez y empieza a restregar contra mi ropa la mano llena de saliva y a protestar.

—Venga, te dejo que me ayudes a buscar algo que ponerme para ir a dar un paseo con Jack.

?Una cita¿—

Me sorprende que a su edad conozca esa palabra. Y, sobre todo, que se le llenen los ojos de brillo al pronunciarla.

—No, voy a desayunar con mi mejor amigo.

—Yo tengo un mejor amigo, pero él solo quiere darme besos en la

boca y a mí me da asco.

Abro bien los ojos al escuchar lo que me dice, sé que son cosas de niños, pero aun así no puedo dejar de decirle lo que siento.

—Cuando le des un beso a un chico, que sea porque de verdad se lo merece y porque a ti te salga del corazón —pongo la mano en sus hombritos y ella asiente—. Y ahora, vamos a buscar mi ropa.

Se acerca a toda velocidad al armario y lo abre de par en par. Son pocas las veces que le dejo ayudarme a escogerla, porque le encanta disfrazarse y más de una vez he encontrado mi ropa mal metida en los cajones. Ya le advertí que si volvía a hacerlo le prohibiría dormir más en mi cama. Así que cada vez que se lo propongo se pone como loca.

Sacamos varias prendas tras consultar el tiempo en el móvil y comprobar que, como estaba previsto, la temperatura bajará hoy varios grados y apenas alumbra el sol; ningún rayo se cuela por mi ventana.

Si por mi hermana se fuera, ahora mismo llevaría puesto ese pijama de Mickey Mouse que mi madre me regaló hace un par de años y que aún tiene la etiqueta puesta. Pero me sorprende cuando saca de uno de los cajones una blusa de manga larga con pequeños dibujos de animalitos que imitan creaciones de papiroflexia y unos *leggins*de color negro. Es un conjunto sencillo, y aún no he tenido ocasión de usar esa blusa. Últimamente vivo dentro de un uniforme de animadora.

Me cambio y me miro al espejo. Me he puesto unas bailarinas de color rojo, a juego con los pequeños dibujos, y ahora me toco el pelo sin saber qué hacer con él. Sé que esto no es una cita, pero me apetece sentirme cómoda. Guapa.

—Toma —Ava se acerca a mí con unas sencillas pinzas para el pelo.

Las cojo y entramos en el baño. Me pongo un poco de espuma para que mi pelo tome un poco de volumen y las coloco de manera que queden ocultas y el pelo se vea suelto, pero recogido hacia un lado.

—Antes estabas *uapa,*ahora estás *pleciosa*.

Atrapo su rostro entre mis manos y le doy un beso sonoro.

—Vamos a la cocina, que ya escucho a mamá y seguro que te está preparando el desayuno.

Apenas termino de decir la frase cuando está saliendo de mi habitación gritando que tiene hambre. La sigo y al llegar a la cocina todos me miran. Max no está y ni siquiera sé a qué hora llegó anoche, aún no he leído los mensajes de Sarah, aunque ahora mismo me da un poco igual, no me apetece saber si estuvo horas y horas comiéndose las babas de mi hermano.

—Estás muy guapa, ¿vas a salir? —mi padre se acerca y me da un beso.

—He quedado con Jack, vamos a desayunar juntos.

A ambos se le ilumina la cara, sonríen y antes de que tengan tiempo de decirme nada, les doy un beso a los tres y me voy. No quiero que se imaginen lo que no es, aunque viendo el tiempo que Jack y yo pasamos juntos últimamente supongo que es normal que lo hagan.

Al salir al pasillo del bloque, lo veo sentado en las escaleras. Nuestras miradas se cruzan y enseguida sonríe. Se levanta, se acerca y me da un dulce beso en la cara.

—Vámonos, señorita.

Me coge el brazo para enlazarlo con el suyo y llevarme hasta el ascensor.

31



Me encanta esta sensación de sentirme feliz, querida por alguien. Hemos salido por la puerta principal del edificio, aún agarrados del brazo. Hasta el portero nos ha mirado con cara de sorpresa al vernos juntos. Normal, porque desde pequeños nos ha visto pelear más que otra cosa.

Paseamos por la calle riéndonos de todo lo que hemos vivido por separado estos dos años, aun estando cerca nos hemos mantenido muy distantes. Él se ha dedicado en cuerpo y alma al baloncesto, aunque tiene claro que quiere estudiar. Resultará complicado si no consigue una buena beca, y el deporte le será de gran ayuda, así que el baloncesto es ahora mismo lo más importante en su vida. Yo, en cambio, me he dedicado a hincar codos como la que más, a esforzarme por sacar todo dieces, y cuando ha hecho falta luchar por unas décimas para lograrlo he realizado algún que otro trabajo extra. Sí, se me podría catalogar de empollona en estos dos últimos años.

—¿Te apetece sentarte dentro o nos quedamos fuera? —Jack me señala una mesa que está vacía junto a la entrada del local.

—Sabes que me encanta la decoración, además, parece que el día se va a poner feo —Jack mira al cielo en busca de alguna nube que delate si puede llover.

Es raro que aún no haya llovido en estas fechas, la temperatura nos está dando tregua, pero la verdad es que me encanta sentarme en el interior de esta cafetería.

Jack me toma de la mano y entramos. Como siempre que entro aquí, me siento como si me transportara en el tiempo. La decoración es muy hollywoodiense. Las paredes están empapeladas de fotografías de actores, directores y artistas de la ciudad. Por Brooklyn ha pasado muchísima gente conocida, y además ha sido el escenario de muchos largometrajes y documentales.

Lo que más me gusta de este sitio es que, aunque las fotos siguen siendo las mismas y las nuevas incorporaciones se suceden muy poco a poco, la decoración del escenario, que está al fondo del bar, cambia según la temática del último acontecimiento importante Por las noches se celebran conciertos en los que nuevos artistas intentan darse

a conocer. Sobre la tela que decora el local hay ahora un gran lienzo pintado a mano donde se pueden ver las carabelas que trajeron a Cristóbal Colón, pues se conmemora el aniversario de su llegada. Seguramente, en los próximos días, vendrá algún poeta o monologuista y algún cantante a celebrarlo. En estas fechas el local también acomoda su carta, así que no me ha sorprendido nada descubrir un nuevo café con un especial de la casa.

Jack y yo nos hemos sentado en una de las mesas que dan al exterior de la calle. De esta manera, aunque no estemos sentados fuera, veremos pasar a la gente y disfrutaremos de las vistas de la ciudad. No hay en esta zona de Brooklyn grandes monumentos ni nada que llame especialmente la atención, estamos en un barrio humilde, pero a tan solo un par de calles se encuentra el mayor parque de la ciudad, la parte adinerada y la más comercial. Nosotros elegimos disfrutar de la intimidad que nos proporciona este pequeño rincón.

Una camarera se acerca a nuestra mesa cargando una jarra con café. Jack le hace una señal para que no nos sirva ese mejunje oscuro con el que rellena la taza a casi todos los clientes y a ella se le ilumina la cara al intuir que va a vender, al menos, un especial. Nos dedica una sonrisa antes de volver tras la barra para dejar la jarra y regresar con la libreta y un bolígrafo que saca de la parte delantera de su delantal, el cual tiene también motivos alusivos a las fiestas que vienen.

—¿Qué va a ser, pareja?

Jack me mira con una sonrisa burlona, le ha hecho gracia la manera en que se ha dirigido a nosotros y, sobre todo, el que ninguno de los dos la hayamos sacado de su error.

—Dos especiales —pone esos ojos golosos y la camarera se ruboriza.

Es joven y sospecho que este trabajo le ayuda a pagarse los estudios. Jackson parece mayor de lo que es. Tal vez por su forma física, tras tantas horas de gimnasio, o porque sabe muy bien jugar sus cartas.

La chica apunta rápido la comanda en su pequeña libreta y se dirige hacia su puesto para prepararlo todo. Sé que se ha puesto nerviosa, porque ha trastabillado un par de veces al intentar pasar por debajo del hueco del mostrador, pues le ha sido imposible levantar la pequeña madera que da paso.

—Lo haces adrede —le digo a Jack.

—¿Qué he hecho yo ahora?

Y me mira de la misma manera que a ella, demostrándome que sabe de lo que hablo. Le doy una pequeña patada por debajo de la mesa, como regañándole por su actitud, y él se lleva las manos al

pecho como si le hubiera roto el corazón con mi comentario.

—A mí no me engañas y lo sabes —me saca la lengua y le devuelvo el gesto—. Aun así, me alegro, ya me estabas asustando.

—Sabes que solo tengo ojos para ti, *sweetie*.

No me gusta que me llame así, porque sigo teniendo miedo de que sienta por mí más de lo que yo siento, pero cuando estoy a punto de protestar la camarera se acerca a la mesa con una gran bandeja. Le hacemos hueco para que pueda dejarla. Nos sirve dos cafés con una gran capa de nata y casi se me salen los ojos de las orbitas. Sobre la bandeja hay también un par de rebanadas de pan tostado acompañadas de aceite de oliva, unas rodajas de tomate y jamón, pero no el típico que tomamos aquí, este tiene un color rojizo y un brillo que se me hace la boca agua.

—Es jamón ibérico —dice ella al ver mi cara—. Esta festividad es muy especial para nuestro jefe, es de origen español y hace un gran esfuerzo para traerlo y que nuestros clientes puedan disfrutar de él.

—Gracias —le dice Jackson, y ella le devuelve un saludo de lo más pícaro. Vaya, que la tiene en el bote y sin haber hecho nada.

—Que aproveche.

Y lo mira solo a él. Primero nos llama pareja y ahora le hace ojitos. No es que me moleste, la verdad, pero esto me demuestra que lo que lleva intentando desde que entramos es saber si de verdad somos pareja.

Jack y yo nos damos un festín para desayunar. Desde el momento en que probamos la tostada no hemos dicho ni una palabra, solo nos hemos dedicado a comer y a tomar sorbos de café para ayudar a tragar la comida. Cuando terminamos nos da la risa.

—Joder, pues sí que estaba bueno —se lleva la mano a la boca intentando evitar un eructo.

—Ya veo, te ha sentado genial —y tengo que hacer lo mismo que él.

—Por lo que veo, tú no te quedas atrás —suelta una sonora carcajada.

—Pero al menos no tonteo con la camarera.

Me mira muy serio y por un momento creo que he metido la pata. Entonces levanta ligeramente el plato y desliza una servilleta por la mesa, cubriéndola casi por completo con su mano. La tomo con cuidado, como si me hubiera pasado algo de contrabando, y al abrirla encuentro un nombre, Alison, y un número de teléfono.

Abro la boca estupefacta, porque todo ha pasado delante de mis narices y no me he dado ni cuenta. Me quita el papel de las manos con una velocidad pasmosa y se lo guarda en el bolsillo trasero de los pantalones. Miro con disimulo hacia la barra y me quedo helada al ver que la camarera nos mira, bueno, lo mira a él, con una sonrisa de

oreja a oreja.

—No la llamarás, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —se acerca a mí por encima de la mesa— ¿Celosa?

—¡No! —vale, tal vez lo he dicho más alto de lo que debería, así que me dispongo a explicarme—. Es solo que acabas de conocerla y es mayor que tú.

Me mira como si lo hubiera dicho en un idioma que no ha escuchado en su vida. Como si acabaran de salirme dos cabezas más del cuello o se me hubiera cambiado el color del pelo.

—¿De verdad crees que eso podrá evitar que me divierta un poco? —ahora soy yo quien se ruboriza—. Haley, tengo dieciséis años, sí, pero no soy ningún tonto y sé a lo que puedo aspirar y a lo que no. Y si esa camarera, que la verdad sea dicha, está bastante buena, quiere un revolcón, no seré yo quien se lo niegue.

Me echo con disimulo hacia atrás. La verdad, sé de sobra que Jackson ya no es virgen, como tampoco lo son la mayoría de mis compañeros de clase, pero en estos temas, no voy a engañarme, aún estoy un poco verde. No he pasado de los besos, y los más tórridos han sido con Garret y Stiles.

—Vamos, Haley. No tienes que avergonzarte por algo que yo he dicho…

En el momento en que empieza a hablar algo hace que sus palabras no alcancen el centro de comprensión de mi cerebro. En el exterior del local, justo enfrente mío, tras la cristalera, alguien acaba de aparcar una gran moto de color negra con todos los embellecedores en plateado. Pero tampoco es esto lo que me ha desconectado de la conversación. Al quitarse el casco, la mirada del piloto se ha encontrado con la mía y todo a mi alrededor ha desaparecido. Incluso el cristal de la cafetería, porque puedo sentir cómo su olor atraviesa cada poro de mi piel y el corazón empieza a latirme a mil por horas.

—¿Haley, Haley? —una mano roza mi mejilla, vuelvo la vista al frente y me encuentro con Jackson, que me mira extrañado—. ¿A dónde te has ido?

Las palabras no salen de mi boca e instintivamente miro de nuevo afuera, esperando que todo haya sido una ilusión. Pero no, Stiles sigue allí, observándome a través del cristal, mirándome a mí.

Me levanto rápidamente de la mesa y Jack hace lo mismo, sé que también le ha visto, porque no protesta y veo cómo deposita un billete sobre la mesa.

—Vámonos.

No tengo nada más que decirle. Se acerca para volver a agarrarme de la mano, pero esta vez no permito que lo haga, he sido más rápida que él y estoy ya casi en la puerta cuando esta se abre y es Stiles el

que se encuentra frente a mí. Su mirada es rara, dura, como si a él también le doliera verme, pero no tiene por qué sentirse mal, fue él quien me dejó sola en la terraza después del mejor beso de mi vida y se fue a tontear con otra.

—Ey, tío —dice Jack a mi espalda mientras alza el puño para chocarlo con el de Stiles, así es como se saludan los del equipo—. ¿Qué haces aquí?

Cuando va a contestarle, la camarera pasa a toda velocidad por nuestro lado y salta encima de Stiles, que la atrapa al vuelo en el momento en que ella enrosca sus piernas alrededor de su cintura y le planta un beso en todos los morros. Jack y yo nos quedamos con la boca abierta. Aunque no sé si lo que más me sorprende es esto o que Stiles se lo devuelve con un buen apretón de manos sobre su trasero. Incluso me ha parecido escuchar que se le escapaba un gemido.

Jack me mira y agacho la cabeza, para que no note que me acabo de sentir, otra vez, una chica utilizada para un mismo fin por dos chicos, uno del que creía estar enamorada y otro que me ha robado el mejor beso que me han dado en la vida.

Jack me invita a avanzar poniendo su mano en mi espalda, y cuando pasamos junto a Stiles le da un golpe en el hombro y le suelta un *ya nos vemos*al que el otro responde con un gruñido, porque los labios de la camarera aún le cierran la boca.

Salimos del bar y ninguno dice nada. Caminamos en silencio, uno junto al otro. Sé que Jackson no es tonto, que está esperando una respuesta por mi parte, pero maldita sea, no tengo ni idea de qué debería decirle.

Cuando giramos en la esquina de la calle para llegar a nuestro edificio, me detengo y dejo que Jack avance unos pasos. Al darse cuenta de que no sigo a su lado, se da la vuelta para mirarme y sé que ya no podré ocultar más lo que siento por más que baje los ojos al suelo. Él coloca su mano en mi barbilla para alzarme el rostro. Noto cómo pierde la sonrisa, y antes de que pueda decir nada, me toma entre sus brazos y me da un enorme abrazo, de esos que transmiten calor, paz y tranquilidad. De esos que no necesitan palabras y sirven para que termines de romperte y lo eches todo fuera. De esos que un amigo da desde el alma. De esos que solo Jack podría darme.

Me refugio entre sus brazos, en silencio, dejando que mis sollozos sin sonido salgan de lo más hondo de mi cuerpo, para que al fin todo lo que llevo dentro adquiera la forma que realmente tiene: tristeza, por sentirme tan diminuta ante las personas que empiezan a significar más para mí.

Cuando poco a poco me calmo y dejo de llorar sin lágrimas, Jackson se separa de mí y vuelve a levantarme la cara para mirarme directamente a los ojos.

—Sé que he estado ausente unos años, pero eso no significa que no me haya dado cuenta, Haley. Me importas y, ¿sabes qué? Acabo de saber una cosa —cojo aire, esperando que sus palabras me descubran todo lo que siente—. Cuando me propusiste que nos hiciéramos pasar por novios, me sentí súper emocionado. Te juro que creía que estaba perdidamente enamorado de ti, pero después de aquel primer beso no noté esas famosas cosquillas en el estómago —mi expresión ahora es de extrañeza—. No es lo que piensas, coño, Haley, eres guapísima y solo tienes que mirarte al espejo para darte cuenta. Lo que les pasa a muchas chicas es que te tienen envidia porque nunca conseguirán ser como tú, guapa, con un cuerpo increíble sin apenas esfuerzo y lo más importante, la mujer más inteligente que he conocido en la vida.

—Jack, no hace falta que mientas para hacerme sentir mejor.

—No, Haley, no miento, es la verdad, siempre te he visto así, pero esta última semana me he dado cuenta de una cosa, eres muy importante en mi vida como para estropearlo con algo que no nos llevará a ningún lado. Tú tampoco me ves como el chico con el que compartir besos, y menos aún sexo —lo golpeo en el hombro y sus ojos se iluminan al comprobar que acaba de arrancarme una sonrisa —. Lo que quiero decir es que eres mi mejor amiga, más que una hermana, y puedes confiar en mí.

—Gracias…

—Joder, déjame terminar, que ya sabes que no se me dan bien las palabras, soy más de actos —se cubre el brazo donde le he golpeado, temiendo que vuelva a hacerlo—. Solo quiero que sepas que cuando quieras hablar conmigo, contarme cualquier cosa, puedes hacerlo. Y si tengo que darle una paliza a alguno de mis compañeros de equipo, te recuerdo que entrenamos juntos y puedo hacer que parezca un accidente.

Me acerco a él y ahora soy yo la que intenta rodearle el cuerpo con los brazos, pero en vano, porque él se adelanta y vuelve a atraparme entre los suyos, me levanta del suelo y me da un par de vueltas en el aire, que podían haber sido más si no llego a quejarme.

—Dame un poco de tiempo, todo lo que ha pasado desde que volvimos del verano me ha venido grande.

—Todo el que quieras, *sweetie*. Ahora volvamos a nuestras casas, antes de que tus padres se crean que te he secuestrado y empiecen a comprar test de embarazos para cuando vuelvas.

—Creído.

—Sí, pero, aun así, sigo siendo tu mejor amigo.

Me toma de la mano y enlazamos los dedos para volver así a casa, con al menos algo bueno. Jackson está de nuevo a mi lado y sé que esta vez se quedará mucho tiempo.

32



—¿Qué planes tienes para esta tarde?

Acabamos de llegar a la puerta de mi piso. Dentro se escucha música, al parecer mi hermano ya se ha despertado.

—Creo que Sarah se merece que haga también de amiga con ella. —Jack me mira y hace un mohín con la boca— No me mires así, últimamente pasamos muy poco tiempo juntas.

—¿Cómo lo llevas? —Ahora soy yo la que hace un gesto, pues no sé a qué se refiere—. Lo de tu mejor amiga y tu hermano.

Me quedo pensando qué respuesta darle, porque ni siquiera me he planteado qué siento exactamente. Por un lado, estoy contenta de que Sarah haya encontrado a alguien con quien sentirse a gusto, con quien se le ilumine la cara, que no se sienta tan sola cada vez que su padre sale de viaje, lo cual sucede a menudo. Lo mismo me pasa con Max. Me alegro mucho por él, una pareja le puede ayudar a centrarse un poco, a dejar de ser un niñato y esas cosas, pero después pienso en los dos juntos y un escalofrío me recorre la espalda.

Siempre imaginé que Sarah me contaría sus primeras veces, que compartiríamos nuestras experiencias. Ahora no me apetece nada que me diga dónde y cómo se besa con mi hermano, mucho menos pensar que puedan llegar a cosas más íntimas, se me pone la piel de gallina y me entran unas terribles ganas de vomitar.

También esperaba poder chinchar a Max diciéndole que cualquier chica se cansaría de él por calzonazos, pero ¿cómo hacerlo si esa persona es Sarah, con la que he compartido tan buenos momentos y secretos? Definitivamente estoy feliz por ambos, pero hubiera sido más fácil que cada uno hubiera elegido otra persona, creo que esta situación solo conseguirá alejarme de ambos.

—No hace falta que me contestes —Jackson se acerca a mí y me da un beso en la mejilla—, parece que aún ni tienes claro si están de verdad juntos. Avísame si necesitas algo, no creo que vaya a ningún lado este fin de semana.

Lo veo alejarse por el pasillo e introduzco la llave en la puerta. La dejo dentro del cuenco que tenemos en la pequeña mesa del recibidor

y al llegar al salón la escena me obliga a llevarme las manos a la boca para aguantar las carcajadas.

Mi madre baila con mi padre, él lleva una falda de mamá y el pelo engominado en forma de cresta. En el sofá están mi hermano y Sarah poniéndose gomina en las manos. Sarah lo extiende en el pelo de él hasta que consigue que le quede como a mi padre. Encima de una silla, en medio del salón, está Ava con su tutú rosa y una camiseta de lentejuelas que sé que ha sacado de mi armario.

La música suena fuerte, por lo que ninguno se ha dado cuenta de que he llegado. Observo fascinada la escena hasta que Ava, al fin, se percata de mi presencia y da un grito que hace que todos se giren para mirarme y esbozar una amplia sonrisa.

—*Laly*—mi hermana salta de su improvisado escenario y viene corriendo hasta mí.

Me tiende su manita y tira de ella hasta que me coloca en medio de todos. Mi padre y mi hermano se sonrojan cuando los miro de arriba abajo, fijándome en su atuendo. No solo mi padre va vestido con ropa de mi madre. Max lleva una minifalda que sé que pertenece a Sarah. Cuando veo su cara no puedo evitar una carcajada: se ha maquillado, pero no de manera sencilla, para nada. Lleva en los ojos una sombra de color morado que parece que le han dado un par de puñetazos, unos coloretes súper destacados y los labios de un rojo tan intenso que hasta siento envidia de lo carnosos que los tiene.

—No se te ocurra burlarte de mí —levanta un dedo, señalándome, y yo intento aguantar la risa como si fuera lo último que pudiera hacer en esta vida.

—Max está muy guapo —dice mi hermana a mi espalda.

En ese preciso momento me doy cuenta de lo que está pasando. Es un momento en familia y todo es como en los viejos tiempos, cuando pasábamos mucho tiempo juntos. Max deja que Ava haga con él lo que quiera y le dé la gana. Sarah está junto a nosotros, como una más. Automáticamente una sonrisa enorme se dibuja en mi cara, sé que esto es lo que realmente importa. Que todo lo que me pasa fuera de las paredes de mi hogar son experiencias pasajeras que me ayudan a madurar, y que lo que de verdad perdura son estos momentos.

—Yo también quiero sentirme guapa —le digo a Ava, cogiendo la bolsa de maquillaje que está junto a Max y guiñándole un ojo, dispuesta a que me pintarrajee la cara.

Pasamos el resto de la mañana bailando, cantando y jugando a todo lo que se le ocurre a la pequeña de la casa, hasta que mi madre ve la hora que es y le entran los nervios porque aún no tiene preparada la comida.

—Sarah, ¿te quedas a comer? —le dice a mi amiga, que está intentando eliminar los restos de maquillaje de Max.

—Hoy no puedo, mi padre llega esta noche de viaje y quiero estar en casa.

Me fijo en cómo la mira Max y me parece ver que el gesto se le endurece al escuchar hablar de ese hombre que pasa tan poco tiempo con su hija. Sarah ya es como mi hermana. Alguna vez hemos dicho que mis padres son tan míos como suyos. Cuando yo me he quedado en su casa apenas hemos coincidido con el suyo, si estaba, y apenas hemos tenido trato. Él tiene una relación con su hija poco más que cordial, parece que faltara esa chispa que hace que te sientas como en casa.

Max acompaña a Sarah hasta la puerta de casa, para despedirse y, aunque no me gusta ser cotilla, no puedo evitar mirar cómo lo hacen.

Max le da un suave beso en los labios a la vez que le acaricia la mejilla. Mi amiga apoya su cabeza en el hombro de mi hermano y deja que la abrace. Siento que, ahora que están juntos, Sarah el confía a él más cosas de las que me ha confiado a mí en estos últimos años. Y me duele. Porque sé que después de aquella escena en los baños hay algo que no ha terminado de contarme. Al menos, me alegro de que confíe en Max para desahogarse.

Cuando mi amiga está a punto de salir por la puerta, de manera disimulada, voy a buscar a mi hermana y a hacer lo que me ha pedido mi madre: bañarla y quitarle todos los mejunjes de la cara y del resto del cuerpo.



El resto del fin de semana pasa tranquilo. Jackson y yo nos enviamos algunos mensajes, él me dice que ha quedado con varios compañeros de clase para tomar algo en el bar que hay junto al instituto. Una parte de mí me pide ir, pero ahora que hemos dejado claro que no seguiremos con el teatro he de retomar viejas costumbres, así que me quedo en casa leyendo y adelantando tareas de clase.

Le mando otro mensaje a Sarah para preguntarle qué tal le va el domingo. Ella me devuelve la imagen de una cantidad enorme de bolsas de ropa de marca. Eso es lo que siempre pasaba cuando su padre salía de viaje, aunque fuera solo un día, que intentaba suplir con cosas materiales la falta de cariño que daba a su hija. Alguna vez lo intenté hablar con ella y lo único que conseguí fue que estuviera casi una semana sin hablarme, por lo que es un tema que no he vuelto a tocar.

Finalmente llega el lunes y he propuesto a Sarah recogerla en su casa para ir juntas al instituto, pero ella ha insistido en que me

esperará abajo, en mi portal, su padre vuelve a salir de viaje y la dejará de camino al aeropuerto.

Max se ha ido una hora antes, ganar el primer partido de temporada solo ha servido para que el entrenador les exija más y van a ampliar los entrenamientos. Esta mañana Jack pasó por casa y se han marchado juntos, de esa manera mi padre ha podido llevar a mi hermana a la guardería antes de entrar a trabajar, algo que a ella le encanta.

El telefonillo suena anunciando que mi amiga ha llegado ya, por lo que cojo mi bolso y lo que me va a hacer falta para el día de hoy. He decidido no ponerme el uniforme de animadora, voy a anunciarles que, como dije desde un principio, después del partido seguiré con mi vida. Pero por alguna razón lo he metido en el fondo de mi bolso, tengo la sensación de que me va a ser más difícil dejarlo de lo que creía.

Aviso al conserje del edificio de que Sarah va a acceder al garaje, así saldremos directamente desde allí y no tendré que rodear el edificio para recogerla en el portal.

Al llegar al aparcamiento, la veo apoyada en mi coche y desde lejos veo cómo se toca la cara y sonríe. Disimulo, porque, aunque no se ha percatado, yo acabo de ver cómo se apartaba unas lágrimas. Además, tiene los ojos rojos. No le digo nada. Aprendí que es mejor dejar que sea ella quien hable de lo que siente cuando consiga ordenar sus pensamientos.

Hacemos el trayecto prácticamente en silencio, salvo por la música que suena de fondo. Anoche grabé un cedé de música para escuchar en el pequeño trayecto que tengo que recorrer cada día en mi coche. Sarah mira todo el tiempo a través del cristal de su ventana, en un par de ocasiones me ha parecido que intentaba girarse hacia mí para decirme algo. Lleva las manos entrelazadas sobre su regazo. Se las frota en varias ocasiones, apostaría a que le sudan, siempre le pasa cuando se pone nerviosa.

Al llegar al instituto aparco junto al coche de Jackson, no sé de quién era esta plaza antes, pero desde que tengo mi *pick up*siempre está vacía.

Apago el motor y cuando me voy a girar hacia Sarah para, aunque no quiera decírmelo, intentar averiguar qué le pasa, ella ya se ha bajado del coche y camina a paso rápido hacia el instituto. Cojo mis cosas dispuesta a seguirla, y antes de llegar a su lado me doy cuenta de que no está sola. Hay varias animadoras junto a ella, y la que me dedica una sonrisa que me encantaría borrar de su cara es Eliza, que entrelaza su brazo con el de mi amiga. Sarah agacha la cabeza y deja que Eliza tire de ella hacia el interior.

—Todas al gimnasio —grita la capitana cuando ya ha avanzado

varios pasos.

Sé que debería haber hablado con Sarah sobre la decisión que he tomado este fin de semana, pero me preocupaba tanto molestarla que no lo hice, y ahora se va a llevar una gran sorpresa. Bueno, al fin y al cabo, dejé claro desde el principio que una vez pasado el partido guardaría el uniforme en lo más hondo del armario.

Me quedo rezagada en el grupo viendo cómo va aumentando conforme llegamos al gimnasio. Sarah ha cambiado de actitud de una manera sorprendente. La chica sumida en sus pensamientos es ahora un saco de risas junto a Eliza. Incluso me paro a pensar que tal vez ya no me ve como su mejor amiga, por haber hecho algo que no debería.

Una vez dentro del gimnasio, Eliza nos informa de que tenemos permiso para faltar a la siguiente clase, ya que debemos reunirnos con urgencia.

—Chicas, hagamos un coro, necesito que todas escuchéis lo que tengo que decir —ella se coloca en el centro, junto a Sarah y sus dos perritas falderas—. Como algunas sabéis, mi recuperación tras la lesión va a durar más de lo que esperaba, para mi desgracia y la vuestra —su egocentrismo siempre por delante—, así que tendré que seguir los ensayos desde fuera. Pero eso no impedirá que siga siendo vuestra capitana y diciendo la última palabra en todo. Si he pedido que nos permitieran reunirnos, es porque debo comunicaros algo importante.

Un murmullo empieza a elevarse a mi alrededor y me da la sensación de que muchas saben más que yo de lo que está pasando en este momento. La cara de Sarah se ilumina, dejándome claro que ella ya conoce la noticia. Todas están expectantes por lo que su capitana va a anunciar. Yo me mantengo al margen, este asunto ya ni me va ni me viene, en cuanto Eliza suelte su bombazo yo soltaré mi uniforme en la grada y saldré de aquí como si nunca hubiera pertenecido al grupo.

—Voy a necesitar a alguien que sea mi batuta cuando yo no pueda intervenir directamente —continua Eliza—. Sé que para muchas no será una sorpresa, aunque otras —me mira directamente con una sonrisa triunfal en la cara— pensarán que hay cierto favoritismo en mi decisión. Pero me da igual, la verdad, creo que ha quedado claro que soy quien toma aquí las decisiones, y no voy a darle muchas más vueltas.

Veo cara de disgusto en varias animadoras, que comentan entre ellas, pero Eliza se encarga de callarlas golpeando varias veces su muleta contra el suelo y que todas vuelven a prestarle atención.

—Antes de anunciaros quién será la animadora que tomará el mando desde dentro, tengo que daros otra noticia más —esto se va a convertir en rebelión en la granja con tanta tontería, las animadoras

empiezan a desesperarse y se nota porque ya no cuchichean, dan sus opiniones en voz alta—. Tranquilas, chicas, que sé que esto os va a gustar —poco a poco, se vuelve a hacer el silencio y el círculo que hemos formado se cierra cada vez más—. He apuntado al equipo al campeonato de animadoras de institutos de la ciudad, por lo que…

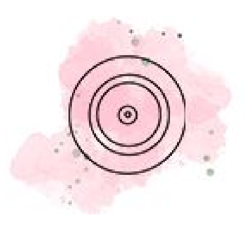
Ahora sí, el sonido de las animadoras silencia la voz de Eliza. Ella intenta poner orden, pero ninguna presta atención al molesto sonido de su muleta mezclado con esa voz tan desagradable que tiene. Aunque a veces pienso si no seré yo la única a la que le parece molesta.

—¡SILENCIO! —la voz de Sarah se eleva por encima de todas e inmediatamente se hace el silencio. La cara de Eliza muestra una enorme sonrisa.

—Estupendo, acabáis de demostrarme que he tomado la mejor decisión —mira hacia mi amiga, le pone una mano sobre el hombro y antes de que me dé tiempo a averiguar lo que está pasando…—. Sarah será quien me ayude en la capitanía hasta que la lesión me permita volver al equipo, por lo que espero que la respetéis como hacéis conmigo. Nos vemos en el entrenamiento esta tarde.

Me quedo con la boca abierta, literalmente. No es que no lo esperara, es que en mi vida me imaginaba que algo así pudiera ocurrir…

33



Doy varios pasos hacia atrás hasta que me separo de grupo y veo cómo todas jalean y abrazan a Sarah, contentas por la decisión de Eliza. Intento que en algún momento la mirada de Sarah se cruce con la mía, pero parece inútil. Yo venía con la idea clara de dejar el equipo, y no la he cambiado, pero ahora sé que mi amiga se lo tomará como una traición. Como si la abandonara, aunque nada más lejos de la realidad. Soy yo la que empieza a sentirse cada vez más sola, más aislada y sin nadie en quien confiar.

Sarah está dejando de formar parte de mi vida, se va alejando de mí. Debía de saber de sobra lo que iba a pasar hoy, ahora empiezo a atar cabos y a explicarme su actitud en el coche y ese silencio. Tomo aire y, aunque no va a prestarme atención, decido decirle lo que he ensayado esta noche hasta conseguir dormirme.

—Dejo el equipo —el ruido de las felicitaciones continúa envolviendo el ambiente, pero Sarah levanta la vista y, ahora sí, se fija en mí.

No dice nada, me parece incluso ver tristeza en su mirada. No logro identificar nada más, porque Eliza se pone en medio y con la sonrisa más amplia que puede, enseñando sus dientes blancos, señala al fondo del gimnasio. Giro la cabeza y me doy cuenta de que me está indicando dónde está la salida.

—Haley… —la voz de Sarah llega amortiguada hasta mí, entre los gritos de las demás, pero no escucho nada más.

Camino cabizbaja, tal vez esperaba que alguien me preguntara por qué, que me pidieran alguna explicación, que quisieran conocer el motivo por el que las abandono, pero mis sospechas son claras, no le importo a ninguna de ellas y una solitaria lágrima escapa de mis ojos, recorre mi mejilla y cae en mi camiseta. Me paso la mano por la cara y respiro profundamente para evitar que ninguna más haga acto de presencia. No quiero que descubran la debilidad que me inunda en estos momentos, no quiero que vean que me duele tener que dejarlas. En el fondo de mi ser hubiera querido formar parte de este equipo, tal

vez, solo tal vez, hubiera hecho alguna amiga más, pero es inútil, solo he conseguido perder la que me quedaba.

—Acuérdate de devolver el uniforme, ya no te pertenece —Eliza me grita cuando ya estoy prácticamente fuera.

Me giro para enfrentarla y descubro que mi amiga está junto a ella, ayudándola a mantenerse en pie mientras se apoya sobre la muleta. Sarah va a decir algo, pero a una mirada de Eliza cierra la boca y solo sigue mirándome. Recuerdo que aún llevo la mochila al hombro y que esta mañana eché dentro el uniforme. Lo saco lo más rápidamente que puedo y, como si me quemara entre los dedos, lo lanzo no muy lejos. Es poca ropa, si pensaba que podría llegar hasta los pies de las dos personas que me miran en estos momentos, lo llevaba claro.

No dicen nada más y yo no quiero acabar montando un escándalo que lo único que me traerá son nuevos problemas, por lo que dejo que mis pies me lleven fuera de allí. Cuando noto que al fin la puerta se ha cerrado detrás mío y el sonido ya no traspasa las paredes, corro, corro sin importarme las personas que hay en el pasillo. Me da igual que sea un profesor y acabe amonestándome por infringir una de las normas, me da igual que me tomen por loca, lo único que quiero es salir y perderme en el único rincón donde siempre encuentro algo de calma.

Paso junto a mi coche, dejo la maleta en el asiento trasero y continúo mi camino como si el GPS de mi cuerpo se hubiera puesto en funcionamiento para ayudarme a escapar de todo lo que ha ocurrido en tan poco tiempo.



Llevo sentada bajo el árbol no sé cuánto tiempo, no sé si han pasado minutos, horas o el día entero. He visto pasar a hombres trajeados que van a tomar un café entre reunión y reunión. A madres paseando sus carritos de bebés. Personas que sacan a correr a sus perros para que no les destrocen sus casas con tanta energía. Mientras, yo he dejado que el tiempo pase, solo abrazada a mis piernas, sin importarme realmente nada de lo que me rodea.

Decido al fin mirar mi teléfono y saber cuántas clases me he saltado y me sorprende que tan solo hayan sido dos. «No soy una cobarde», me repito una y otra vez mientras me pongo de pie y me doy cuenta de que tengo el cuerpo algo entumecido. Seguramente el césped estaba húmedo y ni siquiera he sentido el frío traspasando mi ropa.

—¿Ya has decidido volver a clase? —giro hacia esa voz y veo a Stiles, sentado en un banco a pocos metros de mí y mirándome fijamente.

Decido ignorarlo, no tengo ni idea de lo que hace aquí ni de cuánto tiempo lleva observándome.

—Es de mala educación no contestar cuando se te habla.

Ahora lo escucho justo detrás de mí y noto cómo la adrenalina empieza a correr por mi sangre llenándome de una fuerza que hará que pague con él toda la frustración que llevo dentro. Pero qué cojones, se lo merece también, después de lo que pasó el otro día no he podido dejar de pensar en lo que hicimos, en el beso que me dio, en lo que sentí cuando sus manos recorrieron mi cuerpo ni en cómo su pelo corto se deslizaba entre mis dedos, pero de la misma manera odio la manera en la que me trató, las promesas que escondían sus besos y cómo no le importó romperlas al siguiente segundo. Me giro para enfrentarme a él.

Mierda. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente guapo y estar tan bueno? En el momento en que mis ojos se cruzan con el intenso azul de los suyos el calor empieza a subir hasta mi cuello y la boca se me seca. Las palabras que pensaba dedicarle se quedan atascadas en mi garganta y una sonrisa se dibuja en su rostro. Juraría que sabe lo que me está pasando ahora mismo, porque da varios pasos más hasta que quedamos casi pegados el uno al otro y su cálida respiración choca con mi cara.

Aprieto las manos hasta clavarme las uñas en las palmas, intentando que el dolor que siento me despierte y me haga ver que la persona que tengo delante es solo un tío más que intenta aprovecharse de la situación. Porque este maldito idiota sabe lo que despierta en mí, seguramente a todas les pase lo mismo.

Noto cómo su mano roza la mía, me obliga a abrirla y entrelaza los dedos con mis dedos. Miro hacia abajo, sin creer lo que está pasando, le estoy dejando que me toque de nuevo.

Levanta la mano llevándose la mía con ella, la acerca a su boca y me besa el dorso. Si antes el calor era generalizado en mi cuerpo, ahora noto cómo recorre mis dedos, baja por el brazo, llega hasta mi hombro y se esparce hacia todos lados, calentándome como nunca había imaginado. Se cuela en mi pecho y hace que mi corazón bombee la sangre más rápido, y esa sensación empieza a ser cada vez más intensa, se instala en mi estómago, despierta las malditas mariposas que escondo y alcanza zonas de mi cuerpo que nunca creí que pudieran arder de esa manera.

Me siento vulnerable frente a Stiles. Pero lo que más me molesta es que cuando levanto la mirada hacia su rostro él sabe lo que me está pasando. Siento su placer al haber conseguido tantas cosas de mí solo con un beso. El calor hace que mis mejillas se ruboricen y estoy segura de que en estos momentos un intenso rojo las tiñe.

Acerca su rostro al mío, su aliento contra mi oreja, y estoy segura

de que acaba de rozar mi lóbulo con los labios, ha conseguido que la piel se me erice y que deje de pensar en lo que está pasando.

—No tienes por qué avergonzarte de lo que sientes.

Se pega aún más a mí y noto que está tan excitado como yo. Sin ser una experta, sé distinguir cuándo a un chico se le ha puesto dura, tengo un hermano un año menor que yo con las hormonas revolucionadas y estoy segura de que lo que siento junto a mi cadera no es su cartera.

—Soy un idiota por resistirme a ti, pero de verdad, Haley, no sé cómo lo haces.

Intento separarme. Solo me permite dar un paso hacia atrás. Recuerdo entonces lo que me he estado repitiendo hace un momento: «No eres una cobarde»

—No sé a qué demonios juegas ni lo que quieres, pero no puedes venir aquí cada vez que te salga de las pelotas y hacer que mi mundo se ponga patas arribas por un maldito calentón.

Una suave carcajada escapa de su boca, y eso me crispa más y me llena de valor para seguir reprochándole todo, aunque a él no le termine de pertenecer esta bronca.

—Llegas a este maldito instituto creyéndote el rey. Este iba a ser mi jodido año —golpeo con un dedo su musculado pecho—. Yo iba a seguir pasando inadvertida, pero el puto karma ha decidido que esos planes no eran para mí y tú eres el principal culpable.

Tomo aire y él me observa serio, como si hubiera dicho algo que le haya iluminado. Como si de repente le hubiera descubierto la puta teoría de cuerdas o explicado dónde se encuentra el abismo en el que se acaba el universo.

—¿Tan mal lo he hecho?

Su voz suena seca, parece que las palabras hubieran salido sin permiso de su boca, que no las hubiera querido pronunciar. Su rostro se vuelve tenso, aprieta la mandíbula, incluso creo escuchar cómo rechinan sus dientes. Y entonces lo veo. Joder si lo veo. Él también está en un sitio donde no quiere estar. Me quedo perdida en su mirada y es como si me encontrara frente a un espejo, y duele.

No puedo evitar levantar la mano que acaba de soltarme, si no fuera porque la he notado fría ni siquiera me hubiera dado cuenta de que ya no seguíamos unidos. La acerco a su rostro y le acaricio la mejilla. No sé si es un acto reflejo o qué, pero él gira su cuello como si quisiera que mi caricia nunca acabara.

Doy el mismo paso que antes, pero esta vez para volver a notar el calor de su cuerpo contra el mío. Porque de alguna manera necesito tenerlo cerca, y sé que a él le pasa lo mismo. Nuestras miradas continúan enlazadas, intuyo una chispa de felicidad encendiendo sus ojos cuando siente que, poco a poco, acerco mi rostro al suyo hasta

ponerme de puntillas y rozar sus labios.

Justo cuando eso pasa pierdo el control de la situación, ya que él se apodera de ella al completo. Se pega completamente a mí y sus labios atrapan los míos. Las manos se anclan en mis caderas, como si tuviera miedo de que me fuera a separar de nuevo, pero ahora es lo que menos deseo y necesito. Quiero que clave sus dedos en mi piel, que me traspase, que me encierre en su cuerpo y no me deje salir. No sé qué demonios me está pasando, pero cuando nuestras bocas se unen es como si el mundo alrededor se parara, dejara de existir.

El beso se vuelve más exigente y su lengua roza mis labios invitándome a abrirlos y dejar que se cuele en mi interior. Al sentir el calor de su lengua controlando los movimientos de la mía es las piernas me tiemblan y pierdo el control de mi cuerpo. Parece que él lo nota, porque aprieta más las manos contra mis caderas y me ayuda a dar un pequeño salto para que pueda enroscar las piernas a su cuerpo. Si antes notaba su excitación, ahora la rozo con la parte más íntima de mi cuerpo. Y si pensaba que aquel beso en la azotea del instituto había sido el mejor de mi vida, estaba muy equivocada, porque este le supera con creces, y sé que si hubiera más cada uno sería mejor que el anterior.

Las protestas de una mujer que pasa a nuestro lado hacen que nos separemos y Stiles me vuelve a depositar en el suelo, pero no se separa de mí, no retira sus manos de mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? —dice cuando consigue recuperar el ritmo de su respiración.

—No lo sé —respondo avergonzada, por lo que acaba de pasar y al darme cuenta de lo que mi cuerpo pedía.

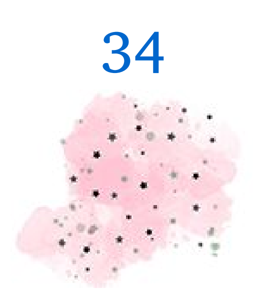
Y es que, de verdad, no sé qué me ha ocurrido, me he dejado llevar por las sensaciones que despertaban en mi cuerpo. Juro que si Stiles hubiera querido hacerme suya en esos momentos no me hubiera negado.

—Volvamos al instituto, no sería bueno que mi padre empezara a recibir notificaciones de que no asisto a clase.

Sin soltarme, se agacha y recoge su mochila del suelo, se la cuelga en el hombro, desliza una mano por mi espalda y me ayuda a caminar por el parque hasta abandonarlo. Y tomamos el camino más corto al sitio del que pocas horas antes he huido.



34



Sarah

—Ni se te ocurra ir detrás de ella —la voz chillona de Eliza me taladra cuando intento salir tras Haley y pedirle disculpas por todo lo que está pasando—. Si lo haces, acabarás mal y yo me encargaré personalmente de que eso ocurra.

Se da la vuelta, sin permitirme rebatir sus palabras, pero tiene toda la razón del mundo. Ahora mismo puede hacer conmigo lo que le dé la gana. Me tiene atrapada entre sus garras y yo solo soy una marioneta para ella, para conseguir lo que quiera, para hacer daño por pura diversión.

Se aproxima al resto de animadoras para despedirse de ellas y les pide que volvamos a encontrarnos en el mismo sitio más tarde, a la hora de gimnasia, para empezar con las nuevas rutinas. Queda muy poco para el maldito campeonato. Al girarse de nuevo hacia mí, me hace un gesto con la mano para que la siga. Camina a trompicones con su maldita muleta, he llegado a pensar que ni la necesita, y se sienta en las gradas. Hay varios estudiantes allí y no sé cómo los habrá mirado o si les habrá dicho algo, el caso es que en el momento en el que ella se sienta todos recogen sus cosas y desaparecen. No son los únicos, el gimnasio se acaba quedando vacío, envuelto en un extraño silencio. Es el poder que ella tiene y lo sabe usar muy bien. Es el poder que le hemos permitido conseguir y que hemos alimentado por la familia que tiene detrás. La familia, maldita palabra que ha cobrado un nuevo significado para mí.

Me acerco y me quedo de pie ante ella, con la cabeza baja, esperando que empiece con su discurso y sus nuevas amenazas.

—Si no quieres ser el hazmerreír del instituto tienes que saber identificar tus prioridades —comienza—, y yo me he convertido en la tuya. No tienes nada, Sarah, ni siquiera un apellido al que acogerte. ¿Quién querrá arrimarse a ti cuando sepan que eres una niña a la que no han querido ni su padre biológico ni el que la crio por miedo a perder a su madre?

Sus palabras hacen daño. Mucho. Ella sigue con su discurso, sabiendo cuánto me afectan.

El último verano mi padre llego tan borracho de uno de sus viajes que era incapaz de mantenerse en pie. Desde que mi madre falleció hace tres años su relación conmigo ya no es la misma, él se ha esforzado en demostrarme su supuesto cariño colmándome de regalos, pero nunca con las palabras de amor con que me hablaba cuando mi madre todavía estaba con nosotros.

Entró por la puerta con las mejillas rojas, los ojos vidriosos y una botella en la mano. Corrí hasta él para que se apoyara en mí y poder acompañarlo hasta el sofá y que pudiera descansar. No era la primera vez que me lo encontraba así, pero ahora era diferente, su mirada me lo dijo. Al estar a su lado e intentar que pasara una mano por mis hombros lo vi, sus ojos mostraban furia y a la vez asco. Cuando fui a agarrar su mano, me la apartó y empezó a tambalearse por el salón, diciendo palabras sin sentido y tirando todo lo que encontraba a su paso. Hasta que llegó a una foto de mi madre que reposaba en una de las estanterías. Dejó caer su cuerpo contra el suelo, se golpeó duramente en la caída y las lágrimas empezaron a rodar por su rostro. Me acerqué a él con miedo, nunca lo había visto perder los papeles de esa manera.

—Papá…

—No me llames así, yo no soy tu padre —se giró para poder mirarme de frente—. Yo amaba a tu madre, joder, todavía la amo y si sigues a mi lado es por ella y por nadie más.

Las palabras me golpearon con fuerza, no entendí lo que decía, aunque él pretendía que todo quedara claro de una vez, no dejarse nada en el tintero. En ese momento pensé que esa frase de que los borrachos siempre dicen la verdad era totalmente cierta.

Dentro de lo que la cordura de su borrachera le permitía, me lo contó, me lo dijo. Tal vez podría haber vivido con ello, haberlo dejado enterrado en mi corazón y llorar por las noches, pero a él no le pareció suficiente, no. Acabó cogiendo el teléfono y llamando a esa persona que consiguió que mi madre le fuera infiel. Se enzarzaron en una discusión telefónica y luego él se encerró en la habitación, dejándome desolada y sin saber qué pasaría a partir de entonces.

Al cabo de media hora, cuando conseguí levantarme del suelo y empezar a recoger todo lo que mi padre había tirado y roto, el timbre de la puerta de casa sonó y abrí. Me encontré a una sonriente Eliza. Nunca había estado en casa, nuestros cruces de palabras fueron siempre los justos y necesarios para hablar de los entrenamientos de las animadoras. Ella venía con las ideas claras, tan claras como ahora.

—Mi padre tiene mucho poder —continúa mientras yo sigo perdida en mi recuerdo—. Si quisiera ya no vivirías con el tuyo, hubieras

acabado en un centro para chicas donde solo verías la luz del sol en los pocos minutos que saldrías al patio.

—No… no he hecho nada —balbuceo.

—A eso podemos ponerle remedio. Ya estoy cansada de esa mosquita muerta de Haley y quiero que le hagas la vida imposible —abro los ojos de par en par—. No debería de sorprenderte. Sé lo que hizo en aquella discoteca donde celebrasteis su cumpleaños. Garret me lo cuenta todo, ¿quién te crees que estuvo contestando sus mensajes durante todo el verano? Pero parece que se ha encaprichado de ella y eso no me da la gana. Él es mío, durante los meses que nos separamos puede hacer lo que le dé la gana, pero cuando volvemos aquí es solo mío.

—Ella… ella no quiere nada con él.

—Bueno, eso ya no me importa, tengo claro lo que quiero que hagas. Esa niña nunca ha sufrido las novatadas y ya va siendo hora de que aprenda. Primero Garret, después Jackson, ¿Quién será el próximo? Me lo está poniendo muy fácil y sé lo que tengo que hacer.

Tomo aire, intentando buscar cualquier excusa para poder librarme de todo esto, de sus caprichos, pero no sé cómo hacerlo. Haley es mi mejor amiga y no puedo contarle nada de lo que me pasa, no por falta de confianza sino porque no voy a contarle más de mis mierdas. Siempre ha estado ahí, desde que mi madre murió y mi padre decidió que era más fácil pasar todo el día fuera, alejado de mí. Ya es tarde para contarle nada, tenía que haberlo hecho el mismo día que me enteré en vez de permitir que Eliza se saliera con la suya, pero ya no es posible. Solo puedo intentar que lo que vaya a pasarle no sea demasiado para ella.

—Vamos, hermanita —escucharla decir esa palabra hace que se me revuelva el estómago—. La familia está para apoyarse unos a otros.

Cuando le parece que ya es suficiente y que finalmente haré lo que me pide, se levanta y, apoyada en su muleta, abandona el gimnasio. Salgo tras ella, busco por los pasillos a mi amiga, no sé si habrá alguna manera de advertirle de todo lo que está por llegar, sé que mi forma de tratarla últimamente no ha sido la más correcta, pero Eliza consigue siempre lo que quiere y me siento fatal por tener que bailarle el agua de esta manera.

Tras el timbre de la siguiente clase me dirijo al aula esperando encontrar a Haley dentro, pero el pupitre que suele ocupar está vacío, observo la puerta deseando verla entrar, pero eso no ocurre. Desde pequeñas hemos tenido una especial conexión, nos lo hemos dicho todo con la mirada.

La clase termina y yo no me he enterado de nada. Me quedo sentada, esperando a la próxima, y nuevamente no aparece. Antes de que el profesor me eche de menos también a mí salgo sin ser vista y

busco su camioneta. La veo en el mismo sitio en el que la dejó esta mañana, su mochila descansa en los asientos traseros.

—No estarás pensando en hablar con ella —Garret se coloca a mi espalda y me pone la mano en el hombro—. Creo que Eliza es demasiado indulgente contigo. Vamos a dejar las cosas claras. Tú le haces la vida imposible a ella, Eliza se queda contenta y yo me encargo de recoger sus migajas cuando me apetezca o si no…

—O si no, qué —su forma de hablarme me cabrea y por alguna razón me altero aun sabiendo que no voy a sacar nada bueno.

—O si no será tu novio el que sufra las consecuencias. Recuerda, ahora eres capitana en funciones y estás saliendo con uno de los chicos del equipo, la suerte te sonríe, no dejes que eso cambie.

Se da la vuelta mientras tiemblo por su amenaza. Aunque no haya dicho nada claro, sé que es capaz de muchas cosas. Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas, rezo porque algún día Haley sepa perdonarme y yo sea capaz de reunir el valor suficiente para salir de toda esta mierda.

35



Recorremos el camino en silencio, uno al lado del otro, sin comentar lo que acaba de pasar entre los dos y aún con la pregunta de qué va a pasar ahora, después de este beso y de lo que parece que se ha despertado entre nosotros, porque espero de verdad que él lo haya sentido también; si no, acabo de cometer la estupidez más grande del mundo.

Justo cuando estamos llegando al aparcamiento del instituto me doy cuenta de que Stiles se ha detenido unos pasos detrás de mí. Me giro para saber lo que le pasa y la expresión de su cara es tan inexplicable que solo puedo mirar en la dirección en que él lo hace. En el lateral del instituto que da a las zonas deportivas están mi hermano, Jack, Garret y algunos chicos más del equipo de baloncesto. Ninguno nos ha visto, están dándose golpes, como buenos machitos que pretenden demostrar su fuerza delante de un grupo de chicas que pasan a su lado. Observo que Stiles ha descolgado mi mochila de su hombro y tiene la mirada fija el suelo, como si temiera que esta vez sí descubriera lo que dicen sus ojos. Da los pasos que nos separan, deja la bolsa a mis pies y me roza los dedos de las manos. Creo que los va a entrelazar con los míos, pero en vez de eso sigue caminando, y yo me quedo ahí, con cara de gilipollas, sin saber qué narices le pasa. Cuando la distancia entre los dos ya es algo considerable se gira, yo no me he atrevido a andar detrás de él, tengo la impresión de que las suelas de mis zapatos acaban de solidificarse contra el asfalto. Me mira, esta vez siento que intenta pedirme disculpas por marcharse sin darme ninguna explicación.

Se une al juego absurdo de sus compañeros, y en ese justo momento consigo reaccionar, recojo mi maleta del suelo y me la cuelgo al hombro decidida a no pensar en lo que acaba de ocurrir ni en dejar que Stiles me vuelva a besar, no sé cómo mierda he dejado que lo haga una segunda vez, no sé cómo cojones he sido tan estúpida al pensar que él podía calmar los nervios que se me habían instalado en el estómago después de la escena con las animadoras.

Miro el enorme reloj que corona la entrada del instituto. He

perdido muchas más clases de las que pretendía, estamos a solo un par de minutos de que la campana anuncie la hora del almuerzo. Por eso los chicos del equipo ya estaban fuera. Esa maldita ventaja de la popularidad es un asco para los que queremos pasar desapercibidos en el instituto. Las clases sociales nos marcarán de por vida haciéndonos más fuertes o convirtiéndonos en unos simples urbanitas que caminarán por la ciudad intentando encontrar un sitio, sin tener claro si es al que realmente corresponden.

Divagando, como hago siempre que las cosas no salen como espero, camino hasta mi taquilla para dejar mis cosas. La campana ha sonado y los compañeros, por llamarlos de alguna manera, han pasado por mi lado golpeándome con sus hombros, sin pararse a pensar que las personas necesitamos un pequeño espacio vital que no debería ser invadido por nadie.

Al girar la ruleta del candado que abre la taquilla, noto algo pegajoso en mis dedos y al momento tengo una sensación de *déjà vù,*esto ya lo he vivido antes, unos años atrás, cuando empecé en el instituto. Esta vez es un asqueroso chicle de color rosa el que pringa todo el candado. Pero la broma no acaba ahí, porque por las rejillas chorrea algo líquido. Ya tengo las manos manchadas, así que como puedo retiro el chicle y me apresuro a abrir el pequeño espacio privado que tengo en este instituto que me consume día a día.

Unas risas suenan a mi espalda, no quiero girarme, no quiero pagar con nadie la ira que ahora mismo me recorre el cuerpo entero, porque puede que me equivoque y mis gritos se los lleve quien menos lo merece.

Miro horrorizada el interior de mi taquilla y el líquido verdoso, cuyo intenso olor reconozco al instante. Ha manchado casi todo lo que hay dentro, tengo que agradecer que esta mañana me hayan salido mal las cosas, porque si no mi mochila también estaría ahí ahora y entonces habría sido más jodido. Saco de ella una bolsa de plástico y meto lo que se ha manchado, cuando acaben las malditas clases de este lunes podré llevarlas a casa y lamerme las heridas.

Arrojo a una papelera lo que no se puede salvar mientras el cabreo empieza a dominarme, porque las risas continúan detrás de mí y las lágrimas pujan por salir de mis ojos. Decido irme al comedor y esconderme en una de las esquinas, donde nadie me vea y pueda preguntarme qué es lo que me pasa.

He cogido un sándwich y un refresco de la máquina dispensadora, no me apetece nada ponerme en la cola con el resto de los alumnos a esperar que rellenen mi bandeja. Le he quitado la corteza al pan y ahora miro a mi alrededor, vuelvo a sentirme esa persona insignificante que empezó el instituto unos años atrás, pero con una gran diferencia: aquel día Sarah se sentó a mi lado y me dijo lo

ridícula que le parecía mi manía de deshacer el pan antes de comérmelo. Desde entonces he dejado de hacerlo, pero por alguna extraña razón ahora mismo lo estoy desmigando como entonces. Tal vez las personas acabamos siendo los restos de nosotros mismos que intentamos borrar, al darnos cuenta de que cambiar es prácticamente imposible.

Abro la mochila y saco del fondo un estuche negro que debería usar a menudo, pero no lo he hecho por miedo a que se rieran de mí. Creo que solo un par de personas, tres si incluimos a mi hermano, me han visto con las gafas de pasta que estoy a punto de ponerme. Me siento como Clark Kent, ocultándome tras unas gafas, a ver si consigo pasar desapercibida en este mar de tiburones. La gran diferencia es que he pasado de ser alguien pseudopopular, miembro del equipo de animadoras, a esconderme en un rincón del instituto.

El comedor está repleto, como cada día. Las mesas parecen asignadas: una para los del club de ciencia, otra para las animadoras. En esa llevaba sentándome un par de semanas y ahora la veo como si tuviera el cartel de material radiactivo. Lo que más me duele es ver a Sarah allí, hasta ahora no se sentaba con las animadoras, pese a pertenecer al equipo. Nuestras miradas se encuentran, le dedico una sonrisa y cuando creo que me la va a devolver se vuelve a girar hacia una de las chicas y me ignora. Me duele que las cosas hayan acabado así. Pienso que sus comentarios de aquel día en el baño los dijo tan de verdad como que la ruptura de nuestra amistad es ya irreparable. A veces me pregunto si buscaba que fuéramos amigas simplemente para estar más cerca de Max y conseguir la relación que ahora mantienen. Soy un puto clínex para la que he considerado mi mejor amiga estos últimos años, me siento usada y desechada.

Noto cómo varios ojos me miran, sé que están cuchicheando sobre mí, cada vez que escucho una risa y busco a quien pertenece me encuentro a alguien mirándome. Hoy ya me es imposible aguantarlo, así que me levanto arrastrando la silla hacia atrás y haciendo más ruido del que pretendía, si alguien no había reparado todavía en mí, acabo de remediarlo.

Salgo a toda velocidad del comedor con la única idea de largarme y esperar que el resto del día mejore, o al menos que no me depare ninguna sorpresa que lo convierta en el peor de mi vida.

Nada más salir al pasillo las lágrimas empiezan a recorrer mi rostro. Ya no puedo aguantarlo más. Lloro sin que nada lo impida, hasta que mi visión se hace borrosa y los cristales de mis gafas se empañan.

Quiero llegar a mi coche e irme a casa con la excusa de que no me encuentro bien, que mis padres me pregunten lo justo y volver en un par de días con una justificación firmada por ellos, pero sin saber por

qué he corrido en la dirección contraria, adentrándome en el instituto. Parece que hoy es el día de los *flashbacks,*porque me encuentro en la primera aula que pisé cuando llegué a este lugar. No ha cambiado mucho. Paso la mano por mis ojos intentando eliminar las lágrimas que no han querido detenerse.

En esta parte del centro, aunque parezca mentira, el ambiente es más silencioso y se agradece, sobre todo porque es donde más ruido debería haber. Pero no se puede llamar ruido a la música. En la clase de música está todo pulcramente ordenado: al fondo, un piano de tres cuartos de cola de color caoba, una batería completa; más a la derecha, algunas guitarras, bajos, instrumentos de cuerda más y de viento, formando un círculo junto al piano. Dejo caer las manos a mis lados, no me había dado cuenta de que desde que entré en el aula me he estado abrazando a mí misma, apretando las manos hasta que mis nudillos han quedado blancos y clavándome las uñas en las palmas.

Ando despacio hasta llegar al piano y paso la mano por su magnífica estructura. Empecé a dar clases de piano con tan solo tres años y mis padres estaban seguros de que elegiría música cuando empezara el instituto, pero me decanté por la ciencia. Aun así, cada vez que tengo un instrumento tan impresionante cerca mi corazón palpita al ritmo de las notas de alguna canción. Lo rodeo hasta llegar a su parte frontal, compruebo que la tapa que debe ocultar las ochenta y ocho poderosas teclas está levantada, inconscientemente paso mi mano por ellas, arrastro los dedos por cada una ejerciendo la mínima presión, pero el sonido leve de alguna nota se escapa, y entonces me acomodo en el taburete.

Tomo aire, cierro los ojos e intento que todo lo malo de este día vuele, y cuando lo siento ya muy lejos dejo ambas manos sobre el teclado. Todos están en el comedor, nadie se va a dar cuenta de que estoy aquí, me digo mientras compruebo que aún se cómo he de colocar los dedos sobre este blanco y negro que me trae tantos recuerdos. La melodía de *Don't wanna know*de Maroon 5 empieza a llenar la clase, dejo que las notas resuenen en mi cabeza y me concentro en la letra, las palabras comienzan a subir por mi garganta, escapan de mis labios… Cierro los ojos, desconecto del mundo, poco a poco empiezo a sentirme esa chica que creía que podría comérselo. Siento que puedo olvidarme de todo lo malo, de mi taquilla saboteada, de las risas, de Stiles, de las animadoras, de este fatídico día que va a mejorar si yo me lo propongo.

Me parece oír un leve sonido a mi alrededor, pero sigo concentrada en la música del piano, en el tacto de las teclas. Hasta que un suave rasgueo de guitarra me hace abrir los ojos y detenerme.

Nuestras miradas se encuentran, él toca la misma melodía. Se ha colocado al otro lado del piano, apoyado en una pose despreocupada.

Abraza la guitarra como si abrazara el delicado cuerpo de una mujer, no deja de mirarme y yo consigo apartar mis ojos de los suyos para llevarlos hasta sus manos y comprobar la delicadeza con que acaricia cada cuerda mientras las notas escapan de sus dedos. Vuelvo la mirada a su rostro, está tarareando la canción y con un gesto de cabeza me anima a seguir tocando. Cierro los ojos y no vuelvo a tocar porque él me lo ha pedido, sino porque yo quiero hacerlo.

Su voz llega a mis oídos y casi sin darme cuenta lo acompaño. Nuestras voces se cruzan, se acarician hasta fundirse en una sola. Abro los ojos y descubro que me mira fijamente mientras acaricia las cuerdas, pero yo siento que es mi cuerpo lo que toca, que canta a un par de metros de mí sino susurrándome al oído cada una de esas palabras.

Nuestras miradas permanecen unidas hasta el final por un fino hilo cargado de energía, sé que él lo percibe igual que yo, porque aprieta la mandíbula y la mano que agarra el mástil de la guitarra se tensa.

Me pongo de pie con cuidado, llevo las manos a mi estómago, intento calmar mis mariposas alborotadas, olvido el dolor que me ha causado y disfruto de esa sensación de paz interior que siento cuando lo tengo cerca.

Él deja la guitarra sobre el piano y se acerca, tanto que casi siento su respiración sobre mi rostro. Levanta una mano y la posa en mi mejilla, roza con su pulgar la comisura de mis labios. Lo miro a los ojos, intentando averiguar qué es eso que intenta decirme, por qué le está costando tanto.

Es la misma situación de la azotea del instituto y tengo un miedo atroz de que se vuelva a separar de mí. Paso mis brazos por su cuello, entrelazo los dedos detrás de su cabeza y espero a que dé el paso que queda para que nuestros cuerpos estén pegados uno al otro, para que note su respiración en mi rostro y quiera que sus labios vuelvan a unirse a los míos, aunque haya jurado que eso no volvería a pasar. Veo tantas cosas en sus ojos de color azul que no deseo que hable, y niego con la cabeza antes de que lo haga.

—Estoy deseando volver a probar tu boca —una leve sonrisa se dibuja en su cara, curva sus labios y hace que sus ojos brillen—. Joder, Haley. No sabes lo que deseo perderme en tu sabor.

Uno mis labios a los suyos sintiendo la calidez que transmite su cuerpo, sus manos se han colocado en mis caderas ahora y trazan suaves círculos en la piel que queda descubierta bajo el borde de mi camiseta. El calor recorre mi cuerpo. Su lengua se abre hueco entre mis labios y deja que entre la corriente eléctrica de ese hilo invisible que antes nos unía, y sé que él la está sintiendo igual que yo, porque se aferra más fuerte a mí y me devuelve el beso con tanta pasión que me deja sin aliento. La sensación es tan intensa que un gruñido de

protesta escapa de mi boca cuando se separa de mí y me mira a los ojos.

—Voy a hacerte daño —yo niego con la cabeza—, pero no quiero dejar de sentir esto, ahora que sé cómo sabes no quiero dejar de besarte, de saber qué más ocultas, de enseñártelo todo, de que me lo des todo.

—Pues no lo hagas —tiro de él hasta que nuestros labios casi vuelven a estar pegados—. Del resto ya tendremos tiempo de preocuparnos.

Y volvemos a fundirnos en un beso que me sabe a felicidad, paz y algo que no consigo descifrar.

36



Stiles

El sonido del timbre y las voces en los pasillos hacen que nuestras bocas se separen. Aunque las caderas de Haley siguen entre mis manos y no he dejado de notar la calidez de su cuerpo. Poco a poco vamos recuperando el aire y nuestra respiración vuelve a la normalidad.

La puerta que da acceso a la clase se abre y entonces ya sí me separo de ella. Los alumnos empiezan a entrar. Anoto rápidamente mi teléfono en un papel que he sacado de su mochila y se lo tiendo, me da tiempo a pedirle que nos veamos en su coche cuando acaben las clases.

Me retiro de ella con ganas de volver a saborear su boca, de perderme en la calidez de su cuerpo, pero hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza. Camino a paso rápido hasta mi taquilla y sin pensar en lo que estoy haciendo golpeo con todas mis fuerzas la puerta metálica dejando una abolladura que traerá consecuencias. Pero no estoy para pararme a pensar en gilipolleces.

—Vaya, al fin el niño bueno saca su mal genio —me doy la vuelta y me encuentro con la sonrisa de idiota de Garret—. ¿Veremos a ese Stiles que quieres ocultar?

—No sé de qué hablas, imbécil.

Lo miro a la cara, si quisiera podría darle tal paliza que le haría una nueva en la que esa sonrisa de prepotencia no volviera a lucir, pero no pienso entrar en su juego, aprieto un puño a cada lado de mi cuerpo, los nudillos deben haberse puesto blancos con la fuerza que estoy ejerciendo. Él no se amedrenta, da un paso hacia mí. Sé lo que está buscando, pero no me va a encontrar.

—Sé quién eres y lo que escondes, no te va a ser fácil ocultarlo mucho tiempo, así que aléjate de Haley si no quieres que todo el mundo se entere.

Dejo de respirar, de pronto no siento el aire entrar en mis pulmones. Al escuchar el nombre de ella todo mi cuerpo se paraliza,

aún más viniendo de la boca de este tío. Quisiera devolverle lo que merece, pero por desgracia tiene razón, no puedo dejar que se sepa quién era yo antes de llegar a este instituto, eso solo me traería problemas, mi padre ha movido demasiados hilos para que mi expediente quede limpio. Respiro hondo e intento buscar las palabras para llegar a un acuerdo antes de que Garret use la información de que dispone, no sé cuánto sabe, pero por poco que sea no me siento muy orgulloso de las cosas que he hecho.

—¿Qué es lo que quieres? —aprieto la mandíbula todo lo que puedo para no escupir los insultos que estoy deseando soltar.

—Ya te lo he dicho, aléjate de Haley, ella es mía.

—Ella no es de nadie, además, es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

Miro alrededor, los alumnos se dirigen a sus próximas clases, nadie se para a averiguar qué pasa entre nosotros. Damos la impresión de ser simplemente dos compañeros de equipo hablando. Garret está relajado, en una pose que denota que se sabe con la sartén por el mango, yo soy una marioneta en sus manos ahora mismo, y no me agrada esta sensación. Ya lo vi en una posición con Haley que no me gustó y esta chica, por alguna razón que no llego a entender, me atrae de verdad, no sé qué quiere Garret de ella.

—Solo te digo lo que tienes que hacer, eres tú quien decidirá qué camino escoger.

Termina de decir la frase y me da un par de golpes en el hombro, como si se estuviera despidiendo de un amigo de toda la vida. Me incomoda esta falsa camadería que se trae conmigo, ojalá alzara la mano e intentara golpearme, entonces podría estampar mi puño contra su bonita cara, como acabo de hacer contra la taquilla. Se da la vuelta y me deja allí plantado, como si nada hubiera pasado entre los dos, y la ira solo hace que encenderme más.

Saco mi mochila de la taquilla, ahora mismo no estoy con ánimos de entrar en clase, además, qué más da, ya me he perdido la mitad de este día y no tenemos ningún otro entrenamiento. Le mando un mensaje a mi padre, le digo que no me encuentro bien y que vuelvo a casa, ya veré cómo consigo un justificante para este día y no meterme en ningún lio.

Al salir veo el coche de Haley aparcado, y aunque sé que lo mejor sería poner punto final a lo que está empezando antes de que vaya a más, me acerco y dejo la mochila sobre el capó. Saco un papel y un lápiz y escribo lo que para mí es una carta de despedida.

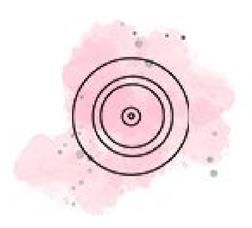
No creía que mi pasado me pudiera seguir hasta aquí, ni siquiera sé cómo Garret se habrá enterado ni cuánto sabrá, pero no voy a pararme a pensarlo, no quiero que mi mierda salpique a nadie y menos a Haley, por alguna razón siento que debo protegerla y lo que

más daño le podría hacer, si nuestra historia continúa, soy yo.

Cuando termino de escribir doblo con cuidado el papel y lo dejo agarrado en el parabrisas de su coche, de manera que solo ella pueda verlo cuando se ponga tras el volante. Una vez más en mi vida, todo termina sin haberle dado siquiera la oportunidad de empezar.

Ahora solo hay un sitio al que puedo ir, será un paso atrás después de lo que he avanzado, pero hay una persona que me puede ayudar a desahogarme. Si mi padre quiere encontrarme cuando llegue a casa y no me vea, sabrá dónde hacerlo. Esta ha sido mi válvula de escape estos últimos meses, desde que dejara el otro instituto a mediados de curso. Lo mejor que me pudo pasar. Si Alison no se hubiera cruzado en mi vida, no sé qué sería de mí ahora.

37



Noto un vacío al dejar de sentir su contacto. Se gira para mirar a los alumnos que van entrando, una clase de primero, ninguno dice nada al encontrarnos allí. Se agacha para abrir mi mochila y saca uno de mis cuadernos y un bolígrafo, corta un trozo del papel con sus manos y anota algo que deposita en mi mano.

—Mi teléfono, aunque te esperaré después de las clases, junto a tu coche.

Deseo que se despida de mí con un beso, pero para mí desgracia se marcha sin hacerlo y sin decir nada más. No voy a esperar un te quiero, está claro, pero hay algo que aun no entiendo y no voy a perder la oportunidad de verlo después para hacerle todas las preguntas que se van formando atropelladamente en mi cabeza.

Tomo mis cosas, pero antes de irme no puedo evitar rozar con los dedos la guitarra que Stiles ha dejado sobre el piano y que hasta hace un momento tocó con un talento increíble. ¿Qué más cosas oculta?

—Haley, ¿puedes esperar un momento?

Una voz me llama a mi espalda justo cuando ya estoy saliendo de la clase. Nathan, el profesor de música, está mirándome y no puedo evitar ruborizarme, todas las alumnas del instituto están loquitas por él, no sé si por sus penetrantes ojos verdes, su cuerpo atlético o esa barba de tres días tan cuidada que lleva siempre, además de los rizos descuidados que le caen en la frente. Yo me decanto más por el conjunto al completo.

Acudo a la mesa que preside la clase, sobre la que está apoyado.

—No creas que te espío, pero tengo que hacerte una pregunta. ¿La que tocaba eras tú?

Si antes estaba ruborizada, ahora me he puesto como un tomate, nunca toco delante de nadie, solo me han escuchado mi familia y hoy Stiles, ni siquiera sé cómo no me he cortado cuando me ha pedido con la mirada que tocáramos juntos, tal vez me sentía relajada a su lado, tal vez ha sido tan especial que no me importaría repetir.

Trago saliva sin saber qué responderle. Nathan espera que le diga algo, ha cambiado la postura y su mirada es de impaciencia, lo único

que puedo hacer es asentir.

—De acuerdo, pues tengo una propuesta para ti —coge unos papeles del escritorio; no puedo evitar mirar el ancho de su espalda y me reprendo cuando mi mirada baja hasta su culo.

Cuando se vuelve a girar hacia mí carraspea, creo que se ha dado cuenta de hacia dónde iban mis ojos y me reprendo por lo gilipollas que acabo de ser, una cosa es que me quede mirándolo cuando me cruzo con él por el pasillo, pero esto ha sido un descaro en toda regla.

—Haley, sé que ya no formas parte del equipo de animadoras —vaya, cómo corren las noticias en este instituto, y eso que ha sido a primera hora—, por lo que aún debes cursar una asignatura extraescolar más para conseguir puntos para elegir universidad.

Lo miro con los ojos como platos, no creo que me esté pidiendo que me una a la banda del instituto, porque ni por todo el dinero del mundo aceptaría, aunque sea mi única baza para poder continuar con mis estudios universitarios. No, no y no…

—No me mires así, creo que estás equivocada con mi propuesta, no quiero que tu talento se pierda entre un grupo de chicos. Quitando a unos pocos, la mayoría escogen esta asignatura porque saben que el aprobado es seguro —me enseña el papel que tiene entre las manos y lo cojo—. Quiero que te presentes a este recital.

Doy un paso atrás, ahora mismo me siento como el papel que tengo en las manos, una hoja sin fuerzas para mantenerse en pie que saldría volando al mínimo soplo de aire y se perdería entre cientos de papeles sin ningún tipo de valor.

—No —consigo decir con contundencia.

—No necesito que me des la respuesta ahora, piénsatelo, medítalo con la almohada, sabes dónde encontrarme.

Y sin decir nada más, se vuelve hacia los alumnos, ya sentados en sus pupitres.

Hago el amago de dejar el papel sobre su mesa, pero él pone la mano para que no lo haga, y finalmente salgo de la clase con él, dispuesta a tirarlo en la primera papelera que vea. Paso junto a una, pero soy incapaz de hacerlo, lo doblo con cuidado y lo guardo en mi mochila mientras me dirijo a la próxima clase. Sé que me va a ser imposible concéntrame en nada, entre lo que ha pasado a primera hora con Sarah y Eliza, después lo de Stiles y ahora esto, las clases de hoy son lo menos significativo del día, tendré que pedirle a algún compañero que me pase los apuntes o rogar a los profesores que me den alguna indicación sobre lo que tenemos que hacer.

Recorro el camino hasta la próxima clase con la cabeza lejos de aquí. Al entrar ni siquiera me fijo en si hay algún sitio vacío, de forma automática camino hacia la mesa que he ocupado junto a Jack días atrás. Él se queda mirándome, noto su mirada fija en mí, pero no digo

nada, saco las cosas para la clase y no presto atención a nadie, si siquiera me doy cuenta de si Sarah o Eliza se encuentran aquí, me da igual hasta que estén hablando de mí. No quiero pararme a analizar nada, solo esperar el momento de que las clases terminen para ver a Stiles y saber qué es lo que pasa por su cabeza, porque hay algo que no termina de decirme. No hemos quedado en qué somos, si novios o un simple rollo, cuando se ha ido de la clase de música he sentido como si algo le atormentara y he tenido miedo, miedo a que, aunque intentemos luchar por lo que sentimos, no sirva para nada, a que, sea lo que sea esto, esté abocado al fracaso.

—*Sweetie,* ¿dónde estás? —miro a Jackson, que me ha dado unos golpecitos en la mano—, la clase está a punto de terminar y ni siquiera has abierto el libro.

Compruebo que el profesor está sentado en su mesa, la pizarra llena de palabras que no entiendo y yo tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me he dado cuenta de la velocidad a la que ha corrido el tiempo.

—Tengo un mal día —le devuelvo una sonrisa, aunque su mirada me da a entender que él intuye que me pasa algo más.

Intento copiar las notas de Jackson en los minutos que quedan para terminar la clase, ya he tomado una decisión, tengo el número de Stiles, así que no voy a darle muchas vueltas más. Me levanto de mi pupitre antes de que suene el timbre y me acerco al profesor. Antes de decirle que me encuentro mal, él ya me entrega el justificante para que lo lleve a secretaría y pueda irme a casa. Debo de tener muy mala cara...

Tecleo un mensaje a Stiles pidiéndole que no me espere a la salida, me quedo mirando la pantalla aguardando su respuesta, no ha venido a clase, su última conexión fue al poco de separarnos; ahora que me estoy dando cuenta de su ausencia tengo claro que algo pasa.

Al salir del centro dejo que mis pulmones se llenen de aire, no vivimos en el campo, el ambiente está cargado de contaminación, pero cualquiera es mejor que el que hay dentro de esas paredes asfixiantes que parece que se encogieran y hacen que me sienta como atrapada entre ellas. Hasta que no he salido de allí no me he dado cuenta de cuánto necesitaba respirar.

Llego a mi coche y ocupo mi asiento, dejo caer mi cabeza sobre el volante y nada más hacerlo noto la calidez de las lágrimas recorriendo mi rostro, sin control. Me siento, ahora sí, libre al dejar escapar toda esta angustia. Lo más jodido es que ni siquiera sé por qué estoy así, ¿qué ha hecho que acabe derrumbándome, que me sienta tan pequeña e insignificante?

Paso las manos por mi rostro para intentar eliminar las lágrimas, que han decidido no dejar de bañar mis mejillas. Todo lo que tengo

delante mío está borroso por su culpa. Vuelvo a llenar mis pulmones de aire e intento concentrarme en un punto fijo para calmarme, pero algo en el cristal de mi coche me impide mirar más allá. Un pequeño papel de cuadrícula enganchado en el parabrisas. Abro la ventanilla y lo atrapo con mis dedos. Algo me dice que no está ahí por casualidad.

Lo desdoblo con cuidado y aunque no conozca la letra, sé que es de él. Si quería alguna respuesta al mensaje que le he mandado al móvil, se ha adelantado y la ha dejado antes siquiera de que yo decidiera irme a casa.

Me concentro en leer el papel, las lágrimas han vuelto a hacer acto de presencia y una de ellas cae sobre la hoja emborronando una palabra. Me armo de valor para leerlo antes de que todo lo que ha escrito acabe bañado en ellas.

«¿Crees que las cosas pasan por alguna razón? Yo pienso que sí. Aún no sé cuál es la razón por la que has aparecido en mi vida, pero siento decirte que no tengo el valor de averiguarlo. No me preguntes por qué, ya que no vas a tener la oportunidad de hacerlo. No sabes quién soy y cuando te dije que podría hacerte daño hablaba muy en serio, por alguna razón no quiero hacerlo y sé que, con estas palabras, cuando termines de leer este papel, aunque no sé si llegarás a esta parte, ya te lo habré hecho.

» No puedo estar en tu vida, no sería bueno para ti estar con alguien como yo. Todo lo que toco acaba estropeándose y tú eres demasiado buena como para que te pase algo así. Me lo agradecerás algún día, hazme caso, sé de lo que hablo. Sigue siendo tan especial, no dejes que nadie te haga sentir que no vales, porque estará muy equivocado, eres brillante, preciosa y seguro que conseguirás todo lo que te propongas. Yo, sin embargo, no puedo aspirar a más de lo que soy. ¿Qué te podría dar? Nada, hazme caso, lo sé.

» Solo voy a pedirte dos cosas, no dejes que ningún tío te haga creer que puede manipularte, eres una chica con mucho carácter. Aunque no hemos tenido tiempo de conocernos, apenas hemos cruzado unas palabras,

siempre que hemos acabado uno al lado del otro, besándonos. Tú te mereces a alguien que te escuche, que sepa valorarte. Yo no soy esa persona y en este instituto no creo que haya nadie así para ti. Eres mejor que todos ellos, eres mejor que yo.

» Lo segundo y último que te voy a pedir es que no intentes preguntarme a qué viene esto, porque negaré haber escrito estas líneas, negaré que cada vez que te he besado lo he hecho porque necesitaba hacerlo más que el respirar.

» Adiós, Haley».

Ahora que necesito que las lágrimas salgan y deshagan el nudo que se ha formado en mi pecho, se niegan a correr por mis ojos. La garganta se me seca, el aire deja de pasar por mis pulmones y todo a mi alrededor se vuelve oscuro y triste. No entiendo a qué ha venido lo que me ha dicho, pero he sentido, lo he escuchado, cómo mi corazón se rompía en mil pedazos, se clavaba como trozos de cristal en mi pecho hasta desangrarme.

Meto la llave en el contacto y cuando el motor de mi coche ruge pongo la marcha y acelero, sin importarme si he dejado la mitad de los neumáticos en el asfalto.

Un grito sale al fin de mis pulmones. Estoy cabreada, no por cómo ha hecho las cosas, no por lo que ha pasado hoy, estoy cabreada porque todo el mundo cree saber qué es lo mejor para mí cuando ni siquiera yo lo sé.

Conduzco sin rumbo alguno, agradeciendo que las calles aún no estén muy transitadas, hasta que finalmente y por pura inercia acabo aparcada frente al parque, cuyo verde paraje siempre me acoge cuando peor me siento. No sé lo que va a pasar a partir de ahora, no sé cómo voy a afrontar lo que queda de curso, ni siquiera sé cómo voy a mirar a la cara a Stiles cuando me lo encuentre por los pasillos del instituto, ha dejado muy claro que no quiere que me relacionen con él, como si besarme hubiera sido un error, pero de la misma manera dice que me besó porque lo necesitaba. Entonces no comprendo qué me ha querido decir con su despedida, que ahora se encuentra en el suelo de mi coche. No me atrevo a cogerla. Ha dicho que podría hacerme daño, me lo dijo en el momento en el que quisimos intentar algo, pero ¿en qué ha quedado ese intento? En nada.

Me bajo de coche y siento que el otoño ha caído sobre la ciudad en tan solo un segundo, el día se ha oscurecido, el sol está oculto tras las

nubes, la suave brisa es más fuerte y las hojas que están empezando a caerse de los árboles se arremolinan alrededor de mis pies mientras camino buscando un árbol que me cobije entre sus raíces y la espesura de sus ramas. En momentos como estos llamaría a Sarah para que me acompañara, pero estoy sola, no tengo a nadie con quien hablar, esta es mi vida y este es el año que pretendía ser el mío, una pesadilla de la que me es imposible despertar…



38



Stiles

Es la mejor decisión que puedo tomar. Llamo a mi padre y en el mismo momento en el que le digo que necesito escapar me lo pone fácil. Al llegar a casa encuentro mi moto aparcada en la puerta, cuando entro, una mochila con todo lo que seguramente necesitaré para el tiempo que pase fuera. Mi padre ya no está, pero sé que se ha encargado de todo personalmente. En la mesa del recibidor está la tarjeta de crédito que me deja para casos de emergencia. La cojo y la guardo en mi cartera. Miro en la maleta y me rio al comprobar que ha metido un par de pantalones, un par de camisetas, bóxer y una caja de condones. Señor, puede ser un cabrón la mayoría de las veces, pero después de muchas peleas ha acabado entendiendo que cuando le digo que me tengo que ir es mejor no discutir conmigo.

Salgo de mi casa sin coger nada más que el casco y la mochila, tengo claro dónde ir y con lo que me ha dejado tendré suficiente para los primeros días. No puedo evitar reírme de mi propio pensamiento. Me subo a la moto, apoyo el casco en la parte del depósito y saco mi teléfono del bolsillo del pantalón. Tengo un mensaje de Haley, lo borro sin siquiera leerlo, espero que la nota que le he dejado sea más que suficiente. No sé ni por qué lo he hecho.

—Alison —respondo nada más escuchar la voz de la persona que contesta al otro lado de la línea—, voy a tu casa.

Sin esperar que conteste arranco la moto, me encanta su rugido bajo mis piernas. Me hace sentir más fuerte en momentos de debilidad como este, me veo capaz de tomar el control y salir adelante, como ya hice anteriormente. Me pongo el casco y sin prestar atención a si hay alguien en la carretera salgo a toda velocidad dejando atrás mi casa, el instituto, el equipo de baloncesto. A Haley.

Conduzco casi una hora hasta llegar al Bronx, donde vive Alison desde que me mudé a este lado del país. Si mi padre supiera dónde están invertidos muchos de mis ahorros, seguramente me hubiera

cortado el grifo hace mucho tiempo. Aparco la moto frente al portal de su bloque. Varias de las personas que hay allí me saludan con cordialidad, aunque ya no venga mucho por aquí, los dos últimos años ha sido prácticamente mi hogar.

Alison sale a mi encuentro y dejo que se encarame a mi cuerpo, como hace siempre, como aquel día en el bar frente a Jack y Haley, pero ella es especial, es distinta a todos, es la única que sigue a mi lado después de todo lo que he pasado, si no fuera por ella aún estaría metido en toda esa mierda. Su boca se une a la mía con impaciencia, como si la boca del uno alimentara la del otro. Ando con ella, haciendo el camino de memoria hasta entrar en el portal y llegar hasta la puerta de su apartamento. La bajo, aunque se resiste a deshacer el nudo de sus piernas alrededor de mi cintura. Le doy un azote para que me preste atención y cuando se da cuenta de dónde estamos saca las llaves del canalillo de su escote y abre.

Me dirijo al salón y me dejo caer en el sofá mientras ella va a la cocina, seguramente a coger un par de cervezas. Miro todo lo que tiene sobre la mesa. Una bolsita de marihuana, otra de coca y por último una con un par de pastillas. Cuando llega a mi lado se deja caer, me tiende la cerveza y se acomoda poniendo sus piernas sobre las mías.

—Me ha dado tiempo de buscar algunas cosas para divertirnos —sé que se refiere a todo lo que está sobre la mesa— ¿Cuánto piensas quedarte esta vez?

—No lo sé, pero no tenías que haber pillado esta mierda, sabes que ya no me meto nada.

—Venga, Stiles, no intentes engañar a nadie. Hace tiempo que no vienes por aquí y solo has pasado por el bar cuando sabías que yo estaba. Apenas me mandas ya mensajes, si estás aquí es porque algo va mal. Cuéntamelo.

—No.

Y no necesito decirle nada más, se incorpora y se sienta, coge un librillo de papel, un cigarro y la marihuana y empieza a liarse un canuto. La miro, pensando si esta habrá sido una buena decisión. Me costó mucho dejar toda esta mierda, pero ahora mismo necesito desconectar de todo. Últimamente no puedo pensar con claridad y es que Haley se ha metido tan dentro de mí que no sé qué me está pasando.

Me bebo el botellín de cerveza casi de solo un buche y Alison me informa de que la nevera está llena. Me levanto a por un par de ellos y cuando vuelvo me la encuentro relajada en el sofá, se ha quitado la sudadera, solo tiene una camiseta de tirantes que deja poco a la imaginación. Se lleva el porro a la boca y cuando nota que llego a su lado me lanza la bocanada de humo. Siempre ha sido muy obvio lo

que Alison ha buscado en mí y yo me he dejado, desde aquella primera fiesta, desde que me enseñó este mundo.

Me siento junto a ella y me pasa el porro, debería de negarme, pero lo cojo y me lo llevo a los labios. Aspiro, dejo que el humo inunde mis pulmones, siento esa sensación de ser el único responsable de mis actos y ahora mismo me apetece esto, desconectar, dejar de pensar y vivir la vida. Como debería ser siempre.

Nos vamos relajando poco a poco, cada vez estoy más desinhibido. La mesa se ha llenado de botellines vacíos, Alison también ha traído unos ganchitos y palomitas. Ha dispuesto varias rayas de coca y aunque me ha ayudado a animarme en varias ocasiones ahora me niego a probarla. Una cosa es fumarse un canuto, relajarse, y otra regresar a la vorágine de entonces. Cuando abría los ojos después de un buen colocón no sabía si era de día o de noche ni me acordaba del nombre de la chica con la que había follado y que seguía tumbada a mi lado con peor cara que yo.

—Stiles, ¿qué es lo que has venido a buscar?

Alison se acerca hasta mí, coloca su mano sobre mi muslo, frotándola, haciendo que el efecto de lo que he fumado me haga olvidar las consecuencias. Agarro su mano cuando está más cerca de mi paquete, poco a poco la presión va haciendo que note incluso la cremallera de los vaqueros. Tiro de Alison hasta sentarla a horcajadas sobre mis piernas y al momento sabe que va a conseguir todo lo que quiere, porque yo quiero exactamente lo mismo.

—¿Qué te apetece a ti?

Me acerco hasta ella y atrapo su labio inferior a la vez que paso un brazo por su cintura y atraigo su pecho contra mí. Su entrepierna roza con la mía y un jadeo escapa de ambos. Ella me devuelve el gesto y empieza a mover sus caderas, la presión de mis pantalones cada vez es mayor, siento que me van a explotar. Relajo un poco la fuerza de mi brazo, dejo que Alison se separe de mí solo lo necesario. Ella sabe que es sexi, que con solo un guiño de ojos obtendrá lo que quiera de un hombre, y tras mirarme y ver yo su mirada lasciva, tiro de su camiseta hacia abajo arrastrando también el sujetador. Sus grandes tetas me saludan y no puedo evitar tomarlas en mis manos, apretarlas hasta que ella se curva hacia atrás, ofreciéndomelas. Me llevo uno de los pezones a la boca, lo mordisqueo y succiono mientras con la otra mano torturo el otro. Me ayuda a quitarme la camiseta que llevo puesta y sus manos van hacia mi pecho, a algo que me he tatuado hace poco.

—Vaya, este es nuevo —sus dedos trazan los bordes del tatuaje —¿Qué significa?

—Son las teclas de un piano —le cojo la mano cuando va a tocarlo más abiertamente y muevo mis caderas para que se olvide de hacerlo

—. Te hace juego con los demás. Son muy tú, la música y esas cosas.

Me quito el pensamiento de la cabeza, no he venido a esto, por lo que sigo jugando con sus tetas hasta que volvemos a perdernos en el placer. Está a punto y yo no aguanto más, así que la obligo a levantarse de encima de mí, le bajo los pantalones y la coloco sobre el sofá, le abro las piernas. Me bajo la cremallera de los míos y libero mi polla, que está a punto de estallar, y antes de bajarme los pantalones saco un condón de mi cartera, dejaré los que me ha dado mi padre para el resto de la noche. Me lo coloco, paso una mano por el coñito de Alison y le murmuro:

—Siempre tan húmeda y dispuesta. Ahora sabes lo que quiero.

Sin darle tiempo a decir nada, la agarro de las caderas y la penetro con fuerza, hasta el fondo, sin importarme si el grito que ha dado es de placer o dolor. Ahora mismo solo busco mi propia satisfacción, olvidarme de toda la mierda que me ha rodeado desde que empezó el instituto. Cuando empieza a mover las caderas al ritmo de mi bombeo ambos nos olvidamos de todo, de la misma manera que yo solo pienso en mí sé que ella está haciendo lo mismo. La pongo de pie y me siento en el sofá, de un tirón la vuelvo a sentar en mis piernas y, de nuevo, de una sola embestida, vuelvo a introducirme en su calor en busca de algo que no encuentro.

Estoy disfrutando, cachondo, pero hay algo que no funciona, me precipito en mis movimientos. La cabeza empieza a darme vueltas y me siento muy cerca de llegar al máximo éxtasis. Alison sabe que estoy cerca y ella quiere llegar conmigo, por lo que toma una de mis manos y la lleva al epicentro de su placer. Empiezo a acariciar su clítoris, que cada vez se pone más duro, y a arrancarle más gritos de placer hasta que noto cómo se aprieta alrededor de mi polla y en una última embestida ambos terminamos temblando por la forma dura y desesperada en que hemos follado.

Se quita de encima mío, me retira el preservativo y coge una cajita de toallitas húmedas que hay en la mesita al lado del sofá. Me da una para limpiarme y ella se retira al baño para asearse. No sé en qué momento vuelve, cuando consigo abrir de nuevo los ojos estoy tumbado con una manta sobre mi desnudez y el olor a café llena la estancia.

—Buenos días, ceniciento —dice sentándose a mi lado y tendiéndome una taza que acepto gustosamente.

Un sonido extraño sale de mi garganta cuando intento devolverle el saludo. La cabeza me va a estallar, hacía tiempo que ni fumaba ni bebía tanto, pero por otro lado me siento genial por haber sacado o, mejor dicho, por haber enterrado toda la mierda que me estaba jodiendo la existencia.

Los días se suceden igual, follando, bebiendo, fumando y pidiendo

comida a domicilio para no tener que salir de estas cuatro paredes y enfrentarme a la realidad.



—¿Quién es? —Alison me aborda cuando salgo de la ducha.

—Ali, no empieces.

—Hacía mucho tiempo que no te comportabas así y aunque no te guste, me preocupo por ti. Soy la primera que no quiere que vuelvas a toda esta mierda. Este no es tu mundo.

Me meto en el cuarto a ponerme algo de ropa, tampoco tengo mucho donde elegir, así que cojo un bóxer, unos vaqueros y una vieja camiseta de Metallica. Noto la mirada de Alison clavada en mi nuca. En las casi dos semanas que llevo aquí ha intentado varias veces hablar conmigo y he conseguido disuadirla, pero hoy parece que tiene ganas de esa conversación.

—No me toques las narices, Stiles. Te conozco mejor que nadie —me grita y me golpea en la espalda para que le preste atención—. Dime qué demonios te pasa.

—Joder, ¿por qué me tiene que pasar nada? He venido a que nos lo pasemos bien, hemos bebido, me he puesto hasta el culo de hierba y hemos hecho lo que más te gusta hacer conmigo, follar.

Al mirarla a los ojos me doy cuenta de que me he pasado, pero al fin y al cabo es esto a lo que vine, le guste o no. Alison quisiera que lo nuestro fuera algo más, pero para mí ella solo es la puta que iniciaba a todos los del equipo y siempre la he tratado como tal. Nunca le importó, siempre decía que, aunque fuera de esa manera, me tenía.

—Eres un gilipollas —su mano se estrella contra mi cara—. Estoy cansada de que siempre que tengas un problema vengas a buscarme, follemos como locos y cuando crees que lo has olvidado, te largues. No vales una puta mierda y nadie va a querer estar contigo.

La cojo por los hombros y empiezo a zarandearla. Alison es menuda, al momento me doy cuenta de lo que estoy haciendo y algo se encoje en mi pecho. He sido siempre muy violento, pero nunca con una mujer. La suelto y empiezo a meter las cosas en mi maleta para irme de aquí. No puedo solucionar las cosas así y me jode más cuando me miro en el espejo y me doy cuenta de que no he cambiado una mierda, que sigo siendo el mismo cabrón de siempre.

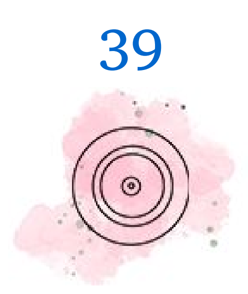
—Venga, vete. No tardarás en volver a buscarme cuando las cosas se pongan feas, pero ten una cosa muy clara, no voy a estar esa próxima vez para ti. Eres un maldito hijo de puta.

Salgo de la casa y Alison sigue gritándome e insultándome a mi espalda. Ya habíamos discutido muchísimas veces, pero nunca a este

nivel, y lo más extraño es que no me importa nada de lo que me está diciendo. Llego hasta mi moto y ella se coloca a mi lado intentando arrebatarme el casco para que le preste atención, pero le es imposible. Me lo coloco y meto las llaves en el contacto. Cuando escucho el rugido de mi Ducati acelero, sin volver la vista atrás, mientras pienso que volver al pasado cada vez que las cosas se ponen difíciles no es bueno.

En el camino de vuelta me doy cuenta de que he intentado ocultarme algo, pero ha sido en vano, cada vez que he tocado el cuerpo de Alison era a Haley a quien sentía. Cada vez que me introducía en el cuerpo de Alison era a Haley a quien deseaba. No sé dónde mierda acabará todo esto, pero ya va siendo hora de que dé un paso más para alejarme o hundirme definitivamente.

39



Los días pasan sin pena ni gloria en estas dos semanas, como si todo lo que ocurre a mi alrededor fuera una película totalmente ajena a mí. He ido a clase, me he esforzado como la que más en tomar apuntes y estar al cien por cien en todas y cada una de las asignaturas.

Sarah no ha vuelto a dirigirse a mí en ningún momento, aunque en momentos he sentido que quería decirme algo. Sé que sigue con mi hermano, pero no ha aparecido por mi casa, las veces que han quedado juntos lo han hecho lejos de mí, no sé si ha sido por ella o porque Max sabe que me duele hasta que el corazón se me encoge y no me deja respirar, o porque prefieren estar a solas. Jackson ha intentado en varias ocasiones que quedemos a tomar algo, pero siempre he puesto alguna excusa. Mi madre sabe que me pasa algo, pero con ese instinto maternal que la caracteriza me ha dado el espacio que necesito para pensar e intentar averiguar qué es lo que me pasa realmente, porque ni yo misma lo sé.

Stiles ha desaparecido, en estas dos semanas no venido al instituto, ni siquiera se ha presentado a los entrenamientos, no sé cómo le ha sido tan fácil hacerlo, pero es muy alarmante que la situación en que yo me encuentro y su desaparición coincidan de esta manera, la gente no tardará en sumar dos más dos y, la verdad, ahora que vuelvo a ser una sombra entre los estudiantes, no me gustaría estar otra vez en el centro de atención.

Las novatadas no han dejado de sucederse en mi taquilla, pero la cosa no quedó ahí, encontré mi ropa para después de las clases de gimnasia colgada en las canastas de baloncesto, sigo sin saber cómo Eliza y las demás pudieron hacerlo con tanta facilidad. También mi número de teléfono acabó escrito en varios, por no decir muchos carteles que pegaron por los pasillos como si fuera un anuncio para citas y los mensajes no han dejado de llegar, por lo que me he visto obligada a dejarlo en casa hasta que se aburran. El primer mensaje de un número desconocido era subido de tono. Contesté, pero cuando alguien dejó uno de esos carteles sobre mi pupitre entendí lo que sucedía y decidí no echar más leña al fuego. Lo he guardado en el

fondo de mi escritorio, con la batería agotada.

—Cariño, creo que ya es hora de que me cuentes lo que pasa —la voz de mi madre me saca de mis pensamientos.

Mi padre está trabajando, los sábados se suele quedar en casa, pero hoy ha tenido que echar horas para sacar adelante un nuevo proyecto. Max se ha ido de fin de semana a un campus donde varios institutos llevan a sus mejores jugadores o al equipo completo para hacer una convivencia y que el curso deportivo sea más social, así intentan evitar los malos rollos que a veces surgen entre ellos. Ava se ha quedado en casa de una de sus compañeras de clase, sé que mi madre no es muy partidaria de estas cosas, pero empiezo a pensar que lo ha hecho para poder tener esta conversación conmigo.

—No sé de qué hablas, mamá. Todo está bien —me meto en la boca un trozo del pescado a la plancha que ha hecho, para que no intente volver a preguntarme.

Me observa mientras intento tragarlo, pero últimamente me cuesta hasta comer, y con su mirada clavada en mí todavía más. Sé que está esperando que el bocado baje por mi garganta y me decida a contestar. Cuando pincho un nuevo trozo, me arrebata el tenedor de la mano sé que, aunque intente evitar esta conversación, va a ser totalmente imposible.

—Haley, dejémonos de tonterías, soy tu madre y no nací ayer. Sé que te pasa algo, llegas del instituto y te encierras en tu habitación hasta que te avisamos de que la cena esta lista, y cuando comes lo justo, para intentar que ni tu padre ni yo nos demos cuenta de que hasta comer te supone un esfuerzo, vuelves a tu cuarto hasta el día siguiente —la miro a los ojos, intentando saber qué le puedo decir para que me deje en paz y no se meta en mis problemas—. Haley, si ni siquiera dejas que tu hermana se acurruque a tu lado por las noches cuando se despierta, a los cinco minutos la estás llevando a su cama.

Respiro profundamente y empujo la silla hacia atrás, decidida a levantarme de la mesa y dejar esta conversación a medias sin darle esas respuestas que busca. ¿Qué le diría?, ¿que no he llegado a tener una relación y ya me han roto el corazón?, ¿que las animadoras me han repudiado y han convertido estas dos últimas semanas en las peores de mi vida? Para qué.

La miro a los ojos y veo su desesperación por no saber lo que me pasa, pero al girarme sé que no debo mirar atrás, así que, sin decir nada, voy hasta mi habitación, cierro con un portazo que hace caer al suelo uno de los cuadros que cuelgan en mi pared, una foto de Sarah y mía, y diminutos trozos de cristal se esparcen por el suelo. Las lágrimas no me dejan ver y camino a ciegas hasta que choco con el borde de la cama y me dejo caer. Dejo que todas esas lágrimas salgan de lo más hondo de mi ser, tengo un nudo insufrible en la garganta y

mis sollozos se escuchan a través de las paredes.

No sé si han pasado minutos, horas o acabo de abandonar el salón cuando los nudillos de mi madre golpean la puerta, pero no me pide permiso para entrar, solo ha llamado para avisarme de que va a entrar. Lo hace en silencio, el sonido de mi respiración agitada es lo único que se escucha entre las cuatro paredes de mi habitación. Me quedo esperando a que me diga algo, pero me sorprende lo que hace, ya que desde que yo era pequeña no se colaba en mi cama.

Se tumba a mi lado y cuando creo que va a empezar a echarme el sermón, a reprocharme que no sé afrontar mis problemas, apoyarme en ella y contárselos, me abraza hasta que nota que me relajo y acabo acomodándome a la forma de sus brazos, agradeciendo su abrazo y dejando que más lágrimas rueden por mis mejillas.

Espero, espero a que diga algo, pero solo escucho mis sollozos y una pequeña nana que mi madre canta para intentar calmarme, la que me ha cantado siempre que me caía. Y poco a poco su abrazo se vuelve más suave y ambas nos quedamos tumbadas boca arriba, la mano de mi madre sujetando las mías mientras pasa la otra por mis mejillas para limpiar los restos de mis lágrimas que aún mojan mi rostro.

—La vida está llena de piedras con las que tenemos que tropezar, a veces más de lo que queremos, muros que nos obligan a girar —me dice al oído mientras sus manos siguen acariciándome—, pero ¿sabes lo que poca gente sabe? Esas piedras pueden convertirse en escalones para subir a esos muros que parecen imposibles. Recuerda que eres fuerte, que el mundo no se acaba a los dieciséis.

Me da un beso en la sien y se levanta de mi cama, sé que para ella es duro dejarme así, que si lo hace es por mí. Abandona mi habitación después de recoger los trozos de cristal y dejar la foto a mi lado. Tal vez tenga razón, tal vez he sido demasiado tremendista, pero es que duele, duele demasiado.

Tomo la foto de Sarah y mía entre las manos y me quedo mirando la sonrisa cómplice que desde que nos conocemos siempre nos hemos dedicado, recuerdo las palabras que siempre nos hemos dicho, esas cuyo significado solo entendemos nosotras. Voy a quemar el último cartucho que me queda, tal vez sea la piedra que dice mi madre, la que me ayude a atravesar el muro o termine de desestabilizar los peldaños dejándome más rota de lo que ya estoy, pero no tengo nada que perder.

Me levanto para buscar mi móvil, que sigue abandonado en el fondo de mi escritorio. Lo enciendo y llegan varias, demasiadas notificaciones que ignoro, sé que si no lo hago no tendré el valor suficiente para teclear las palabras que pueden hacer que toda, o al menos parte de mi vida vuelva a ser la misma. Busco su contacto entre

mis favoritos. Tomo aire, ensancho mis pulmones, con la mano libre elimino alguna lágrima atrapada entre mis pestañas que aún me nubla la vista. Es ahora o nunca…

«Lo esencial es invisible a los ojos».

Compruebo que mi amiga está en línea y al momento aparece la notificación azul que indica que ha leído mi mensaje. Pero no la veo responder. Esta frase de *El principito*, que un día nos marcó, se convirtió en nuestra clave para decirnos que una necesitaba a la otra, que pasara lo que pasara nuestra amistad era ya inquebrantable. Pero al parecer estábamos más que equivocadas, porque Sarah ya no está conectada. Queda un mínimo de esperanza en el centro de mi pecho. Dejo el teléfono encendido encima de mi mesita de noche, solo unos minutos más. Me dejo caer en la cama, observo de nuevo la foto. La saco del marco, ahora desprovisto de brillo sin el cristal, pero la sonrisa de ella es pura luz. Sarah siempre ha sido más que un apoyo para mí me ayudó a dar ese paso cuando todo era oscuro a mi alrededor, me animó a hacer cosas que me apetecía un montón hacer, sin ella no hubiera sacado la valentía necesaria. Así es como me siento ahora que no tengo a mi amiga a mi lado, como una cobarde con una vida sosa, desprovista de valor para afrontar los problemas, porque ella se ha convertido en uno de ellos.

No sé el tiempo que llevo tumbada en la cama, tal vez los minutos han pasado volando o tal vez aún sigo en el mismo minuto, revolviéndome en algo que no me va a llevar a ningún lado. Entonces la puerta de mi habitación se abre y me llevo la mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa. Hoy no voy a ganar para pañuelos, aunque ahora mismo no sé si tengo ganas de llorar o de reír.

Me mira, sus ojos me transmiten tristeza, aunque ese brillo tan bonito que tienen me anima a sentarme sobre la cama, aún tengo nuestra foto entre las manos, pegada a mi pecho. Sarah no deja de mirarme, abre y cierra la boca en un par de ocasiones, como ha hecho estos últimos días en el instituto, como si decirme lo que hace falta para que esto se solucione le costara más que respirar.

Le hago un hueco junto a mí dando unos golpes con una mano sobre el colchón, invitándola a que, al menos, se siente a mi lado, sin decir nada. Para mi sorpresa acepta mi ofrecimiento y llega hasta la cama. Cuando se sienta a mi lado veo cómo encorva su cuerpo, relaja hombros y agacha la cabeza tapándose el rostro con el pelo para que no pueda verle la cara ni descifrar lo que me quiere decir, pero ese gesto es suficiente para que yo comprenda. Sé que está dolida, que se arrepiente, si no fuera así no estaría aquí. De la misma forma que ella ha sido un empuje para mí, yo lo he sido para ella y le he ayudado a

expresar sus sentimientos con más libertad.

Pongo la foto en su regazo y retiro su pelo hacia atrás, mientras lo coloco tras la oreja me detengo en la expresión de su cara buscando alguna respuesta. Toma el retrato y una pequeña sonrisa curva sus labios mientras una lágrima surca mejilla.

—Lo esencial es invisible a los ojos —dice en un susurro, y sé que es la señal que necesito para envolverla entre mis brazos.

Al momento me responde dejando atrás todo lo que ha pasado en estas últimas semanas, porque pase lo que pase siempre estaremos la una para la otra, ella es mi piedra en lo alto de la escalera, de la misma forma que yo lo soy para ella.

—Perdóname —dice entre hipidos.

—No hay nada que perdonar. Sabes que siempre estamos la una para la otra, solo que esta vez nos hemos separado más tiempo de lo que estamos acostumbradas.

Me separo de ella y tomo su rostro entre mis manos para que me mire a los ojos, pero no consigue hacerlo, hay algo que no me cuenta y sé que no lo va a hacer, debo darle tiempo, demostrarle que el daño ya está hecho pero que las heridas se curan si sabemos que somos parte de un todo, ella y yo, sin que lo demás importe.

—No lo entiendes, Hal. Esto es más complicado de lo que te imaginas. No sé cómo contártelo, no sé siquiera si debería hacerlo.

Se levanta de la cama y deja la foto sobre ella dándome la espalda. Su respiración se ha acelerado y juraría que es miedo lo que he escuchado en su voz. Hemos sido dos estúpidas por no haber dado este paso antes, pero si es tiempo lo que necesita para hablar, lo tendrá. Lo único que quiero es que siga siendo mi amiga.

—Te echo de menos —digo, al fin—. Me da igual lo que esté pasando ahora, solo quiero que sepas que aún eres mi mejor amiga, no tienes que decírmelo, pero quédate a mi lado.

Se gira y me mira, al fin, directamente a los ojos, y al momento sé que lo que voy a oír no va a gustarme, así que ni intento levantarme de la cama. Le devuelvo la mirada, preparada para lo que venga.

—No puedo dejar a Eliza de lado, ahora no, no después de todo lo que sabe, pero no debo decirte nada —ha elevado la voz y estoy casi segura de que la han oído desde cualquier rincón de la casa, pero parece que le da igual —. No es fácil salir de sus garras una vez que te tiene atrapada, si me ve contigo será el fin.

—Pues que no te vea, pero por favor, no te alejes de mí.

Su mirada se dulcifica y sé que algo se le ha ocurrido, el simple hecho de que no le haya preguntado qué ocurre entre las dos es mi manera de mostrarle mi confianza, la que ella necesita para saber que me tendrá aquí.

—Juguemos.

—¿Podrías explicarte mejor? —se acerca a la cama, vuelve a sentarse a mi lado y toma mis manos.

—¿Recuerdas esa película que vimos hace unos años? No me preguntes el título, que era mala de cojones, pero hubo algo que a las dos nos impactó, e incluso dijimos que, si nos pasaba algo parecido, podríamos usarlo para saber que seguimos siendo las mejores amigas —la miro dubitativa, hemos visto juntas tantas películas malas que no tengo ni idea de a cuál se refiere.

Espero a que suelte esa idea loca que se le acaba de pasar por la cabeza cuando su cara cambia por completo y noto como si intentara parecer mosqueada. Cualquiera que la viera podría creérselo, pero yo no.

—Te odio —dice al fin—, no sé cómo has podido ser mi mejor amiga en estos últimos años, si ni siquiera eres capaz de dar un paso sin que te digan hacia dónde caminar.

Sus palabras primero me hacen daño, pero vislumbro una pequeña sonrisa en sus labios y al momento entiendo qué es lo que está haciendo, así que le devuelvo esa misma actitud seria intentando sonar creíble.

—La que va a hablar, claro, como eres animadora ya crees que tienes al mundo a tus pies. Deja de mirarte al ombligo y piensa un poco en los demás.

Nos quedamos en silencio y por un momento pienso que cree de verdad lo que le he dicho, pero nada más lejos de la realidad. Se abalanza hacia mí haciéndome cosquillas para que ría, para que sepa que nada de lo que ha dicho es cierto, de la misma manera que sabe que mis palabras tampoco significan nada.

Hablamos un poco más y nos dejamos claro que intentaremos dirigirnos las menos palabras posibles, para no darle ningún tipo de munición a las personas que nos rodean, y nos prometemos que hablaremos por teléfono o nos mandaremos mensajes.

La acompaño a la puerta de casa para despedirnos y nos fundimos en un gran abrazo.

—Te quiero un montón, que no se te olvide nunca.

—Y yo a ti, pero no seas muy dura conmigo. Recuerda que aquí vive tu novio, así que ven cada día —le doy un nuevo abrazo cuando las puertas del ascensor se abren.

Su preciosa sonrisa hace que mi corazón vuelva a latir, dándome vida. Mi madre tenía razón. Soy valiente, solo debo aprender a afrontar mis problemas sola. Pero Sarah es demasiado importante en mi vida, aunque ahora deba tenerla así y sufra por no poder pasar juntas todas las horas que queramos. Voy a darle ese tiempo. Entre las dos encontremos la solución para que todo vuelva a ser como antes.

40



Stiles

Durante las semanas que estuve en casa de Alison, mi padre llamó un par de veces para saber cómo estaba y también envió unos cuantos mensajes. Lo único que no hizo, y lo agradezco, es preguntarme por qué necesitaba desconectar. No hubiera sabido qué responderle.

Hoy volveré al instituto.

Llegué a casa anoche, bastante tarde. Queen me saltó encima sin darme tiempo a reaccionar. Mi padre asomó la cabeza por encima del respaldo del sofá, estaba viendo una reposición de un partido de futbol, me saludó y siguió a lo suyo. Sabía que si estaba de vuelta era porque lo que fuera que me ocurriera ya había pasado. Aunque yo no lo tengo tan claro. No quise entretenerme y sentarme con él, hubiéramos acabado en una de esas discusiones en que ninguno de los dos saca nada en claro. Mi padre sabe mejor que nadie sabe que cuando las cosas me sacan de quicio soy de ponerles solución rápida. Fui a mi habitación, cogí lo que necesitaba para darme una ducha y dejé a Queen en mi cama.

El despertador ha sonado y me ha sacado de un sueño del que creía haber escapado hace unos meses, pero el sudor recorre mi cara, las palpitaciones de mi corazón son tan aceleradas que tengo la sensación de que se me va a salir del pecho. Mi perra sigue tumbada a mi lado, como si me hubiera velado toda la noche. Cuando se da cuenta en el estado en el que me encuentro se sube a mi regazo, apoya la cabeza sobre mi pecho y busca el calor de mi mano para que acaricie su suave pelaje.

Pasados unos minutos, ya más calmado, me levanto y recojo lo que necesito llevar al instituto, sé que mi padre se ha encargado de cubrirme estas semanas, al fin y al cabo, tengo una excusa de lo más razonable y con mi expediente nadie va a discutirla. Maldita sea mi vida y todo lo que ella representa. No me gusta sentirme así, vulnerable, inestable, sin saber en qué momento puedo estallar.

En el salón me encuentro a mi padre dormido en el sofá. Hoy debe de ser uno de esos días en los que o entra más tarde a trabajar, o tal vez se ha pasado varios doblando turno. No solemos hablar de lo que él hace y él pregunta lo justo de lo que yo hago y dejo de hacer. Esta es nuestra vida desde hace dos años. Se ha quedado en el sofá porque es el lugar de la casa donde mejor se escuchan los ruidos. Aunque no lo reconozca, sé que se preocupa por mí y es una de las cosas que más me duelen. Dejé de verlo como un padre hace bastante tiempo, pero aun así no puedo evitar acomodarle la manta que tiene medio enroscada en los pies. La temperatura está bajando de forma considerable en estos últimos días.

Miro la hora y compruebo que solo quedan quince minutos para que la primera clase empiece. El recorrido desde mi casa al instituto cubre todo este tiempo, por lo que le doy un sorbo rápido al brik de leche del frigorífico y tomo una manzana de encima de la mesa de la cocina, me despido de Queen, que mueve el rabo para que la saque a pasear, solo espero que mi padre la haya cuidado bien estos días y se ocupe hoy también de ella. Necesito volver a las clases y solucionar parte del desaguisado que he dejado tras mi desaparición. Clases perdidas, el equipo de baloncesto, Haley…

Solo pensar en ella y se me hace un nudo en el estómago. No sé cómo demonios voy a enfrentarme a ella y a la carta que le escribí. No me arrepiento de ninguna palabra, todo lo que hice fue por ella. La primera vez que nos cruzamos en los pasillos iba hablando con una de las animadoras, y el olor que desprendió su pelo cuando pasó a mi lado me impidió apartar la vista de ella hasta que se perdió entre los alumnos. Ni siquiera se dio cuenta de que la miraba. Después vinieron las clases, la mañana en que la vi vestida de animadora… Todo aquello hizo encendió una bombilla en mi mente, me repetía a mí mismo que debía alejarme de ella, que ya había vivido la popularidad una vez y era mejor no repetir los mismos errores, pero el magnetismo de Haley era demasiado fuerte. Hizo que compartiéramos pupitres, que la buscara entre la multitud, que acabara con ella encima de aquella azotea, donde dije tal ristra de estupideces que hasta yo sentí arcadas, después vino todo lo demás, y el arrepentimiento.

Claro que me encantó probar sus labios, claro que sigo como loco por volver a enterrarme en el calor de su boca, pero estas dos semanas me han servido para tener claro que nada de lo pasado debe volver a ocurrir, y solo por una razón, ella es una chica inocente que nunca sería feliz al lado de alguien como yo.

Sacudo la cabeza cuando llego a mi moto para intentar quitarme esta mierda de pensamientos, esto va a ser más duro de lo que pensaba. Tengo que lograr que entienda que una historia entre los dos sería la gilipollez más grande, y solo se me ocurre una manera.

Me pongo el casco, abrocho mi chaqueta del equipo y acelero hasta que la adrenalina de la velocidad me recorre cada vena de mi cuerpo. Inconscientemente, al llegar al instituto y aparcar, mis ojos se detienen en su coche, aparcado en el mismo sitio de siempre. Vuelvo a consultar la hora en mi móvil, el timbre que anuncia la primera clase está a punto de empezar y no tendré tiempo de dejar el casco en la taquilla, entro a paso rápido y mis ojos se encuentran con los de ella, a tan solo unos pupitres de mí.

Miro los huecos libres en la clase para ver dónde puedo sentarme, hay un par al fondo, donde están Garret y algunos compañeros del equipo, cuando se dan cuenta de que voy hacia ellos colocan sus maletas sobre los asientos vacíos. Me quedo parado a medio camino. Me niego mirar hacia Haley, sé que es el único sitio libre que queda. Ajusto mi casco al brazo, con la firme idea de irme de clase, pero cuando llego a la puerta me encuentro de bruces con el profesor y mis planes se van al traste. Nos retamos con la mirada, la mía dura, intentando que se haga a un lado y me deje abandonar la clase sin ningún preguntarme, pero él averigua mis intenciones.

—Señor Bennett, al fin nos regala su presencia. Por favor, ocupe el sitio vacío junto a su compañera.

Haley entierra su vista sobre el libro que tiene en la mesa, a ambos nos hace la misma gracia compartir espacio durante la próxima hora. Ninguna.

—Tengo que irme —le digo, elevando la voz más de lo que pretendía.

—A no ser que tenga una autorización para abandonar mi clase, y creo que no es así, lo quiero junto a Haley durante la próxima semana, tiene que recuperar estas dos semanas de ausencia, no nos haga perder más el tiempo.

Obedezco. Sé que no tengo excusa para marcharme y no quiero más puntos negativos en mi expediente académico.

Camino hasta Haley con la cabeza aun baja. No me ha mirado y yo, sin embargo, no he podido retirar la vista de ella, mirando cómo se muerde el labio y sus dientes asoman sobre él, cómo golpea una y otra vez el bolígrafo contra la superficie de madera rítmicamente, como si estuviera componiendo una canción con el ruido de esos pequeños golpes. Dejo mi casco sobre el pupitre con un sonido seco que la sobresalta y, al fin, me mira. No puedo evitar clavar mis ojos en los suyos y lo que encuentro en ellos me sorprende. Para mal. Porque por alguna extraña razón esperaba encontrar odio, ojeras, pero no hay ningún tipo de emoción y eso me jode mucho más de lo que pudiera imaginar. No los retira, como si me estuviera retando a duelo. Me acomodo en la silla de al lado mientras el profesor comienza la clase y ella vuelve la vista al frente. No ha ganado el duelo ni ella ni yo, y

ahora mismo me siento como una mierda.

Saco las cosas de la maleta y las pongo sobre la mesa, ella acerca su cuaderno para que pueda ver sus apuntes. Al contrario que la primera vez, cuando vi estúpidos corazones con su nombre y el de Garret, ahora está todo pulcramente ordenado, incluso las anotaciones que destacan en los márgenes. Leo lo que puedo, ya que ella sigue anotando lo que el profesor está escribe en la pizarra y no pierde ningún detalle.

A los pocos minutos, el profesor nos deja unas tareas para verificar que hemos entendido su explicación, pero a mí todo me suena a chino. Ya me fue complicado sacar adelante los dos últimos años y creo que este va a ser peor todavía.

Haley sigue escribiendo, pasando páginas del libro a la vez que escribe en el cuaderno las respuestas a las preguntas del profesor. Yo me he quedado mirándola, como si nada más a nuestro alrededor importara, y de nuevo vuelvo a encontrarme con su mirada.

—Puedes llevarte el cuaderno y hacer copias si quieres, pero lo quiero a última hora en mi poder, no voy a perder el tiempo en explicarte nada —dice, tajante—. Esto es un castigo más para mí que para ti.

Su voz no suena suave, como antes, y sin darme cuenta unas palabras que nunca pensé dirigirle salen de mi boca.

—Tenemos que hablar —su espalda se endereza y entrecierra los ojos, como intentando averiguar qué he dicho—. Te debo una disculpa.

—No, Stiles. No me debes nada y no tenemos nada de qué hablar, me dejaste las cosas claras, así que hazme un favor y olvídate de mí.

Retira su cuaderno y también empieza a recoger el resto de las cosas que tiene en la mesa, las guarda en su mochila y acomoda las que no le caben sobre su brazo. Empujando la silla hacia atrás, se levanta y me lanza una última mirada antes de acercarse al profesor, decirle algo que soy incapaz de escuchar y abandonar el aula. No sé qué demonios acaba de pasar, y joder, claro que le debo una disculpa. No me arrepiento de nada de lo que le dije, sigo creyendo que se merece más de lo que yo nunca le podré dar, pero esta vez me ha dolido más que antes lo que he visto en sus ojos: pena, pero no por mí, sino por ella misma.

El tiempo de clase que queda lo paso intentando ponerme al día, aunque la tarea es bastante complicada, no puedo sacarme a Haley de la cabeza y no sé qué narices acaba de pasar. Una vez que el timbre anuncia el final, me levanto rápidamente, necesito salir y aprovechar los pocos minutos que hay entre clase y clase para respirar y buscar un asiento en la siguiente aula. Vuelvo a compartir una clase con ella y por el bien de ambos será mejor que no nos sentemos juntos. No me

va a ser fácil hablar con ella en el instituto, debo buscar otras opciones.

Camino a paso rápido por el pasillo, ahora mismo mataría por un pitillo, pero no me interesa una nueva amonestación, así que busco un chicle en mi macuto. Al detenerme alguien me empuja con fuerza hasta el baño, cuya puerta está justo a mi lado. Es Jack. Ni siquiera tras algún golpe duro en los entrenamientos he visto su cara tan desencajada como ahora, si su mirada pudiera echar fuego ya sería un montón de cenizas esparcidas por el suelo del baño. Aun así, no me amilano y me enderezo frente a él, es algo más alto que yo y su masa muscular también debe ser mayor que la mía, pero yo soy más rápido y antes de que haga lo que intuyo que va a hacer esquivo su puño por los pelos, me coloco a su espalda y, cuando intenta girarse, paso mis brazos por debajo de los suyos para inmovilizarlo.

—¿Qué cojones te pasa? —le digo mientras forcejea para que lo suelte.

—No sabía por qué llevabas dos semanas fuera, pero me lo has confirmado hace un momento. No sé qué le has hecho a Haley, pero seguramente mereces que te parta tu bonita cara.

Acabo de entenderlo. Haley. Sujeto con más fuerza sus brazos, no sé cuánto tiempo más podré hacerlo, pero necesito decirle algo para que se calme y no acabe golpeándome hasta que sus manos se queden sin fuerza, porque joder, sé que lo haría.

—No le he hecho nada, Jack. Me he quitado de en medio antes de que eso ocurriera, ¿vale?

Relaja sus brazos y me pide que lo suelte. No sé si es buena idea, pero lo hago. Da un paso hacia delante, me mira fijamente a la cara y esta vez no lo veo venir, levanta el puño a tal velocidad que es imposible. Me ha dado de lleno en la mejilla y ha hecho que me tambalee hacia atrás. He tenido que apoyarme contra los lavabos para no caer de culo, pero tiene toda la razón, me merezco esto y mucho más.

Sacude un par de veces su mano, debe de dolerle porque, qué coño, a mí la cara me quema a rabiar. Paso mis dedos sobre la zona en la que me ha golpeado y noto cómo un hilo de sangre me recorre la mejilla. Cuando se da cuenta de lo que ha hecho coge papel de uno de los baños y me lo tiende. Me acerco al lavabo y abro el grifo para echarme agua en la herida, no es grave, solo un pequeño rasguño, pero va a salirme un moratón de esos que cambian de color hasta volverse negros, seguramente se me hinchará la cara, pero sigo pensando lo mismo, me lo merecía, me lo merezco y probablemente me merecería también una paliza. Tal vez eso me ayudaría a pensar con más claridad antes de actuar.

—No vuelvas a acercarte a ella. Es una buena chica.

Ni siquiera me da tiempo a replicar, sale del baño dejándome allí solo justo en el momento en que suena el timbre que anuncia la próxima clase. Me lavo la cara, en otras circunstancias hubiera devuelto el golpe, pero ahora mismo estaríamos rodeados de los gilipollas del instituto gritando ¡pelea, pelea! Y expulsados del instituto.

Voy a la siguiente clase pensando en colocarme al final del todo, oculto tras el libro para evitar las miradas de los compañeros.

Cuando estoy a punto de entrar escucho que alguien me llama. Empiezo a temer que hoy acabarán haciéndome una cara nueva, pero para mi sorpresa me encuentro con Nathan, el profesor de música, que camina hacia mí. Al verme el rostro hace una mueca de dolor. Está claro que ya ha empezado a transformarse.

—No voy a preguntarle lo que ha pasado, Bennett, no soy su profesor y, la verdad, prefiero no saberlo.

—Pues, si no le importa, no quiero llegar tarde a mi próxima clase.

—Tranquilo, no tendrá que asistir, el profesor no ha podido venir, así que solo harán el tonto ahí dentro. Tengo que hablar con usted, llevo esperando dos semanas a que decidiera volver al instituto.

Voy a responderle cuando se da la vuelta y empieza a caminar. Tras unos pasos se da la vuelta para ver si lo estoy siguiendo. Como no lo he hecho, hace un gesto con la mano y eleva un poco la voz para que pueda escucharlo.

—Vamos, no tenemos todo el día.

No sé qué es lo que quiere de mí, si ni siquiera estoy en sus clases, con pertenecer al equipo de baloncesto ya tengo más que cubiertas mis extraescolares, pero si seguirle me sirve para no tener que pasar la próxima hora con Haley, cruzar la mirada con Jackson y dar explicaciones por el estado de mi cara, lo haré y a lo mejor, solo a lo mejor, la suerte se pone de mi lado. Avanzo rápido hasta colocarme a su lado y caminamos por un par de pasillos hasta adentrarnos en la zona donde están las clases de manualidades y música. Entonces escucho una dulce voz de fondo y todo mi cuerpo se paraliza. Mierda.

41



Las siguientes dos semanas ha sido más fáciles de lo que me esperaba. Las bromas se han reducido mucho, incluso podría decir que en los últimos días al fin me han dejado tranquila. No sé si será por la amenaza que lanzó Jack, advirtiendo que quien osara volver a decirme algo acabaría con un ojo morado o atado al foco más alto del campo de futbol. Si esa ha sido la razón, tengo que acordarme de agradecérselo cuando entre en clase.

Con Sarah las cosas van bastante bien, dentro de lo bien que pueden ir. En el instituto apenas nos dirigimos una palabra y si lo hacemos no es la que se dirían dos amigas, pero en cuanto tenemos oportunidad nos mandamos un mensaje para pedirnos disculpas si nos hemos pasado de la raya. También hemos vuelto a vernos más, viene todos los días a casa con Max y aprovechamos para encerrarnos un rato en mi habitación, hasta que ellos se van a hacer sus cosas de pareja. No sé si él sabe algo de nuestro pacto, pero no hace preguntas. Si Sarah le ha contado a él ese secreto que a mí me oculta, por una parte, me dolerá mucho que no haya confiado en mí, pero por otra algo me dice que la bomba que guarda es bastante gorda. Así que es posible que a Max le haya dado alguna estúpida excusa que explique nuestra actitud. Me quedo con el lado positivo. He recuperado a mi mejor amiga, no al cien por cien, pero sé que está ahí.

Yo todavía no estoy preparada para contarle lo que ha pasado con Stiles, ni siquiera encuentro una razón para decírselo, ya que no ha pasado nada y él ha desaparecido del instituto. Tal vez se tomó al pie de la letra lo de que era mejor estar separados, en cualquier caso, agradezco su ausencia, sigo sin saber cómo hubiera actuado de encontrármelo en clase al día siguiente.

Como cada mañana, llego unos diez minutos antes al instituto, no me paro como otras veces a hablar en la puerta de entrada, me dirijo directamente a mi taquilla, compruebo que no hay ningún dispositivo que active algo que me haga empezar el día con la cara como la de un pitufo o algo peor. Cuando dejo todo preparado para las próximas clases, me cuelgo la mochila al hombro y me dirijo al aula, donde

estas semanas me estoy sentando en primera fila.

Finalmente acepté la propuesta del profesor de música. No sé si llegado el momento accederé a ir al certamen, pero por ahora me gusta asistir a sus clases, lo mejor de ellas es que estamos los dos solos. Me han dado dos horas a la semana en una asignatura que no aporta nada a mi expediente académico, solo he de hacer unos trabajos extras que no suponen apenas esfuerzo. Hoy hemos ganado una clase más, ya que la segunda lleva suspendida desde la semana pasada. El profesor está de baja, así que me he levantado con una sonrisa al saber que podremos avanzar en la canción que estamos preparando.

Todo pasa demasiado deprisa. Un escalofrío me recorre la espalda y cuando estoy colocando las cosas en mi mesa. He notado su presencia. Me quedo mirándolo, no puedo evitarlo, hoy tiene un brillo especial. Lleva una chaqueta de cuero negro que se ajusta como una segunda piel a su cuerpo. El pelo despeinado por el casco, que aún tiene en el brazo. Su mirada se cruza con la mía y antes de que me dé tiempo siquiera a retirarla se da la vuelta para marcharse en el preciso momento en que aparece el profesor.

Vuelvo a mis cosas, no quiero saber nada de él, no me apetece, no después de estas dos semanas en las que poco a poco he vuelto a ser yo, pero las palabras del profesor me llegan como puñales que me atraviesan el pecho, desgarrándomelo y ahondando en la herida que me está costando tanto cicatrizar. Todo está demasiado reciente, demasiado fresco como para aguantar un nuevo golpe. Así que hago de tripas corazón y sigo con mis cosas cuando se coloca a mi lado. ¿Como para no saber que lo ha hecho! Su casco ha golpeado con tanta fuerza contra la mesa que casi he dado un salto. Nos miramos, pero no pienso darle la satisfacción de que me vea derrotada, así que, hasta que el profesor empieza a dar la clase, sostengo su mirada como si su presencia no significara nada para mí.

Hago caso a lo que ha dicho el profesor y acerco mi cuaderno para que pueda ver lo que estamos dando actualmente, pero él parece no conformarse solo con eso, y no puedo evitar dirigirme a él para informarle de que lo único que va a sacar de mí es lo que ha pedido el profesor.

—Puedes llevarte el cuaderno y hacer copias si quieres, pero lo quiero a última hora en mi poder, no voy a perder el tiempo en explicarte nada. Esto es más un castigo para mí que para ti.

Las palabras han sonado más secas de lo que pretendía, pero es que no quiero dedicarle ni un poco de tiempo. Encima, el profesor acaba de decir que nos sentaremos juntos toda la semana.

—Tenemos que hablar. Te debo una disculpa.

Tomo aire para no gritarle lo que de verdad se merece que le diga.

—No, Stiles. No me debes nada y no tenemos nada de qué hablar, me dejaste las cosas claras, así que hazme un favor y olvídate de mí.

Recojo mis cosas sin darle tiempo a responderme. El profesor me mira desde su mesa y cuando me acerco hasta él le doy la excusa más tonta y que más en evidencia podría dejarme si llega a oídos de cualquier compañero.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Necesito ir al baño, estoy en esos días del mes.

Creo que se ha puesto rojo, hace un gesto con la mano y permite que me vaya. En estos momentos solo se me ocurre un sitio donde ir, así que dejo las cosas en mi taquilla y me encamino hacia ese lugar, el que creí que no volvería y en cambio se ha convertido en mi refugio.

Y yo que pensaba que el día había empezado bien, sin bromas, sin miradas que me recuerden que el equipo de animadoras se ha encargado de dejar claro que me han expulsado, cuando todas saben que fui yo quien lo dejé. Pero no se puede cantar victoria tan rápido. El idiota de Stiles tenía que volver hoy. Se podía haber quedado donde haya pasado estas dos semanas, dejar que mi vida siguiera como hasta ahora, tranquila, solo algo preocupada por lo que puedo encontrar por las mañanas en mi taquilla.

Llamo a la puerta del aula y la voz de Nathan me dice que pase. Lo llamo por su nombre de pila desde el segundo día que he empezado a asistir a las clases de música. Su cara se iluminó cuando le confirmé que aceptaba. Él cree que nos sentiremos más cómodos trabajando si me dirijo a él por su nombre.

Está corrigiendo unos exámenes y me acerco hasta él con los hombros caídos y la mirada perdida en mis pies.

—Vaya, ¿un mal día?

Se levanta y me pone un dedo en la barbilla para que levante la cabeza y lo mire a los ojos.

—Ahora es el momento —le digo cuando le veo sonreír.

Él me hace un gesto con la cabeza y caminamos hasta el fondo de la clase, donde se encuentra el piano. Retira el taburete y se sienta frente a él sin decir nada, pone las manos sobre las teclas y toca los primeros acordes de *Issues,*de Julia Michaels. Por primera vez en estas dos semanas noto cómo la melodía me desgarra por dentro, unas débiles y solitarias lagrimas escapan de mis ojos y la voz sale de mi boca sin siquiera darme cuenta.

Canto solo dos párrafos, no soy capaz de continuar. Nathan deja de tocar el piano. el silencio que nos rodea es intenso, tengo los ojos y las manos cerrados en puños. Abro los ojos y veo su dulce sonrisa, señal de que las cosas han salido como él quiere. Me siento como una niña pequeña que acaba de ver los regalos de Papá Noel bajo el árbol.

—Es perfecto, Haley. No sé qué te ha pasado, pero no lo dejes

escapar, hazme caso. El día que te escuché aquí sabía que lo llevabas dentro, solo había que ayudarte a sacarlo.

Se levanta y mira su reloj de muñeca. Me hace un gesto con la mano para que ocupe el asiento delante del piano.

—Continúa tocando. Parece que hoy es nuestro día de suerte. Salgo un momento a buscar a la persona que te acompañará al piano en el recital.

Nathan sale del aula y yo me concentro en las teclas y coloco los dedos sobre ellas. Pienso en sus palabras y por alguna extraña razón creo que sí, a mí también me ha sonado jodidamente bien. Haber visto otra vez a Stiles me ha ayudado a expresar eso que lleva escondida la letra de la canción. Su desgarrador mensaje, una pareja con problemas que intenta compartirlos y luchar por su amor, en vez de guardarlos en un cajón, cerrarlo a cal y canto y tirar la llave.

Empiezo a tocar, la melodía es tan dulce que me atrapa meciéndome en sus notas que suben y bajan y dejan mi alma al descubierto. Poco a poco voy tarareando la letra, pierdo la noción del tiempo mientras canto con los ojos cerrados, sintiendo que la música me recorre por dentro. Entonces, un carraspeo a mi lado me devuelve a la realidad y el mundo se detiene por completo.

Lo tengo justo enfrente de mí, con una sonrisa inocente en los labios, como si esto le hiciera gracia. Nathan está a su lado, ajeno a todas las cosas que están pasando por mi mente en estos momentos, y antes siquiera de darme tiempo a reaccionar, empieza a hablar.

—Aún no he tenido la oportunidad de decirle a Stiles por qué le he hecho venir, pero en cuanto te ha escuchado él solo ha querido entrar, así que no creo que se niegue a acompañarte al piano.

—No.

Esa es mi respuesta, me levanto del taburete para enfrentarme a ambos. Esto debe de ser una broma de mal gusto, preferiría pasearme mil millones de veces con la cara azul lo que queda de instituto antes que compartir con él estos momentos en los que me evado del mundo.

—No es una propuesta, Haley, es lo que va a pasar —la voz de Nathan suena autoritaria, pero yo tengo la última palabra, se ponga como se ponga.

—No.

Parezco un disco rayado, lo sé, pero es que no puedo Nathan cuál es el motivo por el que me niego a compartir la música con el chico que está delante de mí, que me mira sonriente.

—Para mí sería un placer.

No puede decirlo en serio, esto no puede estar pasando. Que me diga el karma en qué momento le he fallado para que me la juegue de esta manera.

—Pues no hay más nada que hablar —voy a abrir la boca para

intentar rebatir a Nathan, pero él continúa hablando—. Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que esta clase se ha convertido en prioridad en tu expediente académico, así que hazme el favor de cederle el sitio a Stiles, me gustaría ver si conoce el tema que estabas ensayando.

Me echo a un lado, más por no estar junto a Stiles que por aceptar la situación. Él se sienta en el taburete, toca varias teclas, comprueba que la afinación es correcta, comienza a tocar y las notas empiezan a atravesarme, hacen que todo el vello de mi cuerpo se erice y que las malditas mariposas que he intentado controlar este tiempo vuelvan a hacer acto de presencia, las muy revolucionarias han decidido hacer lo que les da la gana.

Cierro los ojos y me concentro en la música, me niego a mirarlo, porque sé que mientras toca sus ojos están clavados en mí. No sé en qué momento ha empezado a cantar, lo hace en un tono muy bajo, pero puedo notar cómo cada palabra, cada sílaba, cada nota va adueñándose de mí hasta que yo le sigo, y entiendo lo que quiere decir Nathan cuando afirma que Stiles será el compañero perfecto. Aunque eso solo significa pasar tiempo con él y no estoy preparada. No ahora.

Maldita sea mi destino y lo que está haciendo, que, de una manera u otra, Stiles siga a mi lado.

42



No sé en qué momento ha dejado de tocar. No sé en qué momento he dejado de cantar, pero el silencio se ha hecho en el aula. Sigo con los ojos cerrados, concentrándome en lo que pasa a mi alrededor, pero no siento nada, solo las mariposas a punto de iniciar su vuelo y dejarme en un estado de inconsciencia absoluta.

Me permito parpadear y la poca luz que atraviesan las ventanas de la clase vuelve a llevarme al presente, Stiles sentado frente al piano y el profesor observándonos.

Ahora está apoyado en su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa sonrisa suya. Me quedo mirándolo, esperando que diga algo, más que nada porque o me atrevo a mirar al chico sentado en el taburete o salgo corriendo de la clase.

—Ha sonado muy bien —dice dando un paso hacia delante—, pero aún queda mucho que pulir, además quiero que decidáis entre los dos cuál será definitivamente la canción que interpretéis en el recital. Queda apenas un mes, así que tenemos que ponernos las pilas. Nos vemos mañana a la misma hora y espero que hayáis llegado a un acuerdo.

Se gira para recoger varias cosas del escritorio. Las palabras se han quedado atascadas en mi garganta, impidiéndome la réplica. No sé a qué se refiere con que no tengo escapatoria, pero me niego a hacer esto junto a Stiles. Cuando le dije que aceptaba las clases de música, no era un sí a su recital y menos con él. No, rotundamente no.

Tomo aire, decidida a salir de aquí sin dirigirme al chico que lleva dos semanas ocupando mi mente y ahora se encuentra entre las mismas cuatro paredes que yo. Al parecer tampoco quiere saber nada de mí, aunque eso no es lo que ha dado a entender cuando con tanta soltura se ha sentado tras el piano y ha empezado a tocar. Me pregunto cómo lo hace todo tan bien. Juega increíble, acaba de llegar al instituto y ya tiene el puesto de segundo capitán junto a Garret. ¿Es que todos los chicos que están destinados a gustarme y hacerme daño se dedican a lo mismo? Aunque a Garret no lo veo sentándose tras un piano y tocando con tanto sentimiento.

Una mano se posa sobre mi hombro y un hormigueo recorre todo mi cuerpo. De manera instintiva doy un paso hacia delante para distanciarme, pero él me sujeta con más fuerza, me agarra de la muñeca y me hace girar hasta que nos quedamos cara a cara. La respiración se me corta al momento al fijarme en su mejilla. Tiene un corte y un pequeño hilo de sangre seca, lo que indica que el golpe es muy reciente. Me llevo las manos a la boca y ahogo un grito. Ha debido de ser bastante fuerte, ya que tiene la mejilla muy roja. Sin darme cuenta, rozo la herida con la mano que me sujeta, él la sostiene con delicadeza, incluso diría que sus dedos se están permitiendo trazar círculos sobre la piel de mi muñeca, poniéndome el vello de punta.

—¿Cómo te lo has hecho? —las palabras salen solas de mi boca mientras me acerco más a él.

Estamos casi pegados, nuestros pechos se rozan, alzo la vista para mirar sus preciosos ojos azules. Esboza su sonrisa ladeada y al momento me doy cuenta de lo que está pasando. Estoy mostrándome débil de nuevo, seguramente incluso me esté mordiendo el labio, por lo que me paso la lengua para evitar el gesto, su sonrisa se amplía más. No sé lo que me pasa cuando está a mi lado, pero todo se me olvida.

—No ha sido nada, solo algo que me merecía.

Desliza la mano con la que me agarra por mi brazo, sube hasta mi hombro y la desliza por mi espalda, sus dedos acaban ajustándome a mi cintura, ejerciendo un poco de presión para acabar con la escasa la distancia que quedaba entre ambos, y ahora empiezo a sentir su respiración en mi rostro.

Bajo la mirada hasta toparme con esos labios que ya sé cómo saben y que, sin ser consciente de ello, estoy deseando que vuelvan a posarse sobre los míos.

—Tenemos que hablar —dice, después de lo que han parecido horas en vez de segundos.

Apoyo las manos sobre su pecho y un gruñido escapa de sus labios al notar mi contacto, pero está equivocado, la lucidez ha vuelto a mí, sus palabras me han recordado el motivo por el que lo odio tanto. Él decidió que no podía pasar nada entre nosotros y yo no voy a estar cada vez que le dé la gana. Saco fuerzas para empujarlo y separarlo de mí.

—No puedes irte, Hal —si antes lo odiaba, ahora es aún peor, después de escuchar de sus labios el nombre que usan mi mejor amiga y mi familia—. Aún tenemos que decidir qué canción interpretaremos en el recital.

Si fuera capaz de incendiarlo con mi mirada, en estos momentos estaría ardiendo, no quedaría de él nada que lo identificara, ni el mejor forense lo lograría. No deseo saber nada de él, no sé cómo

narices dejárselo claro.

Cojo mis cosas y antes de darle tiempo a decir nada más, camino con paso decidido hasta la puerta. La campana que anuncia el final de las clases aún no ha sonado, pero ya no pinto nada aquí. Agarro el pomo para salir, pero tal vez sea una cobarde y aunque sepa que no le debo ningún tipo de explicación, me giro para encararlo por última vez, porque espero que esta sea la última que hablemos.

—Tú y yo no tenemos ni vamos a tener nada en común en la vida, así que olvídate de todo lo que ha pasado. No significas nada para mí —su mirada se entristece, es la misma que yo tenía mientras leía su carta—. Ya me he olvidado de ti y espero que tú hagas lo mismo. Y sí, seguramente te mereces ese golpe, aunque yo hubiera sido menos indulgente.

Corro por el pasillo y agradezco que la gente no haya salido aún de las clases, no me gustaría encontrarme con nadie en estos momentos, sería, definitivamente, mi muerte en el instituto.

Me detengo frente a la puerta de secretaría, no sé si es demasiado tarde para cambiar de optativa, de verdad quiero desaparecer. A veces pienso que este curso sería distinto ni no hubiera aceptado la proposición de Sarah de formar parte de las animadoras. Tendría que haber sido tajante, haber dicho que no, Stiles y yo no habríamos coincidido, todo seguiría como en los anteriores cursos. Sarah con sus horarios para ensayar las coreografías, luego nuestras horas juntas en casa, riéndonos de los estúpidos pasos que se habían incluido y, finalmente, las dos bailándolos encima de mi cama y la consiguiente reprimenda de mi madre, diciendo que a ese ritmo tendría que cambiarme el colchón antes de que me fuera a la universidad. Pero no, en aquel momento volví a ser la Haley débil, y acabé haciendo lo que los demás me dijeron que hiciera.

He de desenterrar mi lado valiente, sé que se esconde en algún rincón de mi alma. Agarro con energía el pomo de la puerta de secretaría dispuesta a lograr que mi futuro se enderece y seguir el camino que me propuse durante el verano.

—No lo hagas —su voz me llega como un susurro.

Está lo suficientemente cerca como para que note su aliento sobre mi cuello. El brazo se me tensa, aprieto con más fuerza el tirador de la puerta. Su mano se posa sobre la mía y entonces aflojo el agarre, suelto el pomo y nos quedamos en esa postura, él a mi espalda y yo esperando que diga lo que tiene que decir. Definitivamente soy una cobarde, porque a alguien como Sarah, mi hermano o cualquiera del instituto le hubiera dado igual y no le haría ni caso. En cambio, yo sigo esperando a que me diga lo que pretende de mí. Tengo claro que no lo quiero cerca y cuando lo está todo alrededor desaparece.

Me giro para encararlo, sin esperar encontrarme esa expresión. No

sé exactamente lo que significa, pero parece derrotado, como si no solo le hubieran golpeado en la cara, como si se hubiera prestado como saco de boxeo, lo que más me duele es que yo he sido quien lo ha golpeado hasta dejarlo sin aire.

—Nunca dejes que nadie te quite lo que te apasiona. Aún no he aceptado estar en esta extraescolar. No la dejes por mí, no lo hagas.

Sus palabras me llegan a lo más hondo de mi ser, porque me parece que está hablando de él mismo. Le he escuchado tocar, le he escuchado cantar y sería tonta si no admitiera que ha disfrutado con ello. Tal vez esté siendo egoísta no dejándolo participar en esto, por alguna razón sé que, si yo no canto, no habrá representante en el recital y Stiles no tendrá la oportunidad de demostrar que esta también es una faceta suya que lo apasiona y que seguramente no hay muchas personas que la conozcan.

—¿Y qué… sugieres?

De nuevo su sonrisa ladeada y por primera vez, tal vez debido al golpe en el pómulo, un pequeño hoyuelo, solo uno, escondido entre sus lunares, lo hacen aún más atractivo. Sin darme cuenta le he devuelto la sonrisa y sus ojos toman un color más intenso, ahora ya sé a lo que me recuerdan, al color del océano. Ese color entre azul y verde agua intenso que toma cuando está en el tramo entre la orilla y lo más profundo. Esa zona donde los peces y los corales disfrutan del agua que ha caldeado el sol. El color de sus ojos es océano, agua, tranquilidad.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y sé que voy a volver a hacer una de mis locuras, tal vez esa sea mi marca personal, la que me caracteriza, la que me hace totalmente débil. Recuerdo cuando Max me dice que no destaco en nada y destaco en todo. Ahora que lo pienso, si me distingo en algo de las personas que me rodean no es que acabe siempre diciendo que sí, sino que me dan igual las consecuencias de mis actos, solo me arrepiento después de no haberme parado a pensarlo mejor.

—Tenemos que elegir una canción, tiene que ser algo grande, algo que sorprenda —si antes sonreía, ahora su cara es puro resplandor—. Solo tengo una condición, no ensayaremos fuera del instituto, así que en tus manos queda cuadrar tu horario con él mío si quieres que esto salga bien.

Se abalanza sobre mí, mierda. Noto todos los músculos de su cuerpo cuando me abraza y da vueltas conmigo, como si no pesara nada. Me dejo embargar por la emoción y rodeo su cuello con mis brazos, nuestras respiraciones se acompasan, mi corazón se acelera, incluso creo que un pequeño grito escapa de mi garganta cuando se detiene y deja que mi cuerpo resbale por el suyo hasta que mis pies vuelven a tocar el suelo. No nos separamos, no puedo ver su cara a

causa de la diferencia de altura, pero en vez de echar la cabeza hacia atrás para indagar en su mirada escondo el rostro en su pecho y dejo que su mano pasee por mi pelo. Después coloca un mechón detrás de mi oreja, lleva la mano hasta mi barbilla y la empuja hacia arriba, para encontrarse de nuevo con mis ojos, y entonces sí, creo ver un pequeño rubor en sus mejillas.

—No vas a arrepentirte y, aunque te dije que necesitaba estar lejos de ti, parece que va a ser imposible.

La campana que anuncia el final de la clase suena en el pasillo y al momento se escuchan las sillas arrastrándose contra el suelo. En cualquier momento los alumnos empezarán a salir de las clases y nosotros seguiremos aquí, uno junto al otro. Sube la mano que aún tiene sobre mi barbilla hasta rozarme la mejilla y, despacio, deposita un beso sobre donde estaba su dedo. No es un beso como los que ya nos hemos dado, pero me suena a proposición, a que va a haber mucho más que una promesa de no arrepentimiento entre ambos.

Antes de que reaccione se separa de mí y se da la vuelta, sin decir nada más. Los alumnos ya invaden los pasillos, no sé si alguno se habrá dado cuenta de lo que ocurría a escasos metros de ellos, me da igual, mis mariposas ya han decidido tener vida propia.

Me llevo la mano a la mejilla, donde me acaba de dar el beso. En estos momentos, aunque sonara la alarma contra incendios en el instituto, ninguna otra cosa existe, pero alguien está dispuesto a romper mi felicidad. Noto cómo me golpean el hombro y mi mochila resbala y cae al suelo.

—Dios, cada día hay más mosquitas muertas en este instituto —la voz de Eliza hace que me irrite y todo lo que acabo de sentir se evapora—. Menos mal que sacamos la basura a tiempo.

Voy a saltar y responder a su mordaz comentario cuando descubro a Sarah a su lado, mirándome. Tiene los labios apretados y sé que cuando hace eso es que está intentando reprimir una respuesta. Me duele no saber qué le ha hecho convertirse en la sombra de lo que era. Nuestras miradas se cruzan, sé que me está pidiendo que, por favor, no diga nada si no quiero tener más problemas.

—¿No opinas lo mismo, Sarah? —Eliza se dirige a ella, tal vez porque se ha dado cuenta de que me está mirando. Pero no me apetece escuchar su contestación, aunque sepa que no siente lo que dice, me hace el mismo daño.

Recojo mi mochila del suelo, me la cuelgo al hombro y salgo de allí empujando a los estudiantes que se cruzan en mi camino, sin importarme las palabras que me dirigen, solo quiero irme antes de que lágrimas salgan de mis ojos y todo a mi alrededor se convierta en la peor de las montañas rusas. Y eso que a mí me gustan, pero no cuando me obligan a montarme en una que no quiero.

Llego casi al final del pasillo, a las puertas que dan al campo de futbol, y choco con un muro duro que hace que tropiece y caiga de culo.

—¡Joder! —la palabra sale sola de mi boca cuando mi trasero golpea contra el suelo y un dolor punzante me atraviese por completo.

Miro hacia adelante para fijarme contra quién me he golpeado. Lo primero que veo son unas botas de baloncesto, lo que me hacía falta para rematar la mañana. Subo hacia arriba, por unas piernas fuertes, las rodillas casi cubiertas por los pantalones de la equipación, perfectamente anclados en las caderas. Paso por un estomago completamente plano hasta que me fijo en el número que está serigrafiado en el pecho. El sesentainueve, es tan él…

Como no hay jugadores en el equipo de baloncesto, he tenido que toparme con este. Me atrevo a mirarlo a la cara y observo su radiante sonrisa. Garret. Solo él es capaz de sonreír de forma tan arrogante y seguir siendo tan guapo. Solo él puede ser el tío más gilipollas de todo el instituto y ponerme el corazón a mil por hora incluso después de tratarme como me ha tratado.

—Vaya, nena —la palabra suena lasciva en su boca—. Sabía que tenías ganas de mí, pero no hacía falta que vinieras con toda la artillería.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme, pero se la rechazo y, aunque parezca un pato mareado, me levanto arrastrando los pies y asegurándome de que mi ropa siga en el mismo lugar.

Me pongo frente a él y aunque me saque más de una cabeza, no me intimida. Sé que lo que pasó en aquel vestuario solo fueron palabras, no creo que sea tan gilipollas como para arruinarse una carrera universitaria prometedora por alguien como yo.

—No vuelvas a llamarme así —he intentado que mi voz suene con contundencia, pero me ha salido entre un gruñido y chillido, lo sé por la carcajada que se le escapa.

—¡Si nos ha salido respondona! —ambos escuchamos cómo la puerta por la que ha aparecido se vuelve a abrir.

Varios de sus compañeros pasan por su lado, golpeándole la espalda y los hombros y diciéndole cosas que no llego a comprender. Es la jerga del equipo y después de tantos años viviendo en una casa en la que este deporte es tan importante como el comer debería de saber al menos algo, pero me he negado siempre a tomar parte en esas conversaciones entre mi padre y Max.

Nos seguimos mirando cuando noto que mi hermano se coloca a su lado para decirle algo, pero al darse cuenta de que yo estoy delante se me queda mirando. Me saluda con una inclinación de cabeza y sé que es lo máximo que voy a sacar de él dentro del instituto, desde que pertenece al equipo yo he pasado a ser de categoría B. No consigo

escuchar lo que le dice a Garret, luego sigue su camino, pasando por mi lado sin añadir nada más.

—Ahora os alcanzo —responde Garret—. Nena, me encantas con ese carácter.

Se marcha dejándome sin habla, pero antes pasa una mano por mi pelo, se la lleva a la nariz y respira profundamente, como si quisiera imprimir mi olor en sus fosas nasales.

—Me chiflan los retos, encanto.

43



Decir que estoy enojada es quedarme corta. No sé cómo demonios pude fijarme en alguien como Garret. Bueno, en realidad sí, mientras no abre la boca es todo lo que una chica podría querer. Alto, moreno, un cuerpo de infarto, una mirada de las que detienen el tiempo. Pero cuando descubres cómo es realmente ya solo ves a un gilipollas, porque tengo claro de que ese es el mejor adjetivo con el que puedo describirlo. Sí, definitivamente es un gilipollas.

Sigo mi recorrido hacia el gimnasio y me cruzo con los chicos del equipo. Seguramente han aprovechado la ausencia del profesor para entrenar un poco. Ahora es cuando los partidos marcan el destino de la temporada.

Me dirijo a una de las esquinas que quedan ocultas por las gradas retráctiles, aunque creo que nunca las he visto cerradas. Una vez que llego me siento en el suelo apoyando la espalda contra la pared. Un suspiro escapa de mi interior. El día solo acaba de empezar y ya lo he tenido más que completo, por lo que saltarme una clase más no me preocupa en estos momentos.

Abro mi maleta buscando lo que necesito para intentar desconectar del todo, esperando haber encontrado el rincón oculto entre estas paredes, que cada vez me parecen más una cárcel que un instituto. Y yo que pensaba que a punto de empezar la preparación de las presolicitudes para las universidades esa iba a ser mi única preocupación. Que estúpida. Saco mi cuaderno, ese que lleva varios meses acompañándome, el que tiene varias hojas desvencijadas, las tapas totalmente rasgadas y descoloridas, pero aun así guarda uno de mis mayores secretos. Busco también mi iPod, los auriculares y decido empezar a darle vida.

Lo coloco entre mis piernas, pongo el bolígrafo entre dos páginas en blanco y le doy al botón de *play*. Las notas del teclado me llenan los oídos e inconscientemente muevo los dedos sobre el papel marcando todas y cada una de ellas. He puesto el modo de repetición y cuando la canción vuelve a empezar tomo el bolígrafo entre mis dedos y dejo que la tinta dé forma a las palabras que salen de lo más

hondo de mi alma.

Ya no sé si alguna vez he estado cuerdo,
miro una y otra vez la imagen del espejo,
he dejado de ser yo
(he dejado de ser yo),
ese no es mi reflejo,
en algún momento me he perdido.
he dejado de ser yo
(he dejado de ser yo),
ahora eres quien manda en mi corazón
porque yo he perdido la razón…

Una lagrima cae sobre las hojas, porque sin darme cuenta he escrito cómo me siento. En todo momento la imagen de Stiles ha estado presente. Han sido solo unas palabras, no sé lo que este chico ha hecho conmigo, ni siquiera puede asemejarse a ese enamoramiento que tuve con Garret, esta vez es muy diferente. Tengo que parar la canción, porque mientras siga sonando en mis auriculares las lágrimas no dejarán de resbalar por mis mejillas.

En el momento en el que la música se acaba escucho un ruido procedente de lo alto de las gradas. Miro hacia arriba y veo unas piernas de chico con las deportivas de baloncesto. Guardo todo a la mayor velocidad que el temblor de mis manos me permite. Necesito salir de aquí.

Me pongo de pie y él también lo hace, como si hubiera estado esperando a que yo me moviera. Doy unos pasos para abandonar mi espacio de soledad, que tan poco me ha durado, y me encuentro cara a cara con Jack.

—¿Por qué lloras? —alza la mano y retira con su pulgar una lagrima que aún sigue en mi rostro.

—¿Qué haces aquí?

No pienso responder, aunque nuestra relación vuelva a ser la de antes no me encuentro preparada para abrirle mi corazón a nadie. Solo podría hacerlo con Sarah, pero, aunque encontremos algún momento cuando viene a casa a ver a Max ya no es lo mismo, y menos cuando, aunque sea una manera de ocultar nuestra amistad, delante de las animadoras me trata igual que ellas.

—Te vi hablar con Garret y después entrar en el gimnasio, me quedé cerca por si me necesitabas y al parecer no me he equivocado.

—No soy una damisela en apuros, Jackson —no lo llamo por su diminutivo para darle a entender que no me apetece hablar, y enseguida me doy cuenta de que tal vez esté siendo más dura de lo necesario—, pero… gracias.

Dibuja una tímida sonrisa en su rostro y me coge la mano, da un paso adelante para acercarse a mí.

—La canción sonaba muy bien, aunque un poco triste.

Mierda, eso quiere decir que, aunque haya escrito las palabras en el papel, también las he cantado. Se me tiñen las mejillas de un color rojo intenso, empiezo a sentir un calor sofocante. Jack me ha escuchado cantar alguna vez, pero componer canciones es algo totalmente distinto, más privado, mío y de nadie más.

—No tienes que avergonzarte, *sweetie*. Aunque no me lo hayas dicho nunca, conozco esta faceta tuya. Recuerda el tiempo que llevamos siendo amigos —aprieta mi mano y entrelazamos los dedos —. Tienes un don.

No me gusta que me conozca tan bien, no quiero que sea capaz de ver a través de mí. Necesito salir de aquí. En este estúpido instituto no puedo encontrar un rincón donde intentar ser yo misma, tendré que buscar en otro sitio.

—Tú no sabes nada —me suelto bruscamente de su mano y cuando intenta agarrarme otra vez salgo corriendo—. No me sigas, aprende a respetar el espacio de los demás. Es lo que tú me dijiste hace dos años cuando entré en tu habitación. Aplícate el cuento.

Al momento sé que esas palabras no deberían haber salido de mi boca. Sin embargo, ya es tarde, no puedo disculparme, las ganas de salir corriendo son mayores. Le he hecho daño, su cara ha cambiado en apenas unas milésimas de segundo, pero ahora mismo solo me importa sentirme bien conmigo misma y lo veo imposible.

Corro a través del pasillo con el corazón a punto de salírseme por la boca, rezando para no encontrarme con algún vigilante de pasillo que me pida un pase por estar aquí. Acelero la carrera, el aire llega con dificultad a mis pulmones. No dejo de correr hasta que llego a mi coche, abro la puerta y dejo caer la maleta en la parte de atrás.

En el momento en que ocupo mi asiento me encuentro segura, dejo que todo lo que me atormenta me consuma y caigo derrumbada. Subo las piernas al asiento y las rodeo con mis brazos, apoyo la cabeza en las rodillas, el pelo me cubre por completo y al fin doy rienda suelta a mis lágrimas. Parece que el día se ha puesto de acuerdo conmigo, porque finas gotas de lluvia comienzan a resbalar por el cristal. Ya ni siquiera sé por qué me siento así.

Enumero todo lo que me ha pasado desde que empezó el curso,

aunque en verdad debería comenzar con el verano y aquella fiesta que pretendía ser la de mi cumpleaños a la vez que la de fin de curso.

Recuerdo aquel maldito beso con Garret... Claro que me apetecía hacerlo, claro que lo disfruté. ¿Me arrepiento? Sí, es lo peor que he hecho en mi vida y el desencadenante de toda la mierda que me rodea ahora.

Recuerdo también el momento en que decidí formar parte de las animadoras, el momento en que fingí una relación con Jackson, el encuentro con el chico nuevo del instituto que por alguna extraña razón se fijó en mí…

Enderezo mi espalda y cojo mi mochila para buscar las llaves y marcharme, definitivamente el día de hoy me importa una mierda, ¿qué más da si me salto las clases y hago alguna que otra locura?

Meto las llaves en el contacto, pero justo cuando escucho el ronroneo del motor noto unos golpes en la ventana. Miro y me llevo las manos al pecho. Al otro lado del cristal descubro la intensa mirada azul de Stiles. El agua le cae por los mechones de pelo negro, que se le pegan a la frente. Esboza esa sonrisa que marca un hoyuelo en su cara y hace que mi corazón se me pare.

Vuelve a golpear el cristal y me hace un gesto con la cabeza. En vez de bajar la ventanilla para preguntarle qué es lo que quiere tiro del manillar y abro la puerta, me muevo para que ocupe el asiento del conductor y pueda resguardarse de la lluvia.

El motor sigue encendido y no tengo ni idea de lo que hacer. Hace tan solo un rato hemos compartido una canción preciosa y llegado a un acuerdo. Todo lo que tenga que pasar entre los dos pasará entre las paredes del instituto, y en cambio aquí estamos ahora, dentro de mi viejo coche.

No puedo evitar mirar su herida, que sigue sin curar. Busco en el interior de mi mochila hasta que doy con el pequeño paquete de toallitas húmedas que suelo llevar. Le hago un gesto para que sepa lo que voy a hacer y él gira un poco su cabeza hasta que puedo acercarme un poco más y rozar su piel con delicadeza, intentando no hacerle daño. El golpe está tomando un color rojo intenso, seguramente mañana un hematoma decorará su cara. Cuando he eliminado la sangre y limpiado la zona me retiro, pero él atrapa mi muñeca haciendo que me incline hacia adelante y nuestras frentes se unen. Cierro los ojos, porque el corazón ha empezado a latirme con fuerza. Quiero que me toque, notar el calor de su cuerpo y, sin darme cuenta, paso mi mano por la herida y él hace una pequeña mueca de dolor. Sigo el recorrido de su mandíbula con mi mano, sintiendo el frío que ha dejado el agua sobre su piel y cómo poco a poco se caldea con mi contacto. Llego hasta su pelo, que gotea, y enredo mis dedos entre las hebras de mechones, y lo abrazo. Ahora son mis dos brazos

los que envuelven su cuerpo y mi cuerpo el que le da calor, ni siquiera soy consciente de que su ropa empapada empieza a mojar la mía. No me importa.

Pone una mano en mi hombro y sé que es lo que quiere, y me duele. Duele. Me separo y me doy cuenta de que no hemos cruzado ni palabra en este rato, y de que no he dejado de llorar. Me mira y no consigo descifrar lo que me quiere decir. Abre la boca, la cierra. Quiere decirme algo, pero no es capaz.

Se acomoda en el asiento y ajusta la altura y la distancia para conducir.

—Ponte el cinturón —es una orden, aunque él no se ha puesto el suyo.

No sé en qué momento sucede, pero de pronto el coche está en movimiento y hemos salido del aparcamiento del instituto. Miro a través del espejo retrovisor y veo cómo el edificio se va quedando atrás, y no me importa, sé que él va a darme respuestas, solo espero que se asemejen a lo que me gustaría oír y no vuelva a encontrarme con una hoja garabateada como la que me escribió la última vez.

44



Veo pasar las calles, una a una, sin saber exactamente dónde me encuentro. Brooklyn es grande y nunca he necesitado salir de mi zona para encontrar lo que quería. Incluso tengo claro que la universidad a la que deseo ir es la NYU. Hemos pasado por la avenida Prospect y continuado hasta incorporarnos a la avenida Coney Island, pero tras desviarnos en una de esas calles me he perdido. Por un momento he pensado que acabaríamos tumbados sobre la arena de la playa, pero al parecer no es ese el destino que Stiles tiene en mente. Llegamos a un barrio que no conozco, pero reconozco una de esas zonas donde el nivel económico es superior al que estoy acostumbrada. La mayoría de los chicos de mi edad estudian en institutos privados o se desplazan hasta Nueva York. Ahora mismo estoy confundida y no sé qué hago aquí, junto a una casa de dos plantas con buhardilla que mi familia nunca podría permitirse.

—¿Dónde estamos? —digo al fin, después de todo el viaje en silencio.

En varias ocasiones he estado a punto de encender la radio y dejar que la música nos acompañe, pero he pensado que, si Stiles es como yo, seguramente le distraería. Él tampoco me ha hecho notar que el silencio lo incomodara. He evitado mirarlo directamente, lo he intentado a través del reflejo del cristal de mi ventana, pero era tan tenue, con este día tan nublado, que me ha sido imposible.

—Esta es mi casa —dice, sacándome de mis absurdos pensamientos.

Me giro por primera vez para preguntarle por qué narices me ha traído aquí. ¡Dios! Ni siquiera he aceptado venir con él. Se ha montado en mi coche y ha hecho lo que le ha dado la gana, y yo ni siquiera se lo he impedido.

—Es el mejor sitio para que podamos hablar —claro, para él, pienso—. Tú tienes tus rincones y yo mis límites.

Me deja con la palabra en la boca cuando se baja del coche y de un golpe seco cierra la puerta. Me entran ganas de gritarle, de preguntarle qué está pasando, pero si no lo sigo no conseguiré las

respuestas que necesito. Me bajo y las gotas de la lluvia me golpean con fuerza. Ni siquiera me he dado cuenta de que el cielo se ha puesto más oscuro y jarrea sobre nuestras cabezas. Camino a paso rápido y llego a su lado en el momento en que abre la puerta de su casa y, sin decir nada, se quita la sudadera empapada y la deja hecha una bola en el suelo. Yo también me quito la chaqueta, pero busco un lugar donde colgarla. Antes de que lo encuentre él me la quita de las manos, la sacude un par de veces y la engancha en el picaporte de la puerta, que acaba de cerrar.

—Quítate los zapatos.

Él ya lo está haciendo, y también se deshace de los calcetines y los deja junto a su sudadera, de cualquier manera. Me quito las deportivas y las dejo junto a suyas, antes de que me las quite de las manos y las lancé de cualquier manera.

Me observa mientras libero mis pies de los finos calcetines y los estiro para que pierdan la humedad y se hayan secado un poco cuando salgamos de aquí.

Cuando vuelvo a mirarlo tiene una sonrisa en la cara, esa que solo él sabe dedicarme, torcida, dibujando su hoyuelo y dejándome ver por qué sus lunares y pecas parecen más una constelación que marcas en la piel. La poca cordura que me queda me pide que agache la cabeza y deje que me guie y me diga eso que cree que es tan importante que solo puede decirlo en su casa. Si pudiera mirarme a los ojos sabría que estoy deseando su boca en la mía, y no puedo permitir que eso vuelva a ocurrir. Stiles no es bueno para mí, me digo una y otra vez.

Siento que se acerca a mí, pero no me atrevo aún a levantar la mirada, me coge la mano, tan solo ese gesto suyo hace que las mariposas decidan tomar las riendas de todo. Vuelan, hacen volteretas y montan su propia fiesta de pijamas. El tacto de su piel contra la mía se torna cálido, agradable, y yo dejo que me lleve a donde quiera.

Miro a mi alrededor mientras, de la mano, cruzamos la primera estancia. Pasamos por un amplio salón con dos sofás de tres plazas dispuestos en forma de L. En el lateral que queda libre hay dos butacas orejeras y una mesilla entre ambas con una lamparita de lectura. Solo me da tiempo a ver una gran chimenea, una estantería repleta de libros y fotografías y varias puertas. Hemos llegado a los pies de la escalera y empezamos a subir. En la planta de arriba hay varias puertas más, todas cerradas, caminamos por un pasillo hasta llegar al final.

Stiles abre una puerta y me suelta de la mano para ponerla sobre mi espalda e invitarme a entrar. Es su habitación. Si en algún momento me hubiera parado a pensar cómo sería, la hubiera imaginado exactamente así. Completamente masculina. En una de las esquinas hay una cama enorme, como él, no podría ser de otra

manera. La pared tiene varios pósteres del equipo de baloncesto de Los Ángeles Lakers, una estantería con libros y poco más. Junto a la puerta de entrada descubro un gran escritorio, con un ordenador y lleno de papeles. Encima, un tablón de corcho lleno de fotografías y notas clavadas con chinchetas. En la otra pared, una gran estantería llena de libros, y a su lado dos puertas, supongo que la del baño y la del vestidor. Viendo las dimensiones de la casa y la zona donde se encuentra no podría ser de otra manera.

La pared al otro lado de la cama es una gran cristalera que da a un balcón. Si me asomara vería un precioso patio trasero y el maravilloso distrito de Brooklyn, no me extrañaría que incluso llegara el olor a sal de la playa.

—Espérame aquí.

Antes de darme tiempo a protestar Stiles sale de su habitación y me deja allí, sin saber qué hacer. Me parece demasiado inoportuno ocupar la silla de su escritorio o sentarme en su cama, siento que invadiría su intimidad, aunque si no quisiera que lo hiciera tampoco me hubiera traído aquí.

Me acerco hasta el mullido colchón y me siento en el borde, como si así no ocupara del todo un sitio que no me pertenece. No he dicho nada desde que salí del coche y ni siquiera sé que debería decir. Aprovecho que estoy sola para fijarme en lo que me rodea hasta que doy con algo que llama mi atención. En el hueco entre el escritorio y la pared sobresale lo que parece el mástil de una guitarra. Sin poder evitarlo me levanto y acerco mis dedos a las clavijas.

—No la toques.

Doy un pequeño salto hacia atrás y me giro para mirar a Stiles. Tiene la mandíbula apretada y el azul de sus ojos se ha oscurecido. Maldita sea, debería haberme quedado quieta.

Sus ojos no se separan de mí. Trae una lata de refresco y otra de cerveza. Me alejo del rincón donde tiene la guitarra y dejo caer mi cuerpo sobre la silla del escritorio. Él viene y me tiende el refresco, cuando lo tengo en mis manos camina de espaldas hasta el borde de su cama y se deja caer en ella. No sé qué decirle, no sé qué hago aquí, saltándome mis clases.

—No muerdo —abre la lata y se la lleva a la boca, le da un gran trago sin dejar de mirarme.

Hago lo mismo y tomo un sorbo de la mía. Hasta ese momento no me he dado cuenta de lo seca que tenía la garganta y agradezco el frescor del líquido. Arrastro un poco la silla, que tiene ruedas, para acercarme un poco más a él. Estira la mano y pasa sus manos entre mis muslos, los roza levemente haciendo que todo mi cuerpo se active, atento a todos sus movimientos.

Tira un poco de la silla a la vez que abre sus piernas, hasta que

acabo entre ellas. Me aferro a la lata con las dos manos, como si fuera un escudo que pudiera protegerme de lo que estoy sintiendo y pensando. Me debato entre empujarme con los pies para separarme de él o lanzarme sobre sus brazos y devorarle la boca, que es lo que, aunque yo quiera negarme, está pidiendo mi cuerpo.

Una sonrisa lobuna se dibuja en su cara y sé al momento que lo ha adivinado todo. Rápidamente deja la lata en el suelo, alarga los brazos y, sin darme tiempo a protestar, me agarra de las muñecas, que aún sostienen la lata, sin importarle que el líquido se derrame, y tira de mí. He acabado fuera de mi silla, sentada sobre sus piernas. No he podido evitar abrirlas y rodearle la cintura. Su mirada está fija sobre la mía y sus manos siguen agarrando mis muñecas, sin dejar que me mueva.

—Te he dicho que no muerdo —acerca su rostro al mío y estoy poniéndome aún más nerviosa—. Pero me lo estoy planteando. Dejarte una pequeña marca aquí es de lo más tentador.

Pasa su lengua de forma muy sensual por mi cuello, haciendo que se pongan de punta los vellos que aún no lo estaban. Me veo incapaz de controlar la respiración. El aire entra a toda velocidad en mis pulmones y me abandona antes de que el oxígeno haga reaccionar a mis músculos. Stiles parece feliz con lo que provoca en mí y con mi poca capacidad de reacción, suelta una de mis muñecas, me quita la lata de la mano y la deja en el suelo, junto a la suya. Sigo sin poder articular una palabra, sigo sin controlar mi respiración. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.

En mi vida me he visto en una situación como esta. No soy una mojigata, ni mucho menos. Claro que nunca he llegado tan lejos con ningún chico, ni siquiera he llegado a planteármelo, pero daría todo lo que hiciera falta para que Stiles repitiera el movimiento de su lengua por cualquier parte de mi cuerpo y aliviara el calor que está inundándome. Una parte de mí que nunca había estado tan húmeda me arde, haciendo que mis piernas empiecen a temblar alrededor de su cintura. Él parece notarlo, porque al fin me suelta las manos, sabe que en la situación en la que me encuentro me será imposible moverme. Tengo claro que, si en estos momentos intentara ponerme de pie, perdería el equilibrio y acabaría de bruces contra el suelo.

Con mucha más delicadeza de la que esperaba, pasa sus manos por mi cintura, y mi cerebro termina al fin de desconectar con cualquier pensamiento coherente que me pudiera ayudar a salir de esta, aunque sinceramente me encuentro más que a gusto sintiendo sus manos, que me tocan con tanta naturalidad como si conocieran mi cuerpo mejor que yo misma. Recorre con ellas mis piernas transmitiéndome el calor de su cuerpo, hasta que dejan de temblar, ahora se han transformado en gelatina. Discretamente me acerco más a él, porque necesito de

verdad su cuerpo contra el mío. Él se da cuenta de mis intenciones y su sonrisa se amplía mientras vuelve a poner sus manos mi cintura, las baja hasta mis caderas y termina de unir nuestros cuerpos. Estoy excitada, pero sé que él también, porque puedo notar el abultamiento de su entrepierna bajo la ropa que se interpone entre los dos. Joder, no sé siquiera de dónde ha salido este pensamiento, pero daría todo el dinero que tengo ahorrado por notar su piel contra la mía.

Vuelve a acercar su rostro, esta vez como pidiéndome permiso para seguir explorando nuestros cuerpos, pero no se lo doy, simplemente decido tomar la iniciativa y llevar mis manos a sus brazos, comprobar cómo sus músculos se tensan con mi tacto y sus dedos aprietan más mis caderas. Los ojos se han vuelto de un azul mucho más intenso, me pierdo en ellos cuando al fin alcanzo su cuello y enredo mis dedos en su pelo, termino de atraerlo y uno su boca con la mía. Primero de modo discreto, porque estoy disfrutando sin dejar de pensar que soy una completa y total inexperta.

Al principio solo nos besamos con los labios notando el calor que desprendemos estando tan cerca, hasta que Stiles pasa su lengua por mi labio inferior invitándome a abrir un poco la boca, yo espero volver a saborear su saliva mezclada con la mía, pero en vez de eso él me da un suave mordisco que hace que me separe un poco de él.

—¡Ay! —me quejo y me paso la lengua por el labio, intentando notar el sabor metálico de la sangre, pero no me da tiempo siquiera a descifrarlo.

Pone la mano sobre mi espalda para acercarme de nuevo y que nuestras bocas se unan, pero ya no como hace un momento, en el mismo momento en el que nuestros labios se juntan su lengua se vuelve intrépida, busca la mía y me da igual que el mordisco haya sido demasiado fuerte, que me haya hecho una herida, solo me importa lo que siento, mi corazón bombeando a toda velocidad la sangre de mi cuerpo, solo en una dirección.

Sus manos se vuelven ávidas y me acarician la espalda sobre la camiseta, hasta que noto el tacto de sus dedos sobre mi piel y sé que se ha internado por debajo de la tela. En otras circunstancias ya me hubiera separado y ruborizado, hubiera pedido que parara, pero con Stiles es diferente, quiero más, necesito más.

Por pura inercia, mis manos hacen lo mismo y también se cuelan hasta su piel, primero tocan su vientre, cada musculo de su cincelado cuerpo. Ya no sé si son ellas las que arden o su cuerpo el que desprende este calor intenso, me da igual, quiero seguir explorando. Subo hasta sus pectorales y su respiración se acelera, su corazón empieza a latir con mucha más fuerza y antes siquiera de poder tocar mucho más, saca mis manos y con un movimiento rápido me tumba sobre su cama, dejando mi cuerpo atrapado bajo el suyo y mirándome

con muchísima intensidad.

—Debemos parar —dice, con la respiración agitada, como si le costara pronunciar esas palabras.

Pero mi cuerpo inexperto tiene ahora vida propia y se niega a obedecerle. No sé lo que va a pasar, pero sí que estoy disfrutando de lo que descubro junto a él. Quiero que sea Stiles quien me enseñe este mundo, nuevo para mí.

—Haley, no me lo pongas más difícil —apoya su frente contra la mía, me coge de las muñecas y me pone las manos sobre la cabeza, impidiendo que pueda seguir tocándolo—.

Joder, ya me está costando lo mío no arrancar toda esta ropa que llevas puesta y hacerte mía durante todo lo que queda de día, durante la noche, y despertarte por la mañana y que me supliques que vuelva a follarte hasta que las piernas te fallen y no seas capaz de andar, pero no puedo hacerte esto, tu primera vez no puede ser así, no puede ser conmigo.

Me quedo de piedra al escucharle, y no porque él quiera lo mismo que yo, no es eso, es porque se me note que soy una maldita virgen y eso le haya hecho detenerse. No, quiero que siga.

Arqueo mi cuerpo, haciendo que nuestros puntos más ardientes se rocen, y un gruñido escapa de su garganta. Su boca vuelve a estamparse contra la mía y libera una mano para ponerla sobre uno de mis pechos y apretarlo sin piedad. Creí que sentiría dolor cuando un chico me tocara por primera vez, pero nada más lejos de la realidad. Aunque lo esté haciendo con fuerza, sentir sus dedos apretándome, masajeándome, hace que olvide que ha estado a punto de separarse de mí y privarme de todo lo que estoy sintiendo. No quiero que lo haga, y acabo atrapando sus caderas entre mis piernas mientras él deja caer un poco más su peso sobre mi cuerpo. De nuevo un gruñido suyo, pero esta vez mientras nuestras bocas siguen unidas en un intenso beso, nuestras lenguas luchando por llevar el mando, y al notar ese sonido dentro de mí mi cuerpo se relaja. Él suelta entonces la otra mano y sin dejar de besarme abraza mi cintura y de un movimiento rápido se deshace de mi camiseta dejando a la vista mi torso, solo con un sencillo sujetador. Al momento sé que le gusta lo que ve, aunque mis pechos sean pequeños, porque en vez de volver a mi boca recorre mi cuello con su lengua. Yo atrapo la sabana entre mis manos y un sonido que nunca había escuchado sale de mi boca. Stiles suelta una preciosa carcajada y continúa su recorrido con la lengua y depositando suaves besos hasta llegar a uno de mis pechos y descubrirlo. No veo ahora sus ojos y me encantaría saber qué es lo que piensa, pero enseguida su lengua roza mi pezón, poniéndolo más duro, haciendo que el dolor del placer me atraviese el cuerpo y acabe en ese punto caliente y húmedo entre mis piernas.

Con la mano libre empieza a trazar círculos alrededor de mi ombligo y antes de que me dé cuenta tengo su mano dentro del pantalón, paseándose por el borde de mi ropa interior, rozando los rizos de mi pubis y deslizando un dedo por mi humedad.

De nuevo ese ruidito que escapó de mi garganta pugna por salir, pero antes de que lo consiga su boca atrapa la mía y se guarda mi placer mientras su mano sigue explorando, tocando, haciendo que me humedezca más por momentos.

—Mierda, Haley, esto no debería estar pasando, yo no soy para ti.

Ahora soy yo quien le muerde el labio, para que se calle, para que siga con lo que me está haciendo, ya después tendré tiempo de arrepentirme, ahora quiero sentir, notar cómo, poco a poco, uno de sus dedos se adentra en mí interior, primero siento una pequeña punzada que me atraviesa por completo y después un vacío enorme cuando me abandona para tocar ese punto que noto hinchado y caliente en mi cuerpo.

Me mira a los ojos y creo adivinar que arrepentirá de esto, pero no deseo que sea él quien se lamente, debo decir algo antes de que sea demasiado tarde.

—Déjame disfrutar y que sea yo quien decida si este momento es para mí o no —su sonrisa ladeada y sexi aparece en su cara, vuelve a introducir su dedo, esta vez un poco más rápido, me mira y se detiene, como si de nuevo volviera a pedirme permiso—. No… pares…

Balbuceo las palabras mientras el placer me va llenando, poco a poco, sus labios se vuelven a unir a los míos, absorbiendo todo lo que sale de mí, como si él también quisiera grabar este momento para toda la vida. Con la mano libre me acaricia la mejilla y sus besos se vuelven más cariñosos, dulces, cortos, me mira cada vez que mi cuerpo se arquea, más, hasta que exploto en mil pedazos y un río de lava se derrama entre mis piernas. Ahogo un grito en su boca, y el placer que acaba de hacerme sentir se queda dentro de él para siempre.

Stiles se deja caer a mi lado y, para mi sorpresa, saborea el dedo que ha estado dentro de mí. Eso hace que me ponga completamente colorada.

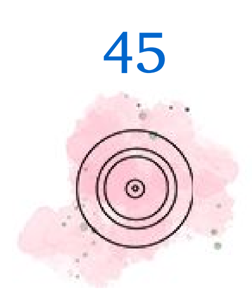
No sé el tiempo que pasamos sobre la cama, mirando el blanco techo de su cuarto, esperando que la respiración vuelva a su ritmo normal y podamos de nuevo articular alguna palabra.

Cuando soy consciente de lo que ha ocurrido, una sola idea cruza por mi mente: he disfrutado, ha sido algo más que mi primera vez, pero él no me ha pedido nada a cambio. Me incorporo y me siento en el borde de la cama, sin saber si está esperando que le devuelva el favor o… como queramos llamarlo.

—Stiles… —noto cómo se mueve y pasa una mano por mi espalda desnuda—, tú...

—Ya habrá tiempo para eso, primero hay que prepararte a ti.

45



Tras decir esa frase se levanta de la cama con toda la ropa puesta, no como yo. Mi camiseta está tirada en el suelo, el sujetador apenas me cubre el pecho. En este preciso momento me doy cuenta de lo que acabamos de hacer. Siento aún el hormigueo en mi cuerpo. Dios, si hasta hace solo un rato estaba dentro de mi coche, llorando a moco tendido.

He escuchado miles de veces a las chicas hablar de todas estas cosas, sé lo que un chico y una chica pueden hacer bajo las sábanas, pero acabo de experimentarlo yo misma, en mi propio cuerpo, y solo de pensarlo los nervios se apoderan de mí y me levanto a toda velocidad de la cama. Recojo mi camiseta, me la pongo a toda velocidad sin importarme si mi ropa interior está o no en su sitio. Aún siento la humedad entre mis piernas.

Stiles ha salido de la habitación, dejándome sola. Tengo la garganta seca, así que me agacho a por una de las latas que hay en el suelo. Ni siquiera miro cuál he cogido, pero enseguida noto el frío líquido en la boca y sé que es cerveza. Ni siquiera me importa.

Cuando he saciado mi sed, me acerco de manera automática al rincón que descubrí antes de que Stiles volviera con las bebidas, y aunque me ha dicho que no la toque, rozo de nuevo el mástil de su guitarra, la saco de su escondite y observo el maravilloso instrumento que tengo ante mí. Es una Fender, edición Eric Clapton. Podría distinguirla a miles de kilómetros, es el mismo modelo del que me enamoré cuando apenas era una niña y sentí por primera vez las notas transportándose hasta mi alma a través de unas sencillas cuerdas. Las de esta guitarra son de tripas de animal, lo sé por el maravilloso tacto que tienen. Enchufada a un amplificador debe sonar a estar en el paraíso.

Escucho unos pasos tras la puerta y la guardo en su sitio, rezando porque no note que la he tenido en mis manos. Me da una pena enorme dejarla aquí, sin una funda que la cubra y la resguarde del polvo, pero lo que más siento es no poder tocarla y comprobar qué sería capaz de sacar de ella.

En el momento en que me vuelvo a sentar en la cama la puerta de la habitación se abre y aparece Stiles, pero algo la expresión de su cara ha cambiado. Me ha mirado, pero cuando creía que iba a sonreír ha desviado la mirada. Se acerca a su escritorio y mi pulso se acelera, no quiero que se dé cuenta de que he tocado algo que me ha prohibido.

—Nos vamos —su voz suena seca, como una orden.

Me levanto de la cama sin saber qué decir o hacer, pero él me lo pone fácil, se acerca a la puerta y la abre dejándome espacio para que pase por su lado. Cuando lo hago sigue sin mirarme. Escucho el tintineo de las llaves y me giro. Tiene el brazo tendido, ofreciéndomelas.

—Tu coche.

—¿No vienes? —le pregunto, aunque al momento sé lo que me está queriendo decir.

—No.

Me quedo paralizada. Vuelve a mover las llaves y, como ve que no hago nada, me toma de la muñeca y las pone en la palma de mi mano.

—Yo creía…

—No tienes que creer nada —al fin alza los ojos y veo que han dejado de brillar, ahora son oscuros, inexpresivos—. Te lo advertí, esto no tenía que haber pasado. Esto es un maldito error.

Las lágrimas han empezado a brotar en mis ojos, pero no soy consciente hasta que se me escapa un hipido y noto el sabor salado mezclándose con mi saliva. Hace unos momentos parecía dispuesto a, como él mismo ha dicho, prepararme... Ahora todo se ha vuelto frío.

—Te… arrepientes… —balbuceo, si no fuera porque me está mirando fijamente creo que ni siquiera se habría dado cuenta. Si él se arrepiente, ¿cómo debería sentirme yo? ¿Usada de nuevo?

Antes de acabar derrumbándome ante él, me doy la vuelta y recorro el pasillo que lleva hasta las escaleras de esta elegante casa. Ni siquiera sé por qué he aceptado venir aquí con él. ¡Joder!, aun así, no me arrepiento de lo que ha pasado, ha sido la mejor experiencia de mi vida. Pero es imposible no llorar al darme cuenta de que me ha utilizado. Una vez más.

Cuando llego al borde de las escaleras tengo que pararme y en vano intento enjuagarme los ojos para bajar dignamente los peldaños. Malditas sean yo y mi tremenda estupidez.

Entonces siento su mano sobre mi espalda, o tal vez es me lo estoy imaginando porque es eso lo que quiero que pase. Respiro profundamente, intentando que algo de aire entre en mis pulmones y me ayude a calmar el rápido latido de mi corazón. Entro en razón. Acaba de pedirme que me marche. Doy un paso adelante para bajar.

Y entonces descubro que no. No ha sido una ilusión, ha sido real.

Stiles me toma del brazo y me invita a girarme, de un pequeño tirón me arrima a su cuerpo. Apoyo la cabeza en su pecho y descubro que su respiración también es acelerada, incluso creo escuchar su corazón.

—Mierda, Hal. No me lo pongas más difícil.

Sus manos me rodean y me devuelven el calor de hace unos momentos. Dejo que me acaricie la espalda, porque es lo que anhelo. Dejo que enrede sus dedos en mi pelo y que alce mi barbilla para mirarnos.

Y ahora vuelve a ser tierno, a pesar de que sigue escondiendo algo a lo que no consigo ponerle nombre. No creo que sea miedo, Stiles no tiene pinta de ser de ese tipo de chicos.

—No me arrepiento, joder. Cómo podría hacerlo después de tocarte. Ahora mismo solo tengo ganas de volver a llevarte a mi habitación y seguir enseñándote. Saborear cada rincón de tu cuerpo.

Las palabras me calan hondo. Pero necesito saber más.

—Déjame conocerte —digo al fin.

—Si lo haces, no querrás que vuelva a acercarme a ti.

Doy un pequeño paso hacia atrás, para mirarlo mejor a los ojos. Solo me permite distanciarme lo justo, tiene las manos sobre mis caderas y sus dedos se aferran a mí.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Levanta la vista al techo y libera una de sus manos para pasársela por el pelo y después por el rostro. Como si estuviera evitando la respuesta que quiere darme.

Ni siquiera sé por qué se lo he preguntado. Debería ser yo la que estuviera acojonada ante su respuesta. Muerta de miedo por lo que me hace sentir cuando lo tengo cerca, como ahora. Porque fuera de todo lo que ha pasado, yo también quiero que sus expertas manos vuelvan a hacerme sentir, a disfrutar, a desconectar de todo.

—Soy yo mismo el que me doy miedo, nena —es la primera vez que usa un apelativo cariñoso para mí y sin darme cuenta acabo de nuevo con la cabeza apoyada sobre su pecho.

—Vayamos poco a poco.

—Hoy no, dejémoslo aquí, por hoy ha sido más que suficiente. Vuelve al instituto.

Me suelta y deja caer las manos al lado de su cuerpo. Aprieta los puños, como si luchara contra él mismo para no volver a atraparme entre sus brazos. Da un paso hacia atrás y noto como su barbilla tiembla, abre la boca para decir algo, pero no dice nada. Ahora la pelota está en mi tejado.

—Mañana nos vemos en la clase de música. Piensa en qué canción te gustaría interpretar.

Me doy la vuelta y salgo disparada hacia la planta baja, sin que él diga nada más.

Conduzco de vuelta al instituto con un torbellino de pensamientos en la cabeza. Tal vez he sonado muy fría, pero si es eso lo que quiere, que haga como si lo que ha pasado no significara nada, lo haré. Volveremos a ese punto en el que nos despedimos en el instituto, prometiéndonos que nuestra única relación sería por y para el tema que debemos preparar.



Llego al instituto justo en el momento en el que todos los compañeros se dirigen al comedor. Miro alrededor y tengo la impresión de que nadie se ha dado cuenta de mi ausencia. Y si lo han hecho, ninguno dice nada.

Todo sigue igual que hace tan solo un par de horas. Las animadoras ocupan su mesa entre risas y cuchicheos, seguramente despotricando de alguien, tal vez de mí. Soy yo la que al parecer no termino de encajar. En muy poco tiempo he perdido a mi mejor amiga. Con mi hermano es imposible hablar de estas cosas. Jackson está con sus compañeros de equipo y yo estoy delante de mí bandeja, con una manzana y un vaso de agua, sin saber hacia dónde dirigirme.

Veo un banco vacío al fondo, en una de esas esquinas donde normalmente se sientan los marginados, y no me lo pienso dos veces. Varias cabezas se giran a mi paso, pero nadie pronuncia una palabra. ¿Llevaré grabado en la cara que acabo de tener la mejor experiencia de mi vida, aunque con el peor final escrito? Una maldita historia dramática, así es como podría catalogar mi existencia desde el momento en que este curso dio comienzo.

Cuando apenas le he dado dos mordiscos a mi intento de almuerzo me levanto, dejo las cosas sobre la mesa sin preocuparme de que estamos obligados a recogerla y abandono el comedor. Pienso en si quedará algún rincón donde pueda esconderme y que nadie aparezca.

El hueco de las gradas queda descartado, subir a la azotea también, solo serviría para rememorar el primer beso que me dio Stiles. La clase de música tampoco es una opción. Irme no es posible, me he saltado más clases en este inicio de curso que en todos mis años de instituto. Salir y meterme en mi coche… no, me verían los compañeros y sé que acabaría señalada por todos y eso le daría más carnaza a Eliza y su corro de tocapelotas para terminar de joderme el curso. Solo hay una posibilidad.

Recorro el pasillo, que ahora mismo está prácticamente solitario si no fuera por varios alumnos que están cogiendo o soltando cosas de sus taquillas, pero también para ellos paso desapercibida, y agradezco poder hacer este camino de la vergüenza sola, sin que nadie se dé

cuenta de que mi vida es una puñetera mierda.

Llego al fin a la zona del instituto que he decidido que hoy me servirá de vía de escape. Son los pasillos de los de primer curso, más vigilados que el resto para poder, de alguna manera, controlar un poco más las novatadas, que aun después de varias semanas se siguen sucediendo.

Encuentro la puerta que estaba buscando, la del baño, la abro con cuidado para mirar en su interior y cuando me queda claro que está vacío me refugio en uno de los cubículos, cierro la puerta, me siento sobre la tapa del wáter y recojo mis piernas hasta que quedan totalmente pegadas a mi cuerpo.

Trasteo en el interior de mi mochila hasta dar con mi viejo iPod. Le coloco los auriculares y en vez de hacer como siempre y dejar que una canción suene de forma aleatoria, paso el dedo por la pantalla hasta que al fin encuentro la que estoy buscando. Selecciono el modo de repetición para que se reproduzca en modo bucle, una y otra vez.

Desde el momento en que descubrí cuál era la guitarra de Stiles esta canción ha empezado a repetirse en mi cabeza. Aquí estoy, escuchando *Layla*, de Eric Clapton, dejando que el sonido de su guitarra resuene en mis oídos, que su melodía termine de desgarrarme el alma.

Puede que todo lo que me une a la música surgiera aquel día, mientras paseaba con mi padre por una calle buscando una tienda de discos antiguos, porque quería un vinilo para ampliar su colección. Puede que fuera la música que envolvía el ambiente cuando entramos por aquella puerta de madera desvencijada, de la que colgaba una campanita para anunciar la entrada de nuevos clientes. Sí, creo que fue una fusión de todas esas cosas, y que el detonante fue el encuentro con aquel hombre de avanzada edad que estaba sentado al fondo de la tienda, sobre una vieja silla de madera. Tocaba una guitarra que había visto con anterioridad en un escaparate. Cantaba esta canción, pero lo hacía de tal manera que me solté de la mano de mi padre, caminé hacia él y acabé sentada con las piernas cruzadas, una sobre otra, mirándolo embobada.

Creo que fue ese día cuando descubrí un mundo nuevo, la guitarra ya me parecía preciosa por su forma, por las cosas que prometía dar, pero el sonido de aquella canción me transportó definitivamente a un lugar donde las notas flotaban a mi alrededor haciendo que todo pareciera mejor. Eso fue lo que la música me dio aquel día, a través de aquel hombre que rasgaba su guitarra y cantaba *Layla*.

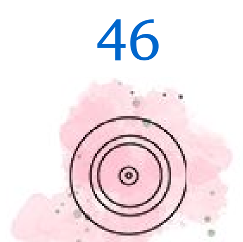
Y ahora, cuando vuelvo a escucharla, pienso que tal vez soy una neurótica y le estoy dando demasiadas vueltas a todo lo que me está pasando. Que debería volver a ser aquella chica que dejaba los problemas de lado tan solo escuchando una canción. Pero, joder,

tengo dieciséis años. Dieciséis años en una chica que no tiene ni idea de lo que quiere.

De pronto escucho ruidos, varias chicas acaban de entrar y una de ellas intenta abrir la puerta del baño donde yo estoy. Bajo un poco el volumen, lo justo para que la música siga sonando en mi cabeza, pero pueda distinguir sus voces. Pronuncio un escueto *ocupado*y espero a que salgan para poder hacerlo yo y que no me vean. Mi aspecto debe de ser horrible en estos momentos, porque tengo la camiseta mojada por las lágrimas que no han dejado de brotar de mis ojos.

Cuando al fin consigo salir, me dirijo a secretaría para poner la excusa de que estoy enferma y que llamen a mis padres y pueda irme. El día de hoy no merece que le dedique más tiempo y no estaré mintiendo, realmente me encuentro mal y cuando me vean no tendrán ninguna duda.

46



No he tardado ni diez minutos en salir del instituto después de recoger mis cosas de la taquilla una vez que mis padres autorizan que puedo irme a casa. He conducido más despacio de lo permitido en esta carretera y me he llevado algún que otro pitido e insulto de los demás conductores, pero tengo la cabeza en tantos sitios que necesitaba concentración para poder llegar a casa de una sola pieza.

Cuando entro por la puerta todo está en silencio, mis padres están aún en sus trabajos y Ava en el colegio. No sé si Max se habrá dado cuenta de que he faltado a las últimas clases, pero no me importa, seguro que no tendrá problemas para volver con algún compañero. Últimamente ni siguiera regresa conmigo en el coche.

Me encierro en mi habitación, echo completamente las cortinas para que ningún haz de luz se cuele y acabo metida en la cama, tapada hasta la cabeza.



Creo escuchar unos golpes en la puerta. He perdido la noción del tiempo y deben de llevar un rato llamando, porque cada vez son más fuertes. Asomo la cabeza por entre las sábanas. Mi madre ha abierto y al fin entra. Anda despacio, como pidiéndome permiso para invadir mi intimidad.

—Cariño, ¿cómo estás?

Se sienta en el borde de la cama y levanta una mano para apoyarla sobre mi frente, como si quisiera saber cuán enferma estoy.

—Ahora mejor —mi voz ha sonado ronca, tengo la garganta bastante seca, como si llevara horas sin beber—. He tenido que venir a casa, me encontraba mal.

—Eso fue ayer, Haley. Cuando llegamos estabas en tu cuarto y has dormido desde entonces —me mira con preocupación—. ¿Tan mal te encuentras? Si es así, puedo pedir el día en el trabajo y vamos al médico.

Llevo durmiendo desde ayer…. Ahora entiendo a qué se deben la sequedad de mi garganta y los rugidos de mi estómago. Creo que mi madre también los ha escuchado, porque una sonrisa se dibuja en su cara.

—Me parece que estás mejor —dice riéndose más abiertamente—. Vamos, desayuna algo y piensa en qué vas a hacer, y si te apetece cuéntame qué pasó ayer para que hayas dormido tanto.

Se levanta de la cama sin dejar de mirarme, esperando que le dé una respuesta. ¿Qué es lo que debo decirle? ¿Que ayer tuve la mejor experiencia de mi vida con un chico y que aun así me siento desgraciada? ¿Qué me han utilizado? ¿Qué mi vida es una completa mierda y que me gustaría seguir durmiendo hasta que todo el mundo se olvidara de mí? No, claro que no, eso solo la preocuparía más, y yo me ganaría un gran castigo si ella supiera todas las locuras que he cometido.

—Solo me encontraba cansada, creo algo me sentó mal —le miento, y aunque ella asiente sé de sobra que no se lo ha creído—. Vayamos a desayunar, que me muero de hambre y tengo que ir a clase.

Mi madre no ha vuelto a decirme nada. Nos hemos despedido en la puerta, hoy se va en metro. Mi padre ha llevado a Ava a clase después de que le haya repetido hasta la saciedad que me encuentro perfectamente. Max se quedó a dormir en casa de un amigo para hacer un trabajo, aunque, conociéndolo, seguro que ha pasado la mayor parte del tiempo enredado con Sarah.

Mientras conducía he ido dejándome las cosas claras: eres Haley, chica de buenas notas, sabes pasar desapercibida, si te encuentras con él, harás como si ni siquiera os hubierais conocido… No sé por cuánto tiempo seré capaz de cumplir mi propia promesa.

Las primeras clases pasan deprisa, he saludado a Jackson cuando nos hemos cruzado en el pasillo, con la sonrisa más falsa que he podido improvisar, como si no me hubiera pasado nada extraño en las últimas veinticuatro horas. He visto a Sarah por los pasillos y en clase, hemos intercambiado miradas en varias ocasiones, incluso me ha parecido que intentaba acercarse varias veces a mí, como si quisiera preguntarme algo. Más de una vez he estado tentada de mandarle un mensaje, pero ella es la que ha cambiado este año, es la que tiene que dar el primer paso, aunque mientras siga teniendo a Eliza pegada a su lado va a ser prácticamente imposible.

Aún no he coincidido con Stiles en ninguna clase, y eso que asistimos juntos a un par de ellas. Tal vez no ha venido al instituto. No, Haley, no lo pienses, aunque ahora estés camino del aula de música y sepas que tienes que trabajar con él. ¿Por qué te comprometiste a ese maldito recital sin pensar en las consecuencias

que te traería?

El profesor está en la puerta hablando con varios alumnos de la clase que acaba de terminar.

—Buenos días, Haley —me saluda y me abre la puerta—. Tu compañero nos está esperando.

Me debato entre entrar y girarme y salir corriendo. Pero mi cabeza decide por mí. Vamos, Haley, es solo un chico, una canción, esto terminará en menos de un mes. Y cuando entro lo veo de espaldas.

—¿Has dormido bien? —me pregunta Nathan mirándome a los ojos, seguramente sorprendido por mis ojeras.

—Solo he tenido un virus de veinticuatro horas, ya me encuentro bien.

Asiente y me pide que me dirija al final de la clase. Stiles se ha girado al escuchar mi voz. Antes de que nuestros ojos se encuentren agacho la mirada. Una cosa es que yo me diga que soy fuerte y otra que lo sea.

—Hola —me saluda.

Dejo la mochila entre ambos, como si sirviera de barrera.

—Acabemos con esto cuanto antes.

Lo digo flojito, para solo lo escuche él.

—Bueno, espero que hayáis pensado en alguna canción, debemos ponernos a trabajar en ella hoy mismo —el profesor está apoyado en una de las sillas que hay frente a nosotros, con un cuaderno entre las manos, seguramente esperando que alguno de los dos le digamos algo.

—Yo tengo en mente una, pero como Haley ha estado mala, ayer no pudimos hablarlo —mentiroso, la palabra está a punto de salir de mi boca—. Si es posible me gustaría tocar la melodía para saber si la conoce.

Se agacha y por primera vez veo a sus pies tiene la funda de una guitarra. La de su Fender. La abre y saca el cable que lleva enrollado en uno de los bolsillos traseros de su pantalón. Conecta la guitarra a un amplificador.

Los ojos se me abren de par en par cuando pasa los dedos por las cuerdas, solo tocando algunas notas y ajustando las clavijas hasta que el sonido que sale del amplificador es el que él busca.

Va a tocar con una púa azul, el mismo color de sus ojos, me resisto a mirarlo para confirmar que son iguales. Las notas empiezan a llenar el aula y me quedo más absorta en el movimiento de sus dedos sobre la guitarra que en la música, hasta que llega el estribillo y sé de sobra de qué canción se trata. *Halo,*de Beyoncé. No sé si me está queriendo decir algo con su letra, pero cuando sus ojos acaban buscándome, aunque trate de evitar su mirada, acabo ofreciéndole los míos, no sé si habrá sido su sonrisa, idéntica a la mía en estos momentos.

Cuando la canción termina y el silencio se hace en la clase,

seguimos mirándonos, sin decir nada y diciéndolo todo, hasta que un carraspeo a nuestra espalda nos hace volvernos hacia Nathan, que también sonríe.

—Suena preciosa. Haley, ¿te sabes la letra? —asiento ante su pregunta, claro que la conozco, es una de mis cantantes actuales favoritas, me encantan su versatilidad, la pasión que pone en cada una de sus canciones—. ¿Serías capaz de tocarla al piano?

—Pero con la guitarra suena genial —sé que acabo de hacerle un cumplido a Stiles, pero es la verdad, escucharlo casi me ha hecho flotar, incluso he tenido que frenarme para no cantarla.

—No lo discuto, pero tú tienes un don al piano y al parecer acabamos de encontrar a un gran guitarrista, creo que entre los dos podréis hacer un tema muy especial.

Accedo y me siento en el taburete frente al piano. Pongo los dedos sobre las teclas. Stiles se acerca y de esa manera podemos seguir mirándonos.

—Adelante, chicos.

Stiles empieza, me da la entrada y, poco a poco, intercalamos los instrumentos hasta que se acoplan perfectamente y puedo comenzar a cantar. En el momento más tranquilo, cuando la letra coge más intensidad, la guitarra de Stiles apenas se escucha, el piano es el protagonista junto con mi voz, luego la guitarra vuelve a sonar al mismo volumen y he de levantar la vista de las teclas para mirarlo. Él ya lo está haciendo. El azul de sus ojos es de nuevo un cielo despejado de nubes, su mirada me dice más que las palabras.

Llegamos al final y ambos, al unísono, soltamos todo el aire que hemos contenido. Al acabar escuchamos aplausos, pero no de una sola persona. Junto a Nathan están Sarah, Jackson y Max. No sé de dónde han salido ni por qué narices están aquí, delante de nosotros. Decidida, me levanto del taburete y sin permitir que nadie me corte el camino consigo salir del aula.

A mitad del pasillo, cuando solo pienso en correr y alejarme de todo aquello, escucho que alguien grita mi nombre. Joder, siento un miedo escénico demasiado atroz, una cosa es bailar con las animadoras, en un equipo, y otra algo como esto, totalmente diferente. Con solo saber que varias personas acaban de verme tocar el piano y cantar mi corazón ha comenzado a latir a toda velocidad, hasta que casi me ha faltado el aire. Necesito irme muy lejos, pero esa voz es capaz de hacer que me detenga y olvide mi propósito.

—¿Qué ha pasado, Hal?

Stiles acaba de llegar y se coloca delante de mí. Me mira directamente a los ojos, como si de esa manera pudiera encontrar la respuesta que no pienso darle. No haré el recital. No estoy preparada para cantar delante de tanta gente. Tengo miedo, de quedarme en

blanco, de que se rían de mí, de que esto también sirva para que puedan gastarme bromas cuando les plazca.

Toma mi cara entre sus manos.

—Respira conmigo —veo como toma aire y lo suelta poco a poco.

Pero se me ha olvidado respirar y por eso el nudo que tengo en el pecho, que no me permite reaccionar. El tacto de sus manos y la manera en la que me mira consiguen que, poco a poco, empiece a recuperarme.

—Así, muy bien —deja de acariciarme las mejillas y me toma de la mano —Es solo un ataque de ansiedad, intenta relajarte.

Se asoma a una de las clases del pasillo y, tras comprobar que está vacía, me invita a entrar. Me acerca hasta la mesa del profesor que imparte aquí su asignatura y me siente en la silla, mucho más cómoda que las que nosotros usamos.

Se agacha hasta colocarse enfrente de mí, en cuclillas, y apoya sus manos sobre mis piernas. El calor que las palmas transmiten a mi cuerpo me relaja y al fin recupero el aire que le faltaba a mis pulmones.

—No debes tener miedo de que la gente te vea cantar. Lo haces muy bien. Qué digo muy bien, genial. Sabía que esta canción te iría que ni pintada, pero en ningún momento la imaginé tan perfecta en tu voz. Estabas tan concentrada que ha sido una delicia verte, como cada nota que escapaba de tu garganta hacía que todo alrededor desapareciera.

Se acerca un poco más, coloca detrás de mi oreja un mechón de pelo que se ha soltado de la cola que me hice esta mañana y el rubor tiñe mis mejillas. Lo nota, porque me dedica una amplia sonrisa.

—Debes atreverte a sacar lo que llevas dentro. Cuando todo el mundo te escuche les pasará lo que a ellos, lo que me ha pasado a mí, que solo existirás tú.

—No es tan sencillo, Stiles.

—Más de lo que crees. Dime qué es lo que te da miedo.

—Hacer el ridículo, que se rían de mí, que se me olvide la letra, quedarme completamente en blanco…

Una carcajada escapa de su garganta y me mira, como si lo que estuviera diciendo fuera la estupidez más grande del universo. Se pone de pie y esta vez tengo que levantar la cabeza para poder seguir mirándolo.

—Puedes verlo de esta manera —me dice —. Cuando salgo al campo a jugar, me pasa igual, me da miedo que un error mío nos haga perder el partido, me da miedo acabar errando una canasta y joderla de tal manera que el entrenador decida dejarme en el banquillo lo que resta de temporada. Yo salgo a disfrutar, a pasármelo bien.

—No es lo mismo, en el campo sois cinco personas…

—Y nosotros seremos dos, yo estaré allí para apoyarte, para ayudarte, para que suenes tan perfecta.

Me quedo embelesada con sus palabras, en este momento vuelve a ser ese Stiles que me llevó hasta su casa, que adoró mi cuerpo con sus manos, que me hizo tocar las estrellas. Y entonces sé lo que de verdad me da miedo.

—Vamos, hay algo más, puedes confiar en mí, sé que ayer no me comporté como debía, pero tienes razón. Ayer hiciste la pregunta correcta, me preguntaste a qué tenía miedo.

Vuelve a agacharse delante de mí, toma de nuevo mis manos entre las suyas y traza en ellas círculos con sus dedos.

—No te engañé, tengo miedo de mí mismo. No quiero volver a ser el chico que era, no quiero volver a hacerle daño a nadie. No quiero tener que arrepentirme de ser un cabrón sin escrúpulos, no quiero hacerte daño a ti, eso es lo que más miedo me da.

Se acerca, apoya su frente contra la mía, suspira, como si acabara de abrirse en canal ante mí, y la verdad, siento que es eso lo que ha hecho. Desplegar ante mis ojos tantas cosas sobre él, casi sin decirme nada, sincerarse conmigo. Y entonces las palabras brotan solas de mi boca.

—¿Y qué esperas de mí?

Se pone de pie, me da la espalda, rígido, como si debatiéndose entre darme una respuesta o callar. Ni siquiera yo me he planteado qué podría darle, porque cada vez me gusto menos a mí misma, por no ser valiente, por no decir las cosas claras.

—Que te alejes de mí —dice al fin, haciendo que se me paralice el corazón—. Todo esto es una puta mierda, Haley. Tú y yo no podemos tener nada, nunca. Ojalá todo fuera más fácil y yo fuera uno de esos chicos que no tienen una vida complicada, que no tienen nada de lo que preocuparse, ojalá pudiera disfrutar de alguien como tú, pero no lo soy y nunca lo seré. Nos compenetramos al cantar, genial —dice, con una ironía teñida de tristeza —, pero es lo único que nos une. Tú eres de un mundo y yo de otro, en la vida conseguiríamos que esto funcione, y yo tampoco quiero que funcione. No deseo atarme a nadie, tener que preocuparme por otra persona cuando ni siquiera soy capaz de ocuparme de mí mismo.

Lo miro esperando que sus ojos se crucen con los míos, pero sigue de espaldas, con las manos a los lados de su cuerpo, apretadas con fuerza. Quisiera poder contestarle, pero no me lo permite.

—No dejes que vuelva a pasar, Haley. Entre tú y yo no puede haber nada.

Las ganas de ser esa Haley que no se calla, la que debe luchar, la que siente y padece hace que tenga que abrir la boca y gritar. Gritarle lo que siento, dejar que mis sentimientos dejen de formar parte de mi

estómago antes de que la rabia me devore, antes de que me arrepienta por no haber dicho las cosas como las siento, porque esta también soy yo, esta también es Haley.

—Eres un grandísimo gilipollas, Stiles. Te crees que lo tienes todo, pero lo único que tienes es necesidad de alimentar tu maldito ego. Solo eres otro más como ellos, como Garret, como todos esos cabrones que una vez que consiguen lo que quieren se dan la vuelta y entonces ya solo somos una muesca más en el cabecero de su cama. Te has equivocado conmigo, yo no soy como las demás. Yo tengo corazón, entiendo de sentimientos, no como tú, puto témpano de hielo, sin corazón, sin sentimientos. Jamás conseguirás que alguien te quiera, que desee permanecer a tu lado. Claro que me ibas a hacer daño, estás acostumbrado a hacérselo a todo el mundo, aunque a ti te da igual. Te lo voy a poner más fácil, gilipollas. Tengo unas responsabilidades y voy a cumplir con ellas, a ti no te une nada a este proyecto, no te hace falta, así que, si quieres irte, tienes el camino libre.

El chico nuevo al que conocí hace apenas unos meses tiene la mandíbula apretada, sé que quiere decirme algo, pero no voy a dejar que vuelva a abrir la boca. Claro que reconoció que podía hacerme daño, claro que me pidió que me alejara, pero él tampoco me lo ha puesto fácil, me ha buscado una y otra vez, hasta conseguir que me enamore de él.

Maldita sea, sí, me he enamorado de él. Acabo de pensarlo y eso me enfurece aún más, conmigo misma y con la persona que tengo delante.

—Haley…

—No, no se te ocurra hablarme, no quiero saber nada de ti. Solo espero que acabes recibiendo tu propia medicina, que todo lo que me estás haciendo pasar te pase también a ti, que lo sientas en tus propias carnes. Estúpido desgraciado que no tiene ni puta idea de la vida, que no se preocupa por nada, solo por sí mismo y, aun así, no sabe cuidarse. Solo has de mirarte, eres un completo desastre.

No puedo parar de golpearlo donde más le duele y, sin embargo, me muero por abrazarlo cuando noto la tensión de su cuerpo, besar su boca para volver a sentir las mariposas, pero hago de tripas corazón y me separo de él. Camino hasta la puerta sin mi corazón, que ha quedado esparcido por el suelo de la clase, roto en mil pedazos, pisoteado y sin posibilidad de reparación. Pero también con una especie de pequeño orgullo creciendo dentro de mí, porque he sido capaz de dar este paso. Al llegar a la salida, me giro una última vez y me parece ver que los ojos de Stiles se han humedecido. Algo más se me rompe en mi interior, pero ya no hay vuelta atrás, me armo de valor y le dedico mis últimas palabras.

—Lo siento, Stiles. Adiós.

Agradecimientos:

El hecho de que este libro esté en tus manos tendría que ser una prueba admisible de que sé escribir, pero a veces, cuando quiero transmitir a las personas que me importan lo agradecida que estoy con ellas, siento que mi capacidad de unir palabras para crear frases coherentes desaparece de repente. Sin embargo, he hecho lo posible por mantener parte de esta capacidad para abrirme un poco en estas últimas páginas.

Empecé a escribir la serie A tu lado sin saber mucho sobre la novela o sobre los personajes, ya hace más de ocho años. Solo tenía una idea abstracta, un par de frases anotadas y muchas ganas de crear la historia de Stiles y Haley. Los conocí a ambos y al resto de los personajes como quien habla por primera vez con un desconocido que acaba convirtiéndose en una parte muy importante de tu vida. Nunca pensé que iban a significar tanto. No sabía que iban a llegar tan lejos, y tampoco que me harían sentir super orgullosa, pero lo estoy. Estoy tan orgullosa y agradecida de haber llegado hasta aquí que podría escribir una novela entera de nuevo sobre las personas que han hecho que pueda sostener entre mis manos algo que en un principio solo existía en mi mente.

Primero quiero darle las gracias a mi marido y a mis hijas, por haber estado siempre ahí. Por alegraros con cada uno de mis logros y aguantar todos los cambios de humor que sufro cada vez que me pongo frente al ordenador.

A mi madre, por enseñarme que los límites de mis capacidades están donde yo quiera ponerlos, y por alegrarte siempre de todas las nuevas cosas que consigo en mi vida.

A mi hermana (@aneslib_art en Instagram), por ser la creadora de las magníficas ilustraciones que habéis encontrado en el interior de este libro. Por estar siempre A MI LADO. Por ser mi mejor amiga.

Ade, Mai, Roma García, Natalie Converse, Clara Álbori, Helena Pinén, Irene Romo, Emily Delevigne, Elena Montagud, Noa Alférez, Mariajo Losada, Estrella Correa, Eli Bermúdez, Myriam Ojeda, Cherry Chic, Priscila Serrano, Patricia Bonet, Pat Càsala, María Esteban, Noni García, Gema Tacón, Maca Moreno, Elena Castillo, Lucía Arcas y todos

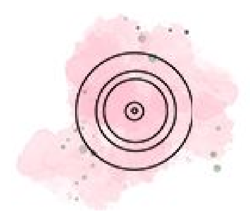
aquellos compañeros de este mundo que he ido martirizando durante mi proceso de creación.

A todos los lectores que estuvieron en esta serie desde el principio y que han llegado después. Me hacéis muy feliz y conseguís que me olvide del síndrome del impostor con vuestras palabras.

A Marta de Diego y Romantic, por hacer realidad este sueño. No te puedes imaginar las ganas que tenía de ver a mis chicos en papel y al alcance de todos. Gracias por ponérmelo tan fácil.

A Mireya Murillo (@Wristofink en Instagram) por plasmar en esta maravillosa portada todos los elementos que le dije y haber conseguido que quede tan espectacular. Has hecho magia. Mil gracias a ambas por darle a este libro, y sobre todo a mis lectoras, el cariño que siempre he querido ofrecerles.

FICHA DE LOS PERSONAJES



Nombre y apellido: Haley Robinson. Los amigos suelen llamarla Hal y Jackson *sweetie*.

Edad:16 años.

Horóscopo:Géminis.

Descripción física:

- **Ojos:**castaños, grandes y muy expresivos.
- **Pelo:**castaño con algunos mechones más claros que se le acentúan con la luz del sol. Largo y ondulado. Suele llevarlo suelto o recogido en una trenza sobre su hombro.
- **Piel:**clara, aunque en verano, por su trabajo como paseadora de perros, suele tomar un color bronce que hace que apenas necesite usar maquillaje.
- **Constitución:**es delgada y bastante bajita pero, aun así, su cuerpo es precioso y las curvas que se le insinúan bajo su look casual demuestra que es mucho más atractiva de lo que quiere dejar ver a los demás.
- **Estatura:**1,55 m.
- **Más detalles:**siempre lleva su viejo iPod, en el que tiene mil y una lista de reproducción para usar según su estado de ánimo. Desde las canciones actuales más alegres del mercado, hasta música de la que apenas nadie ha oído escuchar.

Psicología:introvertida y muy celosa de sus cosas. Le gusta pasar desapercibida. No entra en sus planes llamar la atención. Su mayor virtud es huir, esconderse de los problemas a los que cree que será incapaz de enfrentarse. Le encanta pasar tiempo con sus dos hermanos, Max y Ava y de esta forma intentar que ellos no cometan sus mismos errores. Si no fuera por la música, seguramente en más de una ocasión hubiera estado escondida demasiado tiempo.

Que quiere de la vida:disfrutar del último curso de instituto. Intentar que sea el mejor año tras las paredes del centro en el que no ha vivido sus mejores momentos hasta ahora y superar los miedos que la hacen huir de lo que de verdad quiere. La música.

Como describirla en una frase:soñadora, introvertida, amante de

la música y de lo que siente cuando se deja llevar.

Gestos y manías:

- Tocar las teclas de un piano imaginario, ya sea contra su muslo o sobre cualquier superficie. Siempre le pasa cuando se pone nerviosa.
- Escuchar música cuando cree que nada puedo solucionar los problemas.
- Pasar desapercibida.
- Le encanta ir con vaqueros que ya debería haber tirado y camisetas con logos de grupos de música que los jóvenes de su edad apenas serían capaces de reconocer.
- Usar deportivas. No es amante de llevar tacones, aunque suele hacerlo en las ocasiones que se requiere. Su amiga Sarah siempre le dice que le estilizan, pero ella no se avergüenza de su estatura, cree que es uno de sus mejores rasgos.



- **Nombre:**Stiles Bennet.
- **Edad:**17 a punto de cumplir los 18 años.
- **Horóscopo:**Escorpio.
- **Descripción física:**
- **Ojos:**azules, sin llegar a ser ni oscuros ni claros, ya que según su estado de ánimo toman diferente intensidad.
- **Pelo:**moreno, oscuro como el azabache. Lo lleva lo suficientemente largo como para poder pasar sus dedos por él y crear ese efecto de parecer despeinado, cuando realmente se ha tomado su tiempo en que quede con ese estilo.
- **Piel:**clara, con varias pecas sobre su rostro y gran parte de su cuerpo. Le dan el aspecto de tener estrellas desperdigadas sobre ella. Constitución: alto, con un cuerpo bastante atlético. Muy atractivo, por lo que está acostumbrado a que las chicas se le queden mirando al pasar por su lado.
- **Estatura:**1,91 m.
- **Más detalles:**tiene varios tatuajes que oculta a los compañeros del instituto, aunque una de sus amigas del pasado los conoce con bastante claridad. En sus planes está seguir marcando su piel con tinta, para de esta manera seguir grabando las cosas importantes que le pasan, tanto las que quiere recordar, como las que necesita olvidar.

Psicología:aunque quiera demostrar a los demás que es un chico al cual los sentimientos, tanto los suyos como el de los demás, no le importan, guarda en su interior demasiadas cosas que lo hacen ser muy emocional. Es cabezota como él solo y aunque sepa que no lleva la razón, no es de las personas que dan su brazo a torcer. Hay pocas personas que formen parte de su vida que sepan cómo es realmente, ya que es bastante celoso de su intimidad. Puede parecer un chico extrovertido, de los que no tienen miedo al qué dirán, pero le cuesta mucho expresar sus sentimientos y odia cuando estos toman las riendas de su vida. Cuando eso sucede, las consecuencias nunca son buenas, ni para él ni para las personas que lo rodean.

Que quiere de la vida:aprovecharla como si cada día fuera el ultimo. Auto convencerse de pasar por sus pensamientos, es algo que

no tiene cabida en su vida. Aun no se ha planteado que es lo que quiere de la vida, es algo de lo que no se preocupa desde hace algo más de un par de años, cuando esta le enseñó que no merecía la pena pensar en el futuro.

Como describirlo en una frase:es una incógnita para todas las personas que lo conocen, ya que no deja que nadie lo conozca realmente como es.

Gestos y manías:

- Pasarse las manos por el pelo cuando se pone nervioso.
- Hacerse tatuajes cada vez que cree que ha aprendido una nueva lección en la vida.
- Volver a recaer en sus adicciones, aunque saben que no le llevan a ningún lado, son las que le recuerdan de donde viene y hacia donde no quiere ir.
- Acabar buscando siempre a la misma persona cuando todo lo de su alrededor se convierte en ese caos al que no quiere volver.
- Pasear a su perra, Queen. Cree que es al único ser vivo que puede querer de verdad sin ser dañado.
- Tocar su guitarra, aunque esto hace casi dos años que no lo hace, a causa de los recuerdos que le trae.
- Correr a toda velocidad con su moto, dejando que el aire que le golpea el cuerpo se lleve todas las heridas que no quieren irse.

10 curiosidades de la serie A tu lado

Quería regalaros algo más, así que he decidido dejaros diez curiosidades, que podrían ser muchas más, pero no quiero hacer spoilers de mi propia novela. Espero que con esto sintáis más cerca a todos los personajes, que los conozcáis mejor.

1. **¿Por qué una serie?**Esto pasa cuando una idea loca aparece en tu cabeza y sabes desde un principio que va a ser imposible que todas y cada una de las ideas acaben metidas en una sola novela. Siendo sincera, esto empezó como un reto que no sabía si iba a llegar a buen puerto, pero si has llegado hasta aquí, es que Haley y todos los chicos están haciendo un buen trabajo.

1. **¿Quién es Haley?**Es la chica que todos hemos sido alguna vez, la que somos o algún día seremos. Tímida a la vez que fuerte. Con muchas ganas de aprender y mucho más miedo de hacerlo. Si la tuviera que definir en una palabra sería: Valiente. Haley nació de las ganas de demostrar que, aunque a veces creemos que la vida nos pone trabas, siempre hay algo, por mínimo que sea, que nos hará seguir adelante.

1. **Situado en Brooklyn, ¿por qué**? Siempre que una historia se cuela en mi cabeza, lo hace con tanta fuerza que necesito buscar algo que la termine de situar. Ahí es donde empieza la documentación. A tu lado empezó solo con el nombre de los personajes, con la idea de situarla en Estados Unidos, hasta que di con un mapa de Brooklyn que hizo que todo lo demás fluyera. Porque ellos no podían ser de otro sitio.

1. **La música y el deporte.**Sin estos dos elementos, A tu lado no sería la historia que es. Son dos pilares fundamentales que le dan a los personajes su personalidad. No es solo sus pilares, son los de mi vida, los que han marcado la persona que soy hoy en día, por eso creo que esta es la novela más personal que he escrito.

1. **Baloncesto, el deporte estrella.**Tenía claro que esta novela debía tener este ingrediente. Sabemos que en los institutos americanos es algo bastante importante y el situarme en Brooklyn, como lo he hecho, me daba bastantes opciones. Los chicos empezaron jugando al baseball, de ahí, sin sentirme a gusto y después de haberme aprendido todas y cada una de las normas, incluido posiciones, decidí cambiarlo al futbol americano, os juro que hasta vi el partido de la última *Superbowl*y ahora soy una súper fan de este deporte, pero seguía sin sentir que era el adecuado, hasta que un día, después de hablar con mis lectoras cero, todas, sin haberlo hablado previamente, dijimos que el baloncesto era el ideal. Esto hizo que tuviera que reescribir toda la primera parte.

1. **La mascota del instituto es un lobo.**Podría ser cualquier otro animal, pero cuando empecé a escribir la serie estaba enganchada a Teen Wolf y por su culpa la mascota es esta y existe cierto personaje…

1. **El tic de Haley.**No buscaba que tuviera uno, o tal vez sí, pero cuando me di cuenta, sus dedos se movían solos, tocando las teclas de un piano imaginario. Al principio no tenía nada que ver con este instrumento, yo solo quería que cantara, pero parece que ella es una enamorada de esas teclas negras y blancas que han hecho que algunas escenas sean tan importantes a causa de este tic.

1. **Las estrellas y constelaciones**. Dicen que ahí se encuentra el secreto del universo. En esta novela se encuentra en forma de pecas…

1. **Pinterest.**Tengo un tablón secreto en esta página con mil imágenes que corresponden a escenas que ya habéis leído y que aún están por llegar.

1. **Spotify.**No podía faltar, porque como ya he dicho anteriormente, la música es muy importante en esta historia, en mi vida de igual manera, por lo que todas y cada una de las canciones que aparecen en ella están en una

lista con el mismo nombre de la novela, además de algunas más que me han ayudado muchísimo a que Haley, Jack, Sarah, Stiles, Eliza, Garret, Max… sean quienes son.